

LAS CINCO *de* MUJERES



**LAS VIDAS
OLVIDADAS
DE LAS
VÍCTIMAS DE
JACK EL
DESTRIPIADOR**



HALLIE RUBENHOLD

Lectulandia

Un exhaustivo y contundente trabajo de investigación histórica, sobre la misoginia que ha alimentado el mito de Jack el Destripador. Polly, Annie, Elizabeth, Catherine y Mary-Jane son famosas por lo mismo, aunque nunca se conocieron entre ellas. Ellas eran de Fleet Street, Knightsbridge, Wolverhampton, Suecia y Gales. Compusieron baladas, regentearon cafeterías, vivieron en fincas, respiraron el polvo de la tinta de las imprentas y escaparon de traficantes de seres humanos. Lo que sí tuvieron en común fue el año 1888. El año de sus asesinatos. Su asesino jamás fue identificado, pero el nombre creado para él por la prensa se convirtió en un nombre mucho más famoso que cualquiera del de alguno de estas cinco mujeres. Durante más de un siglo, la prensa nos ha explicado que «el Destripador» atacaba principalmente a prostitutas. No solo es que no sea cierto, como historiadora, Hallie Rubenhold ha descubierto y nos cuenta las historias reales de estas fascinantes mujeres. Y ahora, en este relato revelador, la autora finalmente establece que aquel fue un mundo mucho más amplio que el de Dickens y la Reina Victoria, en el que imperaba la pobreza, los vagabundos y la misoginia. Estas cinco mujeres murieron porque estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, pero su mayor desgracia fue haber nacido mujeres. Ahora, en esta narración devastadora de aquellas cinco vidas, la historiadora Hallie Rubenhold finalmente pone las cosas en claro, y les devuelve a estas mujeres su historia.

Hallie Rubenhold

Las cinco mujeres

ePub r1.0

Titivillus 21.08.2021

Título original: *The Five. The Untold Lives of the Women Killed by Jack the Ripper*

Hallie Rubenhold, 2019

Traducción: Mónica Rubio

Mapa: Liane Payne

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Las cinco mujeres](#)

[Introducción. Historia de dos ciudades](#)

[Parte I. Polly](#)

[1. La hija del herrero](#)

[2. Los respetables de Peabody](#)

[3. Una vida desordenada](#)

[4. «Criatura sin hogar»](#)

[Parte II. Annie](#)

[5. Soldados y sirvientas](#)

[6. La señora Chapman](#)

[7. El demonio de la bebida](#)

[8. Annie, *la Oscura*](#)

[Parte III. Elizabeth](#)

[9. La chica de Torslanda](#)

[10. Allmän Kvinna 97](#)

[11. La inmigrante](#)

[12. Liz, *la Larga*](#)

[Parte IV. Kate](#)

[13. Siete hermanas](#)

[14. La balada de Kate y Tom](#)

[15. La guardiana de su hermana](#)

[16. «Nada»](#)

[Parte V. Mary Jane](#)

[17. Marie Janette](#)

[18. La vida alegre](#)

[CONCLUSIÓN «Nada más que prostitutas»](#)

[Una vida en objetos](#)

[Polly](#)

[Annie](#)

[Elizabeth](#)

[Kate](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[FUENTES PRINCIPALES](#)

[ABREVIATURAS](#)

[PUBLIC RECORDS OFFICE \(PRO\), KEW](#)

[LONDON METROPOLITAN ARCHIVES \(LMA\)](#)

[ARCHIVOS METROPOLITANOS DE INVESTIGACIÓN DE LONDRES](#)
[ARCHIVOS METROPOLITANOS DE LONDRES, ACCESO POR MEDIO DE ANCESTRY.COM](#)
[BERKSHIRE RECORD OFFICE](#)
[GÖTEBORG LANSARKIVET, GOTEMBURGO, SUECIA](#)
[BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL CONVENTO DE SAINT MARY THE VIRGIN, WANTAGE](#)
[CENTRO DE ARCHIVOS DE LA CITY OF WESTMINSTER](#)
[BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL AYUNTAMIENTO DE LONDRES](#)
[OFICINA DEL REGISTRO GENERAL \(GRO\)](#)
[TESTAMENTOS Y LEGITIMACIÓN \(www.gov.uk\)](#)
[FUENTES SECUNDARIAS](#)
[LIBROS](#)
[REVISTAS](#)
[RECURSOS EN LÍNEA](#)
[British-history.ac.uk \(historia británica en línea\)](#)
[Casebook.org/Disertaciones](#)
[El Londres de Charles Booth](#)
[Victorianweb.org](#)
[Sitio de recursos W. T. Stead](#)
[Webs de la historia de Wolverhampton](#)
[PERIÓDICOS Y REVISTAS CONTEMPORÁNEOS](#)
[Sobre la autora](#)
[Notas](#)

Polly, Annie, Elizabeth, Catherine y Mary Jane son famosas por lo mismo, aunque nunca se conocieron entre ellas. Eran de Fleet Street, Knightsbridge, Wolverhampton, Suecia y Gales. Compusieron baladas, regentaron cafeterías, vivieron en fincas, respiraron el polvo de la tinta de las imprentas y escaparon de traficantes de seres humanos.

Lo que sí tuvieron en común fue el año 1888. El año de sus asesinatos.

Su asesino jamás fue identificado, pero el nombre que creó la prensa para él ha llegado a ser mucho más famoso que el de cualquiera de estas cinco mujeres.

Ahora, en esta narración desoladora de esas cinco vidas, la historiadora Hallie Rubenhold finalmente pone las cosas en claro y devuelve a estas mujeres sus historias.

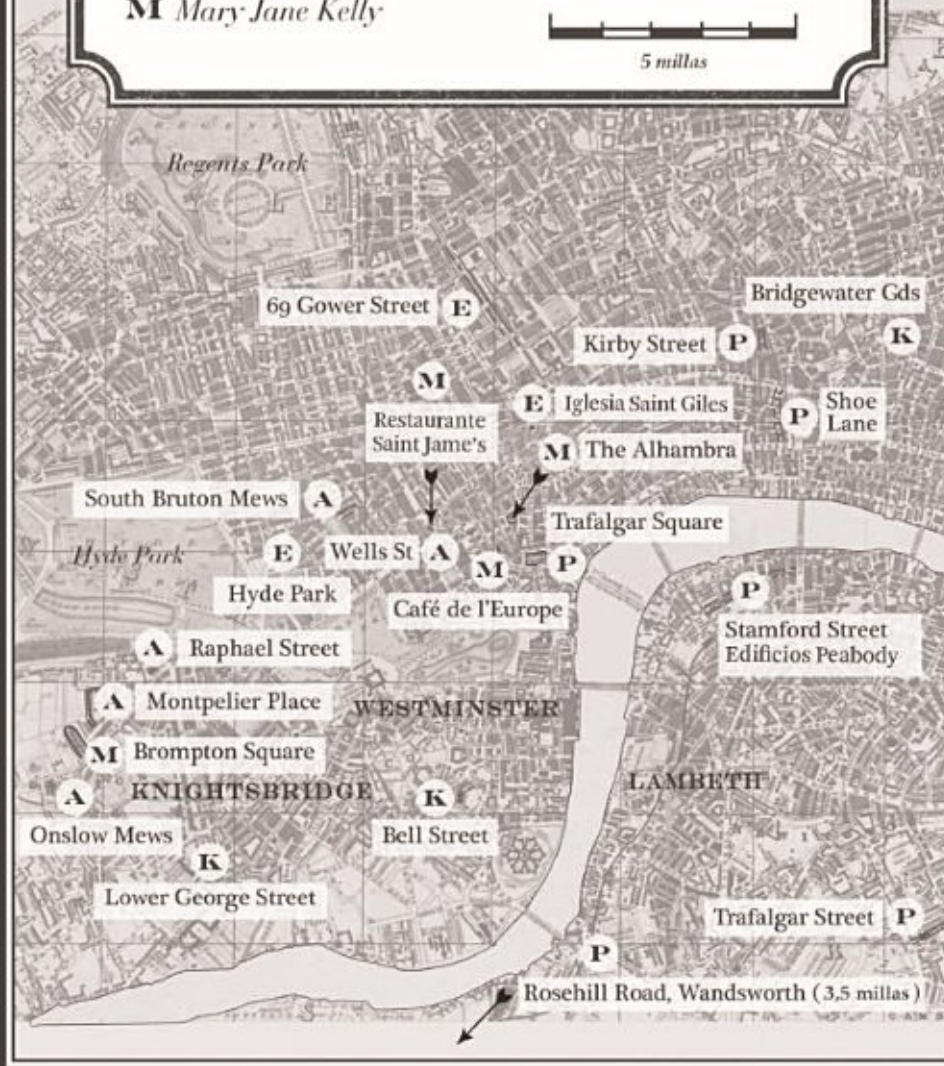
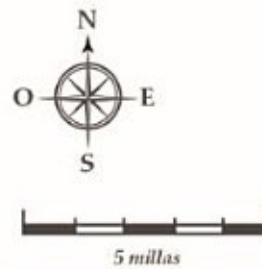
Para Mary Ann *Polly* Nichols, Annie Chapman, Elizabeth
Stride, Catherine Eddowes y Mary Jane Kelly

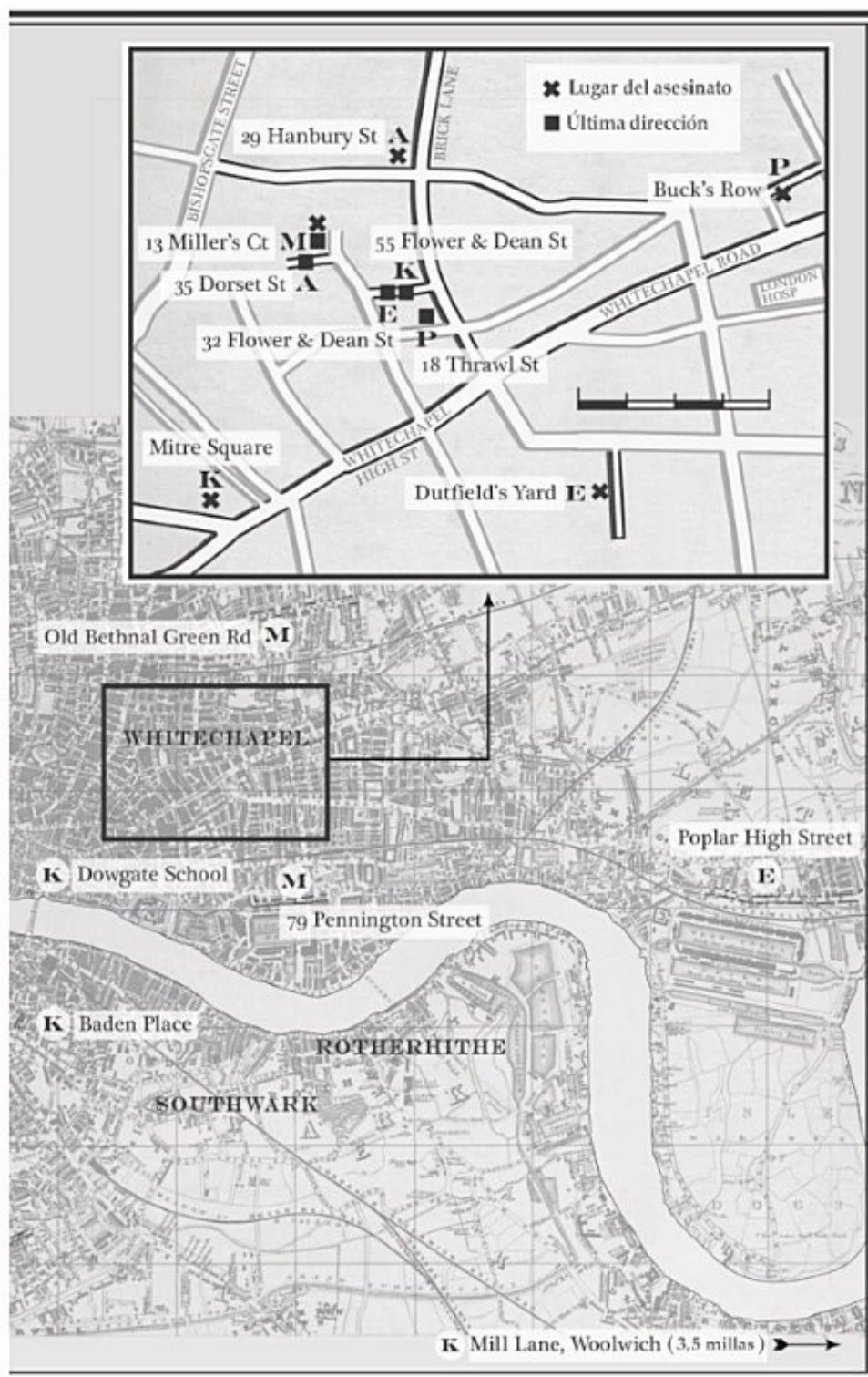
Escribo por esas mujeres que no hablan, por las que no tienen voz porque estaban aterrorizadas, porque nos enseñan a temer al miedo más que a nosotras mismas. Nos han enseñado que el silencio nos salvará, pero no es así.

AUDRE LORDE

Las cinco de Londres

P Polly Nichols
A Annie Chapman
E Elizabeth Stride
K Catherine, Kate, Eddowes
M Mary Jane Kelly





INTRODUCCIÓN

Historia de dos ciudades

*H*ay dos versiones de los hechos que tuvieron lugar en 1887. Una es muy conocida; la otra no.

La primera versión es la que aparece impresa en la mayoría de los libros de historia. Es la que quisieron recordar los que vivieron en la época, la versión que contaron a sus nietos con una sonrisa nostálgica. Es la historia de la reina Victoria y el verano de las celebraciones de su Jubileo de Oro. Cuando se coronó, apenas una adolescente. Medio siglo más tarde se había convertido en la personificación del imperio y se organizaron una serie de acontecimientos solemnes para conmemorar el hito. El 20 de junio, fecha en la que había subido al trono, se reunieron en Londres los reyes de Europa, príncipes indios, dignatarios y representantes de todos los rincones del imperio (hasta la reina hawaiana Liliuokalani). Los comerciantes del West End adornaron de rojo, blanco y azul sus escaparates. En cada oscuro edificio de piedra, podían verse estandartes reales y Union Jacks, tiras de flores y coloridas guirnaldas. Por la noche, las embajadas y los clubes, los hoteles y las instituciones de Saint James y Picadilly encendían las luces eléctricas y activaban los conductos de gas que iluminaban las coronas gigantes y las letras V y R adosadas a sus edificios. Los leales súbditos de su majestad acudieron al centro de la ciudad desde suburbios y barriadas; picaban sus billetes de tren en Kent y en Surrey, y se abrían paso por las atestadas calles, esperando ver siquiera fugazmente una carroza real o de alguna princesa cubierta de diamantes. Colocaban velas en las ventanas de sus casas cuando las luces de los largos atardeceres estivales se desvanecían, y brindaban a la salud de su monarca con cerveza, champán y clarete.

Hubo una ceremonia de acción de gracias en la abadía de Westminster, un banquete de Estado, una revista militar en Windsor e incluso una fiesta infantil en Hyde Park para dos mil quinientos niños y niñas que se divirtieron

viendo veinte títeres de Punch y Judy, ocho teatros de marionetas, ochenta y seis visores estereoscópicos, nueve grupos de perros, monos y ponis amaestrados, así como bandas de música, juguetes y «globos inflados con gas»; además, se les invitaba a tomar un refrigerio de limonada, pastel, empanadas, bollos y naranjas. Durante el verano hubo conciertos conmemorativos del jubileo, conferencias, representaciones, regatas, pícnicos, cenas e incluso una carrera de veleros. Como el jubileo coincidió con la tradicional «temporada» londinense, también hubo fiestas y bailes en jardines. Las damas se vestían a la moda veraniega: vestidos con polisón rematados con encaje de seda blanca y negra, o de tonos albaricoque, heliotropo y azul gobelinos. Se celebró un majestuoso baile en el Guildhall, donde el príncipe y la princesa de Gales atendieron a sus importantes parientes, así como al príncipe de Persia, al nuncio papal, al príncipe de Siam y al marajá Holkar de Indore. Toda la alta sociedad bailaba bajo los banderines y guirnalda de perfumadas flores. En los espejos brillaban las tiaras y los alfileres de corbata. Las jóvenes debutantes conocían a los muchachos adecuados. El vértigo de la vida victoriana giraba sin parar en torno a la soñadora melodía de un vals embriagador.

Y luego está la otra versión.

Esta es la historia de 1887 que la mayoría de la gente preferiría olvidar. Hasta hoy, muy pocos libros de historia la relatan, sorprendentemente poca gente sabe siquiera qué ocurrió. Sin embargo, en aquel año, esta historia llenó más columnas de prensa que las descripciones de los desfiles reales, banquetes y fiestas juntos.

Aquel verano del jubileo había sido excepcionalmente cálido y seco. Los claros cielos azules que presidían los despreocupados pícnicos y las fiestas al aire libre habían marchitado la cosecha de frutas y habían secado los prados. Las restricciones de agua y la ausencia de trabajo agrícola temporero solo sirvieron para exacerbar la crisis de desempleo. Mientras los ricos disfrutaban del buen tiempo bajo sus sombrillas y a la sombra de los árboles de sus villas en el extrarradio, los sin techo y los pobres lo aprovechaban para crear un campamento al aire libre en Trafalgar Square. Muchos habían llegado al centro de la ciudad buscando trabajo en el mercado de Covent Garden, donde los londinenses compraban sus alimentos, pero la sequía implicaba que había menos ciruelas y peras que descargar. Sin dinero para pagarse un alojamiento, dormían al raso en la plaza cercana, donde se les unía una población creciente de desempleados y trabajadores sin hogar que preferían estar en la calle a enfrentarse a las condiciones deplorables y humillantes del asilo. Para horror

de los observadores, se los podía ver haciendo sus abluciones matutinas y lavando sus ropas «infestadas de bichos» en las fuentes, justo debajo de las narices de lord Nelson, que los miraba desde lo alto de su columna. Cuando el otoño empezó a avanzar, lo mismo hicieron los socialistas, el Ejército de Salvación y diversas organizaciones de caridad, que les entregaban biblias, billetes de admisión en casas de acogida, café, té, pan y sopa. Se alzaron lonas para formar tiendas improvisadas; se dieron apasionados discursos diarios entre las garras de los gigantescos leones de bronce. La emoción, el sentido de comunidad y los refrigerios gratuitos hicieron aumentar el número de londinenses marginados, lo que atrajo a la policía, que a su vez atrajo a los periodistas. Estos paseaban por entre la zarrapastrosa población de la plaza recogiendo los nombres y las historias de los por otro lado anónimos pobladores provisionales.

El «señor Ashville» se definía a sí mismo como «pintor y esmaltador de profesión». Llevaba sin trabajo doce meses, treinta y tres noches de las cuales se las había pasado durmiendo en el Embankment hasta que el tiempo se volvió demasiado frío y se trasladó a Trafalgar Square con la esperanza de que allí el tiempo fuera algo mejor. Abatido y visiblemente agotado por su experiencia, intentaba no perder la esperanza de encontrar trabajo.

La viuda de un soldado recorría Trafalgar Square vendiendo cerillas para mantener a su hijo, pero no siempre había vivido así. Después de no poder pagar el último plazo de su máquina de coser en alquiler con opción a compra, había perdido su medio de vida, y luego, la habitación a la que llamaba «hogar». Como sabía que si se iba al asilo la separarían de su hijo, le había parecido que pasar la noche en la plaza con él, los dos enroscados bajo su chal, era una posibilidad mejor^[1].

Una «pareja mayor» que nunca antes había tenido que enfrentarse a la adversidad se encontró durmiendo en uno de los bancos de piedra de la plaza^[2]. El marido había trabajado como director musical en un teatro, pero había sufrido un accidente que lo había dejado impedido para trabajar. Sin ahorros, pronto empezaron a deber el alquiler y finalmente no les quedó otra que dormir bajo las estrellas. La idea de arrojar a los brazos del asilo local resultaba demasiado vergonzosa como para pensar siquiera en ella.

Cientos de personas llegaban a Trafalgar Square para descansar sobre las piedras del pavimento, todos con historias parecidas que contar. Los agitadores políticos no tardaron mucho en darse cuenta de que aquella congregación de oprimidos estaba en su punto para convertirse en un ejército de descontentos sin nada que perder. Los londinenses se habían dado cuenta

hacía mucho tiempo de que Trafalgar Square se encontraba en un eje entre el este y el oeste de la ciudad, la línea divisoria entre ricos y pobres: una frontera artificial que, como los controles invisibles que mantenían sin voz a los desposeídos, podía romperse muy fácilmente. En 1887, la posibilidad de una revolución social resultaba terroríficamente cercana para algunos, pero no lo bastante para otros. En Trafalgar Square, los discursos diarios pronunciados por socialistas y reformistas como William Morris, Annie Besant, Eleanor Marx y George Bernard Shaw provocaron movilizaciones; los desfiles con cánticos y banderolas de miles de personas llenaban las calles y conducían inevitablemente a la violencia. La Policía Metropolitana y la Corte Suprema de Bow Street trabajaban a jornada completa para intentar contener a los manifestantes y vaciar la plaza de los que consideraban indigentes y agitadores; sin embargo, como ante una marea imparable, en cuanto los echaban, volvían de inmediato.

El error fatal llegó cuando, el 8 de noviembre, *sir* Charles Warren, el comisionado de la policía, prohibió todas las reuniones en Trafalgar Square. Aquellos que habían llegado a considerar ese punto del corazón de Londres como un lugar de encuentro para el hombre de a pie y foro para la acción política se lo tomaron como una declaración de guerra. Había una manifestación prevista para el 13 de ese mes. El pretexto era exigir la excarcelación de un miembro del Parlamento, el irlandés William O'Brien, pero las quejas expresadas por los manifestantes fueron mucho más allá de aquella «*cause célèbre*» particular. Más de cuarenta mil hombres y mujeres se reunieron para dejar claro qué opinaban. Los recibieron dos mil policías, así como la Guardia de Corps de la reina y los granaderos. Los enfrentamientos empezaron casi de inmediato y la policía cayó sobre los manifestantes con sus porras. A pesar de los ruegos para que la concentración se desarrollara de forma pacífica, muchos de los participantes habían venido equipados con tuberías de plomo, cuchillos, martillos y ladrillos; cuarenta manifestantes fueron detenidos; hubo más de doscientos heridos en el tumulto y murieron dos personas por lo menos. Desgraciadamente, el Bloody Sunday o Domingo Sangriento, como llegó a ser conocido, no marcó el final de los conflictos. El ruido de los cristales rotos y los estallidos de rabia pública continuaron bien avanzado el año siguiente.

Por esos dos escenarios se movían dos mujeres cuyas vidas y muertes llegaron a definir el siglo XIX; una era Victoria, que dio nombre a la época: 1837-1901. La otra era una mujer sin hogar llamada Mary Ann, *Polly*, Nichols, que se contaba entre los acampados de Trafalgar Square aquel año.

Contrariamente a la soberana, su identidad permaneció largo tiempo olvidada, aunque el mundo recordaría con mucha fascinación e incluso deleite el nombre de su asesino: Jack el Destripador.

Más o menos doce meses pasaron entre el Jubileo de Oro de la reina y el asesinato de Polly Nichols, el 31 de agosto de 1888. Ella iba a convertirse en la primera de las cinco víctimas «canónicas» de Jack el Destripador, o de aquellas cuyos asesinatos la policía determinó que habían sido cometidos por la misma mano en el barrio de Whitechapel, en el East End. Tras su asesinato se descubrió el cuerpo de Annie Chapman en un patio cercano a Hanbury Street, el 8 de septiembre. A primera hora de la mañana del día 30 de ese mismo mes, el Destripador consiguió golpear dos veces. En lo que llegó a ser conocido como «el doble hecho», acabó con las vidas de Elizabeth Stride, que fue encontrada en Durfield's Yard, junto a Berner Street, y de Catherine Eddowes, asesinada en Mitre Square. Tras una breve pausa en su racha de crímenes, cometió su última atrocidad el 9 de noviembre: una mutilación total del cuerpo de Mary Jane Kelly, mientras yacía en su cama en el número 13 de Miller's Court.

La brutalidad de los asesinatos de Whitechapel sorprendió a Londres y a todo el que leyera los periódicos. A todas las víctimas del Destripador les habían rebanado la garganta. Cuatro de las cinco fueron evisceradas. Con excepción del último crimen, todas las demás muertes ocurrieron al aire libre, al amparo de la oscuridad. En cada caso, el asesino consiguió huir, sin dejar rastro alguno de su identidad. Como el barrio en el que ocurrieron los crímenes estaba tan densamente poblado, los ciudadanos de a pie, la prensa e incluso la policía pensaron que eso era algo verdaderamente notable. El Destripador siempre parecía ir un fantasmal y macabro paso por delante de las autoridades, lo que confería a los crímenes un aura terrorífica y casi sobrenatural.

La División H de la Policía Metropolitana, con base en Whitechapel, hizo lo que pudo con sus recursos, pero, como nunca se habían encontrado con un caso de asesinato de esa escala y magnitud, rápidamente se vieron sobrepasados. Se llevaron a cabo investigaciones casa por casa por toda la zona y se recogió y analizó una amplia variedad de material forense. La policía se vio asediada por declaraciones y cartas de gente que pretendía haber sido testigo, gente que ofrecía ayuda, y otros que eran simples cuentistas. En total, se entrevistó a más de dos mil personas, y más de trescientas fueron investigadas como posibles sospechosos. Incluso con la ayuda adicional de Scotland Yard y de la policía de la ciudad de Londres,

nada de esto dio frutos. Mientras tanto, a medida que los policías escribían en sus cuadernos y seguían a posibles malhechores por oscuros callejones, el Destripador seguía matando.

Mientras el «otoño de terror» avanzaba, Whitechapel se llenó de periodistas ansiosos por excavar en aquella mina de oro del sensacionalismo con sus lápices bien afilados. La inevitable intrusión de la prensa entre la investigación policial en curso y una población del East End que vivía en estado máximo de alerta acabó siendo explosiva. En ausencia de cualquier información concluyente por parte de la policía, los periódicos estaban dispuestos a proporcionar sus propias teorías sobre el asesino y su *modus operandi*. Los periódicos volaban de los puestos y la caza de más contenido y mejores puntos de vista se convirtió en insaciable. Invariablemente, el embellecimiento, la invención y las *fake news* se abrieron camino hasta las páginas. Sin embargo, los rumores impresos y los artículos exaltados que denigraban los esfuerzos de la policía hicieron muy poco por calmar la preocupación de los habitantes de Whitechapel. Hacia mediados de septiembre, se describió a los habitantes como «presas del pánico»; la mayoría de ellos estaban demasiado aterrorizados como para abandonar sus casas por la noche. Multitudes vociferantes se reunieron frente a la comisaría de policía de Leman Street para exigir la detención del asesino, y comerciantes locales deseosos de encargarse personalmente del asunto fundaron la Sociedad de Vigilancia de Whitechapel. Mientras tanto, la prensa especulaba salvajemente sobre la identidad del culpable: era un hombre de Whitechapel; era un ricachón del West End; era un marinero, un judío, un carnicero, un cirujano, un extranjero, un lunático. No, no era una banda de extorsionistas. Los habitantes del vecindario empezaron a atacar a cualquiera que se ajustara a tales descripciones: se asaltó a médicos con sus maletines; hombres que llevaban paquetes eran denunciados a la policía. Aunque los asesinatos les repugnaban, había mucha gente grotescamente interesada en ellos. La muchedumbre crecía frente a la comisaría de Leman Street, pero también se reunía en torno a los escenarios de los crímenes. Algunos se quedaban mirando los lugares donde se habían cometido aquellos horrendos asesinatos con la esperanza de encontrar respuestas, mientras que a otros simplemente les atraía el espectáculo del horror.

Como la policía no había logrado atrapar y acusar a sospechoso alguno, nunca se cumplió el deseo de que se hiciera justicia en un proceso judicial. Lo único que ofrecía algunas respuestas y ciertas conclusiones fue la serie de investigaciones forenses de los crímenes. Estas se llevaron a cabo

públicamente en Whitechapel y en la ciudad de Londres después de cada asesinato. Los periódicos informaron ampliamente de ellas. En la investigación forense, como si fuese un proceso criminal, se llamó a testigos ante el juez para que dieran su versión y poder desentrañar el misterio de cómo habían sido los asesinatos. La mayor parte de la información acerca de las cinco víctimas procede de las declaraciones hechas durante las investigaciones; sin embargo, estas presentan problemas en relación con el relato de cómo sucedió todo. Los exámenes no eran exhaustivos, hubo dudas en el jurado y jamás se cuestionó la inconsistencia de algunos testimonios. Así pues, la información que surgió de las investigaciones solo removi6 la superficie de un pozo mucho más profundo y oscuro.

Si para algo sirvieron los asesinatos de Whitechapel fue para poner al descubierto las espantosas e incalificables condiciones de los pobres de aquel barrio. Los campamentos y los tumultos de Trafalgar Square no eran más que una manifestación visible de lo que había sido un mal crónico en el East End y en las partes más empobrecidas de Londres. Jack el Destripador puso más el foco en esos problemas.

La mayoría de los periodistas que hablaban del reinado de Victoria, los reformadores sociales y los misioneros habían denunciado los horrores de lo que observaban en el East End, pero la situación se agudizó durante las décadas de 1870 y 1880, pues los efectos de «la Larga Depresión» desgastaron la economía. La labor que podía hacer la enorme masa de trabajadores no especializados de Londres (los que cosían y lavaban tejidos, los que acarreaban ladrillos, quienes recogían mercancías, los que vendían por las calles o descargaban los barcos) estaba muy mal pagada y resultaba poco segura. El trabajo temporal en los muelles se pagaba a no mucho más de quince chelines a la semana; los «hombres-sándwich» que portaban anuncios por las calles podían ganar un chelín y ocho peniques al día. Para empeorar las cosas, los alquileres no hacían más que subir. La destrucción de grandes zonas de alojamientos de bajo precio por toda la capital para hacer sitio a las vías de tren y a nuevas y amplias vías públicas como Shaftesbury Avenue había tenido el efecto de enviar a los pobres de Londres hacia espacios más pequeños y más densamente poblados.

Whitechapel era uno de los más conocidos, pero no era ni mucho menos el único reducto de pobreza de la capital. Tal como reveló el extenso estudio del reformador social Charles Booth de las áreas empobrecidas de Londres en la década de 1890, bolsas de desamparo, delincuencia y miseria crecían por toda la metrópolis, incluso dentro de zonas acomodadas. Sin embargo, la

reputación de Whitechapel superaba a la de Bermondsey, Lambeth, Southwark y Saint Pancras; se consideraba la zona más sórdida. A finales del siglo XIX, setenta y ocho mil almas se apretujaban en ese barrio de almacenes, pensiones, fábricas, talleres clandestinos, mataderos, «habitaciones amuebladas», pubs, *music halls* baratos y mercados. Su numerosísima población era espiritual y culturalmente diversa, además de multilingüe. Durante dos siglos al menos, Whitechapel atrajo a inmigrantes de toda Europa. A finales del siglo XIX, un gran número de ellos eran irlandeses desesperados por huir de la pobreza rural de su país. En la década de 1880 se unieron a ellos grupos de judíos que huían de los pogromos de Europa del Este. En una época en la que las nacionalidades, las razas y las religiones diversas eran muy sospechosas, la integración, incluso dentro de los suburbios, no era fácil. De todos modos, independientemente de sus antecedentes, los investigadores sociales de Booth consideraban a aquellos residentes como bastante uniformes en términos de su clase social. Aparte de un pequeño número de excepciones de clase media, un porcentaje significativo de los habitantes de Whitechapel era identificado como «pobre», «muy pobre» o «semidelincuente».

El oscuro corazón latente en el centro de este barrio era Spitalfields. Allí, junto al mercado de frutas y verduras y la blanca torre de Christ Church que dominaba los alrededores, se encontraban algunas de las peores calles y alojamientos de la zona, si no de todo Londres. Incluso la policía temía pasar por Dorset Street, Thrawl Street, Flower and Dean Street y las pequeñas avenidas contiguas. Bordeadas sobre todo por pensiones baratas de mala nota (o «*doss houses*») y casas decrepitas cuyos interiores húmedos y desmoronados habían sido divididos en «habitaciones amuebladas» individuales para alquilar, aquellas calles y sus desesperados habitantes se convirtieron en la ejemplificación de todo lo que estaba podrido en Inglaterra.

Los que se aventuraban en este abismo desde la seguridad del mundo victoriano de clase media quedaban estupefactos ante lo que se encontraban. Las aceras levantadas, las tenues luces de gas, los escapes de aguas fecales, los charcos putrefactos de aguas insalubres y las calles llenas de basuras hacían prever los horrores físicos de lo que se escondía en el interior de los edificios. Familias enteras vivían en habitaciones llenas de plagas, de dos metros y medio por dos metros y medio, con las ventanas rotas. Los inspectores sanitarios encontraron a cinco niños compartiendo una cama junto a un hermano muerto que esperaba a ser enterrado. La gente dormía en el suelo, sobre montones de trapos y paja; algunos habían empeñado todas sus

ropas y les quedaban apenas unos harapos para cubrir su desnudez. El alcoholismo, la desnutrición y la enfermedad reinaban por doquier en aquel círculo interior del infierno, así como la violencia doméstica; en realidad, cualquier forma de violencia. Niñas que apenas habían alcanzado la pubertad se dedicaban a la prostitución para ganar algo de dinero. Los chicos caían con la misma facilidad en el robo y el hurto. A la moralista clase media inglesa le parecía que ante este nivel de brutalidad y bajeza cualquier instinto bueno y recto que solía regir las relaciones quedaba completamente anulado.

En ningún lugar era esto tan visible como en las clásicas pensiones que ofrecían refugio a los demasiado pobres como para permitirse siquiera una «habitación amueblada». Las pensiones daban albergue temporal a los sin techo, que repartían sus noches entre unas camas apestosas, la opresión de los patios de los asilos y el dormir en la calle. Eran refugio de mendigos, delincuentes, prostitutas, alcohólicos crónicos, desempleados, enfermos y viejos, trabajadores temporales y antiguos soldados. La mayoría de los residentes formaban parte de varios de estos grupos. Solo en Whitechapel había doscientas treinta y tres pensiones de este tipo, que albergaban aproximadamente a 8530 personas sin hogar^[3]. Naturalmente, las que estaban en Dorset Street, Thrawl Street y Flower and Dean Street eran las que peor reputación tenían. Por cuatro peniques la noche, se podía conseguir una cama individual, dura, llena de pulgas en un dormitorio sofocante y apestoso. Por ocho peniques te podías hacer con una cama doble igualmente miserable con una separación de madera alrededor. Había pensiones unisex y pensiones mixtas, aunque a las que admitían ambos géneros se las consideraba más degeneradas moralmente. Todos los inquilinos podían usar la cocina comunal, que estaba abierta hasta muy entrada la noche. Los residentes la usaban como lugar de reunión, cocinando pobres comidas y bebiendo té y cerveza unos con otros y con cualquiera que se animase a pasar por allí de visita. Los investigadores sociales y los reformadores que se sentaban a la mesa de esas cocinas quedaban horrorizados ante los modales grotescos y el espantoso lenguaje que oían, incluso por parte de los niños. Pero lo que realmente les parecía peor era la conducta violenta, la suciedad degradante y los retretes llenos a rebosar, además del abierto despliegue de desnudez, relaciones sexuales libres, alcoholismo y descuido de los niños. En la *doss house*, se concentraba bajo un solo techo todo lo malo de los suburbios.

La policía y los reformadores estaban especialmente preocupados por la relación que existía entre las pensiones normales y la prostitución. Como al *dosser* [vagabundo] se le hacían pocas preguntas mientras pudiera pagar los

cuatro u ocho peniques que se pedían por una cama, esos lugares acababan convirtiéndose en focos de inmoralidad. Muchas mujeres que consideraban la prostitución como su principal modo de subsistencia vivían o trabajaban en pensiones, sobre todo tras la publicación del Acta de Enmienda de la Ley Criminal de 1885, que tuvo como resultado el cierre obligatorio de muchos burdeles. Como consecuencia, gran número de prostitutas tuvieron que trabajar en lugares distintos de donde vivían. Una pensión con camas dobles a ocho peniques era un lugar más que adecuado para llevarse a un hombre que hubieran encontrado en la calle. Otras prostitutas preferían dormir en una cama de cuatro peniques, más barata; se veían con sus clientes en rincones oscuros en el exterior, donde completaban rápidos intercambios sexuales, que a menudo no suponían relaciones completas.

Las pensiones proporcionaban refugio a una gran variedad de mujeres que se enfrentaban a una serie de desafortunadas circunstancias. Aunque algunas de ellas recurrían a lo que se ha llamado «prostitución ocasional», suponer que todas lo hacían es erróneo. La gente era imaginativa cuando tenía que reunir su «dinero vagabundo». La mayoría aceptaba trabajos ocasionales y mal pagados relacionados con la limpieza, el lavado de ropa y la venta de mercancías; completaban esos pingües ingresos con préstamos, mendicidad, empeño de bienes y, en ocasiones, robando lo que necesitaban. Unirse a un compañero masculino era también una parte esencial para sufragar los gastos. A menudo, eran relaciones pasajeras que surgían de la necesidad, aunque otras duraban meses o años sin haber sido consagradas por la Iglesia. Los observadores de clase media solían quedarse horrorizados al ver con qué facilidad hombres y mujeres pobres se embarcaban en aquellas relaciones, a las que ponían fin con la misma despreocupación. Que hubiera hijos o no tampoco parecía tener mucha importancia. Naturalmente, ese código de moralidad divergía considerablemente de la norma aceptada y arrojaba una capa más de confusión sobre qué era exactamente lo que las mujeres residentes en aquellas malditas pensiones estaban haciendo para poder tener un sitio donde caerse muertas.

Durante el reino de terror del Destripador, los periódicos, deseosos de escandalizar a la nación con detalles gráficos de la vida en los arrabales, solían afirmar que las pensiones de Whitechapel «eran burdeles en todo menos en el nombre», y que la mayoría de las mujeres que las habitaban eran prostitutas, con muy pocas excepciones. A la luz de los terribles acontecimientos, el ciudadano de a pie estaba dispuesto a creérselo. Y la hipérbole se consolidó, a pesar de que la propia policía percibía los hechos de

un modo muy distinto. Una carta del comisario jefe de la Policía Metropolitana, escrita en plena oleada de crímenes, contaba una historia muy distinta. Tras hacer algunos pequeños cálculos, *sir* Charles Warren calculó que las doscientas treinta y tres pensiones de Whitechapel albergaban aproximadamente a mil doscientas prostitutas. Sin embargo, lo más destacado es que añadía: «No tenemos medios para asegurar qué mujeres son prostitutas y cuáles no»^[4]. En otras palabras, los periódicos no podían afirmar tal cosa, si se tenía en cuenta que la propia policía no podía asegurar quién ejercía la prostitución y quién no.

Las cifras de Warren presentan otro aspecto intrigante. Si la población de las pensiones se componía de 8530 personas, y un tercio de ellas, o sea, 2844 de esos residentes eran mujeres, y si aceptamos que 1200 de esas mujeres podían identificarse como prostitutas, eso indicaría aún que la mayoría, o 1644, no participaban en ningún tipo de prostitución^[5]. Al igual que los habitantes de las pensiones comunes de Whitechapel, las víctimas de Jack el Destripador y sus vidas se habían visto enredadas en una red de suposiciones, rumores y especulaciones infundadas. El tejido de aquellos hilos se inició hace más de ciento treinta años y, curiosamente, sigue inmutable desde entonces. Lo que continúa pesando y define las historias de Polly, Annie, Elizabeth, Kate y Mary Jane son los valores del mundo victoriano. Puntos de vista de hombres autoritarios de clase media. Estas versiones se habían formado en un tiempo en que las mujeres no tenían voz y contaban con muy pocos derechos, cuando a los pobres se les consideraba vagos y degenerados: ser ambas cosas era una de las peores combinaciones posibles. Durante más de ciento treinta años hemos aceptado el polvoriento paquete que se nos entregó. Rara vez nos hemos aventurado a mirar dentro o a retirar el grueso envoltorio que nos ha impedido conocer a esas mujeres o sus auténticas historias.

Jack el Destripador mataba prostitutas, o eso se ha creído siempre, pero no hay una base sólida para asegurar que tres de sus cinco víctimas ejercieran la prostitución. En absoluto. Como los cuerpos se encontraban en oscuros patios o callejones, la policía asumía que eran prostitutas y que las había matado un maniaco que las había llevado hasta aquel lugar en busca de sexo. No hay ni hubo nunca pruebas de tal cosa. Por el contrario, durante el transcurso de las investigaciones de los jueces de instrucción, se demostró que Jack el Destripador nunca había practicado sexo con sus víctimas. Además, en ninguno de los asesinatos hubo señales de lucha, y las muertes parece que tuvieron lugar en completo silencio. Nadie que estuviera cerca había oído

gritos. Las autopsias concluyeron que las mujeres murieron asesinadas mientras estaban recostadas. En al menos tres de los casos, se sabía que las víctimas dormían en la calle y que en las noches en que murieron no tenían dinero para ir a una pensión. En el último caso, la víctima falleció mientras estaba en la cama. Sin embargo, la policía estaba tan convencida de sus teorías sobre la elección de víctimas de su asesino que no llegó a la conclusión más obvia: que el Destripador atacaba a las mujeres mientras dormían.

El material procedente de fuentes poco fiables siempre fue el obstáculo principal para descubrir la verdad. Aunque hay un puñado de informes policiales, las investigaciones de los jueces de instrucción proporcionan la mayoría de lo que se sabe de los crímenes reales y de las víctimas. Por desgracia, en tres de los cinco casos, falta la documentación oficial. Lo único que queda es un cuerpo de informes periodísticos editados, embellecidos, mal entendidos y reinterpretados de los cuales puede extraerse un panorama general de los hechos. Por mi parte, me he aproximado con mucho cuidado a estos documentos; nada que contuvieran se ha tomado como una verdad revelada. De igual modo, también he evitado usar información insustancial que pudieran haber proporcionado testigos que no conocían a las víctimas antes de su muerte.

Mi intención al escribir este libro no es descubrir quién fue el asesino. Más bien pretendo recordar las huellas de esas cinco mujeres, tener en cuenta sus experiencias dentro del contexto de la época y saber quiénes fueron. Se las ha solido despreciar, pero eran hijas que lloraron por sus madres; eran jóvenes que se enamoraron; mujeres que sufrieron partos y padecieron las muertes de sus padres; chicas que rieron y celebraron la Navidad. Se pelearon con sus hermanos, lloraron, soñaron, se sintieron heridas, disfrutaron de pequeños triunfos. Sus vidas fueron un reflejo de las de otras muchas mujeres de la época victoriana; pero la forma en que murieron las puso en el foco. Por ellas he escrito este libro. Espero que las páginas que siguen sirvan para conocer sus historias y devolverles la dignidad que se les arrancó tan brutalmente.

PARTE I

Polly

26 de agosto de 1845 - 31 de agosto de 1888

La hija del herrero

*L*os cilindros giraban. Las correas se movían. Los engranajes entrechocaban y zumbaban mientras los tipos y la tinta presionaban el papel. Los suelos temblaban; las luces estaban encendidas a todas horas. En algunas habitaciones, largas hojas llenas de palabras colgaban de los techos en secaderos: en otras, había torres de cajas de madera llenas de pequeños tipos de metal. Había habitaciones en las que varios hombres se inclinaban y moldeaban cuero, grababan cubiertas con panes de oro y cosían encuadernaciones. Había cobertizos en los que se grababan planchas de cobre y se fundían letras. Había almacenes llenos de libros y periódicos y revistas, fragantes con el delicioso perfume del papel fresco y de la tinta acre. Fleet Street, y todas las callejuelas que la rodeaban, era una colmena compartimentada de impresores. Cada infatigable trabajador estaba envuelto en lona; sucios mandiles y manchados delantales eran la única moda; cuanto más llenos de hollín y más negros, más duro era el trabajador. Los chicos de la imprenta llevaban sus recados cubiertos de la cabeza a los pies de polvo de tinta. Difícilmente había un solo hombre en la parroquia de editores de Saint Bride que hubiera podido presumir de no tener manchados los dedos; tampoco lo hubiera querido. Este era el hogar del autor, del impresor, del periodista, del librero y de todos aquellos cuyas profesiones dependían de la palabra escrita.

Fleet Street y sus pobladas bocacalles rebosaban de tráfico humano. Como comentó un escritor, era posible mirar hacia atrás desde Ludgate Hill, cerca de la catedral de San Pablo, y no ver «nada más que una masa oscura, confusa, rápida de hombres, caballos y vehículos» sin que se viera «ni un metro de acera; solo las cabezas a lo largo de las filas de casas, y en la calzada, también, un océano de cabezas»^[6]. Entre esta ancha vía pública y la de High Holborn, que era paralela, había una compacta red de callejones y pasajes más pequeños bordeados de estructuras de madera carcomida y húmedos edificios de ladrillo que habían sido desde el siglo XVII los hogares y talleres de impresores, pensadores y escritores empobrecidos. Nadie se encontraba lo bastante lejos de su vecino como para no oír un estornudo, un gemido o incluso un suspiro. En verano, con las ventanas abiertas de par en

par, el golpeteo y el girar de las prensas (las que funcionaban a vapor y las de mano) podían oírse prácticamente por todas las calles.

Entre toda esta cacofonía, Caroline Walker dio a luz a su segunda hija, Mary Ann. Nació el 26 de agosto de 1845, un día que los periódicos de la zona describieron como «soleado y seco». La vivienda en la que vino al mundo, una casa ruिनosa de doscientos años de antigüedad conocida como Dawes Court, en Gunpowder Alley, Shoe Lane, una dirección digna de cualquier heroína de Charles Dickens. Sin duda, el autor de *Oliver Twist* había llegado a conocer íntimamente aquellos lóbregos patios y fétidos callejones en su juventud, mientras trabajaba como limpiabotas o cuando más tarde escribía en habitaciones cercanas. Polly, como llamaban a la hija de Caroline Walker, pasaría sus primeros años en los mismos lugares que el Fagin de la ficción y sus chicos carteristas.

Los Walker nunca habían sido una familia rica; dadas las limitaciones de la profesión de su padre, tampoco tenían posibilidades de llegar a serlo. Edward Walker había sido aprendiz de herrero en Lambeth, en la otra orilla del Támesis, hasta que el trabajo en la «calle de la Tinta» lo atrajo al otro lado del río. Se había especializado en hacer cerraduras; después, probablemente por su emplazamiento, en el fundido de tipos o la creación de fuentes^[7]. Aunque el oficio de herrero era un trabajo especializado y respetado, apenas se ganaba lo suficiente para vivir. Al principio de su carrera, a un oficial herrero podían pagarle entre tres y cinco chelines al día; cuando conseguía un puesto fijo, podía llegar al menos a seis chelines y seis peniques. Aunque, si la familia crecía, había que estirar al máximo cualquier penique extra^[8].

Edward, Caroline y sus tres hijos (Edward, nacido dos años antes que Polly, y Frederick, cuatro años después) salían adelante con esos ingresos. Vivían modestamente, aunque con cierta comodidad. En las primeras décadas de la época victoriana no era tarea fácil, cuando una enfermedad o la pérdida repentina del trabajo podía provocar que la familia se retrasara en el pago de la renta; de ahí te ibas derecho al asilo. El gasto medio de una familia como la de los Walker se calculaba en una libra, ocho chelines y un penique. El precio del alquiler de una habitación grande o dos pequeñas en el centro de Londres fluctuaba entre los cuatro chelines y los 4,6 chelines a la semana. En comida se iban veinte chelines más, mientras que un chelín y nueve peniques era lo menos que uno podía esperar gastar en carbón, madera, velas y jabón^[9]. Un trabajador especializado como Edward Walker también podía ahorrar unos peniques; en la educación de sus hijos se le irían un chelín y tres peniques.

Aunque la escolaridad no fue obligatoria hasta 1876, los padres más prósperos de clase trabajadora solían enviar a sus hijos varones (y a veces a las chicas) a escuelas locales de caridad o de pago. Esto ocurría sobre todo entre las familias asociadas al oficio de la imprenta, donde la alfabetización no solo estaba muy valorada, sino que se consideraba fundamental. Algunos patronos, como, por ejemplo, Spottiswoode & Co, uno de los principales editores de la época, llegaban a ofrecer la escolarización en la fábrica a los niños menores de quince años, y también poseían una biblioteca de préstamos para su personal con el objetivo de fomentar la alfabetización en casa. Aunque puede que Polly y su hermano Edward no tuvieran acceso a tal recurso, es probable que acudieran a una escuela nacional o a una escuela británica. Las escuelas nacionales, como la Escuela Nacional de la Ciudad de Londres, sita en la cercana Shoe Lane, estaban dirigidas por la Iglesia anglicana y ofrecían una educación a tiempo parcial para niños que aún no tenían que llevar un sueldo a casa. Las escuelas británicas, preferidas por las familias trabajadoras que se consideraban un poco por encima de las más pobres de la comunidad, ofrecían lo que se consideraba una experiencia docente algo más rigurosa, en la que los niños mayores enseñaban a los más pequeños bajo la vigilancia de una maestra o maestro. Como Edward Walker parece haber sido un firme defensor de la educación, a Polly, de manera poco frecuente para lo que solía ocurrirles a las chicas de su clase, se le permitió seguir yendo a la escuela hasta los quince años. Durante ese tiempo, cuando lo habitual era enseñar a leer pero no a escribir a las niñas de clase trabajadora, Polly aprendió correctamente ambas disciplinas. Aunque los Walker hubieran podido permitirse pocos lujos, el acceso a material escrito quizá fuera la única ventaja que tuvo Polly al crecer cerca de la calle de la Tinta.

Había pocas comodidades más que pudieran disfrutarse en las casas donde pasó su juventud. Los Walker nunca vivieron lejos de Shoe Lane ni de High Holborn. De Dawes Court se mudaron a Dean Street, Robinhood Court y Harp Alley. El espacio y la privacidad eran lujos casi desconocidos en los alojamientos apiñados en el interior de las estrechas calles medievales de las parroquias de Saint Bride y Saint Andrew. Una investigación de 1844 sobre el estado del alojamiento en los populosos distritos de Londres descubrió que los edificios situados en patios cerrados y callejones estrechos, como en el que vivían los Walker, eran algunos de los «peor acondicionados [...] mal ventilados y sucios [...] de todo el vecindario». La mayoría de las familias compartían una habitación, cuyas «medidas habituales eran de 2,5-3 metros

por tres metros, y de 1,8 a 2,5 metros del suelo al techo»^[10]. En esas habitaciones compactas se apiñaban familias enteras. Dawes Court, que había sido una casa grande de estructura de madera y paredes de escayola, se había dividido en tres hogares separados antes de trocearse aún más en habitaciones individuales de alquiler. La habitaban no menos de cuarenta y cinco personas. Un lecho podía bastar para una familia entera; debajo se improvisaban camas nido para los niños más pequeños. Una mesa y unas cuantas sillas hacían las veces de sala, comedor y vestidor. Cada rincón contenía algo útil, desde escobas, ollas y cubos a sacos de cebollas y carbón. Los trabajadores sociales se preocupaban por semejantes condiciones de vida y por el impacto que podían tener en la moral y la decencia de la esforzada clase trabajadora. Padres, hijos, hermanos y familiares se vestían, se lavaban, practicaban sexo y, si no había «recintos adyacentes», defecaban unos delante de otros. Mientras un miembro de la familia preparaba la comida, un niño enfermo con fiebre alta podía estar vomitando al lado en un orinal, mientras que un padre o un hermano estaba por allí medio desnudo cambiándose de ropa. Los maridos y las mujeres engendraban a sus hijos al lado de los actuales. Poco podía esconderse de la condición humana.

Aunque costaran cuatro chelines a la semana, el estado de aquellos edificios era lamentable. Los inquilinos se encontraban con paredes húmedas y agrietadas, techos manchados de hollín con escayola cayendo a capas, suelos carcomidos, ventanas rotas o que no encajaban y agujeros que dejaban pasar la lluvia y el viento. Las chimeneas obstruidas devolvían el humo a las habitaciones y contribuían a la aparición de una gran cantidad de enfermedades respiratorias. Los pasillos interiores y las escaleras no estaban mucho mejor; a veces, eran incluso peligrosos. De uno de esos edificios se describía: «Una barandilla rota» y unas escaleras no mucho mejor; «una pesada bota ha atravesado ya un escalón y muy poco falta [...] para que el conjunto ceda y se derrumbe»^[11].

Sin embargo, las cuestiones urgentes, como el acceso a agua limpia, las cañerías y el aire fresco solían preocupar más a los habitantes que su modo de vivir amontonados en edificios ruinosos. Los pequeños patios de la ciudad eran los que se llevaban la peor parte, y los inspectores solían encontrar una única fuente de agua para dar servicio a un gran número de hogares. Casi todos los barriles en los que se almacenaban los suministros de agua estaban más o menos contaminados por «una asquerosa capa acumulada en la superficie». En algunos casos, los residentes tenían que echar mano de «aguas residuales» para cocinar o limpiar, agua que se recogía en charcos estancados

que en verano apestaban. Como muchos de esos edificios no tenían pozos negros, los contenidos de los orinales se vaciaban «en los patios o calles, donde se quedaban hasta que la lluvia se los llevaba a las alcantarillas»^[12]. Como era de esperar, los brotes mortales de cólera, tifus y lo que los inspectores médicos describían de manera general como «fiebres» proliferaban, sobre todo en los meses más cálidos.

Como sabían demasiado bien las clases trabajadoras de la capital, los alojamientos sucios y superpoblados eran el caldo de cultivo ideal para las enfermedades. Las habitaciones llenas de humo, así como las nocivas «nieblas» amarillas de Londres, no contribuían en nada a mejorar la salud de los que trabajaban demasiado y se alimentaban mal. Polly lo aprendería antes de cumplir los siete años. En la primavera de 1852, su madre enfermó. Al principio, Caroline mostraba lo que parecían ser síntomas de gripe, pero la tos empeoró con el tiempo. Cuando la tuberculosis empezó a consumirle los pulmones, su horrible carraspeo se manchó de sangre. Febril, esquelética y agotada, continuó su declive hasta el 25 de noviembre.

Dejó tras de sí un viudo y tres hijos, el más pequeño de los cuales, Frederick, no había cumplido aún los tres años. En una época en la que no se esperaba que un trabajador se ocupara de los niños pequeños, que Edward Walker insistiera en hacerlo da buena prueba del afecto que tenía a su familia. En lugar de dejar a sus hijos con familiares, o incluso al cuidado de un asilo, Walker estaba decidido a proporcionarles un hogar. Como nunca se volvió a casar, parece que la hermana mayor de Caroline, Mary Webb, pudo haberse ocupado de la tarea de cuidar a los niños y atizar la chimenea^[13].

Cuando murió, Caroline no podía sospechar que había contagiado su enfermedad a Frederick ni lo peligrosa que había sido su constante proximidad con los niños. Hasta finales de siglo, la tuberculosis fue una gran desconocida. Como se extendía por medio de partículas que viajaban por el aire durante un periodo de exposición regular, fue uno de los grandes asesinos de la época victoriana, sobre todo dentro de los grupos familiares. Las mujeres que cuidaban a parientes y vecinos enfermos solían introducir la infección en sus casas, de forma involuntaria. Menos de dieciocho meses después de la muerte de su madre, Frederick enfermó. Al darse cuenta de que el niño no viviría, Edward y Mary lo bautizaron. Fue el 14 de marzo de 1854. Un mes más tarde, enterraron a Frederick junto a su madre en la iglesia de Saint Andrew en Holborn.

A pesar de contar con la ayuda de una tía y de otras mujeres de la familia, Polly tuvo que crecer deprisa. Lo quisiera o no, sobre ella había caído la

responsabilidad de ser la mujer de la casa, aun con lo joven que era. Según testimonios de la época, se esperaba que la hija de un padre desconsolado «fuera un consuelo para su padre viudo» y que «mantuviera su casa y se ocupara de su familia». En ausencia de la madre, su primer deber, incluso por encima de su educación, era el hogar. Eso también le impediría buscar un trabajo a tiempo completo, lo que habría hecho necesario que viviera en otra parte^[14]. Sin duda, a los nueve años, Polly ya habría adquirido las habilidades necesarias para mantener una casa y cocinar para su padre y su hermano. Como dictaban las convenciones, también parece que permaneció bajo el techo de su padre durante su adolescencia, en lugar de buscar trabajo como sirvienta, como solían hacer las chicas de su condición. El sueldo de Edward pudo cubrir las necesidades de su familia, y los días de Polly pasaban entre sus deberes domésticos y el lujo de una escolarización prolongada hasta su adolescencia.

Como resultado de la desgracia familiar, parece haberse forjado un estrecho lazo entre Polly y su padre, que duró durante la mayor parte de su vida. Aunque se esperaba que la niña asumiera la carga física del papel de su madre en la casa, la sociedad victoriana también contemplaba que la hija proporcionara a su padre el apoyo emocional del que carecía. La literatura de la época suele dibujar a las hijas de los padres viudos como parangones de generosa devoción: comportamiento perfecto, sin necesidades infantiles, apañadas, amables e inocentes. La Florence Dombey de Charles Dickens, de *Dombey e hijo*, una historia escrita el año posterior al nacimiento de Polly, era uno de esos personajes irreprochables. Tras perder a su madre, lucha con éxito para ganarse y asegurarse el amor de su padre viudo gracias a su fuerza moral y su sacrificio. En el caso de Polly y de Edward Walker, parecían sentir devoción el uno por el otro.

Durante la mayor parte de su vida, Polly rara vez estuvo muy lejos de su padre, incluso en la elección de marido. En 1861, William Nichols, de diecinueve años, vivía en una pensión de hombres en el 30-31 de Bouverie Street, y trabajaba como almacenista, seguramente en el negocio de la impresión. Nichols era hijo de un pintor de heráldica, los que tradicionalmente pintaban escudos sobre carruajes y letreros; en el siglo XIX, se fueron reconvirtiendo para dedicarse cada vez más a la papelería y las cubiertas de libros. En algún momento anterior a la primavera de 1861, William salió de su lugar de nacimiento, Oxford, para empezar a trabajar como impresor. Bouverie Street era el corazón del negocio. Al menos siete revistas y periódicos tenían sus oficinas entre los números 10 y 25 de esa

calle, entre ellos el *Daily News*, editado en otro tiempo por Dickens, y la revista *Punch*, cofundada por el investigador social Henry Mayhew. El Londres que contaban estos dos escritores era el Londres de William Nichols y de los Walker. Mayhew, como Dickens, había conocido las deudas y la pobreza; había experimentado la precariedad de la vida junto con gran parte de la fraternidad de los impresores de la zona. El mundo de «Grub Street», como se llamó desde el siglo XVII, era una comunidad estrecha de hombres que procedían de muchas partes, que escribían, leían, producían y vendían textos, que bebían juntos, que se pedían prestado dinero unos a otros y cuyos familiares se casaban entre sí.

En esta historia dickensiana, la huérfana hija del herrero conoció a William Nichols, un joven de rostro ancho y luminoso, de pelo claro. Como Nichols era de la edad del hermano de Polly, que trabajaba como «ingeniero», es posible que Edward se lo presentara a la familia. Con dos pastores guardando a la pequeña joven, de pelo oscuro y ojos castaños, William se aseguró de congraciarse con su círculo más cercano. Poco antes de las navidades de 1863, se hizo y se aceptó una propuesta de matrimonio. Se leyeron las amonestaciones y, el 16 de enero de 1864, Polly, de dieciocho años, y su amado se casaron en Saint Bride, la iglesia de los impresores. Orgulloso, William citó su profesión en el registro.

La boda de Polly cambiaría la vida familiar. Su padre y su hermano, que se habían acostumbrado a apoyarse en ella, tendrían que aceptar a otro hombre en la casa; además, era probable que pronto tuvieran hijos. Los Walker-Nichols se trasladaron al 17 de Kirby Street, situado en el ruinoso barrio de Saffron Hill, al norte de High Holborn. Como eran dos familias que vivían como una sola, buscaron tres habitaciones separadas, para que la pareja pudiera disfrutar de cierto grado de intimidad. No obstante, el edificio de Kirby Street donde acabaron (dividido en tres pisos, cada uno ocupado por una familia) no debió de suponer una gran mejora.

Como estaba previsto, tres meses después de su boda, Polly ya esperaba el primer hijo de la pareja. El 17 de diciembre de 1864, los llantos de William Edward Walker Nichols llenaron las habitaciones del 17 de Kirby Street^[15]. En el otoño de 1865, la señora Nichols volvía a estar embarazada; necesitaban una casa más grande.

En la década de 1860, para una familia trabajadora era mejor vivir al sur del Támesis, en Southwark, Bermondsey, Lambeth, Walworth o Camberwell, en lugar de las cercanías de Fleet Street, en las zonas de Holborn y Clerkenwell. Por cuatro o cinco chelines a la semana, se podía alquilar una

casita con tres o cuatro habitaciones, y posiblemente con un jardín trasero. Pero tampoco es que hubiera una gran disponibilidad de viviendas en la zona ni que saliera mejor económicamente, a menos que encontraran un trabajo bien pagado no demasiado lejos. En el verano de 1866, los Walker-Nichols volvieron a Walworth, la parte de la capital en la que Edward Walker había pasado su juventud. Los seis miembros de la familia alquilaron una casa en el 131 de Trafalgar Street, en lo que se describía como «casitas adosadas de ladrillo de dos pisos». Aunque la calle y sus edificios eran de construcción relativamente reciente (se habían construido poco después de 1805), el paso de los años ya había hecho mella en ellos. La demanda constante de alojamientos asequibles implicaba que aquellas casas (diseñadas otrora para las clases medias georgianas) estaban ahora, en la época victoriana, divididas y ocupadas por numerosas familias. Los vecinos de William y Polly eran carpinteros, maquinistas, tenderos y mozos de almacén, cuyas grandes familias vivían en apenas más espacio que el que habían conocido en Holborn. Los Walker-Nichols, con tres hombres que ganaban un sueldo, tenían más suerte, pues podían permitirse vivir en las cuatro habitaciones de su casa. Sin embargo, esa situación no iba a durar.

En el hogar victoriano de clase trabajadora, el nivel de confort de una familia subía y bajaba como la marea con cada nacimiento o muerte. A medida que empezó a aumentar el número de hijos de los Nichols, sus medios para sobrevivir siguieron estirándose. El hijo mayor no consiguió vivir más de un año y nueve meses, pero a la familia pronto se les unieron otros. Edward John fue el primer hijo que nació en la casa de Trafalgar Street. Fue el 4 de julio de 1866. Lo siguieron dos años más tarde George Percy, el 18 de julio, y Alice Esther en diciembre de 1870. Durante la mayor parte de su vida, Polly tuvo la suerte de vivir bajo un techo financiado por al menos dos hombres que trabajaban y en el que había pocos dependientes, pero tal equilibrio cambió a medida que las vidas de los Walker-Nichols evolucionaban. Poco después del nacimiento de su hija, el hermano de Polly se fue de casa para fundar una familia propia. La pérdida de la contribución económica de Edward sumada a la llegada de una boca más que alimentar debió de hacer que los Nichols tuvieran que apretarse el cinturón y preocuparse seriamente por el futuro.

Los respetables de Peabody

*E*n enero de 1862 había pocos lugares peores que Londres para ser estadounidense. Tal como Estados Unidos se dividió entre unionistas y confederados en los primeros meses de la guerra civil, lo mismo le ocurrió a la pequeña comunidad expatriada de yanquis y sudistas que se encontraban en los salones de Mayfair. Anteriormente, en noviembre de 1861, un barco británico, el Trent, quedó atrapado cuando la armada de la Unión lo abordó para capturar a la misión sudista que viajaba a Londres. El Parlamento, la prensa y el público lector de periódicos se alzaron contra esta flagrante agresión estadounidense. Cuando los hombres de negocios de Virginia con base en Grosvenor Square rompieron su amistad con los inversores neoyorquinos y los londinenses maldijeron el nombre de Abraham Lincoln, el financiero George Peabody estaba desesperado en su oficina de Broad Street. Poco antes del incidente del Trent, Peabody había querido hacer una generosa donación a los «pobres y necesitados [de su ciudad de adopción] para fomentar su comodidad y felicidad»^[16]. Se habló de varias posibilidades: una donación a escuelas de caridad o una inversión en un plan de fuentes municipales de agua potable, pero Peabody deseaba tratar directamente lo que le parecía el problema más urgente entre la clase trabajadora: el alojamiento.

El mismo Peabody había tenido unos comienzos humildes; había sido aprendiz en una tienda de ropa de Massachusetts y se había abierto camino hasta ser propietario de un negocio internacional de importación y exportación. En 1838 había trasladado su cuartel general a Londres y acabó expandiéndolo a la banca. Cuando se retiró en 1864, su socio J. S. Morgan (de la familia Morgan de banqueros) asumió el control de su firma banquero-mercantil, Peabody & Co. Como Peabody no se había casado ni tenía hijos legítimos que heredaran su considerable fortuna, deseaba usarla para hacer el bien y pensó en crear una serie de alojamientos de bajo coste para las familias trabajadoras de Londres. Se estaba a punto de anunciar en los periódicos su donación de ciento cincuenta mil libras cuando el asunto del Trent envenenó hasta tal punto las relaciones entre Estados Unidos y el Reino Unido que Peabody temió que su donación pudiera ser rechazada.

En su carta de condiciones, George Peabody establecía solo un puñado de estipulaciones respecto a quién podría beneficiarse de su nuevo modelo de

alojamiento social. Además de ser londinenses «de nacimiento o residencia», también exigía «que el individuo sea pobre, tenga carácter moral y sea un buen miembro de la sociedad». «Nadie —declaraba más adelante— deberá ser excluido por razones de creencias religiosas o tendencias políticas». Los Edificios Peabody serían casas para todo el mundo.

Tras varios meses de tensión, Peabody reveló sus intenciones a la prensa el 26 de marzo de 1862; las obras del primer bloque de los Edificios Peabody, que iban a emplazarse en Commercial Street, en Spitalfields, empezaron. Finalmente, la donación de ciento cincuenta mil libras de George Peabody creció hasta convertirse en medio millón (unos cuarenta y cinco millones de libras actuales). Su generosidad humilló al público británico, contribuyó a cerrar una herida en las relaciones angloamericanas y fue motivo de una carta de agradecimiento de la reina Victoria. También ayudó a que más de treinta mil londinenses salieran de los bajos fondos.

Se recibieron más de cien peticiones para los cincuenta y siete apartamentos disponibles en las oficinas Peabody antes de que el bloque de Commercial Street se inaugurara en 1864. Como George Peabody había imaginado, la demanda fue muy grande. Se adquirieron más emplazamientos y se despejaron terrenos para construir más pisos en Islington, Shadwell, Westminster y Chelsea. En 1874, empezaron las obras en Lambeth, junto a Stamford Street, cerca de los grandes locales de la imprenta propiedad de William Clowes e Hijos.

Como la finalidad de Peabody consistía en fomentar la salud, la felicidad y el bienestar moral de las clases trabajadoras, quería que sus viviendas ofrecieran un alojamiento que fuera superior a cualquier otra cosa que estuviese a disposición de los trabajadores. A diferencia de los mohosos techos e infectos interiores de la mayor parte de viviendas de artesanos, los Edificios Peabody estaban hechos de ladrillo, con suelos de madera y paredes de cemento blanco. En Stamford Street, los bloques de cuatro pisos, consistentes en apartamentos de una, dos, tres y cuatro habitaciones con iluminación de gas, estaban rodeados de un patio y disfrutaban de todas las comodidades modernas. «Hay varios armarios, uno en la cocina que tiene encima una fresquera para carne, con puertas de zinc perforado. En el pasillo exterior hay un depósito de carbón de construcción limpia e ingeniosa, capaz de contener media tonelada», escribió el *Daily News* respecto al complejo de Southwark Street, vecino a Stamford Street. En los apartamentos de varias habitaciones, una estaba «destinada a cocinar [...] con cocina, horno, caldera, etcétera»^[17]. Stamford Street incluso proporcionaba a sus residentes raíles

para colgar cuadros «para evitar la necesidad de clavar clavos en las paredes». Con una habitación central destinada a cocinar, comer y vivir, los miembros de la familia podían disfrutar del grado de privacidad que les proporcionaban los dormitorios separados, o podían incluso usar una habitación adicional como sala de estar^[18]. Los periodistas de clase media solían señalar lo pequeñas que eran las habitaciones (de 4 a 5 metros de largo por 3 o 3,5 de ancho), pero esas dimensiones suponían una considerable mejora del espacio para vivir con el que la mayoría de las familias habían tenido que enfrentarse en los alojamientos de los suburbios.

El mantenimiento de la higiene resultaba vital en el diseño de las viviendas de George Peabody, sobre todo en Stamford Street, donde en los pasillos se instalaron *closets* (o retretes interiores) y «lavabos», para ser compartidos por dos apartamentos. El piso bajo de cada bloque también contenía un «espacioso baño» dotado de agua calentada por gas «a cuenta de los administradores». Los inquilinos podían disfrutar de acceso a este servicio «de manera gratuita y tan a menudo como quisieran, sin que haya otro requisito más que llamar a la oficina del encargado y pedir la llave». Como informó un periodista, los residentes «no tendrán excusas para mantenerse a sí mismos y sus ropas completamente limpios», sobre todo teniendo en cuenta que había una gran sala de lavandería en el ático de al menos uno de los bloques de cada grupo. En Stamford Street, ese espacio incluía no solo «cubas con grifos de agua [...] y tres grandes calderas de cobre», sino una habitación alicatada con «ocho grandes ventanas» diseñadas para que la ropa se secara^[19]. Se creía que los residentes en las casas Peabody, inspirados por sus cuerpos bien lavados y sus ropas fragantes, desearían mantener su saludable entorno, no solo decorando sus apartamentos empapelando y encalando sus paredes, sino conservándolos bien limpios y libres de suciedad. Con tal fin, Cubitt y Co., los arquitectos de la urbanización de Lambeth, patentaron un sistema de recogida de basuras que consistía en una viga que pasaba por el centro de cada edificio, en el que cada inquilino podía arrojar su basura, y que recogía una vagoneta que pasaba por debajo. Esta instalación era necesaria para preservar los estándares de salud, escribió *The Circle*, especialmente «cuando se tiene en cuenta el gran número de personas que estarán viviendo todas en el mismo recinto».

Deseando garantizar el mejor resultado posible para su experimento social, la administración Peabody se esforzó mucho por asegurar que solo «los más meritorios de los pobres trabajadores», que mostrasen un carácter moral apropiado, así como los medios para permitirse el coste semanal de su

alquiler, fuesen admitidos como residentes. El proceso de selección era riguroso. Todos los solicitantes cabezas de familia necesitaban llevar una carta de sus patrones para demostrar que sus trabajos eran no solo relativamente seguros, sino que «no había nada en [su] conducta [...] que los descalificara para tomar parte en los beneficios proporcionados por el fondo»^[20]. Esta carta iría seguida por una visita de los administradores a la casa del solicitante. Si se descubría que alguien era un «borracho habitual» o tenía problemas con la ley, se le descartaba. De igual modo, aquellos que parecían tener unos ingresos demasiado saneados o una familia demasiado grande para las instalaciones también recibían una negativa. Finalmente, antes de ser admitidos, cada miembro de la familia tenía que presentar un certificado que probara que estaba vacunado contra la viruela.

En 1876, la familia Nichols se consideró una candidata perfecta para los Edificios Peabody de Stamford Street. Cuando los administradores fueron a su casa en Trafalgar Street, encontraron a William, a Polly y a sus tres hijos bañados y con sus mejores ropas de domingo, las habitaciones limpias y barridas. No había señales de degradación moral ni de alcoholismo, y el patrón de William, la imprenta de William Clowes e Hijos, que estaba frente a las puertas del recinto de Stamford Street, lo respaldó: dijo que era un trabajador hombre de familia. Como uno de los fines de los administradores era proporcionar alojamiento a residentes cercanos a sus puestos de trabajo, es probable que William Clowes e Hijos fueran responsables de atraer la atención de sus empleados hacia el proyecto de Peabody. William Clowes e Hijos era una importante empresa cuando William Nichols empezó a recibir de ellos su sueldo de treinta chelines a la semana. Sus instalaciones de Duke Street tenían seis salas de composición donde se montaban los tipos, y no menos de veinticinco máquinas impresoras de vapor, en cuyo manejo Nichols colaboraba. A mediados de siglo, la empresa tenía más de seiscientos empleados e imprimía algunos de los libros más memorables de la época, como, por ejemplo, muchas de las obras de Dickens, que, hasta su muerte, en 1870, solía acercarse a Duke Street a corregir sus pruebas. Al igual que los miembros de su personal, la empresa se enorgullecía de su reputación fiable y respetable. Hasta sus tipógrafos insistieron en llevar sombreros de copa y cuellos almidonados al trabajo hasta finales del siglo XIX.

Tras pasar la mayor parte de sus vidas en viviendas destartaladas, la perspectiva de encontrar un hogar en las habitaciones limpias y modernas de Stamford Street debió de emocionar a Polly y a su familia. Tener una cocina como Dios manda para cocinar, un retrete en el interior que funcionara y un

lugar en el que secar la colada donde no recogiese todo el hollín o el olor a humo sería un lujo. Los niños tendrían un dormitorio propio y la pareja podría incluso disfrutar de algún momento de privacidad. Como habían previsto los administradores de Peabody para sus inquilinos, el hogar de William estaría solo a unos minutos de su lugar de trabajo, lo que le permitiría volver a cenar con su familia. El trabajo, la comunidad y la familia, la salud, la industria y el bienestar moral encajarían juntos como pretendían los reformadores sociales de la época.

El 31 de julio de 1876, los Nichols se instalaron en el segundo piso del bloque D, en el número 3. Por primera vez en su vida, Polly no compartiría casa con su padre. Edward Walker se había ido a vivir con su hijo y su joven familia a la cercana Guildford Street. Ese espacioso y nuevo piso de cuatro habitaciones sería exclusivamente para ellos.

Los seis chelines y ocho peniques que los Nichols pagaban como alquiler semanal los habría introducido en un entorno de vida totalmente único. A diferencia de las viviendas de los suburbios de propiedad privada, había reglas sobre la limpieza y el orden, que los encargados y porteros de los edificios se ocupaban de vigilar. Los inquilinos se ocupaban de mantener limpios los espacios comunes; los pasillos, escalones y «excusados» tenían que barrerse todos los días antes de las diez y fregarse cada sábado. Se permitía que los niños jugaran fuera en el patio, pero se les prohibía armar alboroto en las escaleras y pasajes o portarse mal en la lavandería. Los residentes no podían realquilar sus pisos, ni abrir tiendas en el recinto. Las mujeres tenían prohibido «traer ropa para lavar» para ganar unos chelines extra en las tinas y cubas de los áticos. Si los inquilinos rompían las reglas, se los amenazaba de «expulsión»^[21]. Pero en muchos casos estas reglas parecían aplicarse de manera bastante relajada. Cuando un periodista del *Telegraph* fue a visitar los edificios de Stamford Street, informó de que los niños «jugaban al escondite por los pasillos». Habló de su alegría y de que a pesar de ir «pobremente vestidos [...] la mayoría iban limpios y aseados y tenían el pelo muy bien peinado». El encargado le comentó al periodista que la mayoría de las nuevas familias de los edificios llegaban con una serie de malas costumbres adquiridas como resultado de vivir en los arrabales. Pero pronto aprendían que las ventanas sucias y los niños descalzos no eran bien vistos por los demás habitantes de los Edificios Peabody. «A la gente pobre le gusta ser tan buena como sus vecinos», declaró. Otro visitante vio «flores en las ventanas y caras alegres y felices que miraban desde ellas». No había «niños peleándose o luchando [...] mujeres borrachas ni hombres de aspecto

desanimado»^[22]. El encargado de Stamford Street lo atribuía a la distancia que había entre los edificios y los *pubs*; mantenía a las mujeres ocupándose de sus hogares. «A la mayor parte de los maridos», dijo, les complacía pensar que sus mujeres no estarían «cotilleando de patio a patio» tras unos cuantos vasos de cerveza, «sino que se ocupaban de los niños y de que el lugar estuviera limpio»^[23].

Pero sí que cotilleaban, y a veces se saltaban las reglas y llevaban vidas ni más ni menos complicadas que si hubieran habitado en viviendas del otro lado de las verjas del edificio. Los vecinos de los Nichols en el bloque D procedían de diversas profesiones y circunstancias. Entre aquellos que compartían su edificio había revisores de tren, transportistas, policías, viudas, obreros, mozos de almacén, limpiadoras, carpinteros y numerosos empleados de William Clowes e Hijos. Los tres niños de Cornelius Ring, que vivían en la puerta de al lado en el número 2, debieron correr y tropezar con los de los Nichols. Tras haber perdido a su esposa en un parto, su hermana cuidaba de la familia y del bebé de tres meses. En el número 9, la familia de William Hatches seguía creciendo. Con seis hijos, estaban en el límite de lo que permitían los Edificios Peabody, aunque su hermano soltero, Arthur, que vivía al lado en el número 8, parece haberse hecho cargo del exceso de niños. Polly y las demás mujeres vigilaban preocupadas a las viudas del edificio: Anne Freeman en el número 7, Emona Blower con sus dos hijos al lado en el 4, y Eliza Merritt, con una pensión de sesenta y cinco libras al año (quizá desconocida por sus vecinos) en el número 1.^[24]

En esta comunidad estrechamente unida, que compartía paredes y retretes, que charlaba en voz baja mientras escurría la ropa en la zona de lavandería, se escondían historias dramáticas. Los registros de los Edificios Peabody nos cuentan historias de esperanza y pérdida, de amor o de ruina, y de los personajes que tenían su hogar junto a los Nichols. Walter Duthie era un revisor de tren escocés, pero su mujer, Jane, había nacido en Ambala, India. Los Gayton del número 10 aspiraban a una vida mejor. Aunque Henry Gayton trabajaba como empaquetador de cuadros, también emprendió un negocio paralelo como marchante de arte antes de reunir el dinero suficiente para emigrar a Australia con su familia. En 1877, Polly y sus vecinos habrían hablado del pobre John Sharpe, que no solo había perdido a su mujer, sino también a sus dos hijos debido a una enfermedad. A Sharpe le habían obligado a trasladarse del número 6 al número 9, a una habitación individual. Abrumado por su desgracia, era incapaz de salir adelante. En septiembre, el encargado tuvo que expulsar al doliente viudo por su «suciedad». Había

pequeñas celebraciones y también historias de amor. Jane Rowan, una viuda con cuatro hijos que trabajaba como lavandera, iba a trasladarse a los edificios de Southwark cuando otro residente, Patrick Madden, le pidió que se casara con él^[25]. Luego estaban los secretos, los actos que ocurrían tras las puertas cerradas o en instantes robados y que nunca aparecieron en el libro de registro del encargado.

Sarah Vidler era una de las muchas viudas de los Edificios Peabody que había conseguido una plaza para su familia en los edificios de Stamford Street. El 19 de abril de 1875, ella y cuatro de sus cinco hijos (Sarah Louise, de once años, Jane, de catorce, y William, de dieciséis, junto con su hija casada de veintiún años, Rosetta Walls) se trasladaron al número 5 en el bloque D. La situación de Rosetta no era muy buena. El año anterior, el 4 de enero, se había casado con un cocinero de barco llamado Thomas Woolls (o Walls). La fecha de la boda tal vez tuviera que ver con el siguiente trabajo a bordo del *Russia*, un barco de vapor de hélice que zarpaba de Glasgow el 2 de febrero^[26]. Sin duda, Woolls habría asegurado a su joven esposa que su separación iba a ser solo temporal. Durante un tiempo, la pareja habría vivido para los cortos periodos (semanas o meses) en los que él estaba en tierra firme. Sin embargo, poco a poco, las ausencias fueron cada vez mayores y la pareja se distanció.

La separación de Rosetta de su marido la dejó en una situación complicada. Como seguía legalmente unida a Woolls, no podía volver a casarse. Se convirtió en una persona dependiente en la casa de su madre. Ambas trabajaban como lavanderas, o sirvientas de día, las ocupaciones peor pagadas y peor consideradas de todos los servicios. Rosetta trabajaba en todo lo que le salía. Así pues, cuando su vecina Polly Nichols necesitó ayuda en el momento del nacimiento de un nuevo hijo, en diciembre de 1878, aprovechó esa oportunidad que no estaba en situación de rechazar.

El verano anterior, los Nichols habían pensado que, económicamente, sería mejor cambiar su apartamento de cuatro habitaciones por uno de tres; se trasladaron al número 6, que estaba en la puerta de al lado del de Sarah Vidler y su familia. Por entonces, Polly estaba embarazada de cuatro meses de Henry Alfred, el que sería su quinto hijo^[27]. A finales de 1876, había tenido a Eliza Sarah, cosa que seguramente debió de provocar aquel nuevo apretarse el cinturón^[28].

Tres habitaciones y cuatro niños (con otro en camino) habrían complicado las cosas en casa, aunque las chicas Vidler, que eran lo bastante mayores como para ayudar con los más pequeños de los Nichols, podrían haber echado

una mano cuando fuera necesario. Las dos familias parecían llevarse bien; William, el hijo de Sarah, consiguió un puesto de portero en William Clowes e Hijos, mientras que las dos chicas se pusieron a trabajar como plegadoras de libros, posiblemente por recomendación de William Nichols. Las puertas internas comunicadas de los apartamentos 5 y 6, así como el retrete compartido, habrían fomentado una fuerte sensación de intimidad entre las dos familias, que entraban y salían con regularidad unos en casa de los otros, con apenas un centímetro de espacio entre sí.

Es imposible saber cuándo empezaron las peleas entre Polly y William, o lo que había detrás de ellas en un principio. El poco espacio, que la familia creciera y las acuciantes dificultades económicas seguramente tuvieron mucho que ver. Pero, como en cualquier pelea doméstica, siempre hay que tener en cuenta dos puntos de vista. William afirmó más tarde que sus desacuerdos se debían a la repentina afición de su esposa por la bebida. Fueran cuales fuesen las costumbres de Polly, no podían ser tan insaciables o incontenibles como insinuaba su marido. Si lo hubieran sido, habrían llamado la atención del encargado y habrían quedado reflejadas en el informe sobre la familia. Se habrían dado los pasos necesarios para expulsar a los Nichols, como había sucedido con otros inquilinos con problemas de alcoholismo. En el momento de la investigación del juez de instrucción sobre su hija, Edward Walker ofreció otra explicación: decía que su yerno había iniciado una relación con Rosetta Walls.

Walker habría oído esas acusaciones de boca de su hija, que, al parecer, había empezado a aparecer regularmente en la casa que él compartía con su hijo en Guilford Street. Quería escapar de un tóxico entorno familiar. Tras el nacimiento de su hijo el 4 de diciembre de 1878, las desavenencias entre la pareja empezaron a crecer; los reproches que se gritaban podían oírse a través de la pared que compartían con los Vidler.

En la época que siguió al nacimiento de Henry, es probable que Polly se dejara dominar por los celos. La simpatía creciente entre su marido y Rosetta, más joven, de rizado cabello y ojos azules, que vivía en la casa de al lado debió de preocuparla. Rosetta sentía la falta de un marido y estaba frustrada. Con cuatro hijos y un recién nacido que criar, Polly debía de estar agotada. Y todo podía haber ido a peor por una depresión posparto. Es posible que su recién descubierta afición por la bebida no fuera una simple invención de William, sino un medio por el cual estaba tratando de silenciar sus dudas y la sensación de que su marido se estaba alejando.

Nunca se sabrá lo que Polly supo de la relación entre Rosetta y su marido. Quizá fueran solo sospechas. Pero el caso es que, entre el nacimiento en diciembre de 1878 y los primeros meses de 1880, William Nichols dice que Polly salió como un vendaval del piso, «quizás unas cinco o seis veces», y se plantó en casa de su padre. Según Edward Walker, por entonces su marido «se había vuelto desagradable».

La situación era insostenible. El padre de Polly o su hermano le recordarían sus deberes con sus cinco hijos, uno de los cuales era aún un bebé. No había sitio para ella en Guilford Street. Tendría que volver con sus hijos, y ella y William deberían solucionar sus problemas. Pero no podían. Polly regresaría cojeando hasta Stamford Street y el conflicto seguiría.

Cierto día comprendió algo muy sencillo: Rosetta Walls no desaparecería de sus vidas. Mientras vivieran pared con pared y en los Edificios Peabody, Rosetta seguiría allí. William había elegido, y ahora era ella la que tenía que escoger.

Finalmente, el 29 de marzo de 1880, el día después de Pascua, Polly se cansó de discutir. No se sabe si lo tenía planeado o si se dejó llevar por un arrebató de furia, pero decidió darle la espalda a su hogar definitivamente. Salió por las verjas de los Edificios Peabody para no volver nunca. Dejaba atrás la vida que había conocido y abandonaba a sus hijos en manos de su padre, la única persona que podía sacarlos adelante.

Una vida desordenada

*E*l 31 de julio de 1883, la pareja del 164 de Neate Street con sus cinco niños se vistió con sus mejores galas de domingo. La «señora Nichols», como era conocida por sus vecinos, abrochó los botones de los más pequeños y colocó sus lazos ladeados. Había aprendido a lo largo de los años cuál de los niños se sentaba quieto y a quién había que regañar para que se portara bien. Sabía cuál de ellos era más probable que llorara y cómo calmarlos cuando lo hacían. Era ella la que les hacía la cena y quien remendaba los agujeros de sus ropas. Era ella la que había asumido el papel de madre, y seguramente se habría sentido con derecho a llevarlos a la iglesia de Coburg Road, a la vuelta de la esquina. Al hacerlo, llevaba orgullosa en brazos al pequeño Arthur, que aún no tenía tres semanas, con su traje blanco de bautizo. Era el primer hijo de William y Rosetta Nichols en la casa que habían alquilado exactamente hacía un año. No es probable que los vecinos, los tenderos, ni siquiera el sacerdote que llevó a cabo el rito del bautismo adivinaran sus verdaderas circunstancias. En lugar de ello, se colocaron frente a la pila con su recién nacido entre ellos y presenciaron su ingreso en la Iglesia de Inglaterra. También aquel día, Henry Alfred, de cuatro años, el menor de los hijos de Polly, fue bautizado y su nombre se inscribió junto con el de sus «padres cristianos», William y Rosetta, en el registro de la parroquia^[29].

La cómoda situación doméstica de la que disfrutaba la pareja no habría sido accesible para ellos si se hubieran quedado en los Edificios Peabody. Había que tomar una decisión respecto a su futuro y acerca de lo que estaban dispuestos a arriesgar para asegurarlo. Aunque vivir en pisos contiguos resultaba práctico, no era una situación ideal para un hombre y una mujer enamorados que deseaban compartir casa y cama, a pesar de estar casados con otras personas. Los Nichols y los Vidler ya eran conscientes del afecto que existía entre la pareja, y los vecinos no tardarían en descubrirlo y contárselo al encargado. Las «uniones irregulares», en las que las parejas convivían o mantenían relaciones con otros que no fueran sus cónyuges, estaban estrictamente prohibidas según los reglamentos de Peabody. Los libros mayores documentan muchos ejemplos en los que los inquilinos fueron expulsados cuando se descubrían tales relaciones. En 1877, a dos de los vecinos de los Nichols, George Henry Hope y Fanny Hudson, se les pidió que

se marcharan después de que ambos se separaran de sus cónyuges. Arthur Scriven, del bloque K, perdió su casa porque había estado «viviendo separado de su esposa con otra mujer», mientras que Mary Ann Thorne fue expulsada por ser «una viuda que dio a luz a un niño». Así pues, si William y Rosetta continuaban con su relación, ponían en peligro tanto su seguridad como la de sus familias. Lo que no sabemos es cómo William justificó ante las autoridades la ausencia de Polly de Peabody.

Según su propio relato, cuando Polly abandonó el bloque 6D, en marzo de 1880, se fue directamente al asilo de Lambeth Union en Renfrew Road^[30]. Sin embargo, es mucho más probable que antes hubiera ido a la casa donde vivían su padre y su hermano. Solo atravesaría las puertas de un asilo tras haber agotado cualquiera de las otras alternativas.

Es difícil describir un cuadro exacto de las experiencias de la clase trabajadora victoriana sin incluir la amenazadora y omnipresente sombra que arrojaba el austero edificio de ladrillo del asilo. En 1834, el Acta de Enmienda de la Ley de los Pobres (Poor Law Amendment Act) trataba de poner fin a lo que el Gobierno consideraba el abuso de un sistema de alivio caritativo ofrecido por las parroquias locales. Se tenía a los pobres como vagos e inmorales que se negaban a llevar a cabo un trabajo honrado, que criaban bastardos y enormes familias mientras «vivían de limosnas». En lugar de ello, el Gobierno deseaba animar a los indigentes a que llevaran vidas morales y de duro trabajo reduciendo lo que se llamaba «ayuda externa» o caridad pagada a las familias empobrecidas mientras habitaban sus propias viviendas. En lugar de darles la oportunidad de beberse los fondos de la parroquia o practicar sexo ilícito que los llevaba a tener más hijos ilegítimos, se asignaría un nuevo sistema de «ayudas internas» muy reguladas dentro de los asilos. La intención de este sistema de asilos no era solo regular la vida de los pobres obligándolos a ganarse su magro sustento, sino asustarlos para que llevaran existencias honradas e industriosas fuera de sus paredes.

Una de las funciones principales del asilo era humillar a aquellos que se veían obligados a recurrir a él. Independientemente de sus circunstancias, los viejos, los inválidos, los enfermos, los abandonados y los físicamente capaces eran tratados con el mismo desdén. Si un cabeza de familia perdía sus ingresos, él y todos los que dependían de él tenían que acudir al asilo. Al entrar, a las familias las dividían por sexos y tenían que vivir en alas separadas. A los niños muy pequeños se les permitía permanecer con sus madres, pero a los mayores de siete años los metían en la escuela del asilo y los aislaban de sus padres. A todos los que ingresaban se les quitaba sus ropas

y cualquier pertenencia personal. Luego se les pedía que entraran en un baño común y se frotaran con agua que había sido usada por todas las demás personas admitidas ese mismo día. Después de esto, de un modo muy parecido a los prisioneros, a los internos se les vestía con un uniforme funcional, que nunca era de su exclusiva propiedad. Su dieta era básica, de avena cocida en agua, conocida como «*skilly*», así como pequeñas porciones de pan, queso, patatas y, de vez en cuando, algo de carne. Aunque se hicieron algunas pequeñas mejoras en la dieta de los asilos más avanzado el siglo, en 1890 continuaban siendo habituales las quejas de que en el «*skilly*» había excrementos de rata^[31].

En el asilo, las personas capaces no recibían nada gratis. Tanto a hombres como a mujeres se les encargaban trabajos apropiados a su género. A los hombres se les solían asignar trabajos como romper piedras (el aglomerado resultante se vendía después para hacer carreteras), sacar agua, moler maíz, cortar madera o deshacer estopa. Esta última actividad, que a menudo se asignaba a las mujeres, consistía en deshacer los viejos cabos de los barcos con un punzón y las manos desnudas, de modo que las fibras pudieran mezclarse con alquitrán y usarse para calafatear embarcaciones. Había otras tareas más adecuadas para las internas, como la limpieza, el trabajo en la lavandería y la preparación de comidas. Lo que se experimentaba dentro era un hambre constante, frecuentes enfermedades y falta de sueño. La violencia y la extorsión brutal eran habituales tanto por parte del personal como de los compañeros internos. El saneamiento deficiente, el acceso al agua restringido, la exposición a las plagas y la comida contaminada aseguraban a los internos el padecimiento de constantes diarreas e infecciones que se propagaban a gran velocidad.

Todo el mundo conocía las condiciones del interior de un asilo. La Junta de Guardianes de la Ley de Pobres, que lo administraba, quería que así fuera. De este modo, las familias trabajadoras que se respetaban a sí mismas se enorgullecían de los recursos que los alejaban del asilo, y miraban por encima del hombro a los que no lo hacían. Dentro de las comunidades trabajadoras, el estigma social de haber pasado un tiempo en el asilo era tan grande que muchos preferían mendigar, dormir en la calle o dedicarse a la prostitución que quedar a merced de la parroquia local. Los vecinos rara vez olvidaban a los que habían sido mancillados por la desgracia, y muchas familias seguían sufriendo la humillación de haber pasado por el asilo, aunque de ello hiciera ya mucho tiempo.

Durante toda su vida, Polly había temido y despreciado el asilo. Tanto los Walker como los Nichols eran familias que trabajaban duro y debían de sentirse orgullosos de ganarse la vida de un modo respetable. La vida en los Edificios Peabody debía de haberlos dotado de cierta autoestima, y es más que probable que miraran por encima del hombro a aquellos cuya falta de industriosisdad o cuyos vicios morales los habían conducido al patio de Renfrew o Princes Road. Sin embargo, en una época en la que el divorcio no era una posibilidad más que para los que podían permitirse las exorbitantes tarifas de los tribunales, una esposa de clase trabajadora que deseara separarse «oficialmente» de su marido tenía primero que demostrar su desesperación y desamparo. La única manera de conseguirlo era entrando en el asilo. Muchas esposas describían tal calvario como «la experiencia más humillante de sus vidas», y consigo llevaban «un estigma permanente»^[32].

En 1880, cuando Polly le volvió la espalda a su marido y salió del hogar familiar, debió de prever las consecuencias. Era un paso enorme. Aunque la separación entre las clases trabajadoras no era infrecuente, sí que determinaba el fin de la posición respetable de una mujer entre los «moralistas» de su comunidad. La culpabilidad no importaba; si una mujer dejaba a su marido, era porque había fracasado. Una esposa decente «debía ser permanente e incorruptiblemente buena; instintiva, sabia» y no solo por medio del «desarrollo personal, sino de la renuncia». Su deber era «no dejar de estar al lado de su marido»^[33]. Su obligación como madre consistía en no renunciar ni abandonar a sus hijos. Dejar la casa familiar la convertía en alguien inadecuado, inmoral, un espécimen de feminidad rota. Al separarse de su marido, también se estaba entregando a los brazos de la pobreza y a una futura degradación. El trabajo tradicional de las mujeres, como el servicio doméstico, la lavandería, la costura o el montaje de piezas en casa, proporcionaba un sueldo apenas suficiente para vivir. Y, a menos que se refugiase en casa de otro miembro masculino de la familia, difícilmente podría mantenerse a sí misma.

Hasta cierto punto, la ley reconocía la situación en la que se encontraban las mujeres separadas de clase trabajadora, aunque ofrecía soluciones de muy mala gana. Una esposa tenía que quedarse con su familia, y el Gobierno, los funcionarios de la parroquia y la ley no deseaban animar a las mujeres a que rompiesen su matrimonio ni iban a ponérselo fácil. Aunque Polly hubiera podido permitirse pagar los costes de un divorcio, en 1880, una esposa no podía citar el adulterio como única causa para poner fin a su unión. Aunque un hombre pudiera divorciarse de su esposa por una aventura

extramatrimonial, una mujer tenía que demostrar que su marido era culpable de adulterio, además de otros delitos, como incesto, violación o crueldad. La doble moral victoriana estaba bendecida por la ley, cosa que permitía a un hombre disfrutar de tantos devaneos amorosos como quisiera, mientras no violase también a las sirvientas, se acostase con su hermana y pegase con demasiada crueldad a su mujer. Si Polly hubiera poseído los medios para presentar una demanda contra William, e incluso si hubiera logrado reunir pruebas de que estaba teniendo una aventura con Rosetta, aún no habría tenido razones suficientes para divorciarse. Sin embargo, en 1878, bajo los términos del Acta de Causas Matrimoniales, si William se hubiera comportado violentamente con ella y hubiera sido condenado ante el magistrado por tales delitos, el tribunal le habría concedido a ella el derecho a una separación legal. Por suerte (y, en cierto sentido, por desgracia), ese no había sido el caso.

En realidad, la mayoría de las mujeres de clase trabajadora que deseaban poner fin a su matrimonio no tenían más opción que tratar de conseguir una especie de separación no oficial con la ayuda del asilo, diciendo que habían sido abandonadas por su cónyuge. Según la Ley de Pobres, un hombre no podía limitarse a entregar a su esposa o a sus hijos al asilo y esperar que el contribuyente pagase su mantenimiento. Igual que el deber de una mujer era permanecer junto con su familia, la ley también consideraba que su cuidado era responsabilidad de su marido; que ambos cónyuges habitaran o no el mismo lugar resultaba irrelevante. Si un hombre capaz se negaba a pagar el mantenimiento de su esposa, la Ley de Pobres hacía que se trataran de recuperar los costes. Le mandaban una factura por los gastos. Y si el marido delincuente no la pagaba, le hacían sufrir la indignidad de verse arrastrado ante el juez. La aplicación de esta regla era la única amiga de la mujer de clase trabajadora. Sin embargo, los asilos recelaban de convertirse en un instrumento de ruptura doméstica y a los guardianes se les enseñaba que mirasen con escepticismo a las mujeres que aparecían a sus puertas clamando que las habían «abandonado». «Las continuas disputas —decía el *Manual para guardianes de los pobres*—, la raíz de las cuales es casi invariablemente la bebida por ambas partes, era de lo más habitual entre esos casos de abandono». A los guardianes se les aconsejaba llevar a cabo una investigación exhaustiva antes de mostrarse empáticos con la mujer.

Solo tras haber dejado a William, Polly debió de entender qué era necesario para iniciar su separación no oficial. Fue entonces cuando se habría aventurado en el asilo con el objetivo de estar allí el menor tiempo posible.

Como parte del proceso de admisión, Polly debió de pasar por un «examen» verbal a cargo de uno de los funcionarios de Ayudas, que determinaba si el solicitante debía recibir ayuda dentro o fuera. Seguramente sería un interrogatorio intimidante y crítico. Polly debió de comparecer ante ese hombre con su pardo uniforme y su gorra gris de algodón; es probable que se le pidiera que relatase sus actuales circunstancias. Se la juzgaría y avergonzaría. El funcionario empezaba preguntando el nombre completo de la mujer, la edad, dónde había vivido, el estado civil y el número de hijos. Después llegarían los detalles acerca de quién la mantenía, ocupación y sueldo. ¿Había recibido ayuda exterior o había estado alguna vez en el asilo? ¿Tenía ahorros? ¿Había sido condenada alguna vez por algún delito? También se les preguntaba por la legitimidad de sus hijos. Finalmente, se preguntaba si «tenía parientes que estuvieran obligados legalmente a mantenerla, y si esos parientes podían hacerlo»^[34]. Entonces llegarían los detalles de la separación. El funcionario de ayuda que intervino en el caso de Polly era un hombre llamado Thomas Taverner, que anotó todos esos detalles con la intención de solicitar una entrevista con William Nichols.

El señor Taverner, que andaba por la ciudad en su carruaje privado, era famoso por conducir los asuntos según sus propios métodos. Pudieron suceder dos cosas: o bien convocaron a William Nichols al asilo, o bien el funcionario lo visitó. Pasara lo que pasase, ya fuera delante de sus compañeros de trabajo o en el interior de las verjas del asilo, debió de ser una experiencia mortificante para Nichols. Cuando se le interrogó, el marido de Polly estaba seguro de haber afirmado lo que siempre había dicho: que su ruptura matrimonial se debía a la afición a la bebida de su mujer. Pero a Thomas Taverner no le convencía mucho aquella historia. Si el relato de William fuera cierto, Taverner no habría tomado la decisión final de permitir que Polly recibiera ayuda externa. Como sugería el manual de los guardianes: «Cuando se averigua que una mujer abandonada bebe [...] la ayuda externa no debe concederse; solo se debe ofrecer la posibilidad de entrar en el asilo»^[35]. Sin embargo, el señor Taverner, en nombre de la Junta de Guardianes, decidió que a Polly se le concediera una cantidad semanal de cinco chelines para su mantenimiento. Su marido pagaría esa suma que Polly en persona tendría que recoger semanalmente en el asilo de manos de Thomas Taverner^[36].

Idealmente, en esa situación debería esperarse (o al menos desearse) que una mujer separada que recibiera una pensión de su marido fuera acogida por un pariente. Por desgracia, ya fuera por elección propia o como resultado de

alguna desavenencia familiar, Polly no se fue a vivir con su padre y su hermano, sino que se marchó por su cuenta.

Para una mujer que nunca había vivido sola, que siempre había estado rodeada por varones protectores, este nuevo modo de vida debió de suponer un profundo choque, tanto práctica como emocionalmente. Si el alquiler de una habitación en una zona ruinoso de la ciudad costaba cuatro chelines a la semana, Polly no habría tenido prácticamente dinero con el que subsistir, a menos que quisiera aventurarse en una insalubre pensión, donde se podía conseguir una cama por cuatro peniques al día. Tendría que encontrar trabajo. Aunque no era imposible, el empleo que pudiera haber encontrado le supondría muy poco dinero a cambio de setenta u ochenta horas a la semana de trabajo repetitivo y agotador, como el que ofrecían muchas lavanderías a gran escala de la capital. Allí, las mujeres que «trabajaban en la tina» podían recibir de dos a tres chelines al día, mientras que las planchadoras de cuellos, que trabajaban en condiciones de esclavitud en lugares sobrecalentados, podían ganar de ocho a quince chelines a la semana^[37]. Aparte de eso, Polly podía optar por dedicarse a las «chapuzas», con lo que ganaría seis chelines al día por coser ropa barata: pantalones, chaquetas, faldas y chalecos. Le pagarían por pieza terminada y tendría que trabajar desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche, sin apenas descansos. Las mujeres tenían a su disposición varios tipos de trabajos de montaje en casa: desde la realización de «cajas de fantasía» hasta las flores artificiales, todo lo cual requería un trabajo sumamente rápido y manos ágiles. Una mujer podía trabajar diez horas al día en estas tareas y ganar solamente dos peniques y medio a la hora^[38]. Para el trabajo en las fábricas, que no era mejor que cualquiera de las demás posibilidades, se prefería a las mujeres jóvenes, y la limpieza, o «fregado», se pagaba igualmente mal, estaba mal considerado y era desmoralizador.

Escogiera lo que escogiese, Polly se enfrentaba a una existencia totalmente vacía en una sociedad en la que a las mujeres sin familia o marido se las miraba con mucha suspicacia. Eran unas incomprendidas. Los sexos tenían sus funciones muy definidas, y a Polly, como a cualquier otra mujer, se le había inculcado la idea de que la mujer necesitaba un hombre que la guiase, la gobernase y diera un significado a su vida. Como Tennyson explicó en su poema *La princesa*:

El hombre para el campo y la mujer para el hogar;
el hombre para la espada y la mujer para la aguja;
el hombre con la cabeza y la mujer con el corazón;
el hombre para mandar y la mujer para obedecer;

todo lo demás es confusión.

La «confusión» ocasionada por una mujer de la edad de Polly, que vivía separada de su marido y de su familia, habría hecho que la gente pensara una sola cosa: era un descarrío, un fracaso, e invariablemente, en lo que se refería al carácter de la mujer, también se le suponía la inmoralidad sexual. Pudiera o no mantenerse con el trabajo de lavandería o limpieza, la idea de una mujer en edad de procrear viviendo y disfrutando de una vida de soltera era un anatema en la época victoriana, fuera cual fuese su clase social. Sin un hombre, una mujer no tenía credibilidad, no contaba con protección ante las añagazas y actos violentos de otros hombres, ni un fin en la vida. Sin una mujer, un hombre no tenía a quién acudir para que se ocupase de sus necesidades prácticas y sexuales. Por tanto, era impensable que Polly, igual que su marido, no intentara iniciar otra relación lo antes posible. Sin embargo, lo que era permisible para William no lo era legalmente para su mujer.

Como Polly ya había salido de sus vidas, William y Rosetta no tenían por qué fingir que no estaban enamorados. A principios de 1882, encontraron la forma de solucionar su situación. En algún momento a finales del invierno o principios de la primavera de aquel año, Rosetta se enteró de que su marido legal, Thomas Woolls, había emigrado a Australia el 8 de febrero^[39]. La posibilidad de que Woolls reapareciera de repente y reclamara sus derechos matrimoniales ya no suponía una amenaza y liberó a los amantes para poder vivir juntos. Sopesaron cuidadosamente sus posibilidades y calcularon los gastos. Como pareja no casada, sabían que no podían quedarse en los Edificios Peabody, y encontrar un lugar en otra parte iba a aumentar la presión sobre la economía de William. Los cinco chelines que estaba pagando a Polly iban a marcar la diferencia entre poder permitirse empezar de cero o no.

No es probable que antes de pensar en cortar los pagos de mantenimiento a su mujer William fuera lo bastante experto en leyes como para saber exactamente qué pasos dar. Tras hacer algunas averiguaciones, se enteró de que era posible suspender los pagos a Polly si demostraba que estaba viviendo con otro hombre. Según el Acta de Causas Matrimoniales, «no debe hacerse ninguna orden de pago de dinero por parte del marido en favor de una esposa que se demuestre que haya cometido adulterio, a menos que ese adulterio haya sido consentido». Los magistrados y los funcionarios reconocían que las parejas como la de William y Rosetta podían querer convivir con otras personas (aunque de manera inmoral) tras una separación; sin embargo, en lo

que se refería a la esposa separada, eso solo podía ocurrir con el consentimiento del marido.

Es posible que, a lo largo de los años, William se hubiera enterado de que Polly se había unido a otro hombre. El censo de 1881 señala a una Mary Ann Nichols viviendo con un tal George Crawshaw en una habitación en el 61 de Wellington Road, en Holloway, al norte de Londres. Crawshaw está inscrito como chatarrero, y la ocupación de Mary Ann Nichols es «trabajos de lavandería». Ambos están inscritos como casados, aunque no entre sí^[40]. A pesar de que ella estaba viviendo al otro lado del río, volvía a Lambeth semanalmente a recoger sus cinco chelines y solía ser visitada por los que la conocían. Los rumores debieron de llegar a oídos de William, que deseaba conocer la verdad del asunto, una tarea que se llevó a cabo fácilmente con ayuda profesional.

En los periódicos londinenses aparecían regularmente anuncios publicados por la «Oficina de Investigaciones Confidenciales» y por «agentes investigadores privados». Previo pago de una cantidad, que dependía de la complejidad de la tarea, esas empresas prometían «investigar discretamente asuntos familiares que requiriesen discreción». Conseguir pruebas para casos de divorcio siempre era una de sus principales especialidades, así como el servicio de «vigilar a personas sospechosas». Para confirmar sus sospechas y liberarse de sus pesadas obligaciones económicas, William Nichols contrató a uno de esos «espías». Evidentemente, su agente siguió a Polly por las calles e investigó sus movimientos el tiempo suficiente como para determinar que estaba viviendo con otro hombre en adulterio. Tras haber obtenido la prueba que necesitaba, William se negó a entregarle a su mujer la suma semanal y empezó a hacer planes para abandonar el bloque D con Rosetta.

Cuando Polly fue a recoger su pensión, el señor Taverner la informó de que William se había retrasado en el pago. Finalmente, por orden de Lambeth Union, Nichols fue convocado ante el tribunal para explicarse. Él tenía la respuesta muy bien preparada. Aportó las pruebas conseguidas del «adulterio sin consentimiento» de su mujer. Según Edward Walker, su hija negó que estuviera viviendo con otro hombre, pero el material aportado pareció convencer al juez^[41]. Se determinó que William quedaba liberado de sus responsabilidades económicas. El 28 de julio de 1882, él y su enamorada empaquetaron sus pertenencias, cogieron a sus hijos y se despidieron de su vida en los Edificios Peabody de Stamford Street. El encargado anotó diligentemente en su libro, en el momento de su partida, que William Nichols

había sido un «buen inquilino», pero «se marchó dejando deudas». Más tarde, tacharon aquello de «buen inquilino»^[42].

Probablemente, Polly decía la verdad cuando declaró ante el juez que no estaba «viviendo en adulterio». Si hubiera estado viviendo aún con George Crawshaw, o bajo la protección de otra pareja, no se habría encontrado totalmente desamparada al perder su pensión. El 24 de abril de 1882, a Polly no le quedó más opción que entrar en el asilo de Lambeth Union, esta vez para una estancia indefinida. Con la excepción de un corto periodo de tiempo en la enfermería, allá por enero, permaneció en el centro once meses: se despidió el 24 de marzo de 1883. Parece que trató de rehacer su vida, pero volvió a entrar del 21 de mayo al 2 de junio.

A diferencia de una cárcel, en un asilo los internos podían irse cuando quisieran. Sin embargo, sin una oferta de empleo o dinero del que disponer, resultaba imposible salir del círculo de la pobreza. Los que se marchaban salían de allí con una última comida en el estómago y un poco de pan. En teoría, para sacarlos del apuro hasta que pudieran encontrar trabajo y ganar lo suficiente para encontrar refugio y sustento. En realidad, los internos solían salir de la vida en el asilo y se lanzaban directamente a la vida en las calles: mendicidad, prostitución o hurtos para ganar lo suficiente como para pagar la comida y un alojamiento cada noche. Muchos otros acababan durmiendo en la calle.

En esta ocasión, fue una suerte que, cuando Polly abandonó el asilo, su padre y su hermano tuvieran un hogar para ella. La casa del 122 de Guildford Street, no lejos de los Edificios Peabody, ya era un poco pequeña para Edward, su esposa, sus cinco hijos pequeños y su mujer. Los obstáculos que anteriormente habían impedido que Polly viviera con su familia, fueran los que fuesen, habían quedado atrás. Más tarde, Edward Walker declaró emocionado que nunca habría rechazado a su hija mientras hubiera tenido un techo sobre su cabeza, pero la vida con su hijo mayor no siempre resultaba fácil.

En los últimos tiempos de su matrimonio, Polly podía haberse aficionado a la bebida para calmar su dolor, pero aquello no había hecho más que agudizar su desesperación. Es posible que la prohibición de tener bebidas alcohólicas en el asilo la ayudara a mantener a raya esa adicción. Sin embargo, tras salir de allí, Polly podía volver a las andadas. Aunque Edward Walker nunca reveló en qué trabajaba su hija mientras vivía con él, sugirió que pasaba gran parte de su tiempo en *pubs*. Como la familia de su hermano crecía sin parar, es posible que Polly necesitara una vía de escape. Tampoco

se debe subestimar su íntima sensación de vergüenza; había perdido su hogar, a su marido y su dignidad. Peor aún, había perdido a sus hijos; sin duda, ver a sus sobrinas y sobrinos podía ser un recuerdo constante de lo mala madre que era. Y, en tales circunstancias, la bebida era una solución.

Empezaron las discusiones. El alcoholismo de Polly (aunque no fuera un problema diario) no contribuiría a que el ambiente en una casa tan pequeña fuera el ideal. A pesar de que Walker insistió en que su hija «no andaba fuera hasta muy tarde», «no era disoluta» ni había «oído nada impropio» que ocurriera en el grupo de «jóvenes» con el que «solía salir», el comportamiento de Polly volvió imposible la convivencia^[43]. Después de una de tantas discusiones, Polly decidió marcharse. «Pensó que estaría mejor sola —dijo su padre—, así que la dejé marchar^[44]».

Es probable que Polly se fuera con un hombre al que había conocido. En marzo de 1884, Thomas Stuart Drew, un herrero que vivía en la cercana York Street, se había quedado viudo. Solo a los treinta y tantos años, con tres hijas de las que cuidar, Drew se encontraba en una posición idéntica a la que se había enfrentado Edward Walker cuando perdió a su esposa. Sus hijas necesitaban una madre, y quizá fuera el parecido con la situación que Polly había conocido de niña lo que la atrajo hacia el viudo y su familia. Opinara lo que opinase su padre, Drew parece haber ofrecido a la hija de Walker un hogar estable y una oportunidad para sentirse útil una vez más en el papel de esposa y madre. Aunque Polly y su padre ya no se hablaban, cuando él la vio en junio de 1886, señaló que parecía respetable, tanto en el vestir como en el comportamiento.

La ocasión en la que se encontraron lo requería. A principios de aquel mes, hacia la medianoche, el hermano de Polly y su mujer estaban charlando en la cocina. Cuando la señora Walker abandonó la habitación para irse a la cama, oyó una repentina explosión tras ella; la lámpara de parafina que él iba a apagar había explotado en una bola de fuego. Los gritos de la pareja alertaron al casero, que trató de apagar las llamas, pero para entonces Edward había sufrido quemaduras de tercer grado en el lado derecho de la cara y en el pecho. Lo llevaron a toda prisa al cercano hospital de Guy en coche, pero entró en coma. A primera hora de la tarde, murió.

Para Polly, la muerte de su único hermano sería la primera de una serie de desgracias. Es probable que no fuera una coincidencia que lo que había sido una relación estable con Thomas Drew empezara a flaquear. Es muy posible que Polly hubiera conseguido controlar su afición a la bebida, pero la inesperada muerte de Edward debió de hacerla recaer. En noviembre, Drew y

ella ya no estaban juntos. Al cabo de un mes, él había tomado otra esposa; una mujer con la que podía casarse legalmente y con la que no tendría que vivir en pecado.

En el siglo XIX, para muchos, separarse era como una «muerte en vida». La ley sancionaba la ruptura de una pareja casada, pero no permitía que siguieran adelante con sus vidas. Y es que cualquier relación futura siempre se consideraría adúltera, y cualquier hijo nacido de tales uniones se tomaría por ilegítimo. Como el divorcio y un nuevo matrimonio era imposible entre las clases trabajadoras, las comunidades y las familias solían hacer la vista gorda ante las parejas de mediana edad que querían convivir. Sin embargo, como señala el reformador social Charles Booth, incluso ese nivel de tolerancia tenía sus límites. «No sé exactamente hasta qué altura en la escala social se extiende tal visión de la moralidad sexual —escribió—, pero creo que constituye una de las líneas más claras de demarcación entre lo alto y lo bajo en la clase trabajadora^[45]». Hombres como Thomas Drew y Edward Walker, orgullosos obreros especializados que ganaban un sueldo respetable, se sentían por encima.

Por desgracia, ni vivir con un marido ni vivir con una pareja de hecho eran opciones válidas para Polly en el otoño de 1886. Sin la pensión que William le había pagado en el pasado, sin un hogar y sin los medios suficientes para mantenerse, no tenía lugar alguno al que acudir, salvo, una vez más, a los pétreos brazos del asilo de Lambeth Union.

«Criatura sin hogar»

*E*n octubre de 1887, el otoño había empezado a refrescar las noches de aquellos que dormían en Trafalgar Square. Se encogían sobre los bancos, mientras que otros dormitaban sobre las losas de piedra, cubiertos a medias y como buenamente se podía con los periódicos del día anterior. Hombres y mujeres viejos y exhaustos, pertrechados de harapientos gorros, se apretujaban contra los muros de la National Gallery. Niños descalzos se apelotonaban en las esquinas y dormían como perritos. Cierta noche, W. T. Stead, el editor de la *Pall Mall Gazette*, caminaba entre la alfombra de cuerpos que había en la plaza, moviendo la cabeza y escribiendo en su cuaderno: «Cuatrocientas personas durmiendo, hombres y mujeres mezclados promiscuamente, cuento a la sombra de los mejores hoteles del mundo»^[46]. Echada en la base de uno de los leones, o apoyando la cabeza en un banco, estaba Polly Nichols, fría y anónima.

Cuando llegaba la mañana, a los durmientes se les unía un goteo constante de los sin trabajo y «amigos del socialismo». Diariamente, durante aquel otoño, se reunieron por miles bajo la columna de Nelson. Llegaban con sus banderas y enseñas rojas, cantando y gritando eslóganes sobre los derechos de los trabajadores. Los oradores montaban un tablado improvisado y se dirigían a la asamblea entre vítores, silbidos o abucheos. Ni el mal tiempo ni siquiera la niebla acre y cegadora que caía como una cortina sobre el espectáculo conseguían desanimar al público. Llegaban hombres y mujeres, desarrapados o «vestidos respetablemente» con bombines y gorras caladas, y permanecían atentos con los hombros caídos y las manos en los bolsillos, o con niños en equilibrio sobre sus caderas. Entre aquellos que se reunieron en la plaza con Polly en las últimas semanas de octubre estaba el escritor, diseñador textil y socialista William Morris, junto con varios de sus socios de la Liga Socialista. Entre ellos estaban John Hunter Watts y Thomas Wardle. Iban a observar y a debatir. Y, en el caso de Watts, a ocupar su sitio al pie de la columna y a pontificar.

Los discursos y las manifestaciones atraían tanto a espectadores como a fariseos. Alguno venía a ayudar con la distribución de pan y café a las «criaturas sin hogar» que habían convertido Trafalgar Square en su sala de estar. Otros repartían biblias o tiques para pensiones, llenas ya a reventar. Esta

congregación de simpatizantes que estaban allí por su interés en la lucha de los pobres y desposeídos también suponía un interesante campo de acción para los mendigos. La policía, ampliamente sobrepasada por la multitud, se mantenía a una distancia prudente, patrullando, escuchando y esperando a que la mecha se encendiera. Era algo que ocurría con frecuencia. Desde finales de octubre, las marchas y las procesiones diarias se volvieron más agresivas. Las amenazas que bramaban diversos oradores a través de Trafalgar Square mantenían a la policía en alerta máxima. Se prometió incendiar la ciudad, entrar en tromba en Mansion House y romper los escaparates de Regent Street. En sus marchas, los manifestantes estaban seguros de ser más avisados que los policías que los vigilaban. El 19 de octubre hubo escaramuzas cuando la multitud irrumpió en el Strand para marchar hacia la City de Londres. La policía los dispersó hacia los patios de los alrededores de la estación de Charing Cross. Las barandillas se hundieron; los manifestantes quedaron heridos y pisoteados. Se lanzaron piedras contra los policías, que también salieron malparados. Al día siguiente, hubo marchas hasta Bond Street. Los comerciantes, aterrorizados, corrieron a cerrar sus persianas al ver acercarse a la «Muchedumbre del Rey». El día 25, la procesión llegó hasta Belgravia, donde se corearon canciones revolucionarias bajo las ventanas de la alta sociedad.

Se intentó diversas veces limpiar la plaza de sus «alborotadores», especialmente tras esta serie de acontecimientos violentos. El comisionado de policía utilizó la Ley de Vagos para dar «pasos para detener [...] a todos los maleantes y vagabundos en toda la metrópolis que se encuentren vagando o durmiendo al aire libre por las noches durante el tiempo frío». El inspector Bullock estaba de servicio durante la noche del 24, cuando empezó la limpieza. Trafalgar Square había formado parte de su ronda y había llegado a conocer a muchos de los rostros de los que dormían allí. Hacia las diez, un trabajador de una organización de caridad apareció ofreciendo pan, café y tiques para pensión a «ciento setenta marginados» que había en la plaza. Como parecía que la noche iba a ser especialmente fría, la mayoría se fue a las pensiones correspondientes, «pero varios volvieron diciendo que estaban llenas»^[47]. Bullock se ofreció a acompañarlos al patio del asilo de Saint Giles, «pero muchos dijeron que no irían allí de ninguna manera». El oficial dejó claro entonces que, si se quedaban, los detendría, así que mandó a treinta al asilo de Macklin Street con los policías. De camino, once se escaparon por las calles laterales de Covent Garden. Bullock no se sorprendió cuando vio que los que habían desaparecido volvían a estar «sentados y fumando en la plaza,

tranquilamente, y participando en las peleas para hacerse con el dinero que arrojaban personas que pasaban por la plataforma»^[48]. Fue entonces cuando se llevó a diez de ellos, «seis mujeres, dos niñas y dos chicos». Entre ellos estaba Polly Nichols.

Polly, que debía de haber tomado una cuantas copas, no entró de buen grado en las celdas. Maldijo, discutió y «estuvo muy peleona» en la comisaría. A la mañana siguiente tuvo que declarar ante el señor Bridges, el magistrado. Mientras conducían a los prisioneros a la sala del tribunal, el periodista del *Evening Standard* comentó que «presentaban un aspecto espantoso, sucios y muy harapientos». Según la declaración de la policía: «Nichols era la peor de las mujeres de la plaza»^[49]. Se describió cómo ella y un grupo de mujeres habían convertido la mendicidad en un negocio debajo de la plataforma que separaba la National Gallery de Trafalgar Square. Esperaban a que apareciera «gente respetable», momento en el que «se quitaban los chales y se ponían a temblar como si tuvieran frío, para darles pena»^[50]. Parece que el truco tenía éxito; por lo menos, a Polly le permitía pagarse una copa y una cama en una pensión. De todos modos, según le explicó al juez, no había querido ir al patio del asilo «porque los dejaban allí hasta por la mañana, y por eso perdían cualquier trabajo al que tuvieran que acudir»^[51]. Era una excusa bastante poco creíble, cosa que no se le escaparía al magistrado. Como Polly Nichols había estado vagabundeando desde mayo de aquel año, es poco probable que tuviera trabajo alguno.

El 15 de noviembre de 1886, Polly volvió, con gran pesar de su corazón, al asilo de Lambeth. Le habían arrancado la seguridad de la que había disfrutado con Thomas Drew. Una vez más, se encontraba en una situación similar a la vivida tras separarse de William Nichols. Pero ahora su futuro era aún más incierto, ya que había perdido el derecho a recibir una pensión del esposo que la había abandonado. En el registro de admisión, junto con su nombre, había escrito «sin hogar, profesión: cero». Tras la muerte de su hermano y su pelea con su padre, la sensación de soledad y vergüenza debía de ser extrema.

Afortunadamente para Polly, no estuvo en el asilo mucho tiempo. La mayor parte de estas instituciones intentaban capacitar a chicas y a mujeres jóvenes para realizar trabajos en el servicio doméstico. No solo proporcionaba una oportunidad para adquirir habilidades y una fuente de ingresos a chicas que de otro modo hubieran acabado perdidas, sino que también contribuía a aliviar los gastos del asilo; cuantos menos internos, menor sería el coste para el contribuyente. En el asilo de Lambeth, incluso enviaban a mujeres mayores

a realizar estos trabajos. Se ofrecía una oportunidad de empezar de cero a mujeres que de otro modo hubieran quedado atrapadas en el círculo de pobreza del asilo. Como la mayor parte de mujeres de mediana edad tenían varias décadas de experiencia en la cocina, la limpieza, el remiendo de prendas y el cuidado de los niños, sus habilidades resultaban útiles. Sabían cómo limpiar una rejilla de chimenea, fregar un suelo, cuidar de un niño enfermo y preparar comidas. Había muchos patrones dispuestos a pasar por alto el pasado vergonzoso de una interna del asilo para utilizar sus habilidades como trabajadora gratis o a muy bajo coste. Para haber sido seleccionada para ese programa, Polly tuvo que haber demostrado buen carácter desde el principio, así como diligencia, obediencia y docilidad. Además, como en el asilo no tenía la tentación del alcohol, todo era más sencillo. El 16 de diciembre, Polly fue «liberada para servir», como dice el registro, aunque no se sabe adónde fue^[52].

Por desgracia, aquel destino no fue definitivo. Los sirvientes y los amos no siempre eran compatibles; no se especifica en ningún sitio qué le costó el puesto en la primavera siguiente. Fuera cual fuese la situación, parece que, en mayo de 1887, Polly no podía soportar la idea de pasar otra temporada en el asilo; en lugar de ello, decidió correr suerte vagabundeando. La vida de un vagabundo era la de un trabajador itinerante. En parte, era mendigo; en parte, delincuente o prostituta. Por desgracia, la Ley de Vagos no llegaba a distinguir entre estas «categorías profesionales». A cualquiera que viviese en las calles se le consideraba de igual manera; simplemente, se le adjudicaba la categoría de «problema». Sin embargo, la vida de un vagabundo y su modo de sobrevivir variaba mucho de una persona a otra; a menudo estaba determinada por la edad, por el género, por si era minusválido, etcétera. Un vagabundo aceptaba trabajo allá donde pudiera conseguirlo: vendiendo objetos en las calles, cargando o descargando mercancías en los mercados y en los muelles, cuidando niños o limpiando en hogares de trabajadores. Se vivía al día. La búsqueda de trabajo, comida y cobijo era constante, cosa que hacía desplazarse a hombres y mujeres que «vagabundeaban» de un extremo de la ciudad a otro, y vuelta a empezar. Aunque algunos vagabundos decían que ese estilo de vida les proporcionaba libertad y una vida sin obligaciones, y que les gustaba dormir donde les pareciera, la mayoría de ellos se veían empujados a tales condiciones de vida si querían evitar una larga y opresiva estancia en el interior de un asilo. Eso sí, a la mayoría no le importaba utilizar el patio del asilo cuando le convenía.

El concepto de «patio del asilo» (o «el pincho», como solían llamarlo) surgió en 1837, cuando el Gobierno exigió a las autoridades de la Ley de Pobres que proporcionaran un cobijo nocturno provisional a cualquiera que se encontrase en una situación de desamparo y con una necesidad urgente de acomodo^[53]. Al igual que el asilo, el patio, que solía formar parte de un ala del edificio, no estaba pensado para que fuera cómodo. El objetivo era disuadir del vagabundeo, al tiempo que ofrecía una asistencia muy básica. A los vagabundos se les daba una repugnante comida de aguachirle y pan, y podían pasar la noche en uno de los dormitorios para hombres o para mujeres, a cambio de que al día siguiente trabajaran unas cuantas horas. A finales del siglo, a cualquiera que entrara en un patio de asilo se le obligaba a pasar dos noches en las sucias camas a cambio de un día entero de trabajo, deshaciendo estopa, limpiando o picando piedra. Si el encargado pensaba que un interno no estaba trabajando lo bastante para cubrir sus gastos, podían retenerlo. Tanto el patio como el asilo eran paraísos para los explotadores.

El pincho no era menos miserable que el asilo. Pasar mucho tiempo allí resultaba insoportable. De todos modos, la demanda era constante. A última hora de la tarde, empezaba a formarse una cola en la puerta del patio. La admisión solía empezar entre las cinco y las seis de la tarde, y no había garantía alguna de que hubiera camas disponibles para todos, especialmente en invierno. De manera similar a cuando entraban en el asilo, a los internos del patio, tras haberse asegurado una plaza, se les daba su aguachirle y luego se les pedía que se quitaran sus harapientas ropas. No las lavaban, sino que las «horneaban» para eliminar piojos o pulgas. A los internos se les proporcionaban camisones, que se ponían tras bañarse en las ennegrecidas aguas de las bañeras comunales. El autor estadounidense Jack London, que pasó una noche en el pincho mientras escribía su ensayo *La gente del abismo*, se quedó horrorizado al ver que veintidós internos se bañaban en la misma agua antes de usar «toallas mojadas por los cuerpos de otros hombres». London advirtió que uno de aquellos hombres tenía la espalda cubierta de «una masa sanguinolenta», resultado de «los ataques de las plagas».

Dormir allí resultaba casi imposible, entre las plagas, lo incómodo de unos colchones rellenos de paja, la estrechez de los camastros y un ambiente siempre amenazador. La investigadora social J. H. Stallard, que pasó una noche en un dormitorio de mujeres, habló de «un estado de tristeza constante durante toda la noche». Comentó que estaba «cubierta de bichos» y que «no podía ni sentarse ni tumbarse». Para «conseguir un soplo de aire fresco» en esa sala cerrada y sin ventilación, tuvo que colocarse «tan cerca de la puerta

como pude» con la esperanza de que algo de brisa «entrara a través de la estrecha abertura»^[54]. Aunque las puertas se cerraban a los internos a las siete de la tarde para que pudieran descansar, Stallard describe una gran agitación general. La incomodidad y las molestias se prolongaban toda la noche: las mujeres vomitaban, otras llegaban borrachas, los niños lloraban, se montaban peleas. Algunas se quedaban sentadas charlando y «cantando canciones soeces» a la luz de la única lámpara de gas. Ya hubiesen conseguido dormir algo o no, a las seis de la mañana tocaban diana para empezar el trabajo. Les daban más aguachirle y pan rancio y a seguir.

Uno de los problemas de pasar la noche en el patio del asilo era que complicaba las oportunidades de encontrar trabajo al día siguiente. La mayor parte de los trabajos duros empezaban antes de las nueve; además, los que querían trabajar debían caminar un buen trecho hasta el tajo. Sin dinero y sin trabajo, a un vagabundo no le quedaba más remedio que unirse a la cola en el otro patio de asilo. Como la ley prohibía a los vagabundos volver al mismo pincho durante un periodo de treinta días, la mayor parte hacía un recorrido por las instalaciones vecinas; solían emplear nombres diferentes para evadir las reglas.

La vida del vagabundo era una vida de hambre, agotamiento e incomodidad: tenían frío, se empapaban bajo la lluvia, les comían las picaduras, les dolían los pies tras andar kilómetros con zapatos de suelas agujereadas, por no hablar de los tormentos psicológicos que soportaban. Se vivía al día, hora a hora, en busca de una oportunidad para ganar o mendigar unas monedas. Si podían asegurarse un día, o incluso unas horas de trabajo descargando mercancías, llevando un cartel de anuncio o vigilando a los niños de las trabajadoras de los talleres textiles, podían ganar el dinero suficiente para pagarse una noche en una pensión barata. Esto, naturalmente, si las ganancias no se gastaban en bebida para olvidar la desesperación. A mediados del siglo XIX se calculaba que «setenta mil personas en Londres [...] se levantan cada mañana sin la menor idea de dónde reposarán la cabeza por la noche»^[55]. Esos vagabundos pasaran la noche en el patio de un asilo, en una pensión o bajo las estrellas, eran lo que hoy reconoceríamos como la población sin techo de Londres.

Polly estaba entre ellos.

Al reunir las historias de aquellas mujeres que cayeron víctimas de Jack el Destripador, llama la atención que tanto la policía como la prensa parecen haber ignorado que un número significativo de mujeres marginadas que dormían en pensiones también solía pasar la noche al raso. A veces, se dormía

en la cama de una pensión; otras, en la cama del patio de un asilo; otras, bajo el quicio de una puerta. Eso era ser un vagabundo. Sin embargo, como afirma William Booth, fundador del Ejército de Salvación, puede que no fuera una omisión intencionada: las clases adineradas sencillamente no sabían qué significaba exactamente ser un sin techo. En *La oscura Inglaterra y cómo salir de ella* (una de las más importantes investigaciones de la pobreza en aquella época), se describe: «Para muchos, incluso de los que viven en Londres, puede ser sorprendente que haya tantos cientos de personas que duermen en la calle cada noche».

Comparativamente, hay poca gente fuera después de medianoche, y cuando estamos cómodamente arropados en nuestras camas, podemos olvidar la multitud de ellos que están fuera, bajo la lluvia y la tormenta, que tiritan durante horas sobre los duros asientos de piedra al aire libre o bajo las arcadas de una vía de tren. Sin embargo, esos sin techo, esas personas hambrientas están ahí, pero, como son gente en su mayoría sin esperanza, rara vez hacen oír sus voces a los oídos de sus vecinos^[56].

Puede que los que dormían al raso se sintieran invisibles a ojos de la «sociedad respetable», pero Londres estaba atestado de ellos. En 1887, el cálculo de los que dormían en Trafalgar Square variaba entre «más de doscientos» y «seiscientos» cada noche. William Booth registró doscientos setenta en el Embankment del Támesis y noventa y ocho en el mercado de Covent Garden durante una noche de 1890^[57]. Se creía que al menos otros tantos buscaban refugio en Hyde Park. Sin embargo, esos emplazamientos solo eran los más visibles. Había otros en cada barrio de la capital. La zona alrededor de la iglesia de Spitalfields era uno de sus lugares favoritos, además de esos «pequeños refugios y rincones a los que se recurría en patios cubiertos, carros, etcétera, y que había por todo Londres»^[58].

Verse sin techo en el Londres victoriano era una experiencia penosa, pero para mujeres como Polly, desamparadas, la pesadilla se redoblaba, pues solían ser víctimas de violencia sexual. Como las mujeres que vivían sin la protección masculina o un techo sobre sus cabezas se consideraban marginadas, y a las marginadas se las veía como mujeres defectuosas, la conclusión es que las marginadas eran también moralmente corruptas y sexualmente impuras. En todas las capas de la sociedad se aceptaba que semejantes mujeres harían lo que fuera por comida y una cama. Como estaban desesperadas, estaban allí para que las usaran. En algunos casos, no hacía falta ni pedirles permiso.

Mary Higgs, que se había disfrazado de vagabunda para infiltrarse en ese mundo, se quedó horrorizada al descubrir que con sus ropas harapientas los

hombres la agredían verbalmente sin parar. «Nunca antes me había dado cuenta de que la ropa de una dama, o incluso de una respetable trabajadora, era una protección —escribió—. Hay que sentir la mirada directa y libre de un hombre a una mujer desvalida para saber lo que es». Cuando estuvo en el patio de un asilo, se enteró de que el portero, un tipo lascivo, tenía una llave del dormitorio de mujeres. Cuando se quejó, le dijeron que en otro patio «la portera dejaba el cuidado de las vagabundas casi totalmente en manos de un hombre», y se aceptaba que «hiciera lo que quisiera con ellas». En otra ocasión, mientras dormía en la calle, se le acercó un hombre que «empezó a hablarle de manera familiar y de lo más desagradable. Me preguntó dónde estaba mi marido, e insinuó que yo había llevado una vida inmoral», antes de sugerir que pasara la noche con él a cambio de compartir su desayuno. Después de cinco días de sufrir ese tratamiento por parte de los hombres con los que se encontraba, Higgs concluyó que «no me importaría ser una mujer solitaria recorriendo las carreteras». Por entonces, Higgs viajaba con una compañera, pero descubrió que otras mujeres la advertían de que, si iba a estar vagabundeando durante tiempo, debería «arreglarse con un tío»^[59]. Muchas mujeres lo hacían, y aceptaban los abusos sexuales de otros vagabundos como modo de sellar una relación. Entonces su comportamiento «libre» se usaba como una prueba más para reforzar la idea de la policía y la prensa de que «todas las mujeres vagabundas eran prostitutas».

Cuando J. H. Stallard visitó varios patios de asilos femeninos, oyó historias muy parecidas a las que había contado Mary Higgs. En su relato, Stallard cuenta la historia de «Cranky Sal», una «mujer de pelo gris» con el rostro desfigurado por un ataque. Un día advirtió que Sally tenía un ojo morado. Cuando Stallard le preguntó qué había pasado, Cranky Sal respondió que había sido «porque no quise que un hombre hiciese lo que quería conmigo». Explicó que estaba en el New Cut en Lambeth cuando un hombre «bien vestido» le había ofrecido un penique de bígaros y un pastel de dos peniques:

Entonces nos alejamos. Nos detuvimos junto al quicio de una puerta y me ofreció un chelín. Dijo que eso me serviría para conseguir albergue por la noche... y me preguntó si iba a coger el dinero, y yo dije: «¡Oh, no!, no hago ese tipo de negocios», y él me pegó un golpetazo.

Cuando Sally se acercó a un policía a pedir ayuda, el agente se rio de ella y bromeó diciendo «que el hombre debía de tener un estómago fuerte para gustarle alguien como yo». Se encontró con una respuesta semejante de otro policía «que [...] se negó a escucharme y me empujó de la acera hasta

hacerme caer en medio de la calle». Stallard se conmovió ante la desdicha de Sal y le preguntó cómo conseguía sobrevivir en las calles. Ni ella misma lo sabía:

Es difícil decirlo. No hago nada realmente malo. Ya sabe lo que quiero decir; mendigo y recojo todo lo que puedo, y hago lo que sea por un poco de comida o un sitio donde dormir. A veces me arreglo con lo que me dan en esos sitios; a veces consigo que me den unos peniques^[60].

La venta de sexo no era el único medio que la mujer vagabunda tenía a su disposición para adquirir alimentos y cobijo, ni era fundamental para poder sobrevivir. Aunque recurriese a ello, la «prostitución ocasional» entre mujeres mayores que no poseían el atractivo físico de sus compañeras jóvenes no implicaba penetración, sino más bien manipulaciones manuales o toqueteos por debajo de la falda. Gran parte de la escritura alarmista de la época sobre mujeres empobrecidas y sin hogar se centraba en las jóvenes que se volvían hacia la prostitución, sin tener en cuenta a las mujeres mayores que se enfrentaban a unas circunstancias ligeramente diferentes. Para esas mujeres había otras posibilidades. Cuando no podían encontrar trabajos que hacer, la mendicidad, incluso entre los propios mendigos, podía proporcionar los peniques, la taza de té o el trozo de pan necesarios para sobrevivir un día más. Como se maravillaban los comentaristas sociales, la caridad salía «a menudo de entre las clases más bajas»; a las vagabundas de edad avanzada más aletargadas las cuidaba «el mendigo enérgico y próspero» al que se «recurre para dar a los que son inferiores en su profesión»^[61]. George Sims comentó: «Los lazos de amistad, las colectas y las ayudas en parte alguna son tan habituales como entre las clases trabajadoras cuyas ganancias son precarias [...] el vendedor ambulante o el trabajador de los muelles lanza su moneda de seis peniques al sombrero de un pobre tipo al que no ha visto en su vida sin pensárselo dos veces». Entre los sin techo que frecuentaban las pensiones, esas prácticas caritativas eran un modo de vida. Sims escribe que si un hombre llegaba a semejante sitio «sin tener los cuatro peniques necesarios para pagar su cama» y «sus penalidades parecen auténticas, se pasa el sombrero de inmediato y los demás huéspedes pagan por su noche de descanso». La comida también se repartía entre los huéspedes más pobres y «un hombre, al ver que un vecino no tenía nada, le tendería su tetera y diría: “Aquí tienes, amigo”», y le ofrecería las hojas de té para que les diera un segundo hervor^[62]. Aunque no todo el mundo era tan afortunado como para que le pagaran la cama y el té cada noche, para los vagabundos, la costumbre de ayudar al prójimo resultaba inestimable.

Las experiencias de Polly como vagabunda seguramente no fueron muy diferentes a las de otras mujeres. En principio, la vida en la calle habría resultado chocante y perturbadora, y luego aceptada con resignación, poco a poco. No es extraño que cuando la detuvieron en Trafalgar Square en 1887, después de casi seis meses de vivir en la calle, hubiera pasado de ser una respetable y educada inquilina de Peabody a una amenaza alborotadora y grosera.

Tras su audiencia del 25 de octubre, Polly fue «liberada bajo su propia responsabilidad», pero se le dijo que tendría que permanecer en el asilo; de lo contrario, la detendrían^[63]. Obedeció y fue directamente al asilo más cercano, en Endell Street, en Covent Garden. Desde allí la trasladaron al de la Strand Union en Edmonton, donde permaneció hasta diciembre cuando, incapaz de soportar más las condiciones, se despidió.

Como siempre, en cuanto cambió las regulaciones de la vida institucional por el vagabundeo, recordó lo dura que era aquella vida durante el invierno. El 19 de diciembre volvió una vez más a las puertas del asilo de Lambeth Union, pero hay alguna discrepancia sobre si pertenecía a la misma parroquia. Después de pasar la Navidad en el asilo (único día del año en el que a los internos se les daba de comer rosbif y pudin de ciruelas), a Polly la echaron. No muy segura de qué parte de Londres podía llamar su hogar, empezó a vagar al norte del río, hacia Holborn. Pasó varias noches en el patio de Clerkenwell y consiguió reunir los peniques necesarios para pasar tres noches en una pensión de Fulwood's Rents, un sórdido callejón junto a Chancery Lane, en la zona que tan bien había conocido de niña. Cuando se gastó el poco dinero que tenía, se fue al asilo de Holborn Union. Vagabundear bajo el frío y la humedad de enero se había cobrado su peaje: pronto cayó enferma. Entonces la trasladaron al dispensario de Archway^[64].

Mientras estaba al cuidado de Holborn Union, según la Ley de Pobres, se tuvo que decidir si Polly pertenecía a aquella zona, o si alguna otra unión de la Ley de Pobres debería estar haciéndose cargo de sus gastos en su propio asilo. Una vez que se recuperó, Polly fue entrevistada el 13 de febrero de 1888. Entonces se decidió que volviera a Lambeth, la unión que acababa de rechazarla^[65]. El 16 de abril la enviaron como un paquete al asilo de Renfrew Road. Poco después de su llegada, Polly se presentó ante la matrona, la señora Fielder, que dieciocho meses antes la había colocado como sirvienta. Podemos imaginarnos la escena de suspiros y reproches por ambas partes. Lambeth Union no la quería allí. Estaban dispuestos a ofrecerle otro empleo

en el servicio doméstico, quizá con la esperanza de que esta vez el resultado fuera mejor.

La señora Sarah Cowdry, del 16 de Rosehill Road en Wandsworth, al sur de Londres, había hecho saber a los guardianes de Lambeth que ella y su marido estaban dispuestos a contratar a una mujer del asilo como sirvienta. Baptistas practicantes, los Cowdry cumplían el concepto del deber cristiano; no solo querían ayudar a los menos afortunados, sino que también deseaban servir de ejemplo moral dentro de su hogar y su comunidad. Como secretario general de la Policía Metropolitana, Samuel Cowdry había adquirido cierto conocimiento de los males sociales de la ciudad. Quizá como respuesta, él y su esposa se habían comprometido a ser abstemios.

La mañana del 12 de mayo, Polly Nichols llegó a la acogedora casa de clase media de los Cowdry con una mano delante y otra detrás. Como única sirvienta en una casa ocupada por una pareja de sesenta y pocos años y una sobrina soltera de veintitantos, los deberes de Polly no debían de ser especialmente exigentes. Se esperaba que limpiara las habitaciones e hiciera las comidas, pero también habría disfrutado de su propia habitación y su cama en el ático, lo que le debió de parecer un lujo después de meses vagabundeando o sufriendo en el asilo. Como Polly no tenía ropa apropiada para su posición de doncella de casa, la señora Cowdry tuvo que suministrarle al menos una muda de ropa, una capota en condiciones y zapatos, camisón, cofias, delantales, un chal, un par de guantes, ropa interior y otros objetos diversos, como un cepillo para el pelo, peinetas y horquillas. Ninguna señora de clase media querría que su doncella diera una mala imagen a las visitas.

Durante su primera semana en «Ingleside», como los Cowdry llamaban a su casa, Sarah debió de sugerir a Polly que escribiera a su familia y los informara de su paradero. Su señora le trajo papel y pluma. Polly, quizá por primera vez desde hacía dos años, reunió el valor para dirigirse a su padre:

Solo escribo para decir que te alegrará saber que me he establecido en mi nueva casa y hasta ahora todo va bien. Mi gente salió ayer y aún no han vuelto, así que me han dejado al cuidado de todo. Es un lugar estupendo con árboles y jardines en la parte delantera y en la trasera. Todo está recién renovado. Son abstemios y muy religiosos, así que debo comportarme bien. Son gente muy agradable y no tengo mucho que hacer. Espero que estés bien y que el chico [el hijo mayor de Polly, que estaba viviendo con su abuelo] tenga trabajo. Así que, por ahora, adiós.

Sinceramente tuya,

POLLY

P. S.: Contéstame pronto, por favor, y dime cómo estás^[66].

Se desconoce qué sucedió durante los dos meses siguientes en la casa de Wandsworth. En los hermosos y cálidos días del verano, la vida de Polly pudo haberse parecido al paraíso, comparada con la que había conocido en las calles y en los patios de los asilos. Tenía acceso a la dulce tranquilidad del jardín de los Cowdry; llevaba ropa limpia, y el pelo libre de piojos. Había tres comidas al día; cenas que incluían carne, fruta, púdines y comidas que no debía haber probado desde que se separó de su familia. Tenía una cama auténtica, una jefa que deseaba ayudarla y no temía ataques de borrachos en mitad de la noche ni abusos por parte del personal del patio del asilo. Puede incluso que fuera a la iglesia con regularidad, que se le pidiera que dijese sus oraciones y estudiara la Biblia, que se avergonzara por quién era y por cómo había llevado su vida. En la casa de los Cowdry, Polly no tenía más compañía que la de sus señores y la sobrina de estos, la señorita Mancher, que no se sentía inclinada a charlar con ella ni a compartir bromas o secretos. Sin más personal ni compañeros, sus días y noches debieron de parecerle penosamente largos y vacíos. Había demasiadas horas en las que añorar lo perdido. Luego, por supuesto, estaría el asunto de la bebida. ¿Hasta qué punto podía vivir sin ella?

El 12 de julio, Sarah Cowdry escribió una postal al asilo de Renfrew Road en la que contaba que Polly Nichols se había fugado de su casa con ropas y objetos por valor de 3 libras y 10 chelines. Polly había empaquetado las cosas que le había dado la señora Cowdry (los vestidos, la capota, los zapatos, los delantales y todo lo demás) y se había marchado.

Es improbable que tuviera un plan preconcebido cuando salió subrepticamente por la entrada de servicio de Ingleside. Al haber vivido una existencia itinerante, Polly se había acostumbrado a atender sus necesidades más inmediatas. Volver al asilo no estaba en sus planes. Con todos esos objetos a su disposición, es probable que lo primero que hiciera fue ir a una tienda de empeños o a un vendedor de ropa usada y convertir varios de los caritativos regalos de la señora Cowdry en dinero contante y sonante. Aunque no hubiese conseguido el valor total de aquellas prendas, habría tenido suficiente dinero para comprar comida y conseguir una cama en las pensiones durante al menos un par de semanas. Lo más probable es que su siguiente parada fuese un *pub*.

Con una buena cantidad de monedas en el bolsillo, no es de extrañar que Polly desapareciera entre mediados de julio y el 1 de agosto, fecha en la que sabemos que pasó la noche en el patio de Grey's Inn, en el camino de su ruta hacia Whitechapel^[67]. Allí había un montón de pensiones baratas; eso le

permitiría estirar todo lo posible sus monedas. De todos los establecimientos que pudo escoger, Polly decidió tomar una cama en la pensión Wilmott's, en el 18 de Thrawl Street. Contrariamente a muchos establecimientos de la zona, Wilmott's solo admitía mujeres; para una mujer solitaria, que vagaba sola, este habría sido el alojamiento más seguro que podía encontrar. En Wilmott's, que albergaba hasta setenta mujeres, Polly compartió lo que se describió como una habitación «sorprendentemente limpia» con otras tres mujeres. Entre ellas había una mujer mayor llamada Ellen Holland, con la que ocasionalmente compartió el precio de una cama doble.

Holland, que llegó a conocer a Polly durante las tres semanas que esta pasó allí, fue la única persona que parece haber entablado algo parecido a una amistad con ella. Describió a su compañera de cuarto como «melancólica» y dijo que «era muy reservada», como si «cargara con algún peso en el alma»^[68]. No tenían conocidos en común, y ella sabía que Polly no tenía pareja masculina, «solo una mujer con la que había comido y bebido durante algunos días», como era práctica habitual entre las vagabundas^[69]. Holland tampoco negó que Polly bebiese y que la había visto «fatal por ello» un par de veces.

Conocemos los últimos movimientos de Polly Nichols por el testimonio que dio Ellen Holland en la investigación forense en relación con la muerte de su amiga. Por desgracia, no hay transcripciones oficiales de tales declaraciones, y toda la documentación de la investigación se ha perdido. Los únicos relatos que existen y que describen un panorama de los hechos son los que aparecen en artículos de los periódicos contemporáneos. Por supuesto, estos resúmenes escritos rápidamente por periodistas en la sala del tribunal están llenos de errores e inconsistencias. Cuando se reescribían como historias relevantes, se les daba mejor forma y se embellecían para adaptarse a las necesidades de cada periódico, a veces para aumentar el sensacionalismo y a veces para recortar un relato y que se adaptara mejor al espacio disponible. Los artículos de agencia se mandaban entonces a periódicos más pequeños por todo el país. Los periodistas de allí, incluidos algunos que nunca habían ido a Londres ni habían visitado Whitechapel, fagocitaban esas historias, fabricando citas e incluso entrevistas. La desinformación echó raíces en la conciencia pública tan rápidamente como lo hace hoy en día.

Según Ellen Holland, Polly permaneció en Wilmott's hasta más o menos el 24 de agosto, cuando su dinero empezó a escasear. Los encargados de las pensiones tenían por costumbre extender el crédito una o dos noches a los clientes habituales; pero como a Polly no la conocían demasiado, no pudo

disfrutar de tal gentileza: la echaron. Una vez más, se vio de vuelta en las calles, vagabundeando y reducida a conseguir unas cuantas monedas y alojarse donde podía. Holland creía que había pasado un tiempo cerca de Boundary Street en Shoreditch y unas cuantas noches en otra pensión llamada la Casa Blanca, en Whitechapel, en la famosa por deteriorada Flower and Dean Street^[70]. Hasta más o menos las 00.30 del 31 de agosto, Polly había estado bebiendo en el Frying Pan, un *pub* en la esquina de Thrawl Street. Estaba bastante ebria cuando se marchó. A pesar de haberse bebido el dinero para pagar su alojamiento, pensó que podía conseguir una cama en Wilmott's, que prefería a las demás pensiones. El encargado no tenía la costumbre de dar camas a borrachos sin un penique, así que echó a Polly. Cuando se fue, trató de esconder su decepción con una risotada y diciendo bruscamente que «pronto conseguiría el dinero»^[71].

Poco antes de las 2.30 de la madrugada, Ellen Holland, que estaba de vuelta tras haber ido a contemplar un gran incendio en el dique seco de Shadwell, se encontró a su antigua compañera de cuarto, que bajaba por Osborn Street hacia Whitechapel Road. Polly no tenía buen aspecto. Era incapaz de caminar erguida. Cuando Ellen la detuvo, su amiga se derrumbó contra una pared. Muy preocupada, Ellen siguió charlando con ella «durante unos siete u ocho minutos»; trató de convencer a Polly de que volviera con ella a Wilmott's, pero el encuentro anterior de Polly con el encargado debió de haberla convencido de que no le iban a permitir quedarse allí aquella noche. Polly se lamentó de no tener dinero; parecía muy dispuesta a «ganarse la suma para poder alojarse», aunque, como apenas podía caminar, eso no pareciera muy factible^[72]. «He tenido el dinero tres veces hoy, y me lo he gastado», le dijo a Holland con remordimientos de borracha. Sin embargo, para Polly, esa situación no era nueva^[73]. La perspectiva de no tener una cama donde pasar la noche no era apetecible, pero tampoco es que fuera la primera vez que le pasaba algo así.

Ellen Holland le repitió esta historia a la policía y la contó de nuevo durante la investigación forense, con varios periodistas de testigos. No obstante, tanto las autoridades como los periodistas ya estaban seguros de una cosa: Polly Nichols había estado aquella noche en la calle buscando clientes, porque ella (como cualquier otra mujer, independientemente de su edad, que se moviera entre las pensiones, los asilos y la cama que se hacía en un rincón oscuro de un callejón) era una prostituta. A partir de ese punto, la policía y la prensa elaboraron sus teorías sobre el asesino. Inicialmente se establecieron dos posibilidades: la primera era que el asesinato hubiese sido cometido por

un «*high-rip gang*», o grupo que extorsionaba a las prostitutas; la segunda, que más tarde cobró peso, fue que detrás del crimen había un «asesino de prostitutas» solitario. En ambos casos, todos estaban seguros, sin una sola prueba que apoyara sus convicciones, de que Polly Nichols era prostituta.

Tales suposiciones tuvieron su importancia en la investigación, en el informe forense y en cómo se informó sobre la historia en los periódicos. Y todo a pesar de que los tres testigos que mejor conocían a Polly (Ellen Holland, Edward Walker y William Nichols) parecen haber rebatido tal hipótesis. En ciertos momentos, la investigación forense se convierte en una investigación moral sobre la conducta de Polly Nichols, como si se pretendiera demostrar que su trágico final estaba en consonancia con su modo de vida.

Cuando Polly habló por última vez con Ellen Holland aquella noche del 31 de agosto, le había dejado claro a su amiga que no le gustaba su nuevo alojamiento de la Casa Blanca. Cuando Ellen le preguntó dónde se iba a quedar, Polly dijo que «estaba viviendo en otra casa con un montón de hombres y mujeres». De este lugar también se habló mucho como de «una casa donde se permitía dormir a hombres y a mujeres»^[74]. Hizo aquel comentario para diferenciarlo de los alojamientos de Wilmott's, que eran unisex, y que ella prefería. En referencia a la Casa Blanca, Polly dijo que «no le gustaba ir allí» y que «había demasiados hombres y mujeres». Quería volver a Wilmott's y prometió a Ellen que no pasaría «mucho tiempo antes de que pudiera regresar»^[75].

El juez de instrucción interrogó a Ellen Holland acerca del carácter moral de su amiga, con la esperanza de que hiciera un comentario incriminatorio respecto a la supuesta profesión de Polly. En cada momento crítico, Ellen dejó muy claro que Polly no era lo que ellos insinuaban. Cuando le preguntaron si sabía lo que hacía su antigua compañera para vivir, Holland dijo que lo ignoraba. Contestó de igual manera cuando insistían sobre por qué andaba por la calle a tan altas horas de la madrugada.

—¿Piensa que era de costumbres limpias? —preguntó el juez.

—Oh, sí, era una mujer muy limpia.

El juez aprovechó la oportunidad para insistir sobre su comentario de que Polly pretendía encontrar dinero para pagar su alojamiento.

—Supongo que se formó una opinión acerca de lo que eso quería decir —señaló.

—No —declaró firmemente Ellen, antes de repetir que Polly quería volver a toda costa al alojamiento de mujeres^[76].

Las declaraciones de Holland fueron tan tajantes que muchos periódicos, entre ellos el *Manchester Guardian*, parafrasearon su interrogatorio: «La testigo dijo que no pensaba que la fallecida estuviera llevando una vida ligera [o inmoral]; de hecho, ella [Nichols] parecía temerla mucho»^[77].

No es de extrañar que los que con más insistencia pretendían convertir el carácter de Polly en algo malsano fuesen los periódicos. Con silencios chapuceros, con una comprensión deficiente de los testimonios o su embellecimiento deliberado, los periodistas solían retorcer las declaraciones para arrojar sombras sobre el carácter moral de Polly. Cuando el juez preguntó a Edward Walker sobre el comportamiento de su hija mientras vivía con él tras su ruptura matrimonial, le preguntó si Polly era «ligera». Según el *Morning Advertiser*, el *Evening Standard* y el *Illustrated Police News*, su respuesta fue: «No; nunca oí nada de ese tipo. Solía salir con mujeres y hombres jóvenes que conocía, pero nunca oí que hiciera nada impropio»^[78]. Sin embargo, el *Daily News*, al transcribir la conversación, incluyó algo mucho más sugerente: «No salía especialmente tarde. Lo peor que vi de ella fue que se juntaba con mujeres de cierta clase»^[79]. Que Walker dijera tal cosa o no es discutible, como lo son al menos dos versiones contradictorias de su testimonio. De igual modo, los intentos del juez por animar a William Nichols a describir el carácter de su mujer solo consiguieron arrojar dudas sobre su propio comportamiento, a la luz de su ruptura matrimonial. Cuando se le preguntó por qué había dejado de pagarle a Polly la pensión de cinco chelines, él dijo que, en los dos años que llevaban separados, ella había estado viviendo con «otro hombre u hombres»^[80]. Esto proporcionó a los periódicos todas las pruebas que necesitaban para juzgar a Polly por ser una adúltera y una mujer caída; sin embargo, Nichols nunca afirmó que su mujer se hubiera ganado la vida como prostituta.

Cuando la historia apareció por primera vez, antes de que se supiera nada importante sobre la vida de Polly, casi todos los periódicos destacados del país incluían un artículo que declaraba: «Se ha sabido que la fallecida llevaba una vida de persona “desgraciada”», aunque también decían que «nada [...] se sabía de ella»^[81]. Para autenticar su afirmación sobre su estilo de vida, los periódicos empezaron a tergiversar los pocos hechos de los que disponían. El comentario de Polly al ayudante de la encargada de Wilmott's («voy a conseguir el dinero para la cama, mira qué bonito gorro he conseguido») antes de hacer un gesto hacia un sombrero que nadie parecía haber visto antes se usó para insinuar la naturaleza ilícita de los métodos que usaba para reunir dinero^[82]. Que esto se dijera o no es tan cuestionable como el contexto. El

«bonito gorro» de Polly podía ser uno de los que se había llevado de casa de los Cowdry el mes anterior y que planeaba empeñar para poder volver a una cama conocida en Wilmott's. Pero lo cierto es que, como otros muchos detalles que rodearon sus horas finales y su muerte, nunca sabremos la verdad. Como Ellen Holland, cuyo nombre los periodistas nunca pudieron confirmar o registrar correctamente, Polly no era más que otra mujer pobre, envejecida, sin valor, de esas que residían en una pensión de Whitechapel^[83]. La policía, el juez de instrucción, los periodistas o sus lectores no necesitaban saber nada más sobre ella.

Ellen Holland recordaba que el reloj de la iglesia de Whitechapel había dado las dos y media cuando se separó de su amiga. Vio a Polly, con su hermoso gorro de paja ribeteado de terciopelo negro, caminar vacilante en dirección a Whitechapel Road y desaparecer poco a poco entre las sombras.

A esa hora, Polly ya debía de saber que sus posibilidades de conseguir dinero mendigando eran escasas. Con la cabeza dándole vueltas por culpa de la bebida y el agotamiento, vagó dando tumbos por la maraña de callejuelas del East End. Se apoyaba en las paredes de los edificios, abriéndose paso a través de la oscuridad de la noche, buscando un lugar que pudiera servirle de cama: algún escalón o el umbral de una puerta algo resguardada. Los huecos debajo de las escaleras, las entradas de los edificios comunales, los patios semiprivados que había justo detrás de verjas sin cerrar..., todos ellos eran lugares donde se podía intentar dormir. Polly debía de haber aprendido a localizar buenos sitios; de todos modos, como era relativamente nueva en el barrio, aún desconocía ciertos rincones secretos de Whitechapel en los que se podía dormir. Es probable que ni siquiera supiera el nombre de la calle por la que acababa de torcer. Débiles destellos de luz provenientes de una ventana o una farola lejana pudieron guiarla hacia Buck's Row. Pasó junto a una serie de casitas de ladrillo de obreros, que no ofrecían refugios adecuados ni porches. Finalmente, vio una vieja verja que empujó, pero que no se abrió. Tal vez solo se apoyara en ella. La cabeza le daba tumbos y, finalmente, cerró los ojos.

De la postal que le escribió a su padre en los últimos meses de su vida no podemos extraer conclusiones sobre qué le pasaba por la mente a Polly. Ellen Holland vio en la mujer que dormía junto a ella a una persona profundamente melancólica: una personalidad que se cerraba sobre sí misma, introvertida, aislada y dolida. A partir de estos gruesos trazos, puede definirse débilmente su perfil. Disponemos de elementos suficientes para entender que Polly no era un personaje de ficción, sino una persona de carne y hueso. Polly había

nacido entre imprentas y editoriales, donde vieron la luz algunas de las más famosas historias victorianas. En su muerte llegó a ser tan famosa como el astuto Dodger, Fagin o incluso Oliver Twist. La verdad sobre su vida está tan enredada con lo imaginado como la de esos personajes. Había llegado al mundo en la calle de la Tinta, y es allí, cabalgando sobre las galeradas de columnas periodísticas, planchas ilustradas, rumores y escándalos, adonde volvería para convertirse en un nombre impreso.

El 1 de septiembre de 1888, William Nichols se había preparado para lo peor. No muy seguro de lo que se iba a encontrar, pensó que debía arreglarse adecuadamente y se vistió de luto: chaqueta larga y negra, pantalones del mismo color y sombrero de copa. Aquel día estaba lloviendo y debió de sentirse físicamente enfermo cuando salió y abrió el paraguas, volviendo la espalda a su puerta en Coburg Road, donde vivía con Rosetta y sus hijos.

Iba a ver al inspector Abberline al depósito, a reconocer el cuerpo de la mujer que se suponía que era su esposa. Hacía tres años que no la veía y no tenía ni idea de lo que habría sido de ella en aquel tiempo, aunque difícilmente podría haber previsto un giro tan impresionante de los acontecimientos. El inspector de policía le advirtió que podía tener alguna dificultad para reconocer a Polly, pero que esperaban que pudiera proporcionar una identificación positiva. Acompañó a Nichols por una puerta trasera y cruzaron un patio, hacia un modesto cobertizo de madera. Los hombres entraron. Vio un sencillito ataúd de pino. Nichols se quitó el sombrero y se preparó. Entonces, retiraron la tapa.

Incluso con el corte cosido en la garganta y las profundas heridas por todo el cuerpo, William Nichols reconoció a su mujer: sus rasgos pequeños y delicados, sus altos pómulos. Sus ojos grises, aunque ahora apagados, le resultaban tan familiares como su cabello castaño, que el tiempo había plateado. Sin duda, esa era Polly, la mujer con la que se había casado y a la que en otro tiempo había amado. Sí, era Polly, la mujer que había parido a seis de sus hijos, que los había consolado y cuidado, que se había ocupado de él en tiempos de enfermedad, la mujer con la que había compartido risas y unas cuantas alegrías durante dieciséis años. Era Polly, esa chica que a los dieciocho años había sido su novia, aquella que del brazo de su padre había entrado por el pasillo de la iglesia de Saint Bride's. Habían sido felices, aunque hubiera sido por poco tiempo.

Abberline se dio cuenta de que Nichols se había quedado pálido. Estaba visiblemente emocionado por lo que había visto y luego se derrumbó.

—Te perdono —le dijo a su difunta esposa, como si Polly estuviera durmiendo, como si los brutales cortes de su cuerpo no hubieran acabado con su vida—. Te perdono, por lo que fuiste para mí^[84].

Williams tardó un buen rato en rehacerse. La tapa del ataúd se cerró y Abberline acompañó al doliente marido por el patio, camino de la comisaría.

PARTE II

Annie

c. septiembre de 1841 - 8 de septiembre de 1888

Soldados y sirvientas

Según los periódicos, la lluvia era torrencial. Caía a cántaros. Lo empapaba todo. Atravesaba las capas y los abrigos de lana; corría en cascadas desde las alas de los sombreros. Era una fría lluvia de febrero que sin duda traería dolores de pecho y fiebres a todo aquel que insistiera en permanecer bajo ella, aunque se dijo que ninguno de los «espíritus» de los espectadores «se mojaron lo más mínimo». Llegaron por millares, empujando las verjas de Buckingham Palace y alineándose junto a la carretera de Saint James's. La mayoría de los allí reunidos eran, como escribe el *Morning Chronicle*, «en general, de las clases trabajadoras». Se «tropezaban, empujaban y apretaban» para conseguir el mejor puesto para poder ver a la reina Victoria y al príncipe Alberto vestidos boda^[85]. Los jóvenes se subían a los árboles, y la policía los hacía bajar rápidamente. En varias ocasiones, la multitud amenazó con entrar en el camino del desfile, pero destacamentos de guardias montados a caballo los mantuvieron a raya, con sus brillantes corazas parcialmente cubiertas por sus capas escarlata de invierno. Ante la aparición de un cortejo de carruajes, hubo una repentina oleada de emoción. A los sonoros vivas y gritos les siguieron voces de «¡Dios salve a la reina!». La muchedumbre avanzó, extendiendo las manos para tocar los vehículos y los caballos, para ver de cerca los brillantes ojos azules de la novia real. Los soldados de caballería del Segundo Regimiento de Guardias de Corps de la Reina avanzaron hacia ellos, haciendo chasquear los látigos sobre las cabezas de la multitud, manteniendo la fila «con una mezcla de firmeza y buen humor que se ganó la aprobación de todos los presentes».

Había sido por aquello: por el espectáculo de semejantes desfiles, por el orgullo de servir en la caballería y en uno de los regimientos más prestigiosos del país, por la emoción de estar sentado en lo alto de una montura con sus botas bien pulimentadas; había sido por todo aquello por lo que George Smith, que en 1834 no tenía más que quince años, salió de su casa en el Lincolnshire rural y se fue a Londres. Tres años antes, un sargento que reclutaba jóvenes había ido hasta el cercano pueblo de Fulbeck y había alistado a su hermano mayor, Thomas, en el Segundo Regimiento de la Guardia de Corps. Aún niño, George estaba impaciente por unirse a él. Cuando apareció en los barracones de Regent's Park, todavía era menor de

edad, pero, de todos modos, el regimiento aceptó a tan entusiasta recluta. Le enseñaron a montar como un guardia de caballería, a bruñir su coraza y a limpiar su casco. Aprendió rápidamente las estrictas rutinas de la vida en el ejército: cómo ponerse firme, marchar, saludar, cómo disciplinar su cuerpo para no encorvarse nunca ni dejarse ir. George y su hermano fueron reclutados porque eran chicos de campo saludables, robustos, perfectos para sentarse a horcajadas en una montura. Según sus informes del ejército, medía 1,78 cuando se alistó; era de piel clara y rubicunda y ojos castaños. El barbero del regimiento le cortó el pelo castaño claro, pero, como George era un guardia de caballería, se le permitió dejarse un fino bigote.

George cumplió la mayoría de edad bajo el amparo del Segundo Regimiento de Guardias de Corps. Su posición en la caballería le aseguró un lugar en la primera fila de la historia. Fue testigo del fin de la época georgiana cuando participó en el funeral del rey Guillermo IV y del nacimiento de la época victoriana en la coronación de la nueva reina en 1838. El 10 de febrero de 1840 estaba allí participando en las ceremonias de Estado con ocasión de su boda, protegiendo a su reina de la muchedumbre.

Ese día, cuando los londinenses abarrotaban las calles y celebraban la boda de la reina, es probable que una sirvienta de veintidós años llamada Ruth Chapman estuviera entre ellos. Poco se sabe de esta muchacha nacida en Sussex, que, como muchas otras, abandonó su hogar para trabajar en la capital. A su familia le pareció prudente bautizarla a los quince años antes de mandarla al ancho mundo, tan lleno de tentaciones. No se sabe si le sirvió de mucho, pues, en el momento de la boda de la reina, ya había conocido a un guardia del Segundo Regimiento de Guardias de Corps y se había unido a él.

Es posible que ella y George se hubieran conocido en algún lugar cercano a los barracones de Portman Street. Un pariente de Ruth trabajaba para una familia de Sussex que vivía en la próxima Clifton Place, donde quizás ella también estuvo empleada. Hyde Park, conocido por ser lugar de flirteo entre soldados y sirvientas, se encuentra justo en medio. Según el periodista Henry Mayhew, solía ser en los parques donde las doncellas y las niñeras que iban y venían de su lugar de trabajo quedaban expuestas a la «todopoderosa casaca roja» y «sucumbían a la *fiebre escarlata*». Los soldados no ignoraban el impacto que sus vistosos uniformes y su aspecto marcial causaba en esas chicas, y lo aprovechaban. El ejército no fomentaba ciertos matrimonios y los bajos sueldos hacían que el soldado raso no pudiera «permitirse emplear mujeres profesionales para satisfacer sus pasiones [...] está encantado de aprovechar la oportunidad de establecer intimidad con una mujer que lo

apreciará por sí mismo, y no le costará nada más que la molestia de sacarla de vez en cuando»^[86]. Más importante aún, en lo que se refería al ejército, en una relación monógama con una chica decente de clase trabajadora «no era probable que se contagiara de una enfermedad infecciosa»; además, lo mantendría apartado de las prostitutas^[87]. Estos acuerdos podían bastar a un soldado común y corriente, pero dejaban a la chica en cuestión en una situación difícil, si no ruinosa. En enero de 1841, Ruth se encontró en tal brete.

El día exacto en que nació Annie Eliza Smith, a principios de septiembre, no está claro. Hija ilegítima, su madre pudo haber tratado de esconder muchos de los datos de su nacimiento. Las circunstancias en las que Annie llegó al mundo puede que no fueran del todo felices para Ruth, que habría perdido su empleo cuando su embarazo avanzó. Pasó a depender de lo poco que le daba George. A ojos de la sociedad y del ejército, Ruth se había convertido en una *dollymop*: una mujer de soldado que, aunque no entraba del todo en la categoría de «profesional», era considerada una especie de prostituta aficionada. Por suerte, la posición del ejército respecto a las *dollymops* era pragmática, de modo que solo a seis de cada cien hombres alistados en un regimiento se les permitía casarse. En el campo de batalla, a esas mujeres se las conocería como soldaderas y se les dejaría ganarse la vida lavando la ropa del regimiento. Como en la paz la caballería permanecía en barracones, a menudo se las llamaba para llevar a cabo esas mismas tareas. La mujer de un policía montado comentó que llegaba a fin de mes haciendo «un poco de trabajo de costura durante el día», así como «algo de lavado y escurrido de vez en cuando, para ayudar». Ella, igual que Ruth, vivía en una habitación cerca de los barracones, por la que pagaba un chelín a la semana^[88].

Los cinco meses siguientes al nacimiento de Annie, la posición de Ruth continuó siendo precaria, sobre todo porque pronto quedó embarazada de su segundo hijo. Independientemente del afecto que George sintiera por ella, seguía existiendo la posibilidad de que lo destinaran al extranjero, circunstancia que habría sido la sentencia de muerte de muchas relaciones sentimentales entre soldados y mujeres con las que no se habían casado. Si el destino hubiera tomado ese rumbo, Ruth se habría quedado sin apoyo financiero, dos hijos y una reputación mancillada. Cuando se veían en semejante situación, las *dollymops* solían permanecer leales al regimiento y buscarse otro protector en él, o dentro de los barracones, aunque tal solución no dejaba de tener consecuencias; al hacerlo, también se comprometían a llevar una carrera de prostitutas. Por suerte, el 20 de febrero de 1824, dos años

después de que empezaran a cortejarse, George recibió el permiso para casarse con su amada. Ya fuera por deseo expreso de George o por la considerada intercesión de su oficial al mando, el día de su boda se fechó dos años antes en el registro militar. Si alguien hubiera preguntado, la boda de George y Ruth habría tenido lugar el mismo mes y el mismo año que el enlace de la reina Victoria y el príncipe Alberto.

Desde que se conocieron y durante los años que pasaron juntos, el ejército dictó y definió totalmente las vidas de George, de Ruth y de todos sus hijos. El matrimonio aseguraba a la señora Smith un lugar en «la parte oficial» (esposa oficial en el regimiento), pero eso no significaba que fuera a tener una vida más cómoda. Aunque el ejército proporcionara a Ruth y a sus hijos medias raciones y permiso para vivir dentro de los barracones, la vida allí no era saludable ni agradable. No pudieron acceder al recinto para personas casadas hasta la década de 1850, por lo que los recién casados tenían que arreglarse con rincones de la sala comunal, dividida con sábanas y mantas colgando. Las mujeres se vestían y se desvestían, yacían en la cama, se lavaban o daban a luz y de mamar rodeadas por hombres solteros, que también andaban por allí medio desnudos, jurando, burlándose y entonando lascivas canciones. El saneamiento no era mucho mejor. Cuando se llevó a cabo una inspección nacional de los barracones en 1857, se descubrió que los espacios habitacionales estaban en unas condiciones espantosas. Muchos dormitorios estaban situados sobre los establos y mal ventilados. La humedad y la falta de luz eran el pan de cada día, así como era habitual la escasez de lugares para lavarse y de letrinas. En algunos barracones, se usaban grandes barriles como orinales comunales, que se vaciaban y se usaban después como bañeras. Las instalaciones de cocina eran también lamentables. La mayoría no disponía de hornos, lo que tenía un impacto significativo en la dieta y la salud de los militares, que subsistían a base de comida hervida.

Sin embargo, «vivir de manera oficial» tenía ciertas ventajas para las familias. Se establecieron cajas de ahorros para permitir a los soldados apartar pequeñas sumas de dinero; a los hombres enfermos y a sus familias se les proporcionaban medicinas de los suministros del ejército, mientras que a todos los miembros del ejército y a los que dependían de ellos se les permitía acceder a la biblioteca de los barracones. Y más importante aún, en 1848, a las familias se les adjudicó una pequeña pensión para que pudieran acomodarse fuera de los barracones, lo cual, aunque no les proporcionaba necesariamente gran comodidad, les permitía tener cierta privacidad y un hogar propio. Esto habría sido especialmente conveniente para los Smith,

cuyo número continuó aumentando a lo largo de la década. Poco después de que Ruth y George se casaran en 1842, un hermano, George William Thomas, se unió a Annie y a sus padres. Fue seguido por Emily Latitia en 1844, Eli en 1849, Miriam en 1851 y William en 1854^[89]. Annie y sus hermanos pudieron utilizar lo que se consideraba uno de los mayores beneficios de la vida oficial: la escuela del regimiento.

Más de veinte años antes de que se pusiera en marcha un sistema de escolarización obligatoria (allá por 1870), los hijos y las hijas de las familias de los militares debían asistir a lecciones organizadas, subvencionadas por el ejército. En parte, el servicio perseguía apartar a los niños de la «ociosidad y vicio» de la vida en los barracones, que se consideraba «incompatible con la decencia», sobre todo en lo que se refería a las niñas. Pero el ejército también quería recompensar a los soldados por sus servicios, demostrándoles que cuidaban de la educación y bienestar de la siguiente generación. Las escuelas de regimiento no solo pretendían impartir nociones de disciplina, sentido del deber y respeto en línea con los ideales militares, sino proporcionar a los niños «los medios para ser útiles y poder ganarse la vida»^[90]. La asistencia era obligatoria en la mayor parte de los regimientos; si no, amenazaban a las familias con dejar de ser consideradas como «familias oficiales». Al mismo tiempo, también esperaban que los soldados pagasen por el privilegio de la educación de sus hijos, de modo que el presupuesto de las familias tenía que adaptarse y reducirse. A George le cobraban dos peniques al mes para que Annie fuera a la escuela, y un penique por cada uno de los demás hermanos.

El programa ofrecido en las escuelas de regimiento era similar a los de las escuelas civiles de caridad. Se dividían en clases para pequeños y en clases para niños mayores. A los más pequeños les enseñaba una maestra por las mañanas, mientras que a los mayores de ambos sexos los instruía el maestro de escuela. Después de la comida, se los separaba, y los chicos mayores se quedaban con el maestro, mientras las niñas se quedaban con la maestra para que les enseñara ocupaciones propias de su sexo. Todos los niños recibían una educación bastante rigurosa. A los pequeños se les enseñaba a silabear, leer y cantar, un programa que luego se extendía para incluir lecciones de escritura, dicción, gramática, historia inglesa, geografía, aritmética y geometría. Bajo semejante régimen, Annie habría recibido una educación muy superior a la ofrecida a la mayor parte de sus coetáneos de clase trabajadora, tanto chicos como chicas. Como mujer, también habría podido aprovechar lecciones de tarde de «industriosidad»; especialmente, todo tipo de labores de aguja, desde bordado a realización de prendas, crochet y punto. De este modo, las niñas

adquirían habilidades que no solo las convertirían en útiles para el regimiento a la hora de zurcir y hacer prendas, sino que también las ayudaría a conseguir trabajo una vez completada su escolaridad. El único problema era la naturaleza ambulante de la vida en el ejército. Cuando el militar en cuestión era trasladado, la educación del niño solía verse interrumpida.

Aunque George y su familia nunca tuvieron que soportar la dureza de un destino en el extranjero, ninguno de ellos fue capaz de llegar a sentirse del todo cómodo en su entorno doméstico. Los regimientos rotaban entre barracones, a menudo sin previo aviso. Aunque trasladarse y organizar nuevos alojamientos cercanos a los barracones en Portman Street, Hyde Park y Regent's Park habría supuesto el inconveniente de reubicarse a unos cuantos kilómetros en una dirección u otra, viajar hasta otro puesto en Windsor, a más de treinta kilómetros fuera de la ciudad, hubiera supuesto un trastorno y unos gastos mucho mayores. En el transcurso del servicio de George en su regimiento, desde la década de 1840 hasta principios de la de 1860, la familia vivió en no menos de doce lugares entre Londres y Windsor.

Uno de los aspectos curiosos de crecer como la hija de un soldado en un regimiento socialmente prestigioso era que la vida se convertía en un extraño equilibrio entre dos mundos muy dispares. El mundo de la caballería, con sus aristocráticos oficiales y su proximidad a la familia real aportaba la posibilidad de presenciar, aunque fuera desde lejos, una existencia de categoría, privilegio y riqueza que estaba más allá de la experiencia diaria de la mayor parte de niños de clase trabajadora. La visión de landós llenos de damas con caros gorros de seda y caballeros con título cuyos uniformes relucían de medallas habría parecido algo cotidiano. Como también lo era poder ver a la reina Victoria, o a un príncipe real correteando por Windsor Great Park montado a caballo. Cuando Ruth y sus hijos atravesaban las puertas de sus hogares temporales, caminaban por calles limpias, anchas, bien iluminadas, sin ver a gente necesitada. Respiraban el aire fresco de Hyde Park junto con gente de la alta sociedad que hacían girar sus sombrillas. Desde muy jovencita, a Annie le enseñaron a enorgullecerse de la posición de su padre y a hacer suyo el amor que él sentía por su reina y su patria. Los valores de honor y dignidad del regimiento también se le habrían inculcado. El modo en que Annie se comportaba y hablaba, aunque no la hacía parecer privilegiada, habría demostrado que entendía las reglas de la buena conducta y que era consciente de su lugar en su entorno. Esas capacidades permanecerían en ella, de modo que incluso de adulta daba la impresión de que venía de buena familia.

Sin embargo, aunque Annie hubiera entrevisto la opulencia de la vida en la corte, las realidades de su existencia diaria y sus condiciones de vida eran las de una niña de clase trabajadora. Los pocos privilegios que traía consigo la posición de su padre palidecían por la escasez de su salario. Aunque los Smith vivían en Windsor, alquilaban habitaciones en Keppel Terrace, cuyas casas se habían construido y decorado «con notable gasto» para atraer a «pequeñas familias gentiles». Cada propiedad, de tres pisos, con sus «repisas de chimenea de piedra de Portland, sus ricas cornisas» y «hermosas vistas sobre el río Támesis» estaba formada por «dos salones, tres dormitorios y dependencias para sirvientes», en las que vivían tres familias del ejército, compartiendo una cocina y las instalaciones sanitarias^[91]. La calidad de algunos de los alojamientos en Knightsbridge podía ser incluso peor.

Escondida entre las «hermosas mansiones y respetables residencias» de Knightsbridge, a no más de un paseo de sus exclusivas tiendas, podías encontrar una pequeña bolsa de «insalubridad», al otro lado de la calle, frente a los barracones de Hyde Park. «Desde Knightsbridge Green y a lo largo de High Road había una sucesión de *music-halls*, tabernas, cervecerías, bares de ostras y estancos baratos» que se consideraba «una desgracia en cualquier lugar de Londres»^[92]. Allí también encontrabas algunos de los alojamientos que las familias de los soldados podían permitirse. Cuando era posible, los Smith vivían a cierta distancia de esos establecimientos. En 1844, alquilaron un pequeño *cottage* en Rutland Terrace, cerca de Brompton Road; sin embargo, a medida que iba avanzando el siglo, los alquileres de las zonas mejores aumentaron y empujaron a las familias de los militares hacia las calles más densamente pobladas, entre dos de los *music-halls* más conocidos: el Sun y el Trevor Arms. Raphael Street iba de este a oeste, justo al borde de ese carnaval de inmoralidad. Aunque las obras de las viviendas que había en esa calle habían terminado en los dos años anteriores, los hogares ya se habían dividido para albergar a múltiples familias de ingresos bajos. En 1854, los Smith estaban viviendo en el número 15 con al menos otras dos familias, cada una de las cuales ocupaba dos habitaciones.

A finales de la primavera de aquel año, cuando el tiempo se suavizó, los periódicos de Londres empezaron a escribir sobre un alarmante aumento de casos de escarlatina (fiebre escarlata). Pronto siguieron brotes en Islington, Knightsbridge y Chelsea, aunque los periodistas trataban de dar cierta seguridad a sus lectores declarando que «la enfermedad» se daba «principalmente entre las clases obreras». El 3 de mayo, el *Daily News* escribió que un cochero que vivía cerca de la más rica sociedad en Eaton

Mews South había visto cómo «la maligna escarlatina se llevaba a sus cinco hijos en nueve días». Seguía advirtiéndolo a sus lectores que el brote «era muy grave en el distrito». Siguieron apareciendo durante todo el verano trágicas historias sobre lo que ya se había declarado como epidemia. «La escarlatina aumenta a diario», escribió el *Morning Post* el 27 de julio. «La [...] enfermedad ha golpeado duramente a varias familias y [...] se ha informado de un caso en el que tres niños de la misma familia murieron en seis días». A principios de junio, el London Fever Hospital declaró una crisis cuando ingresaron a «más de cien pacientes» solo por fiebre escarlata. Y la situación se complicó aún más con una segunda epidemia: la del tifus.

Mientras que la fiebre escarlata (una enfermedad causada por un estreptococo, semejante a la gripe, y caracterizada por una erupción rojiza) afectaba sobre todo a niños, el tifus se extendió entre jóvenes y viejos sin distinción. Comúnmente conocida como «fiebre de campamento» o «fiebre de prisión», la enfermedad se propagaba por la picadura de pulgas y piojos que se escondían en ropas, mantas y ropa de cama compartida por gente que vivía en estrecho contacto. Como la fiebre escarlata, los afectados por el tifus también sufrían de fiebre alta, y una erupción roja se extendía por todo su cuerpo. Finalmente, en los casos mortales, la infección pasaba al cerebro. A mediados de mayo, ambas epidemias llegaron a Raphael Street. Un niño pequeño llamado John Fussell Palmer, que aún no tenía dieciocho meses, fue el primero en morir de escarlatina. No se sabe lo rápido que la enfermedad reptaba por entre las paredes porosas de yeso y las habitaciones atiborradas de gente, pero, poco después de que enfermara el niño de los Palmer, la enfermedad se estableció en casa de los Smith. Miriam, de dos años y medio, debió de ponerse mala ante los ojos de Annie, de doce, cuando su madre estaba ocupada con su nuevo recién nacido, William. A esa edad, Miriam debería de estar gateando por las habitaciones de la familia, riendo y parloteando, volcando sillas y estorbando bajo los pies. En lugar de ello, tuvo fiebre y dolor de garganta, como si padeciera una gripe. Cuando apareció la erupción, seguramente no hubo duda sobre el pronóstico. Sufrió hasta el 28 de mayo; la enterraron al día siguiente. En el momento en que Ruth y George estaban cuidando de su hija más pequeña, William también sucumbió a la erupción y la fiebre; murió cinco días más tarde, a los cinco meses, el 2 de junio. Después de llevarse a los dos más pequeños, siete días más tarde la escarlatina causó una nueva víctima: Eli, de cinco años.

Lo que pensaron Ruth y George cuando su hijo mayor, George Thomas, que acababa de cumplir doce, empezó a enfermar, no puede imaginarse

quiera. Al igual que los demás, tuvo fiebre alta durante dos semanas y erupción por todo el cuerpo. Cuando enterraron a su hermano Eli, George yacía en la cama. Cada vez estaba peor. Como a las familias de los soldados no se les permitía hacer uso de los servicios del médico del regimiento, los Smith llamaron a un médico cuyos honorarios difícilmente hubieran podido pagar. George Thomas tenía tifus. Luchó con la enfermedad durante tres semanas. Finalmente, el 15 de junio murió.

En el transcurso de tres semanas, la muerte se había llevado a cuatro de los seis hijos de los Smith. La magnitud de la tragedia resulta casi inconcebible hoy en día, sobre todo porque podrían haber sobrevivido de haber conocido los antibióticos. Sin embargo, en ese momento, Ruth y George no podían hacer nada ante una enfermedad que se consideraba incurable. La muerte de sus hijos había sido algo inevitable, aunque eso no hizo la experiencia más fácil para ellos; tampoco para sus dos hermanas supervivientes: Annie y Emily.

Mucho después de aquello, la calamidad siguió cebándose con la familia.

De algún modo, Ruth y George consiguieron salir adelante. Dos años más tarde, nació una nueva hija, Georgina, en Windsor. Luego llegó Miriam Ruth, en 1858. Mientras tanto, Annie se convirtió en una adolescente de ondulado cabello oscuro e intensa mirada azul. Cuando los brazos de su madre volvían a estar ocupados acunando a otro recién nacido, Annie debía de estar a punto de cumplir los quince años. Tradicionalmente, era la edad en que la educación de una niña terminaba y podía contribuir a los ingresos de la familia con un sueldo a tiempo completo. Para muchas chicas, implicaba entrar en el servicio doméstico; en muchos casos, era como un rito de iniciación: una joven asumía la carga de mantener a sus hermanos pequeños, a menudo a costa de dejar atrás su hogar. Aunque apartarse de la vigilancia paterna conllevaba ciertos peligros morales, el servicio doméstico continuaba siendo mejor considerado que el trabajo en fábricas, que no proporcionaba a las jóvenes habilidades que pudieran serles útiles en su futura vida matrimonial. A resultas de esto, entre 1851 y 1891, casi el 43 % de las mujeres de entre quince y veinte años entraron en el servicio doméstico. Como Ruth tenía a Emily en casa para ayudarla con los niños más pequeños, habría sido apropiado que Annie, la mayor, empezara a contribuir a los ingresos familiares.

Fuese o no el primer puesto que tuvo, en 1861 Annie Smith estaba trabajando como doncella para William Henry Lewer, un arquitecto de éxito que vivía en los números 2-3 de Duke Street, en Westminster, una zona que servía de hogar a numerosos diseñadores e ingenieros. Varias puertas más

allá, en los números 17-18, vivía el gran creador de ferrocarriles, puentes y túneles Isambard Kingdom Brunel, junto con su familia. Como antiguos residentes de Duke Street, los Lewer y los Brunel, que compartían intereses profesionales, también se habrían conocido socialmente. Es probable que Annie y su compañera, Eleanor Brown, así como el ama de llaves de los Lewer, Mary Ford, habrían al menos conocido a la familia Brunel, si es que no habían tenido el privilegio de servirlos en el salón de su amo.

En 1861, Annie era la más joven de las tres mujeres que atendían a William Lewer, de sesenta y siete años, y a su hermano soltero, Edward, agente de bolsa retirado. Aunque las tres trabajaban desde las cinco o las seis de la mañana hasta, a veces, altas horas de la madrugada, las tareas de Annie habrían sido las más arduas. Descritas en ocasiones como «doncella para todo», se esperaba que las sirvientas de los hogares pequeños desempeñaran todas las tareas, desde limpiar los platos tres veces al día hasta llevar cubos de carbón escaleras arriba, hacer las camas y encender los fuegos en las chimeneas. En el hogar de los Lewer, la señora Ford, el ama de llaves, podía haber sido también cocinera, mientras que a Annie se le habría pedido que ayudara no solo en la preparación de las comidas, sino también en servirlos. Incluso en un hogar de dos caballeros ancianos, la lista de tareas de Annie rara vez le habría permitido tener un momento libre. Cuando no estaba limpiando el polvo, o vaciando las chimeneas, estaba fregando suelos, sacudiendo alfombras, llevando agua a los baños, limpiando botas o remendando ropa. Si los señores Lewer no mandaban su ropa sucia a alguna de las lavanderías comerciales de Londres, entonces el extenuante trabajo de lavar, aclarar, escurrir y planchar también habría recaído sobre Annie. A pesar de su duro trabajo, las doncellas estaban muy mal pagadas. La señora Beeton, en su *Book of Household Management* [*Libro del gobierno del hogar*], publicado aquel año, sugería que Annie, como doncella para todo, recibiría una paga anual de entre 9 y 14 libras. Y si William Lewer le proporcionaba una asignación para que se comprase su propio té, azúcar y cerveza, esta cifra se reduciría a entre 7 libras 6 chelines y 11 libras^[93]. Los empleadores pensaban que esta mínima suma estaba justificada, ya que estaban pagando el alojamiento y la comida de las jóvenes. En el hogar de los Lewer, donde parece que había mucho espacio, Annie y la señora Ford tenían sus propias habitaciones encima del despacho del arquitecto, en el número 2 de Duke Street, mientras que Eleanor dormía en el ático del número 3. Para Annie, que había pasado toda su vida compartiendo dos o tres habitaciones con su

familia, la privacidad de la que disfrutaba en las dependencias de los sirvientes de William Lewer debió de ser extraña y maravillosa.

Cuando Annie empezó su vida como sirvienta interna, seguramente esperó ver muy poco a su familia. El tiempo de ocio de una doncella dependía del criterio de su empleador, y la mayor parte de los sirvientes no disponían de más de medio día libre al mes (a lo sumo, un día). También se les solía dar alrededor de una hora los domingos, para que pudieran ir a misa. Obviamente, tales restricciones dificultarían que Annie pudiera ir y venir de Windsor, donde vivieron los Smith hasta 1861.

Durante unos veintiún años, el ejército había marcado la vida nómada de los Smith. El regimiento, las familias que allí vivían y los oficiales habían sido el entorno de Ruth y George. Esta comunidad única, cerrada, semejante a un clan, que emigraba junta entre barracones (que había compartido casas y comidas, cuyos hijos se habían escolarizado juntos y habían crecido como si fueran primos, que se habían consolado entre sí y se habían prestado mutuamente dinero) dejaría una impronta indeleble en el sentido de identidad de cada uno de los Smith. Especialmente, en el caso de George, que, al cumplir los cuarenta, tenía que empezar a pensar en retirarse y en qué pasaría luego. El Segundo Regimiento de los Guardias de Corps había sido como una familia para él, tanto como su esposa y sus hijos. Tanto era así que bautizó a su hijo más pequeño en homenaje a aquellos que había servido. El 25 de febrero de 1861, nació Fountaine Hamilton Smith en el 6 de Middle Row North, a poca distancia de Raphael Street, de donde se habían marchado George y Ruth en 1854 con sus tres hijos. Quizá George encontrara cierto alivio a su tragedia aquel mismo año, cuando John Glencairn Carter Hamilton (más tarde primer barón Hamilton de Dalzell) se convirtió en uno de sus capitanes. El apoyo que Hamilton le brindó pudo ser económico, emocional o espiritual, pero lo que es seguro es que George jamás olvidó su amabilidad. Tampoco podía olvidar el lazo que había creado con otro de sus mandos, el capitán Fountaine Hogge Allen, cuya muerte en noviembre de 1857 debió de afectarle profundamente. Es probable que el nacimiento de Fountaine implicase para George el principio del fin de su carrera, y que quisiese homenajear a los hombres y a la vida que habían cincelado su personalidad.

Como leal sirviente del regimiento que se había ganado cuatro menciones por buena conducta, se consideró que George era un buen candidato para convertirse en asistente de sus oficiales. Según las reglas del ejército, los oficiales de caballería que no tenían a un civil a su servicio podían emplear a un «sirviente soldado» de dentro del regimiento para que se encargara de su

equipamiento militar y sus uniformes, así como para cuidar de su apariencia física y llevar los detalles administrativos de su vida diaria. Como explica la señora Beeton, el propósito del asistente es atender a las necesidades de sus señores «vistiéndolos, acompañándolos en todos sus viajes», así como actuar como «los confidentes y agentes de sus momentos más espontáneos»; más específicamente, esto significaba «cepillar las ropas de su señor, limpiar sus botas altas, sus botas de disparar, andar y vestir; llevar el agua para el baño de su señor, sacar su ropa para que se vistiera, ayudarlo a vestirse y guardar y sacar su ropa cuando viajara...»^[94]. Aunque la señora Beeton señala que muchos caballeros preferían afeitarse ellos mismos, un asistente tenía que poderlo hacer él mismo, así como debía poder recortar la barba y el bigote de su señor.

Entre la jerarquía de los sirvientes, el papel del asistente de un caballero era prestigioso y valorado. A ningún otro sirviente se le permitía conocer tan íntimamente a su señor, desde sus debilidades físicas hasta sus secretos y pensamientos. Para ser elegido para el puesto, George debió de poseer «modales educados, comportamiento modesto y respetuosa reserva», además de tener «buen sentido, buen humor, cierto sentido de sacrificio y consideración hacia los sentimientos de los demás»^[95]. En 1856, Roger William Henry Palmer, un héroe de la guerra de Crimea que había vuelto a Gran Bretaña después de su participación en la Carga de la Brigada Ligera, cambió su destino en el Undécimo Regimiento de Húsares por uno en el Segundo de Guardias de Corps. Cuando tuvo que escoger un asistente entre los hombres de su nuevo regimiento, Palmer vio las cualidades necesarias para un «caballero de un caballero» en el soldado Smith^[96].

Las ventajas de la asociación de George con un hombre que no solo era considerado un héroe militar, sino que acabaría alcanzando la baronía de su familia irlandesa, eran muchas. El trabajo lo eximía de las responsabilidades de los desfiles y en los barracones, incluidas las guardias, un deber que no gustaba a nadie. Le permitía vivir en el alojamiento de oficiales, donde recibía mejor comida, y a veces también vino. Cada vez más a menudo, sobre todo después de que eligieran a Palmer como miembro del Parlamento, los deberes de George lo irían apartando de la vida del ejército y lo introducirían en el exclusivo círculo de las casas de campo, las partidas de caza y el Gobierno. Como Palmer pasaba mucho tiempo como oficial comisionado que viajaba entre las propiedades familiares en el condado de Mayo, George pudo conocer Irlanda y los opulentos interiores de sus castillos y mansiones. Y, en 1862, George Smith, el hijo de un zapatero de Lincolnshire, viajaría a París.

El año anterior, había empezado a servir a otro oficial de su regimiento: el capitán Thomas Naylor Leyland. Tanto llegó a apreciar Leyland a su «sirviente-soldado» que, cuando decidió casarse y cambiar su destino por otro en el Denbighshire Yeomanry, pidió a George que dejara el Segundo Regimiento de Guardias de Corps y lo acompañara^[97]. El sentido común de George le dijo que era un momento en la vida en que no podía desaprovechar una oportunidad como esa. Leyland le estaba ofreciendo un puesto remunerado que lo colocaría, junto con el mayordomo y el cocinero, en el rango superior de sus sirvientes domésticos. Podía esperar cobrar de 25 a 50 libras al año, además de su pensión del ejército de 1 chelín y 1,5 peniques al día. Como hombre de clase trabajadora de mediana edad, difícilmente hubiera podido conseguir nada mejor que aquello.

El 19 de marzo de 1862, menos de un mes antes de su cuadragésimo tercer cumpleaños, el soldado George Smith se convirtió en el señor Smith. Se despidió de sus compañeros, de los barracones y del regimiento que lo había formado, y se preparó para acompañar a Thomas Naylor Leyland a París, donde este se disponía a casarse con su novia, Mary Ann Scarisbrick, en la embajada británica, antes de iniciar su luna de miel por Francia.

Desde aproximadamente finales de 1861, Ruth y George debieron de establecer a su familia de modo más permanente en Knightsbridge, junto a la casa palaciega y llena de objetos de arte de Leyland: Hyde Park House. Estaba muy bien situada en la zona que mejor conocía Ruth, cerca de los barracones, así como a un corto paseo de la casa de Thomas, el hermano de George, que también se había retirado del regimiento y había vuelto a la ocupación familiar, la fabricación de zapatos. Al igual que Annie, es probable que George viera poco a su familia mientras trabajaba en el servicio doméstico, y esta separación de su mujer y de sus hijos, así como de todo lo que había conocido previamente en el Segundo Regimiento de Guardias de Corps, empezó a hacer mella en él. Un asistente, cuando no estaba atendiendo a su señor, tenía tiempo para sí, para leer, para pensar. Sin las distracciones inmediatas de la familia o del regimiento, había muchos temas en los que George no deseaba pensar. Entre ellos, las muertes de sus cuatro hijos.

El 13 de junio de 1863, el capitán Leyland había aceptado actuar como anfitrión en las carreras de caballos del Denbighshire Yeomanry, en Wrexham. Iba a ser una gran reunión social que incluía una cena de gala para los oficiales y sus esposas. La noche antes, miembros del regimiento y sus invitados llegaron a la ciudad y se retiraron a sus aposentos. Aunque su señor residía en las dependencias de los oficiales, George compartía una habitación

en un *pub*, el Elephant and Castle, con otro miembro del personal de Leyland. Cuando apagaron la luz aquella noche, George parecía el de siempre, y estaba «bastante jovial». A la mañana siguiente, entre las siete y las ocho de la mañana, el sirviente llamó a George para recordarle la hora. «Está bien, no estoy dormido», respondió él, aunque no hizo ademán de salir de la cama. Casi una hora más tarde, al ver que George aún no había aparecido, la patrona subió y, horrorizada, descubrió al asistente de Leyland «con la garganta cortada, de una manera horrorosa, con una navaja de afeitar a su lado cubierta de sangre». George yacía en el suelo, muerto, «con solo la camisa y los calzoncillos puestos»^[98].

Aquel día, que iba a ser festivo, se torció y se convirtió en un día negro y aciago. Cuando le informaron de la terrible noticia, Thomas Naylor Leyland corrió hasta el escenario de la muerte y se sintió «muy afectado» por lo que vio. De todos modos, para que la carrera no tuviera que suspenderse, los jueces de instrucción se reunieron esa misma tarde y presentaron un veredicto de «suicidio por corte de garganta con una navaja de afeitar mientras la usaba bajo una enajenación mental transitoria»^[99]. También se sugirió que George había estado bebiendo, un problema que lo afligía en gran medida desde que había dejado el ejército.

A pesar del desafortunado giro de los acontecimientos, Leyland apareció en la carrera aquella tarde para ver correr a los caballos, aunque se supone que no disfrutó mucho del espectáculo.

Más tarde pagó los gastos del funeral de George.

No se sabe qué ocurrió cuando Ruth y sus hijas recibieron la noticia. Fountaine, que solo tenía dos años, nunca conocería a su padre. La pensión que recibía George se extinguía con su muerte; a mediados del siglo XIX, la ley no permitía que las viudas cobrasen la pensión de sus maridos fallecidos. De la noche a la mañana, la familia se había quedado sin ingresos, más allá del dinero que Annie mandaba a casa o lo que hubiera podido ganar su hermana Emily.

Curiosamente, una situación que podía haber conducido a Ruth y a sus hijos pequeños al asilo no acabó de manera tan desafortunada. Al año siguiente, Ruth había vuelto a la dirección en la que la familia había vivido en otro tiempo, el 29 de Montpelier Place, situado en el respetable barrio de clase media de Knightsbridge que había llegado a considerar su hogar^[100]. Con tres pisos, que incluían una cocina y despensa en el sótano, así como un salón en

el bajo que indicaba las pretensiones de clase media del lugar, era sin duda la casa más cómoda que la familia había ocupado nunca. No es probable que Ruth hubiera podido permitirse pagar el alquiler de semejante propiedad sin ayuda. Después de la muerte de George, Leyland había pagado lo que debía de la renta cuatrimestral de su asistente. Además, dadas las trágicas circunstancias, no habría sido raro que incluyera una donación a la viuda. Ruth invirtió prudentemente el dinero que había recibido y, siguiendo el ejemplo de muchos de sus vecinos, alquiló una casa lo suficientemente grande y realquiló habitaciones. La cocina completa y la trascocina del sótano también le permitían conseguir unos ingresos extra lavando ropa para otros.

Debido a lo asequible que era y a lo cerca que quedaba de las mansiones de Knightsbridge, Montpelier Place y las calles de alrededor eran un refugio para aquellos que trabajaban en el servicio doméstico. Doncellas, mayordomos, asistentes y lacayos llenaban los registros censales de la zona entre 1860 y 1880. Además, la situación de la calle, cercana a muchos *mews* [patios con establos], hacía que más de diez de las casas de Montpelier Place estuvieran ocupadas por cocheros y mozos de cuadra. Entre ellos había un joven llamado John Chapman.

Poco se sabe de este hombre que apareció un día en la puerta del 29 de Montpelier Place y preguntó por los alquileres. Aunque Ruth y él compartían el mismo apellido, no hay aparente relación entre las dos familias, aunque puede que eso hiciera que la patrona simpatizase con él desde el principio. John, nacido en 1844, procedía de una familia de «cuidadores de caballos» en Newmarket, Suffolk. Este centro de carreras y cría de caballos habría proporcionado a Chapman una amplia educación en lo referente a las necesidades y cuidado de estos animales. Él y cuatro de sus hermanos, tras haber empezado como ayudantes de establo y mozos de cuadra, cepillando, alimentando y ejercitando a los caballos, acabaron convirtiéndose en cocheros. En la segunda mitad de la década de 1860, John había ido a Londres a seguir con su profesión, probablemente como empleado de alguna familia.

Podemos imaginar cómo Annie conoció al inquilino de su madre, en la cocina de la casa familiar, en uno de los pocos días que tenía libres. O quizá sucedió que Annie estuviera residiendo en la casa cuando John llegó a sus vidas. En cualquier caso, algo floreció entre ellos, aunque es imposible saber exactamente qué. Annie, de veintisiete años, aún no se había casado, una situación que no era infrecuente para una mujer que había pasado sus «años casaderos» en el servicio doméstico. Sin embargo, a esa edad sabía que

rechazar una oportunidad de contraer matrimonio podía conllevar quedarse soltera y que todas la miraran con lástima para siempre. Con la excepción de Fountaine, que aún era un niño, los Smith eran ahora una familia de mujeres, con una viuda a la cabeza. Incorporar a ella un hombre que podía ganar un sueldo fijo y actuar como *pater familias* supondría una gran noticia. Habría sido el gran momento de Annie: la oportunidad de convertir su vida en un éxito, de llegar a ser lo que se esperaba de ella socialmente; no solo una ayuda para su familia, sino la señora de su propia casa y, lo que era más importante aún, una esposa y una madre.

La señora Chapman

Como muchos recién casados de la época victoriana, el señor y la señora Chapman concertaron una cita para hacerse una fotografía. Se vistieron con sus mejores galas de domingo. John se quitó el sombrero cuando llegaron al estudio de Brompton Road, y a la pareja se le indicó un rincón donde se había dispuesto un fondo adecuado junto a algunos muebles. La escena la habían escogido ellos... o quizás el propio fotógrafo: una agradable imagen exterior que mostraba unos escalones en un jardín que llevaban hasta una iglesia que se veía a lo lejos. El telón estaba flanqueado por unos cortinajes y pretendía simular que los novios posaban ante una gran ventana panorámica. Annie estaba en el centro, sobre una silla, mientras que a John se le dijo que se colocara junto a ella y se inclinara con soltura en un plinto de madera y escayola. Como era una fotografía que celebraba el inicio de un nuevo matrimonio, el fotógrafo colocó una Biblia en el regazo de Annie. Annie, la esposa y futura madre, iba a ser la guardiana familiar de todo lo que era sagrado en el estado matrimonial: fidelidad, fecundidad, comprensión, docilidad, servilismo y limpieza de cuerpo y alma.

Cuando el fotógrafo retiró la tapa del objetivo y expuso el negativo a la luz, atrapó la imagen de Annie y John tal como eran en mayo de 1869. La señora Chapman no era ajena a las modas que veía expuestas a lo largo de las aceras de Knightsbridge y los paseos bordeados de árboles de Hyde Park. Apoyada contra el respaldo de la silla, la forma de su corsé se adivina por debajo de su vestido. El traje, con un dibujo a cuadros con pequeños botones negros en la parte delantera y ribetes oscuros en los puños y los hombros, se drapea sobre la crinolina acampanada, muy de moda en 1868 y 1869. Aunque los Chapman no eran ricos, el traje de Annie no carece de adornos. Además de su anillo de casada, cuelgan de sus orejas pequeños aros de oro y lleva en la garganta un gran broche labrado, mientras que la cintura se ciñe con un cinturón oscuro con prominente hebilla dorada. John, con su levita, una pierna cruzada y un brazo apoyado con seguridad sobre los muebles, muestra las cadenas y llaveros dorados de la pieza esencial del equipamiento de un cochero: su reloj de bolsillo. Aunque ni Annie ni John podrían considerarse convencionalmente guapos según los estándares de la época, ambos transmiten seguridad. Bajo una ancha frente enmarcada por un cabello oscuro

trenzado a la moda, los grandes ojos azules de Annie miran fijamente a la cámara. La expresión de John hace juego con una mirada orgullosa y una severa boca victoriana, con las comisuras hacia abajo.

Como tener la propia imagen registrada en daguerrotipo se había convertido en un privilegio muy extendido a mediados del siglo XIX, los Chapman pudieron celebrar su unión de manera poco costosa y sencilla. Por cinco chelines, era posible encargar un juego de tres *cartes de visite*, pequeñas fotografías de 6 × 7 centímetros pegadas en una tarjeta. Los estudios menos prestigiosos, que atendían a las clases trabajadoras más pudientes, ofrecían a sus clientes una imagen muy plana sin muebles ni telón de fondo, pero John y Annie aspiraban a tener una fotografía que hablara de sus esperanzas de una futura vida próspera, y estaban dispuestos a pagarlo. Lo que encargaron fue una fotografía de gabinete, de un tamaño mayor para enmarcar, que se colocaría en una repisa de chimenea o mesa auxiliar en un salón de clase media.

La pareja se había casado el 1 de mayo de aquel año en la iglesia de Todos los Santos en Ennismore Gardens en Knightsbridge, en la que la familia había asistido a los servicios desde que Annie era pequeña. Es probable que ellos y los invitados fueran caminando desde Montpelier Place. Annie desfilaría orgullosa por el barrio en su día de boda. Emily firmó como testigo de Annie, y un colega de John, un cochero llamado George White, como el del novio. Con este cochero se cree que la pareja compartió una casa en el 1 de Brooks Mews North, poco después de casarse^[101].

Annie, hija del asistente de un caballero, había logrado una buena boda al casarse con el cochero de un caballero. John Chapman no era un conductor de coches de caballos de alquiler, de esos que andaban por los *pubs* con un vaso de coñac, soltando ristas de juramentos y que solían dormir en la parte trasera de sus coches; tampoco era un abrumado conductor de omnibús, que llevaba a vulgares trabajadores de este a oeste o de norte a sur. A un cochero privado lo empleaba una familia rica como jefe o segundo conductor de los vehículos de sus amos. El primer cochero estaría a cargo de los coches más grandes y prestigiosos, como la calesa, que requería dos caballos, mientras que el segundo cochero llevaría vehículos tirados por un solo animal. Igual que en el caso del padre de Annie, el papel de su marido como cochero lo colocaba cerca de lo más alto de la jerarquía de sirvientes. A diferencia de la mayoría de los demás empleados domésticos de una casa, el cochero gozaba de cierto grado de independencia. Si estaba casado, él y su familia podían vivir en el patio adyacente o encima de los establos, donde podía vigilar las

actividades de los mozos de cuadra y mantener los vehículos y caballos de su señor. Aunque pudiera cenar con los sirvientes principales en la habitación del ama de llaves, él solía comer con su esposa, en su propia casa. En Londres, donde algunas residencias grandes tenían sus propios patios de establos, un cochero podía vivir sin pagar alquiler; en otros casos, una asignación le permitía escoger su propio alojamiento, siempre que estuviera cerca.

En la década de 1860, John podía esperar ganar entre treinta y cinco y ochenta libras al año dependiendo de la posición social de su señor. Esta suma no incluía propinas, que redondearían un tanto sus ingresos. También se esperaba que los señores proporcionaran a sus cocheros al menos dos juegos de ropa para trabajar en los establos y una librea (o uniforme) que incluía dos pares de botas y dos sombreros, ya que habitualmente estos salían volando con tiempo desapacible. Estas ventajas habrían permitido a la familia de John llevar una vida algo mejor. Se podía ahorrar dinero, lo que podía después insuflar aire a las aspiraciones de la pareja.

Socialmente, de modo muy parecido a la familia de un asistente, el cochero privado de Londres y las personas dependientes de él ocupaban una extraña tierra de nadie dentro del territorio de las clases trabajadoras. El cochero, descrito como «uno de los puestos más importantes y cómodos» en la escala de sirvientes, «preside un pequeño grupo propio; sus caballos y carruaje, así como los establos, son atendidos por “ayudantes”», mientras que él «vigila desde su elevada posición con aspecto de estólida gravedad»^[102]. Los privilegios de un cochero privado solían proporcionar a su familia, y especialmente a su esposa, una sensación de grandeza. Mayhew comenta que la mayoría de los cocheros presumían de que sus puestos permitían a sus esposas no trabajar, ya que ellos «podían mantener [a sus] esposas, demasiado respetables para eso». Algunas familias contaban con recursos suficientes para contratar a una doncella propia, o incluso mandar a sus hijas a un internado. Sin embargo, esos adornos de la vida de clase media chocaban con la realidad de sus alojamientos en los estrechos *mews*, llenos de ropa colgada y con olor a establo. Aun así, sus humildes casas, normalmente de tres o cuatro habitaciones, una de las cuales estaba destinada a respetable sala de estar, se encontraban en algunos de los distritos más aristocráticos del país.

Esto era muy cierto en el caso de John y Annie. Durante los ocho primeros años de su matrimonio, John trabajó para una familia en Onslow Square, un empleador que vivía cerca de Jermyn Street, en Saint James's, y «para un noble en Bond Street»^[103]. Sus casitas se encontraban a la sombra

del Londres imperial, a un corto paseo de los imponentes clubs de caballeros de Pall Mall y de las verjas del palacio de Buckingham. Los paseos diarios de Annie la llevarían a pasar delante de los centelleantes escaparates iluminados con gas de Picadilly y Bond Street, así como a través de la Burlington Arcade, con sus coloridos despliegues de los últimos sombreros, zapatos, bastones de paseo, cristalería, joyería, encaje, relojes, cigarros, flores y vinos. Las atestadas vías públicas resonaban con los transportes de los hombres de Estado y de las bellezas de la alta sociedad, de camino a Westminster o a los salones del recién construido Criterion para tomar el té. Es probable que Annie fuera algo más que una mera espectadora de estos placeres, y que participara también de ellos. El salario de John le habría permitido hacer unas cuantas compras: guantes, un bonito gorro, un libro de Hatchard's, un vistazo a las maravillas del Egyptian Hall o de la Royal Academy en Burlington House.

Aunque la vida en Londres proporcionaba muchas ventajas a un cochero privado, el trabajo de John podía ir y venir como la marea. Los señores que contrataban personal mientras vivían en la capital solían estar allí durante unos pocos años o durante una temporada o dos. Una situación más estable, con una familia asentada cuya residencia permanente estuviera fuera de Londres, sería mucho mejor. Dada la serie de tragedias que habían afectado a los Smith, es probable que Annie y John permanecieran en Londres por las reticencias de ella a alejarse de su madre y de sus hermanos. Como John era el único hombre adulto de la familia, también podría haberse visto presionado por los intereses de Ruth, de Emily, de Georgina, de Miriam y del joven Fountaine, que acababa de conseguir una plaza como alumno interno en el Grey Coat School de Westminster. Incluso después de su boda, la pareja volvió regularmente a hacer visitas y a pasar temporadas algo más largas en el 29 de Montpelier Place. En 1870, en lugar de llamar a Ruth para que la ayudara en el nacimiento de su primer hijo, Annie volvió al santuario del hogar de su madre antes de los primeros dolores de parto. El 25 de junio tuvo a una niña a la que dio el nombre de Emily Ruth, en homenaje a las dos mujeres con las que compartía lazos más estrechos. En 1873 se le unió una hermana, Annie Georgina.

Igual que había hecho con ocasión de su matrimonio, Annie insistiría más tarde en que sus hijas fueran fotografiadas. A finales de 1878, vistió a Emily Ruth, de ocho años, con sus mejores ropas. Un vestido de cuadros escoceses con un gran lazo en el cuello y una fila de botones en la pechera. Le puso un par de medias de rayas y botas, y ató una cinta en lo alto de su pelo, que

llevaba largo hasta el codo. Como toque final: un gran collar de cuentas infantiles le rodeaba el cuello cuando su madre la llevó por Brompton Road hasta el estudio de Wood & Co. El fotógrafo, que era experto en convencer hasta a los niños peor educados de que se estuvieran quietos, dijo a la pálida y delicada Emily que apoyara el codo en un escritorio, como si estuviera posando en una clase. Tres años más tarde, este cometido se repitió con Annie Georgina. Cuando llevaba a la niña a visitar a su abuela, Annie vistió a su hija pequeña con la ropa heredada y las cuentas que había llevado su hermana, y fue por Brompton Road hasta el estudio de los hermanos Sutch. Le mostró al fotógrafo la foto de Emily Ruth y le dijo que colocara a la algo más robusta Annie en la misma postura exactamente, aunque con un fondo distinto. Cuando colocaron a las dos hermanas una al lado de la otra en un marco, ambas fotografiadas a la misma edad, con la misma ropa, se miraban entre sí.

El momento en que se hizo la primera de estas fotografías fue significativo, pues marcó un cambio en la suerte de los Chapman. Es probable que una copia del retrato de Ruth estuviera destinada a su abuela, ya que a principios de 1879 John había aceptado un puesto como cochero jefe para Francis Tress Barry, un caballero de riqueza considerable y que tenía una propiedad rural en Berkshire. Los Chapman no hubieran podido desear una oportunidad más prometedora.

Como muchos empresarios industriales del siglo XIX, Francis Tress Barry procedía de una familia de clase media alta bastante corriente. Nacido en 1825, había terminado sus estudios a los dieciséis años y había entrado directamente en el mundo de los negocios. Tras haberse establecido como comerciante en el norte de España, Barry empezó a explorar las posibilidades que había en las minas de cobre de Portugal. Allí fue donde hizo su fortuna y se convirtió en director de su propia y exitosa empresa minera, Mason and Barry. Pronto llegaron los honores y sinecuras que necesitaba para ascender socialmente. En 1872 fue nombrado cónsul general de la República de Ecuador y en 1876 lo hicieron barón de Barry de Portugal. Sin embargo, adquirir tal reconocimiento en Gran Bretaña exigía mucha más paciencia y estrategia. Hasta 1890 no salió elegido miembro del Parlamento por Windsor, y nueve años más tarde la reina Victoria le concedió una baronía.

Barry era un empresario hábil; su compra de la propiedad de Saint Leonard's Hill en 1872 había sido una evidente jugada diseñada para colocarse, tanto él como su familia, en el entorno de la reina. Se decía que la propiedad de veinticinco hectáreas en Clewer, un pueblo cercano a Windsor, «proporcionaba una de las más nobles vistas del castillo desde su pradera

oriental». Además, disponía de más de «noventa hectáreas de parque y bosque», sede de «robles gigantes, nobles hayas, olmos, abetos y secuoyas rojas de California». La propiedad también ostentaba un impresionante pedigrí. Su casa principal había sido construida en el siglo XVIII para María, condesa de Waldegrave, y más tarde fue propiedad de los Earls de Harcourt. Sin embargo, cuando Barry la adquirió, su intención era crear una elegante e impresionante casa señorial moderna. La puso en manos del arquitecto Charles Henry Howell, que se dispuso a construir un palacete industrialista al estilo tan de moda de los castillos franceses. Aunque Howell conservó parte de las habitaciones originales del siglo XVIII, remodeló gran parte de la casa y añadió muchos rasgos de finales de la época victoriana. Cuando los invitados entraban en el recibidor central forrado de ónice mexicano de Saint Leonard's Hill, les daban la bienvenida una imponente escalera y unos frescos que describían escenas de la mitología griega. Había grandes salones de recepción: un comedor, salas de estar grandes y pequeñas y, tras pasar una serie de puertas de caoba, un jardín de invierno. El piso de arriba disponía de seis dormitorios; como la decoración japonesa hacía furor, Barry tenía una *suite* entera en este estilo. En el piso bajo, podía recibir lujosamente a sus huéspedes en una sala de billar, otra para fumar y una sala para jugar a las cartas, así como una biblioteca. Como Barry deseaba que Saint Leonard's Hill tuviera las instalaciones más modernas, la dotó con un sistema de calefacción central, así como chimeneas convencionales, iluminación por gas, agua caliente corriente, retretes y dos ascensores de servicio hidráulicos. Semejante residencia no podía manejarse sin un número suficiente de empleados, de modo que Howell creó una zona de servicio en el sótano lo bastante grande como para acomodar a un personal formado por treinta sirvientes.

A John Chapman le contrataron no solo para conducir el coche de Francis Tress Barry, sino para mantener y supervisar el funcionamiento de sus establos, que, como la casa de su empleador, era un asunto considerable. Los establos estaban contruidos en un estilo similar a la mansión y pretendían albergar no menos de treinta caballos y varios vehículos. Tras incorporarse a su puesto, John tuvo a su cargo a dos ayudantes, cuatro mozos de cuadra y un segundo cochero. El manejo de las cuentas de los establos y los encargos de comida, suministros y equipamiento también recaía en sus manos. Como Barry era uno de los terratenientes más ricos e importantes de la zona, los deberes de John consistían en representarlo desde lo alto del pulidísimo carruaje de su señor, con sombrero de copa, botas brillantes y un rostro bien afeitado. La mayor parte de aldeanos y habitantes de Windsor solo conocería

a Barry por el paso de su carruaje, y su cochero tenía que asegurarse de que su amo dejaba en ellos una impresión impecable.

La prestigiosa posición de John en Saint Leonard's Hill le permitió vivir junto con su familia en la casa del cochero, al otro lado del patio frente a los establos. Para Annie, que estaba acostumbrada a la vida en los *mews* de Londres, aquello supuso una mejora significativa. La casita del cochero estaba a otro nivel y consistía en un salón o sala formal, un cuarto de estar, donde la familia comía y pasaba la mayor parte del tiempo, cocina, trascocina, lavadero, despensa y tres dormitorios^[104]. Las fotografías de la familia, en pulcros marcos, tenían ahora un lugar más adecuado donde lucir.

Si Annie había aspirado a entrar oficialmente en la clase media, su llegada a Saint Leonard's Hill se lo facilitó. Con una casa de tamaño razonable y un sueldo apropiado, la señora Chapman pudo contratar a una limpiadora o doncella de día para que la ayudara en las tareas caseras más pesadas. Una vez que la familia se asentó en su nueva vida, los Chapman decidieron buscar una plaza para Emily Ruth en «una muy respetable» escuela para señoritas en Windsor^[105]. Cuando no estaban en la escuela, Annie y sus hijas podían usar el parque y los bosques de Francis Tress Barry para pasear y divertirse, y si la esposa del cochero deseaba visitar las tiendas de Windsor, podía usar uno de los carruajes ligeros de la propiedad para que la llevase hasta la ciudad.

La sensación de haber subido un escalón en la escala social fue un logro del que Annie estaba orgullosa, e incluso, algunas veces, presumía de ello. En la primavera de 1881, Annie llevó a sus hijas a visitar el 29 de Montpelier Place. Su estancia en casa de su madre coincidió con el censo de aquel año. Cuando a John, aún en Saint Leonard's Hill, se le pidió que proporcionara su «rango, profesión u ocupación», no dudó en describirse a sí mismo como «cochero, sirviente doméstico». Sin embargo, la señora Chapman dijo que era «la esposa de un responsable de sementales». Aunque es posible que las responsabilidades de John llegaran a incluir la compra y cría de un patio de caballos de carreras para Barry, la identificación de Annie señala una ambición mayor. La aristocracia rural veneraba a los responsables de los sementales. Como cuidador de caballos de carreras, su conocimiento de la cabaña equina y su capacidad para criar ganadores lo convertía en una especie de oráculo. Tenía la confianza y el respeto de su señor; de este modo, la separación entre clases se estrechaba ligeramente. Un responsable de sementales quedaba al margen de los demás trabajadores del establo; le podían invitar a alternar con otros caballeros o a ir a las carreras, y se le podía pedir que cenara con su señor. De este modo, se convertiría en mucho más de

lo que podía aspirar un simple cochero; se convertía en un confidente de las clases más altas de la sociedad.

Francis Tress Barry también comprendió que cuanto más cerca se colocara de la clase social que estaba por encima de él, más oportunidades tendría de maniobrar en ella. Desde que se terminó Saint Leonard's Hill, en 1878, Barry había hecho esfuerzos por anunciar su llegada con rondas de cenas y reuniones. Buscó un lugar entre los terratenientes ya establecidos de Clewer (*sir* Daniel Gooch, *sir* Theodore Henry Brinckman y Edmund Benson Foster), pero al final no fue necesariamente la hospitalidad de Barry la que le hizo ganarse la amistad de Edward, príncipe de Gales, y de la princesa Alejandra, sino más bien el emplazamiento de Saint Leonard's Hill, que estaba apenas a seis kilómetros del hipódromo de Ascot.

El 15 de junio de 1881, Barry cedió amablemente su casa a la familia real durante la semana de Ascot. Entre los invitados a Saint Leonard's Hill estaban el duque de Cambridge, el Earl y la condesa Spencer, la condesa Lonsdale, los Earls de Fife y Clonmell, el contralmirante honorable H. Carr Glyn y su esposa, así como varios de los adinerados socios del príncipe de Gales que disfrutaban del *turf* y de su disoluta vida. Se planearon dos visitas a las carreras, para el martes y el jueves, seguidas por una serie de fiestas privadas, entre las que se incluían un pícnic y una salida en barca en el cercano Virginia Water, así como un modesto baile en Saint Leonard's Hill para «algunos de los invitados en el vecindario», en la penúltima noche^[106]. Esta estancia de una semana de duración debió de requerir meses de planificación, y mientras John estuvo ocupado manejando los carruajes y los caballos de los invitados reales, Annie pudo observar el espectáculo desde lejos.

En cada ocasión, el cortejo real se dirigió a Ascot desde la casa en cinco landós abiertos encabezados por «los caballos bayos y grises de su majestad enviados desde los Royal Mews en Windsor»^[107]. Flanqueados por escoltas y postillones de librea, avanzaron por el camino de entrada atravesando Windsor Forest mientras todos los habitantes de la propiedad presenciaban el espectáculo. La visión de su regreso por la tarde no debió de ser menos emocionante: las damas con sus gorros fruncidos, emplumados y llenos de flores y sus velos; los rizos inconfundibles de la princesa Alejandra; el príncipe de Gales con su sombrero y su barba triangular, gordo y aburrido. Por la noche, se les pudo ver paseando por las tierras de Francis Tress Barry, arrastrando tras de sí poliones y sombras. Saint Leonard's Hill había cumplido la función que Barry pretendía y lo había establecido firmemente en el círculo principesco.

La familia real y su séquito volvería a celebrar más cenas y eventos en la mansión, partidas de caza y carreras. Los sonidos de charlas, música y risas debieron de salir de la casa y llegar hasta la casita del cochero: la casita donde las hijas de Annie dormían en sus dormitorios, la casita con sala de estar, la casita que había traído consigo una vida de constancia y lo que debería haber sido satisfacción. Esta podría haber sido la historia de Annie en su totalidad; podría haber acabado en la comodidad y la tranquilidad de la clase media en la propiedad de un caballero, con los Chapman ahorrando cuidadosamente peniques para pagar la escolarización de sus hijas y el retiro de John en una pequeña casa en Windsor. Sus hijas podrían haber crecido y haberse casado con hombres de clase media: un comerciante, un oficinista, incluso un abogado. El curso de sus vidas podría haber acabado de una manera muy diferente si Annie no hubiera sido una alcohólica.

El demonio de la bebida

*E*n 1889, *The Pall Mall Gazette* publicó una carta de una abstemia y comprometida cristiana^[108]. Durante todo el siglo XIX, los periódicos acostumbraban a recibir correspondencia como esta de los muchos partidarios del Movimiento de la Templanza, que trataba de restringir la venta y el consumo de alcohol. Sin embargo, esta carta difería de las que amenazaban con la condena eterna y las citas bíblicas de rigor. Estaba escrita por alguien que vivía en Knightsbridge, una mujer llamada Miriam Smith.

«Justo antes de que cumpliera los seis años, mi padre se rajó la garganta, dejando a mi madre con cinco hijos, tres niñas mayores y uno [un niño] más pequeño que yo», empezaba la carta. Luego continuaba proporcionando detalles de cómo ella y sus hermanas llegaron a firmar el compromiso de abstinencia, en el que prometían renunciar al uso de los «licores fermentados». Todas menos su hermana mayor se habían comprometido con esta conducta. «Tratamos de convencer a la que se daba a la bebida de que la abandonara. Estaba casada y en una buena posición. Una y otra vez firmó el compromiso y trató de mantenerlo. Una y otra vez se sintió tentada y cayó».

La lucha de Annie había durado toda su vida. Miriam sugería que su hermana había heredado «la maldición» del alcoholismo de su padre, y que su problema había empezado «cuando era bastante joven». No dice hasta qué punto era joven, pero es probable que Annie descubriera los efectos pacificadores del alcohol cuando perdió a sus hermanos y se incorporó al servicio doméstico, poco tiempo después. La presencia de la bebida en la vida diaria era ubicua, prácticamente inevitable. Cualquier hogar de clase media, más allá de los que habían adoptado la abstinencia, tenían coñac, jerez, vino dulce o algún tipo de licor a mano para tomárselo como «tónico» para cualquier cosa, desde un dolor de cabeza a un catarro, fiebre, dolor de muelas, o para frotarlo en las encías de los niños a los que les salían los dientes. Los licores y la medicina eran casi intercambiables: un coñac caliente con agua se tomaba para ayudar a dormir, para ahuyentar un escalofrío y disipar el malestar. El ingrediente principal de los remedios comprados en tiendas para cualquier cosa, desde un catarro al reumatismo, era el alcohol. La «dosis» y el «trago» podían saber y oler casi idénticamente y, excepto por el hecho de que las medicinas solían contener una sustancia adictiva como el láudano o la

cocaína, su uso frecuente solía acabar de la misma manera: con la dependencia.

Como muchos de aquellos para los que la bebida se había convertido en un problema, Annie, en los primeros años de su enfermedad, cuando aún era una sirvienta, pudo no haberse dado cuenta de que su consumo se había convertido en un problema. A mediados del siglo XIX, las diversiones de la clase trabajadora aún giraban alrededor de la bebida como elemento socializador y origen de la camaradería que se podía encontrar en el *pub* cercano, donde se congregaban los sirvientes durante una hora libre o en el día de asueto. La embriaguez habitual solo era un problema si afectaba a la capacidad del empleado para llevar a cabo su trabajo; pero en la década de 1870, cuando se identificó el concepto de adicción, adquirió implicaciones más siniestras. La embriaguez, especialmente cuando era visible y pública, llegó a contemplarse como el reflejo del carácter degenerado de una persona: su naturaleza «alcohólica», su mal juicio, su debilidad moral, su vagancia. Y la embriaguez visible era algo que llegó a asociarse con las clases trabajadoras pobres y «ordinarias». Los que deseaban aparentar una identidad de clase media, como Annie después de su matrimonio, debían intentar camuflarla o negar su creciente dependencia. Esto se conseguía fácilmente cuando uno tenía una cantidad de coñac medicinal, cordiales o *whisky* a mano en un armario, o cuando un dolor de cabeza significaba un viaje a la farmacia de la calle principal para comprar una botellita de licor mezclado con láudano. Con unas gotas, el agua para el cólico del bebé podía ser alcohol sin que nadie se diera cuenta.

Durante un tiempo, Annie conseguiría ocultar su adicción con bastante éxito dentro de los límites de su hogar. Otra cosa sería con su familia. A menudo, la soledad empujaba a beber, especialmente, como señala un periodista, en el caso de «jóvenes esposas cuyos maridos están fuera todo el día». Curiosamente, esta era la paradoja de la ascensión social: una esposa que no tiene que trabajar, que se puede permitir una doncella y cuyos hijos están en la escuela tiene que encontrar algún modo de distraerse. Como cochero, John tenía que levantarse muy temprano y a veces quedarse hasta tarde en el trabajo, lo que no contribuía a la vida social en el hogar, si es que volvía a casa. Su trabajo podía llevarlo a hacer largos viajes, que habrían dejado muy aislada a Annie, sobre todo después de que los Chapman se mudaran a Saint Leonard's Hill. Se sugirió que las mujeres de clase media en esas circunstancias a menudo «adquirían el hábito de “empinar el codo”» para disipar su melancolía. En el último cuarto del siglo, la aparición de «bares

para señoras» significó que estar un poco «piripi» en público podía ser también algo respetable. Los moralistas protestaban que era «lo normal para las mujeres ir a tomar una copa cuando van de compras», y no resultaba tan extraño ver a una mujer bien vestida unirse a su marido o a su hijo para echar un trago. Como en Londres había veinte mil *pubs* en 1870, no habría habido escasez de oportunidades para que Annie se tomara un «refresco» dentro o fuera de su casa.

Fue quizá la afición a la bebida de Annie y el deseo de John de apartarla de las tentaciones de la vida en la ciudad lo que tuvo un papel importante en la decisión de John de aceptar la oferta de Francis Tress Barry de un puesto en Saint Leonard's Hill. Por desgracia, mientras su mujer deseara beber, el alcohol no estaría nunca fuera de su alcance. Lejos de su madre y de sus hermanas, Annie seguramente sufriría una sensación de aislamiento y aburrimiento mucho mayores, lo que habría aumentado su deseo de medicarse con alcohol. Los *pubs* de Windsor eran fácilmente accesibles durante una excursión a las tiendas, así como los establecimientos de bebidas de los pueblos de Clewer y Dedworth, ambos a un corto trecho de la casa.

Los intentos por mantener a Annie lejos de la bebida no fueron más que uno de los desafíos a los que se enfrentó la pareja en su vida común. La carta de Miriam Smith al periódico revela que, durante el curso del matrimonio de su hermana, había dado a luz a ocho hijos, aunque «seis de ellos habían sido víctimas de la maldición [del alcohol]». La primera hija de Annie, Emily, tenía un aspecto sano; sin embargo, a los ocho años, empezó a sufrir ataques epilépticos. La enfermedad de Emily pudo no haber sido relacionada por entonces con la adicción de su madre, pero, hoy en día, esas alteraciones se pueden relacionar con el alcoholismo materno durante el embarazo. El 5 de marzo de 1872, Annie dio a luz a una segunda hija, Ellen Georgina, que no vivió más que un día. Al año siguiente, nació Annie Georgina con lo que ahora se conoce como síndrome alcohólico fetal, cuyas características físicas (ojos pequeños y separados, labio superior muy fino y una arruga que va de la nariz al labio superior) son claramente distinguibles en su fotografía de infancia. A las dos niñas de Annie se unió brevemente otra; Georgina, nacida el 25 de abril de 1876, que solo vivió hasta el 5 de mayo. Poco después de que los Chapman abandonaran Londres, Annie dio a luz a George William Harry en noviembre de 1877^[109]. El niño nació enfermizo y murió once semanas más tarde. Annie no tardó en quedarse embarazada de nuevo y tuvo a Miriam Lily en la propiedad de Saint Leonard's Hill el 16 de julio de 1879. Sobrevivió una semana menos que su hermano: murió en octubre. El 21 de

noviembre de 1880, llegó John Alfred. Esta nueva criatura, el último de los hijos de los Chapman, sufría una parálisis^[110]. Como sugería la carta de Miriam, era evidente para la familia de Annie, y quizá para la propia Annie también, lo que subyacía en el corazón de esta serie de tragedias. La ciencia de finales del siglo XIX ya había empezado a descubrir y a explicar la relación entre el consumo de alcohol por parte de la madre y ciertas enfermedades de los hijos. Ya en 1878, una publicación científica afirmaba que se habían reunido pruebas suficientes como para demostrar que «el alcoholismo en el padre / la madre antes y después del nacimiento tiene más efecto en la mortalidad infantil que todas las demás causas»^[111]. El darse cuenta de que su alcoholismo estaba probablemente detrás de los males de sus hijos pudo haber aumentado en Annie su desesperación y su incapacidad para controlar sus impulsos. En 1881, las dificultades que experimentaba para permanecer sobria mientras cuidaba a un niño discapacitado pudieron volverse obvias tras su prolongada visita a su madre, cuando John Alfred tenía unos cuatro meses. También se cree que, mientras estaba en Londres, Annie trató de ingresar a su hijo en un hospital adecuado para él.

En el momento de la visita de Annie al 29 de Montpelier Place, a principios de la primavera, sus hermanas Emily Latitia y Miriam se habían establecido como modistas en su propia casa en el 128 de Walton Street, una calle que pasaba por la parte de atrás del recientemente ampliado almacén de Harrods. Según el relato de Miriam, ella y sus hermanas se habían hecho presbiterianas, y se habían vuelto abstemias después de «oír un sermón sobre cristianos y abstinencia total». El rechazo absoluto del alcohol interesaba sobre todo a aquellos que sobrevivían en un precario equilibrio, al borde de la clase media. También iba de la mano de la filosofía popular de «autoayuda», que culpaba a la pobreza del comportamiento individual del individuo y le achacaba su falta de responsabilidad, por sus malas decisiones en la vida. Si se evitaba el alcohol, un hombre o una mujer que trabajaran duro no solo podían ahorrar dinero, sino construir una vida mejor para ellos y para sus familias, un credo al que las hermanas de Annie no solo se adherían, sino que ayudó a que prosperaran económicamente. Firmar el «compromiso de abstinencia» en presencia de la familia o de un clérigo se consideraba un compromiso solemne de adherirse a los principios de la abstinencia, y todo lo que la acompañaba: una restricción de los impulsos propios, una moderación de los deseos y un esfuerzo consciente por conseguir una mejora moral. Lo que se desprende de la carta de Miriam es que Annie quería abandonar la bebida, desesperadamente, pero le resultaba casi imposible. Sus hermanas la

habían convencido varias veces de que firmara el compromiso, rezaban por ella y con ella en sus momentos difíciles, pero no podían conseguir que se ciñera a él. Es probable que, en su visita de 1881, pudieran presenciar su desesperada lucha, y hasta qué grado había hecho mella en ella la enfermedad.

Al año siguiente, su batalla con la adicción llegó a su punto máximo. Hacia finales de aquel noviembre, su hija mayor, Emily Ruth, de doce años, empezó a enfermar. Cuando la fiebre alta de la niña se convirtió en un sarpullido rojo que se extendía, Annie debió de recordar los síntomas de la escarlatina que había devastado a su familia cuando ella era una niña. Los médicos entraron y salieron, y finalmente informaron a la madre de Emily de que su hija sufría meningitis, enfermedad que tenía síntomas parecidos y no era menos amenazante. Parece que Annie no supo hacer frente a la enfermedad de su hija. A medida que pasaban los días y la situación de Emily empeoraba, buscó el consuelo donde siempre: el alcohol. Cuando su hija murió el 26 de aquel mes, Annie no estaba junto a su cama. La esposa de un obrero de una granja vecina, Caroline Elsbury, que seguramente también limpiaba en casa de los Chapman, asistió a la niña en el momento de su muerte^[112].

En algún momento anterior al otoño, Annie llegó a ser una conocida de la policía local y de los magistrados de Windsor por su constante embriaguez pública. La habían encontrado vagando entre las aldeas y por las carreteras de la propiedad de Saint Leonard's Hill. Según se cuenta, la esposa del cochero no era una borracha agresiva, sino más bien triste, sombría y callada, abrumada por el peso de su dolor. Durante aquella semana final de noviembre, debió de sufrir lo indecible.

No se sabe durante cuánto tiempo Annie estuvo fuera ni dónde la encontraron, si refugiada en un *pub* o caminando vacilante por la carretera de Clewer. Sea como sea, su comportamiento encendió las alarmas en su familia. El 30, el mismo día en que los Chapman enterraron a su hija, las hermanas de Annie, Emily y Miriam, visitaron el sanatorio Spelthorne, en las afueras de Londres.

En 1879, la creciente preocupación pública por el impacto del alcoholismo en la sociedad provocó el nacimiento del Acta de Embriaguez Habitual. La ley, que trataba de ofrecer rehabilitación a los alcohólicos, en vez del castigo en prisión, impulsó la creación de residencias o sanatorios para el tratamiento de aquellas personas «que por medio de la costumbre de beber inmoderadamente licor intoxicante, sea peligrosa para [...] si u otros, o

incapaz de manejarse [...] a sí misma, y [...] a sus asuntos». A los pacientes se los admitiría en esos «retiros» voluntariamente o «por petición de sus amigos» y se exigía que pasaran en ellos al menos un mes, pero no más de dos años de tratamiento. El sanatorio Spelthorne, en Feltham, era una de esas instituciones, diseñada especialmente para el tratamiento de mujeres, sobre todo de clase media.

El 9 de diciembre de 1882, el apunte del libro de ingresos del sanatorio Spelthorne dice: «Llegó la señora Chapman, traída por su hermana desde Windsor». Como afirma el relato de Miriam, Annie accedió a ingresar en este «hogar para los alcohólicos [...] por propia voluntad». Eso conllevaba escribir una carta formal de solicitud de ingreso al director de Spelthorne, que después revisaba un juez de paz. Como el que tenía ese título en Berkshire era Francis Tress Barry, su propio casero, es posible que él también tuviera algo que ver en su admisión para recibir el tratamiento.

Es probable que a las señoritas Smith les hubiesen hablado de Spelthorne antes de que su hermana necesitara su ayuda urgente. Sus fundadores, la familia Antrobus, que vivían en Knightsbridge, habían atraído la atención de los clérigos locales hacia su caritativa causa, y estos corrieron la voz entre los feligreses de su parroquia^[113]. Como la dependencia del alcohol se consideraba en parte un defecto de voluntad, el tipo de rehabilitación que se ofrecía en el sanatorio era de naturaleza básicamente espiritual. Sin embargo, además de prescribir la asistencia diaria a la capilla, el programa también trataba de corregir los hábitos del cuerpo y de la mente. Spelthorne se encontraba situado en un terreno de una hectárea y media, rodeado por tejos y caminos rurales, y se consideraba el tipo de lugar limpio, estimulante y saludable que también elevaba el espíritu. Sus instalaciones y dormitorios, situados en «una hermosa casa de campo», estaban decorados con «alegres colchas de rayas, cuadros y textos adecuados» y «mobiliario simple pero reluciente» destinado a apartar «la mente de pensamientos de viciada autocomplacencia»^[114]. A los «pacientes» de la institución (un término usado en lugar de «interno», para no «herir el orgullo») se los animaba a caminar y distraerse en los terrenos, cuando no estaban cultivando los dos huertos de la cocina, o trabajando en la lavandería, lavando, secando y planchando su ropa y la de sus compañeros. Se desaprobaba cualquier tipo de ociosidad, ya que solía conducir a la ansiedad. En lugar de ello, a las mujeres se les permitía leer y se las animaba a hacer ganchillo y costura, que se mostraría durante las inspecciones llevadas a cabo por la dirección y los donantes. Cuando las mujeres habían demostrado un nivel de progreso adecuado, se las reintroducía

poco a poco en el mundo exterior y sus tentaciones. Esto solía consistir en paseos acompañadas por la zona o incluso en excursiones de compras hasta la cercana Hounslow. Las pacientes también recibían premios con regularidad, como «veladas musicales» o salidas en grupo a Londres, en teoría para prevenir ataques de melancolía y desesperación, a los que eran particularmente dadas las pacientes casadas.

Annie se había comprometido a cumplir un programa de un año de tratamiento. Según los libros de registro, el tiempo que pasó en Spelthorne fue relativamente tranquilo. Su nombre no se encuentra entre las personas conflictivas, las mujeres a las que les resultaba imposible vivir sin alcohol, que se rasgaban la ropa, destruían los muebles o atacaban con violencia. También se le permitían visitas. El 30 de diciembre, poco después de su llegada al sanatorio, el libro de registro indica que «el marido de la señora Chapman vino a verla». John debía de estar muy preocupado por su esposa como para haber pedido un permiso a los Barry durante la intensa época navideña. Era él quien estaba costeando los gastos de su tratamiento: doce peniques a la semana.

Poco antes de que la dejaran salir, en noviembre de 1883, a Annie se le permitió hacer una corta visita a su casa, quizá para verificar que podía retomar su vida. Al parecer pasó esta sencilla prueba y volvió el día 14 a Spelthorne para completar el último mes de su programa. Le dieron el alta el 20 de diciembre. La enfermera Laura Squire «acompañó a la señora Chapman a Windsor para unirse con su esposo», tal y como quedó registrado.

Aquel periodo navideño debió de ser alegre (y seco, sin alcohol) para los cuatro miembros de la familia Chapman. Como escribe Miriam, su hermana «salió como una mujer cambiada; una esposa y madre sobria, y las cosas siguieron felizmente».

La historia que cuenta a continuación la hermana de Annie suena apócrifa, como si fuera un cuento de advertencia en mitad de un manual para abstemios. Varios meses después de que Annie se reuniera con su familia, John sufrió «un duro resfriado». Como «su deber lo obligaba a salir», «tomó un vaso de *whisky* caliente» para fortificarse contra el mal tiempo. Con una botella en casa, cabe destacar que Annie hubiera resistido tanto tiempo. John «había sido lo bastante cuidadoso como para no tomárselo delante de ella». «Se lo bebió y fue a besarla antes de marcharse. En aquel beso, le transmitió los vapores del alcohol y toda su ansiedad volvió».

Según Miriam, aquel beso trajo consigo casi literalmente la pérdida de todo lo que Annie había luchado por conseguir.

Debió de revolver todas las habitaciones para encontrar la botella. No importa si al final la encontró. «Al cabo de menos de una hora, era una loca borracha».

El fracaso de Annie, después de más de un año de progresos, la destruyó totalmente. «Nunca lo volvió a intentar», se lamentó su hermana. Annie le dijo, en palabras que dejan entrever su sufrimiento por ser una alcohólica crónica, que «no servía de nada, nadie conoce la temible lucha [...] a menos que pueda mantenerlo fuera de mi vista y olfato, nunca podré ser libre».

John había llegado a la misma conclusión. La vuelta de su mujer a las viejas costumbres hizo que apareciera, una vez más, vagando semiinconsciente por Saint Leonard's Hill. En el pasado, los Barry habían sido comprensivos con los problemas del cochero y de su mujer. Su estancia en Spelthorne pudo haber sido el resultado de un ultimátum. Ahora que se movían en los más altos círculos de la sociedad, no podían tener a una impredecible alcohólica entre ellos. Spelthorne debía haber curado a Annie, pero aquel fracaso fue la gota que colmó el vaso. Francis Barry hizo saber a su cochero que no volvería a pasar por alto los deslices de la señora Chapman. O John la sacaba de su casa, o Barry lo despediría^[115].

Aunque John había servido a su señor desde 1879, es improbable que recibiera las referencias necesarias para conseguir otro trabajo igual de bien remunerado o prestigioso. Como padre de dos niños, uno gravemente discapacitado, debía tener en cuenta su bienestar a largo plazo.

Al parecer, la separación fue amistosa, pero dolió. A pesar de todo, John sentía devoción por su esposa. Era amor de verdad. No habría sido propio de él apartar a la madre de sus hijos y dejarla sola y frágil en el mundo. Como toda la familia se había implicado en el internamiento de Annie en Spelthorne, también tendrían su papel al decidir qué sería de ella. Cuando John dispuso mantenerla con diez chelines a la semana, probablemente fue con la idea de que regresara a casa de su madre. Cuando estuviera de vuelta en el 29 de Montpelier Place, Ruth y sus hermanas podrían vigilarla. Diez chelines a la semana, parte de los cuales ayudarían a Ruth a cuidar de su hija, habrían servido de sobra para proporcionarle ciertas comodidades y algunos de los lujos de clase media a los que Annie se había acostumbrado: jabones perfumados y piezas de bisutería. John debió de pensar que estaría rodeada del amor de sus hermanas. Incluso podría recuperarse auxiliada por su amada familia.

Annie, la Oscura

Aunque el plan de John estaba lleno de buenas intenciones, duró poco más de lo que tardó Annie en llegar a Londres. Ya fuera cuestión de semanas o de días, a Annie le habría sido imposible vivir con su familia. Ni su madre ni sus hermanas le habrían consentido beber. La vergüenza de su enfermedad y de su incapacidad para curarse, sumada ahora a la vergüenza de haber fracasado como esposa y como madre, lo habría hecho imposible. Miriam escribe que su hermana les había dicho que «siempre se mantendría apartada de nuestro camino», pero que «tenía que conseguir la bebida, la necesitaba». Finalmente, Annie, como otros muchos adictos, escogió una vida sin aquellos a los que amaba, solo para poder beber.

Cuando anteriormente se ha intentado relatar la vida de Annie Chapman, una de las principales omisiones ha sido siempre la incapacidad de examinar cómo alguien que había vivido en una propiedad rural en Berkshire o que había residido en Knightsbridge pudo acabar en Whitechapel. Todo eso no habría tenido lugar de un día para otro, pues ni geográfica ni socialmente es un trayecto natural. Una repentina situación económica difícil podía no haber exigido el traslado desde Knightsbridge en el oeste de la capital a los arrabales de Whitechapel en el este. El East End no poseía el monopolio de los alojamientos baratos. Junto con la indigencia y la criminalidad, podían encontrarse en grandes y pequeños rincones de todo Londres. Si a Annie le había parecido insoportable la vida en casa de su madre, no tenía que haberse trasladado más allá de las calles que había al otro lado de las barracas de Knightsbridge para encontrar una pensión de cuatro peniques la noche o una habitación por cinco chelines a la semana. Si deseaba evitar totalmente a su familia, podía haberse desplazado un poco más hasta los lóbregos barrios de los cercanos Chelsea, Fulham o Battersea, o haberse aventurado por el centro de Londres, por Marylebone, Holborn, Paddington, Saint Giles o incluso Clerkenwell o Westminster. Incluso podría haber ido al sur del río, a Lambeth, Southwark o Bermondsey. No había una razón evidente para que Annie, que había pasado la mayor parte de su vida entre Knightsbridge y el West End de Londres, sintiera inclinación a marcharse a una parte de la ciudad con la que no estaba familiarizada; a menos, claro, que conociera a alguien allí.

A finales del siglo XIX, Notting Hill, justo al otro lado de Hyde Park, hacia el oeste, era una zona famosa por sus casas de gente obrera y por la pobreza visible en sus calles. Aunque muchas de sus avenidas están marcadas en negro en el mapa de la pobreza de Charles Booth y condenadas en los cuadernos de los investigadores sociales de Booth como «desesperanzadamente degradadas», otras se describen simplemente como ocupadas por los trabajadores pobres: residentes cuyas ventanas estaban cubiertas con «cortinas sucias» y cuyos niños vestían «harapos»^[116]. La cercanía de Notting Hill a la zona de la ciudad que Annie mejor conocía, a la vez que se encontraba más allá del alcance inmediato de su familia, habría permitido que se estableciera allí fácilmente. En ese lugar, podía mantenerse con discreción, recogiendo su asignación semanal en la oficina de correos mientras vivía en una habitación individual y reanudando su costumbre de beber sin que nadie la molestara. Como adicta en una nueva comunidad, no pasaría mucho tiempo antes de que Annie descubriera compañeros alcohólicos entre sus vecinos, sobre todo en los bares donde se servía cerveza y en los *pubs* locales. Mientras frecuentaba uno de esos establecimientos, es probable que conociera a un hombre que los amigos de Annie llamarían «Jack Sievey». «Sievey» o «Sievy», al parecer, había adquirido ese sobrenombre por su profesión: fabricante de coladores [*sieves*] de hierro o alambre. Poco más se sabe de él, aparte de que tenía relación con Notting Hill y que Annie y él acabaron emparejándose, casi con seguridad debido a su amor compartido por la bebida.

Es difícil entender la desesperación emocional a la que Annie debió sucumbir cuando accedió a separarse de su marido y de sus hijos, y después, a dar la espalda a su madre y a sus hermanas. Como persona cuya familia suscribía las enseñanzas religiosas y que luchaba por mantener la respetabilidad, Annie debió de percibir su propia caída como imperdonable. Según la definición de feminidad de la época, había fracasado. Había demostrado su incapacidad para cuidar de sus hijos, para mantener un hogar para su marido o para preocuparse por nadie, ni siquiera de sí misma. La mujer borracha era considerada una abominación que permitía «hacer salir a la superficie sus inclinaciones más brutales y repulsivas», que «se abandona a la sensualidad y que [...] se vuelve asexual en sus modales»^[117]. Perversamente, era el autorreconocimiento de su desgracia lo que hacía que la «mujer embriagada» siguiera bebiendo «para ahogar su vergüenza». Aunque sus transgresiones pudieran no ser de naturaleza sexual, la sociedad victoriana mezclaba a la mujer rota con la mujer caída. A la mujer que había perdido su

matrimonio y su hogar debido a la debilidad moral se la miraba con no menos desprecio que a la mujer que practicaba sexo extramarital. Una mujer que era «borracha y alborotadora», que se avergonzaba a sí misma en público, que no demostraba cuidado alguno por su apariencia, que no tenía un hogar respetable o un marido o una familia que controlase su conducta, se consideraba tan despreciable como una prostituta. Se convertían en lo mismo: mujeres marginadas. Como en el caso de Polly Nichols, la precaria posición de Annie como mujer sola exigía que se buscara una pareja masculina, a pesar de que estuviera aún legalmente casada. Deseara o no unirse a otro hombre, sus circunstancias la empujaban a lo que la sociedad consideraría adulterio. Sin embargo, como Annie ya se consideraba moralmente destruida, qué más daba.

Annie debió de seguir a Sievey, que iría en busca de trabajo hasta Whitechapel. Era la segunda mitad de 1884. Desde su llegada a esta parte de la ciudad, todo lo que quedaba de la identidad de Annie (hija de un guardia de Corps, esposa del cochero de un caballero, madre de dos hijos, mujer que paseaba por Mayfair y Hyde Park, que posaba orgullosa para una fotografía con pendientes de oro y un broche) quedó atrás. A Annie ya solo se la conocía como la mujer de Sievey (Annie Sievey o señora Sievey). A veces, como «Annie, *la Oscura*», por su ondulado cabello castaño, ahora salpicado de gris. Ella no hablaba mucho de su pasado; ni siquiera a sus nuevos amigos, incluida la amable y leal Amelia Palmer, la esposa de un antiguo trabajador de los muelles, les contaba gran cosa. Cuando le preguntaban por sus hijos, Annie respondía burlona diciendo que tenía un hijo que estaba enfermo y «hospitalizado» y una hija «que se había unido al circo» o «que vivía en Francia». Solo a Amelia le contó la verdad: se había separado de su marido, que vivía en Windsor, y tenía una madre y unas hermanas con las que «no guardaba una buena relación». Amelia comentó que, a pesar de ello, su amiga seguía siendo «una mujer muy respetable» a la que «nunca oyó usar lenguaje obsceno». También la describió como «directa» y «una mujercita lista e industriosa» cuando estaba sobria^[118].

Según Amelia Parker, se conocieron cuando Annie y Jack Sievey vivían en Dorset Street, en Whitechapel. Aunque no sería nombrada «la peor calle de Londres» hasta la década de 1890, ya tenía reputación de ser un lugar pobre y degradado. Incluso en la década anterior, se componía casi exclusivamente de las pensiones y «habitaciones amuebladas» más baratas y sucias. Los periodistas y reformadores sociales que la visitaron comentaron que estaba plagada de delincuencia. Incluso Charles Booth, que había recorrido casi

todos los arrabales de la capital, describió lo que había presenciado en un estado de semiincredulidad: «La peor calle que he visto hasta ahora, ladrones, prostitutas, abusadores, todo vulgares pensiones». El inspector de la policía local que lo acompañó tenía la misma sensación: «En su opinión [esta es] la peor calle respecto a pobreza, miseria y vicio de todo Londres. Un albañal en el que se han hundido los más turbios y degradados». Seguía comentando que ni siquiera Notting Hill o Notting Dale (las partes más pobres que conocía) «son tan terribles. Los de Notting Dale [...] eran muy pobres, perezosos y ambulantes; siempre desplazándose, pobres vagabundos que podían estar un mes en el Dale y después deambular por los patios de los asilos de Londres, acabando de nuevo en el Dale». Dijo que Dorset Street era diferente, que podía «removerse, pero su suciedad siempre acabará cayendo en el mismo lugar»^[119].

En el momento en que Annie y su «nuevo marido» se fueron a vivir allí, la mayor parte de Dorset Street era propiedad de dos caseros, John McCarthy y William Crossingham, a cual más despiadado y sin escrúpulos cuando se trataba de dirigir sus ruinosas propiedades assoladas por el vicio. Se sabe que «el señor y la señora Sievey» vivieron en pensiones en esa calle, sobre todo en el número 30, donde vivían también Amelia y su marido, pero cuando la pareja consiguió reunir un poco de dinero, alquilaron una habitación amueblada. Aunque estas habitaciones ofrecían mayor privacidad que una pensión comunal, muchos pensaban que su condición era «infinitamente peor». Por diez peniques la noche, los inquilinos tenían derecho a una habitación mal ventilada o con las ventanas rotas, suelos de madera podrida y techos con goteras. De agua caliente, ni hablar, y el retrete apestoso y atascado podía encontrarse en lo alto de las escaleras o en el patio de atrás. El mobiliario mínimo era, según un periodista del *Daily Mail*, «los muebles más viejos que pueden encontrarse en los peores vendedores de segunda mano de los suburbios. Los accesorios [...] no valen ni unos pocos chelines»^[120]. La nueva situación de Annie no podía estar más alejada de la que disfrutaba en su salón y sala de estar de Saint Leonard's Hill. Sin duda, tuvo que beber más para poder aceptar la situación y silenciar sus recuerdos y emociones. La auténtica tragedia de la situación de Annie es que, a diferencia de la mayoría de las mujeres que la rodeaban, ella no tenía por qué vivir en circunstancias tan penosas en «la peor calle de Londres». Jack Sievey habría ganado un salario, y a falta de este, siempre podían contar con la pensión de diez chelines a la semana de ella, con la que habrían podido pagar una habitación

mejor en otra parte, así como comida y carbón. Pero lo que pagaban era el alcohol; al menos hasta diciembre de 1886.

Fue aquel mes cuando, de pronto y sin previo aviso, los pagos semanales se interrumpieron. Según Amelia Palmer, Annie se asustó tanto que buscó a su «cuñado o cuñada», que, según creía, «vivía en algún lugar cerca de Oxford Street en Whitechapel» para averiguar la razón^[121]. La informaron de que John había caído gravemente enfermo. La noticia la afectó tanto que decidió que quería ver a su marido y se fue a pie a Windsor, en pleno invierno. Hizo poco más de cuarenta kilómetros en dos días, atravesando el oeste de Londres y saliendo por Brentford hasta el campo helado por la carretera de Bath. Cuando oscureció, buscó refugio en el patio del asilo de Colnbrook. Mientras caminaba, Annie tuvo tiempo de sobra para pensar en su futuro encuentro y para preocuparse por sus hijos, e incluso para sentir dolor al pensar en volver a Windsor y visitar su pasado. Mientras tanto, el miedo a llegar demasiado tarde la obsesionaba.

Al quedarse por la noche en el patio del asilo, se retrasó al menos una mañana, ya que tuvo que desmenuzar su cuota de estopa a cambio de la cama^[122]. Cuando se marchó, tenía por delante otros ocho kilómetros hasta New Windsor, la zona que había conocido de niña, junto a la conocida carretera de Spital^[123].

Antes de ponerse en marcha, Annie se enteró de que John se había retirado seis meses antes por culpa de su mala salud. Unos parientes la habían informado de que ya no vivía en la propiedad de Francis Tress Barry, sino en una casa que había alquilado en Grove Road, que compartió un tiempo con sus hijos. Pero como no estaba segura de su dirección exacta, Annie se detuvo en Las Alegres Comadres de Windsor, un *pub* en la esquina de la calle, y preguntó por su marido. El dueño recordaba bien la visita de una «mujer de aspecto horrible que tenía la apariencia de una vagabunda». Annie le dijo que había «venido andando desde Londres» porque «le habían dicho que su marido, que había dejado de mandarle diez chelines a la semana, estaba enfermo». Después endureció su expresión y dijo que «había ido hasta Windsor a asegurarse de que la información era cierta y no una mera excusa para no mandarle el dinero como de costumbre»^[124]. El dueño del *pub* le dijo dónde vivía John, en el 1 de Richmond Villas, Grove Road, y «no la volvió a ver».

Lo que ocurrió después no se sabe. Seguramente, Annie llegó antes de la muerte de John, el día de Navidad, aunque no se quedó el tiempo suficiente como para presenciarla. Por entonces, a él lo atendía Sally Westell, una

anciana amiga de un hospicio cercano^[125]. El encuentro debió de ser más que amargo. La adicción de Annie y el hundimiento de su matrimonio habían destrozado a John. Poco antes de su fallecimiento, con solo cuarenta y cinco años, Miriam lo describe como «un hombre de pelo blanco, con el corazón roto», que, aunque no estaba segura, también parecía haberse aficionado a la bebida. Su muerte se atribuyó a «cirrosis del hígado, ascitis e hidropesía»^[126].

La muerte de John destrozó a Annie. Fueran cuales fuesen las razones mercenarias que arguyera para ir andando hasta Windsor y volver, su interés en ver a su marido no era puramente económico. Cuando volvió a Dorset Street, lloró mientras le contaba los detalles de su odisea a Amelia^[127]. Annie no volvería a ser la misma. «Después de la muerte de su marido pareció darse totalmente por vencida», recordaba su amiga.

Ya fuera por la pérdida de los diez chelines semanales o porque Annie se había vuelto triste y quejica, Jack Sievey decidió que ya tenía suficiente de la viuda de John Chapman. A principios de 1887, se marchó y volvió a Notting Hill. Sin marido ni protector, Annie se encontró desamparada. Como pocas mujeres conseguían sobrevivir fácilmente en los suburbios sin compañía masculina, le resultaba urgente encontrar una.

Durante un tiempo parece que se emparejó con un gran bebedor que vendía panfletos. Le llamaban Harry, *el Buhonero*, y también vivía en las pensiones de Dorset Street. No obstante, la relación no duró mucho. Como contó Amelia, «Annie no era feliz». Cada vez peor físicamente, se estaba convirtiendo en «un caso penoso». Su vida marcada por «la bebida y el desaliento [...] el hambre y la enfermedad»^[128]. Sin duda, en 1887 había empezado a sufrir de lo que parecía ser tuberculosis que, según George Bagster Phillips, el cirujano de la División H de la Policía, llevaba instalada en ella largo tiempo antes de su muerte y que había empezado a afectar al tejido cerebral^[129]. Aunque enferma, Annie siguió intentando conseguir algunos ingresos. Según Amelia, «solía hacer trabajos de ganchillo, tapetes, y vender cerillas y flores». Los sábados los pasaba «vendiendo lo que tenía» en el Stratford Market, un refugio de pequeños comerciantes que llegaban de los alrededores en el campo y del East End. A finales del verano de 1888, a pesar de su estado, cada vez peor, Annie insistía en que quería unirse a la migración anual hacia los campos de Kent para recoger lúpulo, si su hermana le enviaba unas botas.

No es de extrañar que fuera durante esta desgraciada época de la vida de su amiga cuando Amelia Palmer pareció más preocupada. Curiosamente, dice que «tenía la costumbre de escribir cartas para su amiga» dirigidas a «su

madre y hermana», que, parecía recordar, «vivían cerca del hospital de Brompton»^[130]. Tal afirmación suscita varias preguntas, ya que, si Annie sabía leer y escribir, ¿por qué iba a permitir tal cosa? ¿Estaba demasiado enferma como para escribir, y necesitaba dinero, o simplemente se avergonzaba de pedirlo? En su relato, Miriam afirma que Annie nunca les hubiera revelado su dirección, sin duda tanto por vergüenza como por miedo de que pudieran intentar impedirle que bebiera. De todos modos, aunque permaneció alejada de ellas, a Annie le resultaba imposible aislarse del todo de su familia. Miriam escribe que, a veces, «solía venir a nuestra casa a vernos [...] le dábamos ropa y tratábamos por todos los medios de recuperarla, pues no era más que una mendiga».

Los Smith tenían el corazón roto cuando veían cómo estaba Annie. Parece que la ayudaban económicamente cuando se lo pedía. Sin embargo, su hermano pequeño, Fountaine, pudo haberle ofrecido algo más que eso. En su testimonio en la investigación frente al juez de instrucción, que resultó bastante confuso, el hermano de Annie indicó que se había encontrado con ella en dos ocasiones: primero en Commercial Road, y más tarde, en lo que parece haber sido un encuentro casual, en Westminster. En uno de los casos, Fountaine declara que le prestó dos chelines, mientras que en otro le dio su dinero. De lo que no informan los periódicos, sin embargo, es de que, como ella, Fountaine también era alcohólico, aunque había conservado durante un tiempo un trabajo en el almacén de una imprenta. En realidad, pudo haber visto a su hermana más de lo que estaba dispuesto a admitir, tanto al público como a su familia. Como también era aficionado a la bebida, su hermano pudo haber sido más blando y haberle proporcionado un trago o dos. Ninguno de los dos reprochaba al otro su debilidad y, en una familia de abstemios, el comportamiento de Fountaine habría sido tan cuestionado como el de Annie. Lo más probable es que los cinco peniques que ella consiguió de «sus parientes» procedieran de Fountaine, que vivía cerca, en Clerkenwell (justo enfrente del hospital Saint Bartholomew's), y no de sus hermanas en Knightsbridge.

En 1888, Annie también había empezado a disfrutar de una relación más estable con Edward Stanley, un hombre de cuarenta y cinco años «de rostro florido» «de apariencia respetable», que trabajaba en una fábrica de cerveza local^[131]. Aunque Ted, o «el Pensionista», como lo solían llamar, decía que conocía a Annie desde hacía dos años, habían empezado a vivir juntos aquel verano, aunque por temporadas. Por entonces, Annie se había convertido en visitante habitual del 35 de Dorset Street, una pensión conocida como

Crossingham's, donde ella y Stanley pasaban juntos los fines de semana. Según Timothy Donovan, el ayudante del encargado, Annie solía esperar a Stanley en la esquina de Brushfield Street el sábado, cuando la pareja iba al *pub*. Stanley solía quedarse con Annie hasta el lunes por la mañana, tiempo durante el cual hacía lo que se esperaba de cualquier hombre victoriano en compañía de una mujer: se ocupaba de sus gastos, que incluían el coste del alojamiento de Annie hasta al menos el martes por la mañana. En la pensión, a Annie y al Pensionista se les consideraba pareja. Stanley le había dejado claro a Tim Donovan que entendía que su relación con Annie era de exclusividad; era un tipo celoso y le había pedido al encargado que la advirtiera de que no se relacionase con nadie más. Es interesante observar que, durante el tiempo en el que estuvo con el Pensionista, se dice que Annie compró algunos anillos de bronce que llevaba en la mano izquierda. Solo Stanley los describió con seguridad, diciendo que eran dos: «un anillo de boda y un *keeper*» (anillo de compromiso), que, dijo, tenían «un diseño de fantasía»^[132]. Aunque esos anillos no eran un regalo de Stanley, parece que Annie quería dar un aspecto de respetabilidad matrimonial.

Aunque Annie era, según los criterios del siglo XIX, una «mujer rota» y «caída», no era una prostituta. Según las órdenes emitidas por el inspector Charles Warren el 19 de julio de 1887, apenas un año antes del asesinato de Polly Nichols, «[no] se justifica que la policía llame a cualquier mujer una prostituta vulgar, a menos que ella se describa así, o haya sido condenada como tal...». La orden seguía diciendo que, aunque un policía «pudiera estar totalmente convencido en el fondo de que una mujer determinada lo es», no debía «asumir que una mujer en particular es una prostituta común», a menos que hubiera testigos y pruebas que lo demostraran^[133]. Como en el caso de Polly Nichols, tampoco existen pruebas fiables que sugieran que Annie Chapman trabajaba como prostituta o se identificara con la profesión. Contrariamente a las imágenes noveladas de las víctimas del Destripador, ella nunca «hizo la calle» con un corsé y mejillas coloreadas lanzando miradas provocativas desde una farola. Nunca perteneció a un burdel ni tuvo un chulo. Tampoco hay pruebas de que la detuvieran o la arrestaran siquiera por su conducta. A partir de «investigaciones hechas entre mujeres de la misma clase [...] en *pubs* de la localidad», la policía no pudo encontrar un solo testigo que pudiera confirmar que estuviera entre las filas de las que vendían sexo^[134]. Las que trabajaban en la profesión solían ser bien conocidas, no solo entre sí, sino frecuentemente por la policía, así como por sus vecinos y los dueños de *pubs* locales. En zonas empobrecidas donde se estigmatizaba poco la venta de

sexo, amigos, familia y socios no se cortaban a la hora de identificar a una mujer como prostituta si de verdad lo era.

Como la policía seguía opinando que los crímenes de Whitechapel eran obra, o bien de una pandilla de extorsionadores, o bien de un asesino solitario de prostitutas (que en ese momento se creía que era John Pizer, conocido como «Delantal de Cuero»), era fundamental que la víctima se identificara con el comercio del sexo. Evidentemente, sin prestar atención a la orden de Charles Warren del 19 de julio, el policía de la División H escribió sencillamente la palabra «prostituta» en el espacio reservado en los formularios para escribir la «ocupación» de la víctima. Al igual que habían hecho en el caso de Polly Nichols, las autoridades empezaron su investigación a partir de un prejuicio: Annie «tenía» que ser prostituta, una afirmación que desde entonces guio la marcha de sus pesquisas, así como las actitudes e interrogatorios del tribunal del juez de instrucción.

Los periódicos tampoco optaban por cuestionar tal suposición. Como el asesinato ocurrió en medio de la investigación de la muerte de Polly Nichols, la prensa aprovechó la oportunidad para relacionarlos. Los dos asesinatos similares, cometidos a unas semanas uno de otro, agitaron hasta el frenesí a la prensa. El número de periodistas que había en Whitechapel aumentó muchísimo. Los crímenes vendían periódicos y los editores tenían que alargar aquellas historias todo lo que podían. Los periódicos querían capturar la sensación de «pánico moral»; querían entrevistas, visitas a los lugares, opiniones y cobertura detallada de la investigación de Chapman. El resultado fue un aterrador batiburrillo de escritos mucho más abundantes que los que inspiraron el caso Nichols. Surgió en los periódicos un caos de afirmaciones contradictorias derivadas de los rumores, de notas mal transcritas y de testimonios manipulados para ajustarse a determinados ángulos periodísticos. Y, una vez más, como en el caso del asesinato de Polly Nichols, las transcripciones oficiales de lo que se dijo realmente en la investigación del juez de instrucción, así como la mayoría de la documentación policial, no han sobrevivido; faltan una serie de informes fundamentales. Así pues, prácticamente todo lo que se sabe de la vida de Annie Chapman en Whitechapel se desprende de la maraña de «hechos» confusos que aparecieron en los periódicos.

El testimonio de Amelia Palmer, Tim Donovan y el encargado de noche de Crossingham's, que parecía conocer bien a Annie y sus movimientos, ante el tribunal, varía mucho de una publicación a otra. Cuando se comparan, los relatos se contradicen. El 9 de septiembre, el *Guardian* escribe que Palmer

declaró: «Como medio habitual de ganarse la vida, ella [Annie] no tenía por costumbre frecuentar las calles, sino que hacía cabeceros de ganchillo. A veces, compraba flores o cerillas, con las que ganarse la vida». Esta declaración se repetía en varios periódicos del norte, entre ellos el *Hull Daily News* y el *Eastern Morning News*. Por el contrario, el día 11, *The Star*, que siempre parecía optar por el enfoque más sensacionalista, hace decir a Amelia: «Me temo que la fallecida solía ganarse la vida, en parte, en las calles». Otros periódicos, entre ellos el *Daily Telegraph*, citan el testimonio de Amelia de una manera más ambigua. Se refieren solo al hecho de que Annie «a veces, volvía tarde por las noches». Ciertas publicaciones incluso omitían directamente una referencia a su modo de vida. Como no existe una versión definitiva de tal declaración, las palabras reales de Amelia no pueden confirmarse ni usarse para afirmar que Annie se prostituía.

Los informes de los testimonios de Donovan y Evans contienen vaguedades similares. Según el *Morning Advertiser* del día 11, John Evans afirma: «He sabido que la fallecida salía por las noches, pero solo he conocido a un hombre con el que se relacionara», mientras que Tim Donovan asegura que «no podría decir si la fallecida hacía la calle». Es muy probable que Donovan estuviera diciendo la verdad; no es verosímil que se hubiera fijado o preocupado mucho por las actividades diarias de uno de sus muchos huéspedes hasta que las circunstancias lo obligaron. Aunque es posible sacar información de entre las inconsistencias periodísticas que coinciden con una comprensión histórica del modo en que vivían las mujeres pobres, el testimonio cuidadosamente fabricado de Donovan no proporciona muchas pruebas definitivas que sugieran que Annie se ganaba la vida con el comercio del sexo^[135]. En varias publicaciones, se dice que a Donovan se le preguntó sobre la asociación con hombres de Annie, tal y como a otra testigo, Eliza Cooper, de la que se sabía que tenía una relación conflictiva con Annie. Cooper no solo había llegado a las manos con Annie por una pastilla de jabón prestada, sino que Annie se había relacionado con la pareja de Cooper en ese momento, Harry, *el Buhonero*. Tanto el ayudante del encargado como Eliza afirman que, hasta donde ellos saben, Annie solo se había relacionado con dos hombres: Harry y Ted Stanley. Sin embargo, Cooper dijo más tarde que había visto a Annie «con otros hombres», aunque añadió que «solo los traía de vez en cuando a la pensión»^[136]. Si era el caso, según la declaración de Tim Donovan, esos hombres no llegaron muy lejos. Donovan explicó que Ted Stanley le había dicho que «no le dejara la cama» a Annie si llegaba a Crossingham's con otro hombre. El ayudante del encargado sostiene que

cumplió su palabra, y en su defensa citó que «como regla general [Annie] ocupaba ella sola una cama doble»^[137]. A ninguno de los dos testigos se les cuestionó sobre esta discrepancia, ni si Annie había logrado conseguir el acceso a la pensión a pesar de la supuesta prohibición de Donovan, o qué hacía si se le denegaba ese acceso. Tampoco se sabe cuál era la relación de Annie con esos hombres, y si era tan «casual» como sugería la rival amorosa de Annie. En su orden policial, hasta Charles Warren había reconocido lo difícil que era distinguir el comportamiento de una prostituta del de otras mujeres pobres de clase trabajadora. Y más aún cuando el contexto de la vida de una mujer (y su propia voz) queda fuera de la historia.

Los periódicos victorianos ignoraban distinciones tan sutiles. Se montaron historias sobre suposiciones, que siempre apuntaban a que Annie era una prostituta. *The Star* afirma con seguridad:

Somos capaces de ver el tipo de existencia que mujeres de la desafortunada clase de CHAPMAN se ven obligadas a vivir [...]. Probablemente, ella no se levantaba hasta que las sombras de la noche le permitían llevar a cabo su detestable comercio, y luego parece haber pasado el tiempo yendo de tienda de licores a tienda de licores con la compañía típica, masculina y femenina, de semejantes orgías^[138].

Sin embargo, *The Star* y otras publicaciones similares no supieron ver a Annie como individuo, en lugar de como parte de «una clase desafortunada» en la que se amontonaba a todas las mujeres empobrecidas, independientemente de su edad o circunstancias. Como señalaba el *Daily Mail*: «Ningún centro criminal es totalmente criminal, y sería erróneo representar incluso las pensiones de Dorset Street como exclusivamente habitadas por personas depravadas»^[139]. Contrariamente a lo sugerido por *The Star*, Annie no dormía todo el día para levantarse cuando «las sombras de la noche le permitían llevar a cabo su detestable comercio». Cosía, hacía ganchillo y se empeñaba en ganar dinero gracias a lo que Amelia Palmer llamaba su propia industria. Esas descripciones de ella tampoco tenían en cuenta su estado de salud. Annie estaba muy enferma, si no terminal, de tuberculosis. Además de tomar pastillas, entre las pertenencias recuperadas tras su muerte se encontraron dos botellas de un medicamento y lo que parecían ser recetas que le entregaron durante una visita al hospital de Saint Bartholomew's. Esto, así como el deseo de pasar la noche con Ted Stanley, explicaría su insistencia en disponer de una cama doble de ocho peniques. No solo esas camas «dobles» estaban rodeadas por una partición de madera que permitía un extraño grado de privacidad, sino que, como comentó Elizabeth Allen, otra huésped de Crossingham's, «una cama de ocho peniques» llevaba

«consigo mayores ventajas que las de cuatro. Los huéspedes que tenían las camas más baratas [...] tenían que marcharse antes por las mañanas». Hacia el final de su vida, Annie habría valorado una hora más en la cama, antes de tener que salir a la calle, febril, dolorida y doblada por los accesos de tos.

En los últimos meses de su vida, a medida que su salud se deterioraba, Annie se volvió cada vez más dependiente de Ted Stanley para poder pagar su alojamiento. Cuando él se quedó con ella otro fin de semana, el 1 de septiembre, dio a Annie dinero suficiente para pagar la cama hasta el martes, como solía hacer. Aquella tarde, Amelia vio que su amiga «parecía muy pálida» y caminaba lentamente junto a la iglesia de Spitalfields. Annie le confesó que se sentía mal y que tal vez iría al dispensario. No tenía ni un penique y «no había tomado ni una taza de té aquel día». Amelia le dio una moneda de dos peniques y le pidió que no se la gastase en ron. La siguiente vez que vio a Annie fue el viernes 7, descansando en Dorset Street, con tan mal aspecto como la última vez. Amelia le preguntó si iba a ir a Stratford a vender sus trabajos de ganchillo. «Estoy demasiado enferma para hacer nada», le contestó Annie, fatigada. Cuando Amelia regresó diez minutos más tarde, se asustó bastante al ver que su amiga no se había movido de donde estaba. Annie no tenía ni un penique encima y estaba demasiado enferma para ganar la suma que necesitaba para pagar una cama. «No sirve de nada que me deje ir —le dijo a Amelia, reconociendo la gravedad de la situación—. Tengo que rehacerme y salir a ganar algún dinero, o no tendré alojamiento^[140]».

Uno de los misterios que los periodistas que cubrían la historia de Annie fueron incapaces de resolver fue dónde había ido aquella semana. Timothy Donovan confirmó que se marchó del 35 de Dorset Street aquel martes por la tarde, día 4, y no la volvió a ver hasta el viernes. Se cree que Annie fue al dispensario del hospital de Saint Bartholomew's. Sin embargo, como su nombre no aparece en el registro de pacientes, tal vez un médico la examinara y la mandara a casa. Su nombre tampoco aparece en los registros de admisiones de los patios de asilo cercanos. Y si fue a un lugar así, solo habría sido para dos noches. Es poco probable, según los comportamientos anteriores de Annie, ya que no hay pruebas de que hubiera estado en un patio o asilo de Londres; casi con seguridad, porque estar allí habría supuesto que no hubiera podido beber. Según un estudio llevado a cabo por el Comité de Vagos de 1904, los auténticamente adictos al alcohol preferían dormir al aire libre ante las restricciones a las que se enfrentaban si se ponían a merced de las instituciones^[141].

Como Annie jamás buscó refugio en casa de sus hermanas y nadie entre los dueños de pensiones o residentes de Whitechapel apareció para decir que la víctima solía dormir en algún sitio que no fuera Crossingham's, es improbable que lo hiciera. Sin embargo, al mismo tiempo, Elizabeth Allen afirmó que Annie solo tenía dinero para quedarse «tres o cuatro noches a la semana» en el 35 de Dorset Street, el periodo que pasaba con Ted Stanley. Lógicamente, esto supondría que Annie no tenía cama durante al menos tres noches a la semana.

Es poco realista suponer que una adicta pobre y enferma, cuya principal preocupación era encontrar dinero para beber, hubiera tenido una cama estable cada noche. Según el periodista social Howard Goldsmid, Whitechapel, como el Embankment, Hyde Park y London Bridge, estaba, «noche tras noche, atestado de vagabundos, que no tenían dónde caerse muertos». Vio que muchos dormían «encogidos en el umbral de una puerta o amontonados sobre la acera». «Docenas de criaturas sin hogar, hombres y mujeres» a los que describió como «hambrientos, harapientos», se congregaban junto a la Christ Church, Spitalfields, donde estaban «agarrados a las verjas, o encogidos junto a las paredes», mientras otros se encontraban medio apoyados medio tumbados ante los muros bajos con barandilla que rodeaban los edificios. Goldsmid dice que la mayoría de esas personas habían sido expulsadas de sus pensiones habituales de Thrawl Street, Flower and Dean Street y Dorset Street porque no podían pagar. «Cuando entras en la cocina de un albergue, sería un error pensar que toda la gente que te encuentras allí va a pasar la noche bajo su techo», escribe.

Muchos son habituales del lugar a los que se les permite pasar la noche, o una parte de ella, ante el fuego encendido de carbón, pues, aunque el encargado no les dé crédito, sabe que no debe ofender a un cliente habitual. A medida que la velada avanza, sin embargo, esos pobres seres se inquietan y se ponen de malhumor. Caminan con las manos en los bolsillos vacíos, mirando hacia la puerta cada vez que llega alguien nuevo, para ver si viene un «colega» que le pueda prestar el medio penique necesario para completar el pago de su cama. Al final, cuando su última esperanza se ha desvanecido, se marchan a la calle y pasan la noche al raso^[142].

En la noche del 7 de septiembre, Annie Chapman se enfrentaba exactamente a tal panorama. Según Timothy Donovan, Annie reapareció en Crossingham's aquella tarde y, tras explicar que se encontraba mal y que había estado en el dispensario, preguntó si podía sentarse en la cocina. Donovan aceptó, pero, a primera hora de la noche (hacia el momento en que se encontró con Amelia), volvió a salir. Alrededor de la medianoche, la vieron de nuevo en la cocina, pidiéndole al inquilino William Stevens que le fuese a buscar una pinta de

cerveza en un *pub* cercano. Al hacerlo, pareció indicar que había «ido a ver a sus parientes» y que había conseguido que le dieran cinco peniques. Ese dinero, que podía permitirle pagar una cama, fue rápidamente invertido en bebida. Después de terminar su pinta con Stevens, se marchó al Britannia, un *pub* en la esquina de Dorset Street y Commercial Street. Tras tomarse una copa, Annie volvió una vez más a la cocina de Crossingham's y se comió unas patatas. Eran alrededor de la 1.45 de la madrugada, momento en el cual Donovan empezaba a despejar la cocina de aquellos que no tenían dinero para la cama. Le pidió al vigilante nocturno, John Evans, que bajara e hiciera la colecta. Annie no tenía dinero, pero fue a la oficina de Donovan a pedirle su cama habitual, la 29.

Es interesante que Annie (y eso es algo que nunca apareció en la prensa, pero que Tim Donovan reveló a la policía) le hubiera «pedido que confiara en ella» específicamente y que le dijera que iba a pagar la cama. «Él no quiso hacerlo^[143]». Si tal hecho se hubiese conocido, es probable que Donovan se hubiera enfrentado a una reacción aún más violenta de la opinión pública por su papel en el fallecimiento de Annie. «Puedes encontrar dinero para la cerveza, pero no para la cama», le dijo el encargado al parecer. Annie, que no quería admitir su derrota, o quizás en un arranque de orgullo, respondió con un suspiro: «Guárdame la cama. No tardaré mucho».

Enferma y borracha, bajó y «se quedó en la puerta durante dos o tres minutos», pensando en sus posibilidades. Como el huésped sin dinero descrito por Goldsmid, ella también debía de estar pensando a cuál de sus «colegas» podía pedirle el dinero para la cama. Sin embargo, cuando se marchó por Brushfield Street hacia Christ Church, era más probable que Annie se hubiese resignado a pasar «la noche con solo el cielo por techo».

Nunca sabremos qué pensaba cuando salió a Dorset Street, a medida que la luz de Crossingham's se iba atenuando a su espalda. Nunca podrá confirmarse la ruta que siguió por las negras calles ni con quién habló a lo largo del camino. De lo único de lo que estamos seguros es de su destino final.

El 29 de Hanbury Street era como todas las casas de la zona. De al menos cien años de antigüedad y de una altura de tres pisos, consistía en ocho habitaciones ruinosas, habitada por diecisiete personas. Como los cuartos se alquilaban individualmente, nadie se preocupaba mucho por los espacios comunes: los pasillos, la escalera, los descansillos o el patio de atrás que formaban parte de la propiedad. Ni la verja del patio ni la puerta del edificio estaban cerradas, y una serie de personas iba y venía por ese espacio público

aunque oculto a todas horas del día y de la noche. Según la policía y algunos residentes, el lugar era bien conocido por los habitantes de la zona. De vez en cuando, «extraños» «usaban el patio para fines inmorales». Y normalmente estaba ocupado por gente que dormía al aire libre^[144].

A lo largo de los dos años anteriores, Annie, como cualquiera de los huéspedes de los albergues de Goldsmid, había llegado a conocer bien los mejores rincones, los umbrales menos visibles, así como los pasillos menos transitados en los que apoyar la cabeza. El patio de la casa adyacente al 29 de Hanbury Street no era un lugar con el que Annie tropezara por casualidad en las primeras horas de la madrugada del 8 de septiembre, sino un espacio familiar que habría ido a buscar para estar sola. Conocería el hueco que había entre los escalones de la casa y la valla. Era un sitio ideal en el que enroscarse con la espalda contra la pared, y se habría sentido aliviada al encontrarlo vacío.

De las muchas tragedias que asolaron a Annie Chapman en los últimos años de su vida, quizás una de las más conmovedoras fue que no tenía por qué haber estado en la calle aquella noche, ni cualquier otra. Podría haberse encontrado en la cama en casa de su madre, o estar al cuidado de una de sus hermanas, al otro lado de Londres. Podían haber tratado su tuberculosis y los abrazos de sus hijos podían haberla consolado. En cada giro de los acontecimientos, había una mano tendida para sacarla del abismo, pero el tirón de la adicción era más poderoso, y la vergüenza, igual de fuerte. Eso fue lo que la hundió, lo que apagó su esperanza y su vida. Lo que su asesino se llevó aquella noche fueron simplemente los restos que el alcoholismo había dejado a su paso.

En algún momento del 8 o 9 de septiembre, los hermanos Smith (Emily, Georgina, Miriam y Fountaine) recibieron una noticia realmente espantosa. Bien porque un policía los visitara, o bien porque leyeron la historia en el periódico, enterarse de que su hermana había sido víctima de un asesinato brutal debió de destrozarlos. Emily, Georgina y Miriam no podían soportar tener que decirle a su anciana madre que la hija que había perdido por el alcohol había muerto asesinada de una forma espantosa e inhumana. Sofocaron su pena mientras sostenían las manos de los dos hijos de Annie, que nunca conocerían el destino que había encontrado su madre. Difícilmente puede imaginarse el dolor y la humillación que sus hermanas sufrieron a medida que aparecían historias en los periódicos que llamaban prostituta a

Annie y describían la degradación de su vida. Aquello debió de ser una gran vergüenza para tres mujeres devotas como ellas, y la necesidad de mantenerse en silencio respecto a su sufrimiento debió de ser casi más de lo que podían soportar.

Como hombre de la familia, lo peor (dar la cara) recayó sobre Fountaine, que, además de su dolor, cargaba con sus propios problemas. Él, como Annie y su padre, también era alcohólico. Quizá sin que su familia lo supiera, había visto a Annie hacía poco, le había dado unas monedas y puede que hubiera compartido unas copas con ella. Fue Fountaine quien identificó el cuerpo destrozado de su hermana mayor y declaró ante el juez de instrucción. Su desolación fue tan grande que su voz apenas podía oírse.

Fountaine Smith no era una persona fuerte. Se vino abajo tras esta desgracia. En su caída, se agarró a lo único que podía proporcionarle un alivio inmediato: el alcohol. Al cabo de un mes de la espantosa muerte de su hermana, Fountaine sufrió un colapso nervioso. Tras robar dinero a su superior para comprar bebida, perdió su trabajo de jefe de almacén. Unos amigos suyos intervinieron y le encontraron otro puesto, pero la desgracia lo persiguió hasta allí. Un día, incapaz de hacer frente a las circunstancias, se emborrachó y llenó sus bolsillos con el dinero de su jefe, abandonó a su mujer y a sus dos hijos, y desapareció.

Una semana más tarde, la familia recibió una carta de Gloucester; Fountaine había ido andando hasta una comisaría y se había entregado. «Oh, querida esposa mía, todo es por la maldita bebida —escribió al final de su confesión—. Por amor de Dios, no dejes que los niños la toquen».

Llevaron al hermano de Annie de vuelta a Londres para que lo juzgaran en el Tribunal de Magistrados de Marlborough Street, donde lo declararon culpable y lo sentenciaron a tres meses de trabajos forzados en la prisión de Millbank. Tras su liberación, Fountaine decidió empezar de nuevo su vida y se fue con su mujer y sus hijos al otro lado del Atlántico, para establecerse en la polvorienta y cálida Texas.

PARTE III

Elizabeth

27 de noviembre de 1843 - 30 de septiembre de 1888

La chica de Torslanda

Las velas esparcían una cálida luz amarillenta sobre las paredes revestidas de madera de las habitaciones de la granja. Las velas y el fuego de la chimenea conseguían eliminar la oscuridad de finales de noviembre en Suecia, un tiempo en que los cielos se mueven rápidamente entre sombras grises y la negrura de la noche. En una de las habitaciones de las cuatro que pertenecían a Gustaf Ericsson, su mujer, Beata, yacía boca arriba, dando a luz a su segunda hija. Tres años antes había traído al mundo a una niña, Anna Christina. En esta ocasión, al granjero le hubiese gustado tener un hijo que lo ayudara en el manejo del ganado y las cosechas. No tuvo suerte: el 27 de ese mes, en 1843, los gritos de la pequeña Elisabeth llenaron el dormitorio del matrimonio.

Los Ericsson era más afortunados que muchos de los que trabajaban las tierras en Torslanda, una zona que se encuentra a unos dieciséis kilómetros al oeste de Gotemburgo. Aunque Elisabeth había nacido durante un periodo de sequía que había empezado en la década de 1840, la familia era relativamente próspera. Gustaf Ericsson no solo podía permitirse cultivar campos de cereales, lino y patatas, sino que también poseía un granero, varias vacas, cerdos, gallinas y un caballo. La casa de madera en la que Elisabeth, su hermana mayor y posteriormente sus dos hermanos menores, Lars (nacido en 1848) y Svante (nacido en 1851) compartían era espaciosa, con una gran cocina en la que la familia comía, un cuarto de estar y al menos tres dormitorios situados en los pisos bajo y superior.

Como hija de granjero, Elisabeth se inició en la rutina de la vida agrícola tan pronto como tuvo la fuerza suficiente para llevar cubos y recoger huevos. De mayor, ayudaría con las tareas básicas de ordeñar, cuidar a gallinas y cerdos, hacer mantequilla y, como era tradicional en los hogares suecos, aprender a destilar aquavit, el licor alcohólico que se ofrecía a la hora de comer. En los meses de invierno, las mañanas empezaban muchas horas antes del amanecer, cuando ella, su hermana o su madre se levantaban en lo que parecía plena noche y encendían los fuegos y las lámparas. En verano, los hombres y las mujeres trabajaban en los campos hasta bien entrada la noche, bajo un crepúsculo casi infinito. Aunque antes las mujeres de los granjeros trabajaban como uno más junto con sus maridos, a mediados del siglo XIX la

disponibilidad de mano de obra barata implicaba que las tareas más exigentes podían encargarse a trabajadores pagados, por lo que Beata y sus hijas se ocupaban principalmente de las tareas en el interior del hogar. A pesar de este privilegio, la vida diaria rural era muy parecida para todos. Se hacían pocas distinciones entre amo y sirviente. «Todos se sentaban en la misma mesa y comían del mismo plato», recordaba uno de los trabajadores de la época, que también rememoraba que todo el mundo en la familia «hacía los mismos trabajos, y las hijas del granjero compartían cama con las criadas»^[145].

En el pequeño asentamiento rural de Stora Tumblehed, también rezaban juntos. Los domingos en la conservadora comunidad luterana se dedicaban a la iglesia y al escrupuloso estudio de la Biblia. Como cabeza de familia, el padre de Elisabeth esperaba pastorear no solo a su familia, sino también a sus trabajadores en sus deberes religiosos diarios. Las oraciones marcaban las horas del día: antes de las comidas, antes de irse a la cama y al levantarse, cuando daban gracias a Dios por permitir que las ovejas hubieran pasado la larga noche a salvo.

No es probable que a Elisabeth se le ocurriera pensar alguna vez que su experiencia partía del ritmo constante de la vida en la granja: el paso de las estaciones, la siega de los campos, el congelamiento de la tierra, el deshielo, la siembra de semillas. De niña, poco se esperaba de ella como no fuera el dominio de las tareas domésticas, el cuidado de los niños y el manejo básico de los animales, todo lo cual lo podía aprender ayudando a su madre. Su mínima escolarización lo dejaba claro. Los padres que vivían en el campo solían considerar que la educación distraía a sus hijos del trabajo agrícola, y no aportaba más que «conocimientos superfluos». Aunque a mediados del siglo XIX se pedía a cada parroquia que estableciera una escuela común para los niños del lugar, el aprendizaje que se ofrecía era poco más que lectura y aritmética, así como escritura para los chicos. Entre los luteranos, la capacidad de leer se consideraba de vital importancia, ya que el estudio de la Biblia y la comprensión del catecismo eran el núcleo de la devoción. Elisabeth y sus hermanos recorrían regularmente el camino de casi media hora hasta la iglesia de Torslanda para recibir las enseñanzas necesarias sobre las Escrituras con el fin de prepararse para su confirmación.

Se les enseñaba el pequeño catecismo del *Libro de la Concordia* de 1529, de Martín Lutero, que establece las bases de la fe luterana. La instrucción de Elisabeth comprendía la memorización de los diez mandamientos, el credo de los apóstoles, la oración a Dios, el sacramento del santo bautismo, el oficio de las llaves y la confesión, así como el sacramento de la eucaristía. Pero como

también era necesario que todos los miembros de la fe poseyeran una comprensión completa de la palabra de Dios, su educación habría incluido un análisis de las Escrituras y escuchar constantemente al párroco y a su padre hablarles acerca de su significado.

—¿Qué son los diez mandamientos? —preguntaba el párroco.

—Los diez mandamientos son la ley de Dios —decía Elisabeth, como se esperaba.

—¿Cómo entregó Dios su ley?

—Cuando Dios creó a las personas, escribió la ley en sus corazones. Más tarde ordenó la ley en diez mandamientos, escritos en dos tablas de piedra, y los dio a conocer a través de Moisés —sería la respuesta.

Luego vendrían citas concretas de las Escrituras.

—¿Cuál es el sexto mandamiento? —se le preguntaba a Elisabeth en numerosas ocasiones.

—No cometerás adulterio.

—¿Qué significa eso?

—Debemos temer y amar a Dios de modo que llevemos una vida sexualmente pura y decente en lo que decimos y hacemos, y marido y mujer se amarán y se honrarán el uno al otro. Las relaciones carnales se reservan para el matrimonio y no debemos ceder a las bajas pasiones.

Eso es lo que se le había enseñado a responder.

Con tales conocimientos, Elisabeth estaba preparada para asumir su papel como miembro comprometido de la fe. A los quince años, el 14 de agosto de 1859, fue confirmada ante la congregación de la antigua iglesia de Torslanda. Al hacerlo, Elisabeth demostraba que estaba preparada para entrar en el mundo de los adultos y, armada con sólidos conocimientos de la palabra de Dios, enfrentarse a las pruebas y tentaciones que la esperaban.

Justo un año después, y un mes antes de su decimoséptimo cumpleaños, Elisabeth Gustafsdotter se fue a Gotemburgo a buscar empleo como sirvienta. En 1857, Anna Christina había emprendido el viaje de medio día hasta la ciudad con el mismo propósito. En Suecia, como en otros países europeos, era tradicional que las jóvenes adquirieran experiencia de la vida doméstica más allá de los confines de su casa y su comunidad. Muchos pensaban que los años anteriores al matrimonio pasados en las cocinas, en los cuartos de niños o fregando suelos bajo las miradas de otras mujeres funcionaban como un aprendizaje antes de que asumiesen el mando de sus propias casas. Este periodo de trabajo también ofrecía a las chicas la oportunidad de ganarse una dote o dinero suficiente para ayudar a la compra de vestidos, ropa de cama y

otros objetos necesarios para la vida de casada y madre. Para las mujeres jóvenes de las comunidades rurales como Elisabeth y su hermana, trasladarse a la ciudad aumentaba sus perspectivas de encontrar un marido adecuado. Aunque a las hijas de los granjeros que poseían tierras o eran arrendatarios se las criaba junto a las de los agricultores y los que tenían un estatus social menor, el matrimonio entre clases se desaconsejaba vivamente. En un centro urbano, lleno de hijos de artesanos y pequeños comerciantes, se multiplicaban las oportunidades de encontrar un cónyuge más adecuado.

Anna Christina fue especialmente afortunada en este sentido. No solo consiguió una plaza trabajando en la casa de Bernhard Olsson, un zapatero, sino que, tras siete años de servicio, en 1864, se casó con su señor, una situación que no era infrecuente cuando jefe y empleada eran de una clase similar^[146]. En muchos casos, las hermanas mayores ya establecidas en el servicio podían ayudar a sus hermanas pequeñas a obtener ciertos puestos, a veces en la misma casa. Es probable que Anna Christina tuviera alguna influencia a la hora de conseguir trabajo para su hermana en Gotemburgo. Según sus informes de residencia, Elisabeth estaba viviendo en Majorna, un barrio de clase trabajadora de Gotemburgo, el 5 de octubre de 1860; cuatro meses más tarde, en febrero, su nombre aparece oficialmente en el censo como doncella de la familia de Lars Fredrik Olsson^[147].

Al igual que el jefe de Anna Christina, Lars Fredrik Olsson y su familia no eran ricos, pero sí miembros de la más acomodada clase media baja. Su empleo como *månadskarl* hace suponer que desempeñaba la tarea de portero, posiblemente de un bloque de apartamentos en los que vivía la familia en Allmänna Vägen, una colina ligeramente elevada sobre el puerto^[148]. Al parecer, la fortuna de Olssen estaba aumentando, y en la década de 1870 había comprado más propiedades en Majorna.

La línea social que separaba a Elisabeth de su empleador habría sido relativamente fina, pero, como las perspectivas de los Olsson estaban mejorando, debían de estar deseando demostrar sus recursos a sus vecinos y socios. Como el trabajo femenino en Suecia era sumamente barato y el «acta del sirviente» hacía obligatorio para aquellos que no tenían ingresos por medio de tierras que buscaran empleo en el servicio, incluso las familias con escasos recursos podían contratar a chicas para que trabajaran en sus casas. Lars Fredrik y su esposa, Johanna, podían permitirse dos: Elisabeth y Lena Carlsson, que habrían compartido cama en un espacio abuhardillado encima de las habitaciones familiares. Sin duda, la cantidad de trabajo que podía encontrarse para ocupar a dos mujeres (y a su señora) en el mantenimiento de

un puñado de habitaciones y en el cuidado de los dos hijos de tres y cuatro años es cuestionable. Testimonios suecos de la época solían señalar que las familias de clase media baja solían emplear a más sirvientes de los necesarios para hacer todas las tareas que había que hacer. El historiador de arte Henrik Cornell, al hablar de su niñez, recordaba a una esposa de clase media que ocupaba a sus aburridas y ociosas doncellas haciéndoles pasar trapos mojados por las habitaciones para atrapar el polvo antes de que se asentara^[149].

La ley sueca era muy explícita sobre la relación entre un señor y una señora y su empleada. Aunque el señor tuviera la obligación de albergar, alimentar, vestir y asistir a una sirvienta cuando estaba enferma, a cambio esta debía mostrar una obediencia total. «El descontento infundado respecto a la comida» o «tratar un fuego en la propiedad del amo de un modo descuidado» eran motivos de despido, así como la «visita a las tabernas u otros lugares donde se sirvieran bebidas alcohólicas»^[150].

La razón exacta de la ruptura del acuerdo laboral entre Elisabeth y los Olsson a principios de febrero de 1864 será siempre un misterio. Los registros del censo indican que el 2 de febrero, Elisabeth se trasladó hasta el vecino barrio de Domkyrko, a no más de un corto paseo por las calles empedradas de edificios de madera de brillantes colores^[151]. Cuando el funcionario que añadió su nombre al registro le preguntó por su ocupación, ella le dijo que era sirvienta, pero la dirección en la que estaba empleada, junto con el nombre de su señor o señora, no se registró. Es posible que fuera una simple omisión, un despiste por parte del funcionario, o quizá nos indique algo importante: que Elisabeth misma no estaba muy segura de su futuro ni en qué manos iba a ponerlo.

Allmän Kvinna 97

*E*n el siglo XIX, ningún hogar podía funcionar de manera eficiente sin el trabajo femenino, aunque meter en casa a jóvenes desconocidas era arriesgado. La mayor parte de empleadores conocían los peligros de contratar a jóvenes de fuera de la ciudad. Aun así, eran las preferidas: las hijas de mejillas sonrosadas de los propietarios rurales que olían a hierba y a cabras, que aún no habían aprendido a disimular o a robar, que se habían criado en comunidades estrechamente unidas donde el párroco presidía la vida de todo el mundo. Las muchachas urbanas, al haber estado expuestas a la avaricia y al libertinaje y haber presenciado las costumbres mundanas de sus mayores, se consideraban más corrompibles. Así pues, las chicas de ciudad podían parecer poco de fiar, mientras que sus hermanas del campo se veían como más inocentes y vulnerables. Al vivir en entornos desconocidos, en casas de completos extraños, tendían a la nostalgia y a la sensación de soledad. Su inexperiencia de la vida metropolitana las convertía en víctimas perfectas de la gente poco escrupulosa. Aunque mantenerlas fuera de peligro era responsabilidad de sus señores, el daño procedía del lugar mismo en donde estaban empleadas.

Las sirvientas, a las que no les estaba permitido entrar en los bares ni pasar la noche fuera de la casa de su patrón sin permiso, no tenían prácticamente ninguna oportunidad de establecer relaciones con miembros del sexo opuesto más allá de las personas del hogar o de la comunidad cercana. Sus interacciones con otros sirvientes de las casas de amigos o familiares de sus patronos, o con otros trabajadores como tenderos, carniceros, panaderos y recaderos, eran breves (aunque a veces insinuantes y afables). Las jóvenes como Elisabeth, que vivían en estrecha convivencia con la familia que las empleaba, pudieron convertirse en una tentación para los miembros masculinos de la familia (y viceversa). En hombres de todas las edades, los líos sexuales con la sirvienta (que tenía un conocimiento íntimo de sus hábitos, que le hacía la cama, le lavaba la ropa y le llenaba la bañera) se consideraban casi el pan nuestro de cada día. Provocara ella o no los avances del patrón o su hijo, su hermano, primo, amigo o padre, las oportunidades de encontrarla sola eran innumerables, y eran ocasiones en que podían obligarlas, forzarlas o en las que ceder al deseo mutuo.

Aunque se creía que el servicio formaba el carácter de una joven de clase trabajadora, tener una aventura sexual con un hombre bajo el techo de su patrón las desviaba del camino. Esas relaciones solían citarse como un factor que finalmente conducía a las mujeres a la prostitución: «La doncella de un farmacéutico o un cirujano puede ser seducida por el ayudante de su patrón; una sirvienta de una pensión, por un estudiante, viajante comercial o funcionario [...]. La sirvienta de un hotel, por un cliente habitual; un joven oficinista puede seducir a la sirvienta de sus padres», y así sucesivamente^[152]. A menudo, el amante de una mujer le prometía cuidar de ella, y muchos cumplían su palabra: establecían a su amante en un alojamiento, que podía ser una habitación individual o una casa entera, en función de sus recursos. Algunos vivían con sus enamoradas, y se comportaban como si estuvieran casados; otros las visitaban solo de vez en cuando. Algunas relaciones se prolongaban años, incluso toda una vida, pero muchas más acababan al cabo de semanas o meses. Aunque la doble moral del siglo XIX permitía a los hombres alejarse de semejantes lazos, solían destruir la vida de las mujeres, que acababan teniendo que soportar sus consecuencias.

Elisabeth se llevaría a la tumba el nombre de quien, con su lujuria, alteró el curso de su vida. Nunca sabremos si su primer encuentro fue consentido o forzado, dónde ocurrió ni en qué circunstancias. Todo lo que se sabe es que, a lo largo del mes de abril de 1865, ella siguió describiéndose como sirvienta, aunque su nombre no se localiza en ninguno de los censos de Gotemburgo. Una explicación plausible es que no permaneció mucho tiempo en su nuevo puesto como doncella antes de establecerse con un amante, o en un alojamiento que él mismo pagaría. En tales casos, la práctica habitual era esconder la verdadera naturaleza de la relación adoptando el nombre del amante, convirtiéndose, por decoro, aunque fuese por un corto periodo de tiempo, en su esposa.

En Gotemburgo, mantener una apariencia de respetabilidad mientras se vivía en pecado se hacía no solo para convencer al casero y a los vecinos del carácter de una mujer, sino para esconderse de la ley y de las sospechas de la policía. Hasta 1864, el sexo extramatrimonial y los embarazos ilegítimos eran ilegales y podían ser castigados por la ley. Además, en 1859 se introdujo una ley que regulaba la prostitución en la ciudad para contener la expansión de las enfermedades venéreas, sobre todo la sífilis. La nueva legislación suponía una amenaza para cualquier mujer que viviera en una situación potencialmente comprometida.

En esta gran ciudad portuaria, con una población creciente de más de cien mil habitantes y barcos extranjeros fondeando a diario en el río Göta, las autoridades se preocupaban mucho por la manera tan fácil en la que esta debilitante enfermedad podía transmitirse entre la población civil y extenderse entre el ejército. Suecia aprendió de otras naciones europeas, como Francia y Alemania, que, cuando se enfrentaron a una amenaza similar, instituyeron una serie de leyes estrictas diseñadas para regular el comercio sexual y asegurar la salud de las mujeres que lo practicaban. Asimismo, Gran Bretaña comprobó las ventajas de introducir estas medidas en las ciudades portuarias, y en 1864 publicó la primera de sus actas sobre enfermedades infecciosas.

Aunque los métodos para poner en práctica tales regulaciones diferían entre los distintos países, el concepto que todos compartían era que las mujeres que comerciaban con el sexo eran las culpables de transmitir la sífilis. Se creía que si el Estado pudiera controlar a las mujeres caídas, moralmente corruptas, que eran instrumento de la expansión de la enfermedad, el problema podría aislarse. El varón que transmitía la enfermedad se libraba de cualquier regulación. En Gotemburgo, como en Estocolmo, París, Hamburgo, Berlín y otras ciudades de toda Europa, las mujeres que participaban en el comercio sexual tenían que registrar sus nombres y direcciones en la policía y someterse a exámenes ginecológicos regulares para verificar que estaban libres de la enfermedad. Sin embargo, determinar a quién se podía colocar exactamente en esta situación quedaba totalmente en manos de la policía de costumbres que patrullase esos barrios. Muchas mujeres que fueron obligadas a registrarse no vendían sexo, sino que eran sospechosas de lo que la policía describía como «vida lasciva»^[153]. Según la historiadora Yvonne Svanström, el sistema de Gotemburgo usaba dos listas diferentes: una en la que aparecían los nombres de prostitutas reconocidas, y la otra, los de mujeres sospechosas: solteras embarazadas, mujeres a las que se veía con frecuencia solas con hombres, o en la calle por la noche, y amantes reconocidas.

La policía y sus vecinos pudieron sospechar durante un tiempo de Elisabeth, pero, en marzo de 1865, quedó claro que era culpable de «vida lasciva». Por entonces estaba embarazada de seis meses, cosa que ya no podía disimular bajo su ropa. Quien la hubiera colocado en aquella situación ya no estaba ahí para protegerla de las consecuencias. Nunca se supo adónde se había ido o con qué medios de vida la había provisto mientras estuviera embarazada. A finales de marzo, cuando el viento aún arrastraba un manto de nieve, se le ordenó a Elisabeth que compareciera para el primero de los

exámenes de sus genitales, que a partir de ese momento serían regulares. Lo llevaría a cabo un cirujano en el local de inspecciones de la policía.

En su primera visita, su nombre, Elisabeth Gustafsdotter de Torslanda, fue inscrito en el registro oficial como «*Allmän Kvinna* [mujer pública] número 97»^[154]. Se le pidió que proporcionara un certificado de nacimiento e información sobre su pasado, como, por ejemplo, si había trabajado anteriormente, y dónde vivía. Ella permaneció deliberadamente en silencio acerca de esos temas, declarando solo que era hija de granjeros y que había venido del campo a la ciudad, donde había trabajado como sirvienta. Le preguntaron también por su educación religiosa y declaró (incorrectamente) que se había confirmado a los diecisiete años^[155]. El funcionario que registraba sus detalles miró entonces a la joven y describió su apariencia. Anotó que tenía «ojos azules» y «pelo castaño». Describió su nariz como «recta», el rostro, «ovalado»; alargado, en vez de redondo. Más allá de tener el vientre hinchado por su avanzado estado de gestación, conjeturó que aquella mujer de veintiún años no había vivido una vida de glotonería. Medía un metro cincuenta y ocho, y añadió que era de porte «esbelto»^[156].

Le explicaron las reglas que gobernarían su día a día. Debía acudir a la casa de inspección dos veces a la semana, martes y viernes, o enfrentarse a una detención y una multa, o a tres noches en prisión a pan y agua. No se le permitiría salir después de las once de la noche. Se le pedía que «llevara una vida tranquila y silenciosa», lo que suponía que era una prostituta y que requería públicamente a los hombres. Las regulaciones le prohibían asomarse a las ventanas o a la puerta de donde viviera y «llamar a los paseantes». Se le pedía «vestir decentemente cuando apareciera en público» y que «no llamara la atención sobre sí misma». La humillación que las mujeres debían experimentar al escuchar tales admoniciones, sobre todo si no tenían relación con el comercio sexual, o si sus delitos no eran públicos, sino una violación o una indiscreción privada con un amante, debía de ser abrumadora. A pesar de que su nombre apareciera en lo que se llamaba coloquialmente «el registro de la vergüenza», Elisabeth siguió describiéndose a sí misma en su documentación no como prostituta, sino como sirvienta.

La rutina de inspección estaba diseñada tanto para castigar a las «mujeres públicas» de la ciudad como para protegerlas. Para evitar ofender la sensibilidad de los respetables ciudadanos de Gotemburgo que pasaban por Östra Hamngatan, a todas las «mujeres públicas» conocidas o sospechosas de serlo se les pedía que entraran en el edificio de la policía por un pasaje escondido en la parte de atrás. Una vez dentro se les ordenaba que se

desnudasen y formaran una cola. A veces, si la espera era larga, se les decía que esperaran fuera en el patio, al aire libre, temblando de frío, mientras policías uniformados las vigilaban.

Para una joven educada en una comunidad religiosa e instruida en la catequesis, la indignidad de la experiencia debió de ser brutal. Sin embargo, como Elisabeth estaba embarazada de un hijo ilegítimo, es probable que ella, como muchas mujeres de su época, hubiera interiorizado ese castigo como justificado. La sociedad y la Iglesia le habrían hecho creer que había pecado contra sus padres, su comunidad, contra ella misma y contra Dios. Su sensación de desgracia se refleja en su negativa a revelar en su documento de registro más detalles acerca de sus circunstancias. Cuando le preguntaron por sus padres, no dudó en declarar que ambos habían fallecido. Aunque era cierto en el caso de su madre, que había muerto de tuberculosis en agosto de 1864, el padre de Elisabeth estaba aún bien vivo, pero la vergüenza de su estado le habría impedido volver con él^[157]. Asimismo, Anna Christina, que se había casado en mayo de aquel año, parece haber cortado todos los lazos con su hermana, a la que podía muy bien considerar como perdida para la familia.

Desde que su nombre se registró en los archivos policiales en marzo, Elisabeth habría vivido sujeta a esa rutina no mucho más de un puñado de veces antes de que se descubriera, el 4 de abril, que había desarrollado un condiloma, o verrugas genitales. El examinador médico reconoció inmediatamente qué significaba: *Allmän Kvinna 97* presentaba los síntomas de la sífilis. Bajo la escolta de la policía, la enviaron inmediatamente a la Kurhuset, o «casa de curas», el hospital de enfermedades venéreas.

Cuando Elisabeth quedó bajo vigilancia policial, su sífilis ya había entrado en fase secundaria. La primera manifestación de la enfermedad habría tenido lugar más o menos de diez a noventa días después de la exposición e incluía la aparición de un chancro, o llaga indolora, en los genitales, que desaparecería entre tres y seis semanas después. Posteriormente, Elisabeth habría empezado a experimentar síntomas parecidos a la gripe: fiebre, ganglios inflamados, dolor de garganta y después la erupción de un sarpullido en la espalda, manos y plantas de los pies. En este estadio, las víctimas también sufrían excrecencias semejantes a las verrugas y lesiones en sus genitales. Esta fase secundaria podía haber durado no más de unos cuantos meses o podía haber seguido afectando a la paciente durante bastante más de un año. Aunque es imposible determinar con seguridad de quién contrajo la sífilis, el estadio de su enfermedad indica que podía haber sido del padre de su

hijo. Las personas no experimentadas sexualmente, que no habrían sabido buscar los síntomas de la enfermedad en sus parejas, estaban más expuestas a quedar infectadas que las profesionales del sexo.

Los informes sobre Elisabeth cuentan que se quedó en la Kurhuset hasta el 13 de mayo^[158]. Lejos de ser un santuario donde los enfermos podían retirarse para su curación, el hospital de enfermedades venéreas de Gotemburgo tenía fama de tratar a los pacientes como a prisioneros. Como los que se encontraban allí lo estaban por orden de la ley, sus empleados y sus enfermeras estaban autorizados a usar la fuerza y la coerción para mantener a los pacientes encerrados hasta que se hubiesen curado oficialmente. En 1855, la Kurhuset albergaba a ciento treinta y tres mujeres en su pabellón de sífilis, muchas de las cuales compartían cama, por culpa de la superpoblación. Cuando el número de pacientes excedía la capacidad del centro, a los internos se les hacía dormir en el suelo.

En la década de 1860, la clase médica recomendaba dos tipos de tratamiento para la sífilis. El primero y más tradicional incluía la ingesta de mercurio, así como su aplicación tópica en los chancros y lesiones. La segunda teoría, más moderna, favorecía el uso de otros metales (oro, plata, cobre), así como bromo, yodo y ácido nítrico, que debía tomarse internamente o ser aplicados en ungüentos. Ambos eran peligrosos para la salud del paciente. De estos dos métodos, la Kurhuset de Gotemburgo parece haber sido partidaria de los que no aplicaban mercurio. Elisabeth, durante su estancia, fue tratada internamente con ácido hidroyódico, cuyos principales componentes son el yodo y el hidrógeno, mientras que sus verrugas genitales serían deshidratadas con una crema, o cortadas. Tras recibir esta cura durante diecisiete días, Elisabeth tuvo un parto prematuro, a los siete meses de embarazo. El 21 de abril dio a luz a una niña que nació muerta, aún estando encerrada bajo llave en la Kurhuset^[159]. No citó el nombre del padre en el certificado de nacimiento.

El trauma de aquella experiencia, entre finales de marzo, cuando su nombre entró en «el registro de la vergüenza», y el 13 de mayo, cuando fue liberada de la Kurhuset, no puede pasarse por alto. Haber sido denunciada públicamente como prostituta, haber sufrido la indignidad de los exámenes policiales, haber descubierto que tenía una enfermedad potencialmente mortal y deformante, haber sido encarcelada y sujeta a insoportables procedimientos médicos, haber sufrido un parto prematuro en un entorno hostil y después haber sido arrojada a la calle sin parientes a los que poder recurrir debió de dejarle profundas cicatrices.

Una de las consecuencias de un sistema que trataba a mujeres sospechosas de «vida licenciosa» como a reconocidas prostitutas era que a todas se las condenaba a un mismo destino. Una vez que una mujer aparecía en el registro de la policía, no podría conseguir un trabajo respetable. El único medio que tenía entonces para ganarse la vida era recurrir a la profesión que le habían acusado de practicar. No se sabe cómo Elisabeth llegó exactamente a unirse a las filas de mujeres que se vendían en Pilgatan, infamante «calle de las mil ninfas» de Gotemburgo, pero, en octubre de aquel año, ella misma la cita como su dirección^[160]. Como vagar por la calle y ejercer la prostitución abiertamente estaba prohibido, Elisabeth habría recurrido a practicar su oficio en el interior, ya fuera en uno de los varios cafés de la zona que se camuflaban como establecimientos legales o en un burdel, aunque las madamas que manejaban esos negocios no estarían muy dispuestas a contratar a mujeres que acabaran de pasar por un tratamiento de sífilis. Arrastrarse por los cafés que había entre Pilgatan y Husargatan, aprender las reglas no escritas que gobernaban las relaciones entre las diversas mujeres, sus clientes y los dueños de esos negocios, debió hacérsele muy cuesta arriba. La violencia y el miedo a sufrirla debieron formar parte de la vida de Elisabeth. Como su nombre sigue sin aparecer en este tiempo en el censo de Haga (el distrito de clase trabajadora en el que dijo que vivía), es probable que siguiera usando un alias cuando llevaba hombres a su alojamiento. El lugar que llamaba «hogar» era probablemente una de las muchas habitaciones semejantes a cubículos conocidas como *luderkupor* (o «armarios de putas») situados en los áticos de muchas casas de la zona. Estos estaban especialmente diseñados para que las prostitutas los alquilaran y pudieran ganarse la vida de manera discreta pero escasa.

La incurabilidad de la enfermedad que sufría Elisabeth fue una de las muchas desgracias que le cayeron encima y, sin duda, a un buen número de hombres con los que se acostó. Como la patología de la sífilis aún no se comprendía del todo, se creía erróneamente que los afectados no eran contagiosos mientras no hubiera señales visibles de la enfermedad. A pesar de los incansables esfuerzos de la profesión médica, hasta 1910 no estuvo disponible un tratamiento eficaz para esta devastadora enfermedad. Ocurrió con la introducción del Salvarsan, y más tarde con los antibióticos. Así pues, no es de extrañar que el 30 de agosto Elisabeth estuviera manifestando de nuevo síntomas de la sífilis. La enviaron de nuevo a la Kurhuset, donde permaneció hasta el 23 de septiembre. En esta ocasión, la trataron con aplicaciones de nitrato de plata, para una lesión en el pubis. Veintitrés días

después del alta, de nuevo ingresó, el 17 de octubre, por otra lesión, esta vez en el clítoris: un nuevo tratamiento con nitrato de plata antes de que se la declarara «curada» el 1 de noviembre. Los posteriores exámenes policiales hechos el 3, el 7 y el 10 afirmaban que estaba «sana», aunque, en realidad, nunca lo estaría^[161]. En algún momento después de esta fecha, la sífilis de Elisabeth entraría en su fase latente. Aunque sus síntomas desaparecieron y ya no contagiaría, muchos años más tarde la enfermedad volvería en su destructiva y terminal fase terciaria.

Aunque el sistema legal tenía muy poca compasión por quienes caían atrapados en un círculo vicioso de prostitución y enfermedad, la actitud entre algunos segmentos de la población era más empática. Como muchas naciones europeas, la Suecia de mediados del siglo XIX (en general, los países nórdicos) asistió a un súbito interés por «rescatar» a mujeres caídas. Esta labor, en su mayor parte llevada a cabo por mujeres de clase media o alta a través de la Iglesia, pretendía rehabilitar y hacer volver a la vida cristiana a aquellas que de otro modo se habrían perdido para Dios. Generalmente, se admitía que las circunstancias no eran las que empujaban a las mujeres a la prostitución, sino que era una opción personal. Tras haberse salido de la senda correcta, una mujer caída también podía decidir volver a ella. Esta reforma del carácter podía efectuarse convirtiendo «una mujer pública en una mujer privada»; llevándola de nuevo a la esfera doméstica, el lugar que las Escrituras destinaban a las buenas mujeres luteranas. La rehabilitación suponía volver a formarse como doncellas o lavanderas, aprender a limpiar, planchar, cocinar, cuidar, coser y crear artesanía tradicional. Las diaconesas luteranas que se colocaban a la vanguardia de esta obra abrían refugios reformativos y lavanderías, y hacían visitas regulares a los distritos de luces rojas y hospitales de enfermedades venéreas como parte de su misión reclutadora.

Es probable que fuese así como Maria Ingrid Wiesner descubriera a Elisabeth. Maria era la esposa de un músico alemán que la Orquesta de Gotemburgo había contratado en el recién construido Teatro Nuevo de la ciudad. Aunque no eran ricos, los Wiesner, como las familias de sus colegas músicos que vivían en el bloque de apartamentos de madera del 27 de Husargatan, estaban acostumbrados a tener una doncella como signo de estatus social. La decisión de contratar a una joven caída pudo haber sido el resultado de la posición financiera del matrimonio, o también responder a un sentido cristiano del deber. Solo unos meses antes, la orquesta se había disuelto por falta de fondos, y en vez de volver con su esposa sueca a su Bohemia natal, Carl Wenzel Wiesner decidió quedarse en Gotemburgo y

ganarse la vida como intérprete de oboe. Los Wiesner no tenían doncella, y como Maria estaba esperando su primer hijo, la ayuda sería bienvenida, especialmente porque a las mujeres del registro de la policía solo se las podía contratar en un régimen de cama-y-comida.

El 10 de noviembre, Elisabeth acudió a su habitual examen sanitario. Maria, con su gorro y abrigo de invierno, la esperaba fuera de la casa de inspección para acompañarla a su nueva vida. La oferta de trabajo de un hogar, de alguien que le tendía una mano comprensiva, era un golpe de buena suerte excepcional. Según la ley, también era la única forma, aparte del matrimonio, en el que una mujer que estaba en el registro de la policía podía eliminar de él su nombre y, de este modo, recuperar su vida y su reputación. No se sabe lo que impulsó a Maria Wiesner a escoger precisamente a Elisabeth entre los muchos rostros de la Kurhuset, pero es posible que algo en la trágica historia de la *Allmän Kvinna 97* la conmoviera. Quizá fuese porque ambas tenían una edad parecida y procedían de pueblos del oeste de Suecia. Tal vez Maria, que llevaba dos años casada, necesitase una compañera además de una sirvienta. Quizá viera en Elisabeth una devoción religiosa y el verdadero deseo de cambiar su destino.

Era necesario que un empleador escribiese una carta de garantía a la policía para que el nombre de alguien se eliminase de «el registro de la vergüenza»; alguien que respondiera por el carácter y la conducta futuros de la antigua mujer pública. El día 13, tres días después de que Elisabeth siguiera a Maria Wiesner a su apartamento del primer piso, su empleadora escribió: «La doncella Elisabeth Gustafsson ha sido contratada a mi servicio el 10 de noviembre y soy responsable de su buena conducta mientras permanezca a mi servicio»^[162]. Al día siguiente se le pidió a Elisabeth que se sometiera a una última inspección sanitaria. El doctor declaró que su cura había sido un éxito, y *Allmän Kvinna 97* dejó de existir.

No podemos sino esperar que la época que Elisabeth estuvo trabajando para los Wiesner en el 27 de Husargatan fuese feliz. El propietario del edificio, Johan Frederik Bergendahl, un sargento del ejército que había tocado la trompeta en la orquesta con Carl Wiesner, parece haber favorecido a los inquilinos, con los que tenía una relación personal. Además de los Wiesner, Bergendahl escogió como vecinos a otro trompetista, Frans Oscar Malm, y a una viuda de militar con sus hijos. Aquel año, cuando entró el invierno y la pesada y fría oscuridad envolvió la ciudad, la otrora triste y penosa existencia de Elisabeth debió de estar llena de luz de velas, fuego en la chimenea y música.

En el siglo XIX, la música y el arte era lo que unía a las clases sociales más dispares. Aunque los que producían el entretenimiento solían proceder de las clases trabajadoras o «artesanas», los que participaban y patrocinaban los actos culturales solían ser los miembros más ricos e influyentes de la comunidad. Los artistas, como sus adinerados patronos, viajaban por todo el mundo; se mezclaban con todo tipo de personas de todas las nacionalidades y podían acceder a los oídos de los poderosos. Es probable que Elisabeth encontrara su siguiente oportunidad gracias a la música.

La expansión comercial de Gotemburgo, que había empezado en el siglo XVIII, continuó a buen ritmo durante el XIX. El gran puerto de la ciudad y el acceso a materias primas como madera y mena de mineral atrajeron una cantidad significativa de inversiones extranjeras por parte de emprendedores británicos, que veían allí grandes oportunidades de hacer fortuna. Familias como los Dickson, los Keiller y los Wilson pusieron en marcha imperios navieros. David Carnegie abrió un banco de inversión, una refinería de azúcar y una fábrica de cerveza. Gotemburgo pronto atrajo a los maestros cerveceros británicos, así como a ingenieros escoceses e ingleses, que fueron contratados para diseñar ferrocarriles y sistemas de alcantarillado. La comunidad británica tuvo una presencia tan fuerte que Gotemburgo pronto adquirió el sobrenombre de «Pequeño Londres».

Los «pequeños londinenses» de Gotemburgo, que procedían en su mayoría de Escocia, eran también algunos de los filántropos más generosos de la ciudad. James Jameson Dickson, su hermano y su padre fueron personalmente responsables de reunir el dinero para fundar la Orquesta de Gotemburgo y desempeñaron un papel fundamental en las vidas de los músicos. El director de la orquesta y de la banda militar de Gotemburgo, Josef Czapek, amigo y jefe de Carl Wiesner, también trabajó como organista en la Iglesia inglesa, el corazón de la comunidad británica. Es muy probable que a través de esta red de conocidos los Wiesner se enteraran de que había un puesto para una doncella que quisiera viajar con una familia británica a Londres.

Es posible que, durante el tiempo que Maria pasó con Elisabeth, hubieran hablado de sus sentimientos acerca de lo que le quedaba en Gotemburgo. Aunque Elisabeth ya no estaba en el registro de la policía ni trabajaba como prostituta, no tenía más que salir de la puerta de los Wiesner a Husargatan para ver las caras de los que le recordaban lo que había sido. Cada día, cuando visitaba las tiendas o el mercado, podía encontrarse con antiguos clientes, los dueños de los cafés y las mujeres que habían compartido su profesión. La

policía también seguía vigilándola. Mientras permaneciera en la ciudad, Elisabeth nunca escaparía de su pasado, por lo que la posibilidad de empezar de cero en Londres, como doncella de una familia rica, debió de parecerle un don de la providencia.

El destino ya había sido generoso, pero ahora le proporcionaba una gran oferta final. Mientras vivía con los Wiesner, recibió lo que se cree que fue una herencia de sesenta y cinco coronas del legado de su madre^[163]. Sin embargo, como la ley sueca estipulaba que las mujeres menores de veinticinco años no podían heredar dinero por derecho propio y que la propiedad pertenecía al marido después de la muerte de la mujer, no es probable que ese dinero fuera lo que en un principio parecía^[164]. La suma era relativamente pequeña y hubiera servido para comprar objetos útiles para su nueva vida: ropa, zapatos, sombreros, quizás incluso un baúl de viaje. Si Elisabeth recibió el pago, es probable que tuviera un origen diferente, quizá de alguien que quisiera pagar la deuda que tenía con ella. Gestos de este tipo eran una práctica común entre hombres que abandonaban a sus amantes.

A principios de febrero, la nieve formaba una capa espesa sobre las calles de la ciudad. Los canales de Gotemburgo estaban impracticables a causa del hielo. En el puerto, el 7 de febrero de 1866, los trabajadores de los muelles, marineros y pasajeros se envolvían en lana y pieles para protegerse del frío cortante. Elisabeth estaba entre ellos, dispuesta a abordar uno de los barcos que se dirigían a Londres y cuyas chimeneas apuntaban al cielo, lanzando cálidas nubes hacia el aire helado.

Cinco días antes, había rellenado la petición para emigrar a Inglaterra y entregó un certificado de cambio de residencia para la capital. En su formulario declaraba que viajaba sin su familia. Acababa de cumplir veintidós años y sería la única sueca que emigraría a Londres aquel día^[165]. No viajaría en uno de los abarrotados barcos de inmigrantes que salían por Hull, sino con cierto grado de comodidad con sus nuevos señores británicos. Mientras permanecía en la cubierta y observaba cómo disminuían a lo lejos, a través de las ventanas, las agujas y las cúpulas de la línea del horizonte de la ciudad, es probable que no sintiera nostalgia alguna. Gotemburgo había dejado en ella una marca cruel que permanecería para siempre, fuera cual fuera el lugar al que llamase «hogar».

La inmigrante

*P*ocos hombres inspiraban tanto respeto en Sheerness como William Stride. Era el tipo de oscura figura local ante el cual las gentes del lugar se tocaban el ala del sombrero, pero a quien en el fondo temían. Stride había hecho todo lo que un obrero en su posición podía hacer para mejorar su vida y trepar hasta lo más alto de la burguesía propietaria. Su carrera se había iniciado alrededor de 1800, como simple carpintero de barcos, pero, tras décadas de ahorrar e invertir prudentemente, llegó a entrar en el negocio de la compraventa de terrenos y la venta de casas. En la década de 1840, vivía en una de sus propias construcciones, en una calle que llevaba su nombre: Stride's Row. De ser trabajador de los muelles había ascendido hasta convertirse en la persona que ocupaba la posición de comisionado del Sheerness Pier. Si alguien se aventuraba a preguntarle a qué atribuía su éxito, Stride citaba su devoción por Dios.

Poco después de su matrimonio, en 1817, Stride se convirtió al metodismo, una religión que practicó estrictamente durante toda su vida y que gobernaba cada una de sus decisiones. A pesar de su riqueza relativa, Stride, su esposa Eleanor y sus nueve hijos llevaban una vida austera y abstemia. Durante la mayor parte del tiempo, ellos y su creciente familia decidieron vivir en uno de los *cottages* de Stride's Row. Según los mandamientos de su religión, deberían evitar cualquiera de los signos externos de riqueza: ni ropa cara, ni joyas ni nada que no fueran los muebles más simples. En lugar de bailar, ir al teatro y jugar a las cartas, la familia hacía ayuno una vez a la semana. Más importante aún: en aquella pequeña ciudad de marineros y diversiones portuarias, no habría alcohol. A pesar de que tenía la posibilidad de hacerlo, William Stride nunca empleó a una sirvienta interna, incluso después de la muerte de su esposa en 1858.

John Thomas Stride nació en 1821, en aquel entorno austero y estrecho. Como segundo hijo, John fue iniciado en la profesión de su padre y aprendió carpintería. Aunque los animados almacenes de los muelles de Sheerness habrían ofrecido a hombres del oficio de John muchas oportunidades para trabajar en la primera parte de su vida, a mediados del siglo XIX, cuando el hierro sustituyó a la madera en la construcción de barcos, le habría sido más difícil asegurarse un empleo. Es probable que esta fuera la razón por la cual

John, soltero a los cuarenta años, seguía viviendo en la casa de su familia, cuidando de su anciano padre y vigilando a su hermano más joven, Daniel, que al parecer tenía problemas de salud mental. Aquel año, en 1861, una situación difícil en casa pudo haber llegado a su punto álgido cuando John atrapó a Daniel robando seis libras, once chelines y seis peniques de su cajón. A William Stride no le habría parecido nada bien tal comportamiento y es posible que fuera él quien decidiera denunciar a su hijo a la policía. Daniel fue detenido, encarcelado y juzgado en las Petty Sessions en marzo, pero John no quiso que lo procesaran y gestionó su liberación^[166]. Poco después de este incidente, el frustrado carpintero decidió marcharse de Sheerness y buscar trabajo en Londres.

En la década de 1860, cualquier londinense que quisiera comprar un juego de sillas hermosamente talladas o un aparador moderno tendría que hacer una visita a uno de los más de setenta establecimientos situados cerca de la parte norte de Tottenham Court Road. La zona, que se extendía desde Marylebone Road hacia el este a lo largo de más de un kilómetro hasta la estación de Saint Pancras, estaba llena de fábricas, almacenes y tiendas en los que el aroma a caoba y a roble recién cortados perfumaba el aire. Cuando John Stride llegó a Londres, el distrito de los muebles de la ciudad congregaba a 5252 trabajadores que se dedicaban a todos los aspectos del negocio, desde la tapicería hasta la fabricación de armarios y las ventas. Stride, con su caja de herramientas de carpintero, habría podido encontrar fácilmente trabajo en uno de los muchos talleres.

También alquiló una habitación en la zona, en casa de Charles Leftwich, en el 21 de Munster Street, al lado de Euston Road. Leftwich, que había hecho dinero como comerciante de plomo, agente de arrendamientos e inventor ocasional de aparatos de fontanería, era un respetable hombre de familia de clase media que no le hacía ascos a tomar un inquilino para ocupar una habitación que le sobraba. John, un metodista soltero de mediana edad acostumbrado a la vida tranquila y abstemia, habría sido un huésped ideal. Pero es probable que la familia Leftwich, asistida por sus dos sirvientas, mantuviera una digna distancia social. John, que se marchaba al trabajo al amanecer y volvía tarde, tomaba sus comidas aparte de la familia; en su habitación o en la cocina, o a veces en el café de Daniel Fryatt en el 6 de Munster Street.

A mediados del siglo XIX, los cafés, a menudo asociados con las aspiraciones intelectuales de la época georgiana, estaban experimentando un renacimiento entre las filas de los trabajadores de Londres. Abiertos desde las

cinco de la mañana y a menudo hasta las diez de la noche, estos establecimientos ofrecían comidas sencillas, chuletas, riñones, pan con mantequilla, encurtidos y huevos, junto con tazas de café con azúcar. También se podían leer los últimos periódicos y revistas o también oír su lectura en voz alta. No se servía alcohol. Los cafés se convirtieron en un refugio para aquellos que se habían comprometido con la abstinencia, o simplemente para hombres que disfrutaban de un entorno alegre en un lugar que no fuera un *pub*. Trabajadores de fábricas y artesanos, que antes bebían *porter* (un tipo de cerveza negra) por las mañanas, ahora se detenían de camino al trabajo para tomar un panecillo y una taza de café caliente. De camino a casa, el animado ambiente del local se convertía en algo más tranquilo. Se animaba a los clientes a que se tomaran su tiempo entre los reservados, separados por paneles de madera oscura, disfrutando de un plato de chuletas de cerdo junto con el periódico, ya ligeramente manchado. «Por las noches, estos lugares se convierten en salas de lectura —escribe un observador—. Son cómodos para muchas personas que no encuentran esa comodidad en sus casas. El buen fuego, la luz brillante, el suministro de periódicos y revistas y la taza de una sencilla bebida se pueden obtener por unos pocos peniques...»^[167].

John Stride, sin esposa ni familia, y lejos de la familiaridad de la costa de Kent, debió de pasar muchas horas en tan agradable entorno, conversando con Fryatt y contemplando la posibilidad de abrir un establecimiento similar. Como hombre que sobrepasaba los cuarenta, John no tardaría mucho tiempo en admitir que trabajar sobre un banco de carpintero o en una fábrica de muebles seis días a la semana era demasiado duro. Como su padre, reconocía que merecía la pena invertir sus esfuerzos en un negocio que pudiera generar unos ingresos mayores y más cómodos, y algún día mantener a una esposa e hijos.

Como era el caso con la mayor parte de obreros especializados, las oportunidades que tenía John de conocer mujeres eran escasas debido a la extensión de sus jornadas laborales. Conocer gente podía hacerse en *pubs*, parques públicos, *music halls* o en actos de la Iglesia. Los cafés también ofrecían oportunidades.

Generalmente, las mujeres no frecuentaban esas salas de madera oscura que olían a grasa y a café recién hecho y que resonaban con roncadas conversaciones masculinas. Sin embargo, las dependientas, sirvientas y aquellas que trabajaban por un salario diario solían acudir a tomar un café y un bollo mientras hacían algún recado para sus señoras o pasaban la hora de

comer tomando sopa, púdines de fruta y tapioca. Debió de ser así como John Stride conoció a una joven doncella de Suecia llamada Elizabeth Gustafsdotter^[168].

Cuando llegó a Londres en el invierno de 1866, Elizabeth vivía lejos de los animados alrededores comerciales de Tottenham Court Road, en una elegante urbanización muy cerca de Hyde Park. A mediados de siglo, pocos lugares de la ciudad eran sinónimo de riqueza y clase alta como aquellas calles que rodeaban el lugar favorito de los paseos del *beau monde*. Aunque la identidad del empleador de Elizabeth y su familia no se conocen, sí se conoce su nivel social. Elizabeth se debió de instalar en medio de todo un equipo de sirvientes, en el hogar de una familia próspera y cosmopolita, no muy diferente de los Dickson, que viajaban con regularidad por Suecia, Gran Bretaña y Europa para supervisar su imperio de barcos, hierro y madera de construcción. Aunque esta posición en el servicio doméstico habría sido prestigiosa, las exigencias eran para Elizabeth mucho mayores de lo que lo habían sido en sus anteriores empleos. Ahora formaba parte de una jerarquía y tendría que someterse a las órdenes de un ama de llaves o un mayordomo en una gran casa de varios pisos, en lugar de a una señora generosa de clase media que vivía en unas cuantas habitaciones. Este puesto incluiría una serie de rígidas normas: manos limpias, espalda recta, lengua quieta y ojos que nunca se encontraban con los del señor o la señora. Si se encontraba a un miembro de la familia cuando atravesaba un pasillo o una escalera, se le habría dicho que volviera el rostro hacia la pared. Las exigencias del trabajo, las diferencias culturales y las dificultades del aprendizaje de un nuevo idioma debieron de resultar abrumadoras en ciertos momentos.

Cuando aceptó un trabajo en Londres, también decidió establecerse permanentemente en las islas. Aunque no se exigía que cada sueco que se trasladase a Londres se registrara en la iglesia sueca, era una formalidad administrativa para aquellos que habían solicitado la residencia permanente en el Reino Unido. El viaje desde Hyde Park a la iglesia sueca en Prince's Square, en el East End de Londres, debió de llevarle mucho tiempo a una sirvienta que solo tenía un día libre al mes. Cuando Elizabeth pudo acercarse hasta allí, habían pasado cinco meses desde su llegada al país. Al final, parece ser que fue por orden de su empleador, pues este estaba preparando un traslado al extranjero que a ella no le habría gustado. Elizabeth, que no sabía escribir, dio su nombre al funcionario de la iglesia que la inscribió en el registro, junto con una nota con su ocupación y su estado civil de soltera. Al mismo tiempo, Elizabeth expresó también su intención de viajar a Brest, en

Francia, uno de los centros de la industria naviera, y solicitó un cambio de residencia^[169]. No se sabe si realmente siguió a sus señores hasta Francia, ya que más tarde otra mano trazó una línea sobre su solicitud, quizás antes de la partida prevista o después de una vuelta a Londres.

Las circunstancias que llevaron a Elizabeth a abandonar su puesto en Hyde Park no están muy claras, pero una extraña deducción hecha durante la investigación del juez de instrucción en 1888 sugiere un posible escándalo, no muy distinto de aquel en el que se vio envuelta en Gotemburgo. Los comentaristas dijeron que Elizabeth había sido bendecida con hermosos rasgos. El inspector jefe Dew observó tristemente que, a pesar de sus trabajos y tribulaciones, «trazas de su belleza permanecían en su rostro»^[170]. Como mujer joven en Londres, con un exótico acento extranjero, frente alta y oscuro cabello ondulado, seguramente habría llamado la atención de muchos admiradores. Uno de ellos, un policía, la cortejó cuando vivía con sus señores en Hyde Park, aunque, debido a su larga jornada de trabajo, la relación no llegó a cuajar. Sin embargo, también alguien más cercano a su casa pudo haber solicitado su afecto.

Más de veinte años más tarde, se interrogó a un testigo que formaba parte de la investigación por la muerte de Elizabeth. Se le preguntó sobre los detalles de su relación romántica con esa mujer. El hombre dijo que había sido tormentosa. Michael Kidney aseguró que había tratado a Elizabeth como a una esposa, independientemente de que ella lo dejase en varias ocasiones.

—¿Sabe de alguien con quien hubiera salido, aparte de usted? —preguntó el juez de instrucción.

—He visto la dirección del hermano del caballero con el que vivía como sirvienta en algún lugar cercano a Hyde Park —respondió extrañamente Kidney.

—Eso no es lo que le he preguntado —respondió el juez—. ¿Cree que salía con alguien más? —repitió, refiriéndose al periodo en el que Kidney se relacionaba con Elizabeth, no a un episodio del pasado, antes de que él la conociera^[171].

Que Elizabeth recordara los detalles no del señor para el que había trabajado más de veinte años antes, sino de su hermano, es algo que suscita muchas preguntas. Sin embargo, es muy revelador que Kidney aportase tal información cuando le preguntaron sobre los hombres con los que su pareja podía haber tenido una relación. Cómo apareció esta dirección también es un misterio. Como Elizabeth no sabía escribir, los detalles los habría escrito otra persona, que luego se los habría entregado. Quizá fuese una carta escrita por

ese mismo hombre y que había conservado durante décadas. Obviamente, Elizabeth le había hablado de él y de su historia a Michael Kidney. Es llamativo que recordara, veinte años después, al hermano de aquel que la había empleado. Es lógico sospechar que había algo más.

Quizás esa supuesta relación ilícita hizo que Elizabeth abandonara la residencia de Hyde Park. En cualquier caso, lo que sabemos seguro es que su empleador (o quizá su hermano) le proporcionó unas referencias lo bastante buenas como para permitirle encontrar empleo en otra parte.

A principios de 1869, si no antes, Elizabeth estaba trabajando para una viuda llamada Elizabeth Bond. La señora Bond, como la conocían sus dos sirvientas, dirigía una amable casa de huéspedes y alquilaba habitaciones amuebladas a una respetable clientela en el 67 de Gower Street, a la vuelta de la esquina de los almacenes y tiendas de muebles de Tottenham Court Road. Una doncella sueca bien entrenada en el hogar de un caballero en Hyde Park habría conferido cierta sofisticación a su establecimiento, aunque la monotonía de las tareas de Elizabeth no debía de ser muy distinta. Aunque la señora Bond y su hija también viuda Emily Williams dirigían a diario su negocio, Elizabeth y su compañera pasaban los días subiendo y bajando los tres tramos de escaleras con sus baldes de carbón y sus cubos de agua, sus bandejas de la cena en precario equilibrio y los montones de ropa para lavar. Aquellos cuyas rejillas de chimenea limpiaba y cuyas camas hacía eran, sin duda, de clase media. Los huéspedes de la señora Bond incluyeron sucesivamente un conferenciante y miembro del Corpus Christi College de Oxford, un comerciante prusiano de «objetos de fantasía», un antiguo fabricante de cerveza y su esposa e hija, un abogado y una viuda «que vivía independientemente con sus propios medios». Entre 1868 y 1869 también estuvo entre ellos un músico alemán, Charles Louis Goffrie, y su hija, que vivían en las habitaciones de la señora Bond y daban allí clases de música^[172]. Una vez más, Elizabeth se encontró entre músicos, y sus días y tareas se vieron aliviados por la presencia de melodías y quizá por el recuerdo de aquellos que otrora la habían sacado de la adversidad.

Un día, cuando la enviaron a hacer la compra o a la oficina de correos, Elizabeth pudo haberse detenido en un café del lugar para tomar algo. En ese momento, es probable que un carpintero de cuarenta y siete años de Sheerness la viera. Es imposible saber cómo tuvo lugar el encuentro, o cómo avanzó su relación, si los caminos de John y Elizabeth se cruzaron en múltiples ocasiones, en la calle camino del trabajo, o en los reservados de madera,

bebiendo aquel oscuro y azucarado brebaje. Sea como sea, en los primeros meses de 1869, estaban comprometidos.

No se sabe nada del aspecto físico de John Stride; si era un hombre muy atractivo, o corriente y de aspecto respetable. A esa edad, ya tendría el pelo gris. ¿Qué vio entonces una preciosa doncella de veinticinco años, que podía haber sido recientemente la amante del hermano de su empleador, en un modesto fabricante de muebles que casi le doblaba la edad? A los veinticinco años, Elizabeth sabía que tendría que casarse pronto, y John, que había vivido soltero durante muchos años, habría podido ahorrar dinero. Quizá después de su tumultuoso pasado, el afecto de John le pareciera auténtico. Ella había experimentado el daño que podían hacerle los hombres, y John Stride debió de parecerle una elección segura.

Es interesante que no se casaran ni en una capilla metodista ni en una iglesia luterana, sino en la parroquia de Elizabeth, Saint-Giles-in-the-Fields, con su aguja en forma de cola de langosta apuntando a través del hollín del cielo de Londres. Aquel día, el 7 de marzo de 1869, Elizabeth fue al altar sin nadie que la acompañara, ni familia ni amigos que actuaran como testigos. Aunque Daniel Fryatt firmó con su nombre en el registro, junto con el de su eterno compañero, el sacristán de la iglesia desempeñó ese papel para Elizabeth. No debía haber nada de su pasado en el día de su boda. Incluso decidió citar a su padre con un nombre falso: «Augustus Gustafsson». Su experiencia fue la típica de una inmigrante que no deseaba que sombras ni recuerdos del pasado se cerniesen sobre este nuevo capítulo de su vida. Se desconoce lo que sabía su marido de su trágica vida en Gotemburgo ni de la enfermedad que llevaba consigo.

La boda de los Stride marcó un nuevo comienzo en la vida de ambos. Sellaron su unión con el nacimiento de un negocio y un traslado a otra parte de la ciudad: Poplar, a unos ocho kilómetros de distancia en el East End. Sin duda, fue un paso muy meditado. La intención de John Stride era la de abrir un café, pero la posibilidad de hacer trabajos de carpintería en los muelles también le ofrecía un respaldo. Los bulliciosos muelles de la zona empleaban a más de dos mil obreros a tiempo completo y durante la década de 1860 estaban pasando por una fase de ampliación que unía el Ferrocarril del Norte de Londres con el puerto. George, el hermano de John, trabajador del puerto, se había establecido allí con su familia, y es probable que tener parientes cerca fuera un atractivo para la pareja, que esperaba tener hijos propios pronto. En 1871, a los dos hermanos Stride se unió un tercero: Charles, que se había establecido en Limehouse.

Al cabo de unos meses de su boda, los Stride habían abierto su nuevo negocio en Upper North Street, en el corazón de lo que se llamaba Poplar New Town. Esta cuadrícula de calles recientemente construidas del siglo XIX al norte del borde del mar era una zona en la que había modestas villas, casas adosadas de clase media y alojamientos para familias obreras. Según el escritor Jerome K. Jerome, que vivió allí de pequeño en la década de 1860, era un lugar de contrastes, donde «ciudad y campo luchaban por imponerse», donde las marismas que lo rodeaban seguían aún salpicadas de granjas y donde rebaños de cabras y vacas podían verse por las calles del centro. También era una visión habitual las «procesiones de desempleados» moviéndose entre los muelles y el almacén^[173].

En lo esencial, la composición social de Upper North Street, con sus tiendas de comestibles, boticas, sastres y carniceros, no era diferente de la de Munster Street, donde John había aprendido de su amigo Daniel Fryatt cómo sacar adelante un café. Los maestros, albañiles, sirvientes, constructores de buques y obreros que vivían junto a los tenderos habrían sido la clientela de los Stride, más que los trabajadores del muelle. La ubicación del café, frente a la capilla metodista de la Trinidad, también resultaba estratégica. El desembolso del arrendamiento y la inversión inicial requerida para establecer el negocio debió de cubrirse seguramente gracias a algunos ahorros, a los que Elizabeth también contribuyó, con toda probabilidad. Es posible que John empleara sus habilidades como carpintero para crear o mejorar el interior, que generalmente consistía en reservados de madera, paneles separadores barnizados y mesitas con alas. Con la experiencia de Elizabeth como sirvienta, ella y John habrían llevado juntos el negocio. Charles Dickens describe que en aquellos cafés se solía ver a obreros pidiendo a una camarera que solía ser «de pocas palabras»; siempre estaba «alternando entre sus dos frases favoritas: “café y una rebanada” y “té y un huevo”»^[174]. Las horas de trabajo del propietario de un café eran eternas, pero la pareja podía distribuir los horarios a su conveniencia. Por primera vez en su vida, Elizabeth fregaba, cocinaba, lavaba y servía no para un jefe, sino para sí misma y para su marido. Para nadie más.

La competencia de los *pubs* debieron de ser una de las dificultades a las que tenían que enfrentarse. A pesar de la popularidad de los cafés, no todos los trabajadores estaban dispuestos a abandonar el alcohol y la alegre camaradería del *pub*. Las cafeterías tenían sus fervientes partidarios, pero un negocio podía triunfar o desplomarse según su localización. Demasiados *pubs* y muy pocos abstemios podían provocar que las puertas incluso de la más

acogedora de las salas de café tuvieran que cerrar. En 1871, los Stride lo aprendieron de la manera más dura posible y tuvieron que trasladar su negocio al 178 de Poplar High Street, donde esperaban que la empresa les fuera mejor. El fracaso del primer establecimiento debió de tener un coste importante para la pareja. Para cubrir las pérdidas, John parece haber vuelto, al menos a tiempo parcial, a su antiguo oficio: en el censo de ese año, no se le cita como dueño de un café, sino como carpintero. Pero los Stride no estaban dispuestos a darse por vencidos y como buenamente pudieron mantuvieron su negocio.

En los cuatro años que llevaban casados, no habían tenido hijos. Si Elizabeth estuvo encinta, los embarazos no llegaron a buen término, seguramente debido a su enfermedad. Aunque puede que no transmitiera su sífilis a John, tenía muchas posibilidades de abortar o de parir un feto muerto. En un esfuerzo por enterrar su pasado, Elizabeth también pudo sentirse demasiado avergonzada como para confiarle su secreto a su marido. Llevar la sífilis al hogar se consideraba una desgracia social y una tragedia, pero solía culparse a los maridos que visitaban prostitutas o mantenían a una amante. Los textos médicos solían hablar del problema desde esta perspectiva, exonerando parcialmente al hombre de su conducta, al decir que la verdadera raíz del asunto se encontraba en la egoísta inmoralidad de las que se dedicaban al comercio del sexo^[175]. La posibilidad de que un hombre pudiera casarse con una mujer con un pasado sexual, que hubiera estado expuesta a la enfermedad, parecía inconcebible. La incapacidad de Elizabeth para ser madre en una época en la que la identidad y el propósito en la vida de una mujer se definían por este papel debió de resultar devastador para ella, especialmente porque la sociedad y la Iglesia se asegurarían de que la mujer asumiese la culpa de su propia desgracia. A Elizabeth debieron inculcarle la idea de que aquello era un castigo por su vida de pecado. No se sabe cómo verían John y su devota familia metodista la situación. Aunque Stride mantenía el contacto con Charles y su mujer y sus hijos durante los primeros años de su matrimonio con Elizabeth, empezaron a distanciarse después de 1872. La familia Stride parece haber estado dividida, y jamás las grietas fueron tan evidentes como tras la muerte de su reverenciado patriarca.

A principios de la década de 1870, William Stride se acercaba a su nonagésimo cumpleaños. Terco y decidido hasta el final, nunca se perdió una reunión de la Comisión del Muelle de Sheerness. Sin embargo, a finales del verano de 1873, su salud empezó a decaer. El 6 de septiembre murió en la casa que aún compartía con su hijo Daniel. En la hora postrera, lo asistió su

hija Sarah Ann. Para alguien que había desempeñado un papel tan importante en el desarrollo de Sheerness, el obituario del periódico local fue bastante parco en palabras. Lo describía solo como alguien «al que generalmente se respetaba en toda la ciudad»^[176]. No aparecía una lista de sus grandes obras o de sus generosos actos de caridad. Y lo que era aún más revelador, no había mención alguna de su devota y doliente familia.

Con la excepción de Daniel, ninguno de los hijos de Stride había cuidado de su padre durante la vida adulta de John. Si alguien albergaba la esperanza de recibir algo en el testamento de William Stride, era su segundo hijo, que había pospuesto su matrimonio hasta los cuarenta y que permaneció en Sheerness a costa de sus ingresos y de su futura seguridad económica, todo para ayudar a su familia. Sin embargo, el testamento, que se leyó el día 30 de aquel mes, contenía una gran cantidad de sorpresas.

Daniel fue generosamente recompensado con propiedades. Su padre le dejó cinco casas en Stride's Row y dos casas en Victory Street, que incluían un «terreno, un establo, un cobertizo de carbón, un taller y un jardín». La hija de William Stride, Sarah Ann Snook, que se había establecido a tres puertas de la casa de su padre, también fue favorecida con dos casas en Stride's Row. El rico hermano de John, Edward, que se había quedado en Sheerness, había estudiado para ser cirujano y se había convertido en la estrella de la familia, también recibió una casa en Stride's Row^[177]. John no recibió nada, ni siquiera un «gracias».

William Stride había enviado una clara señal desde la tumba; había dejado bien claro quién entre su prole lo había complacido o deshonrado. El hermano mayor de John, William James, que había nacido sordo y había luchado para ganarse un sueldo como obrero en Sheerness toda su vida, también fue excluido, así como todos los hijos que habían abandonado a su padre para irse a Londres.

No puede ser una coincidencia que John y Elizabeth tuvieran que vender el arrendamiento de su café al cabo de unos meses de la muerte de William Stride. El hundimiento de su primer negocio en Upper North Street debió de dejar deudas, y el fracaso de un segundo negocio no habría hecho sino aumentarlas. Para mantenerse a flote, John pudo haber pedido prestado dinero, seguramente porque esperaba heredar pronto algún dinero. Tras el testamento de su padre, no pudo más que olvidarse de sus ambiciones e intentar, mientras fuera capaz, tener un lugar donde caerse muerto.

Liz, la Larga

*E*ran casi las ocho de la tarde. El cielo se había oscurecido y la luna se había alzado sobre un Támesis liso y plateado. En la tarde del 3 de septiembre de 1878, el verano se iba retirando y más de ochocientos pasajeros a bordo del *Princess Alice*, un crucero de recreo lleno de excursionistas y de gente que volvía de sus vacaciones en Sheerness, regresaban a Londres. Sobre la cubierta, la banda del barco tocaba una animada polca y las parejas bailaban y cantaban. Los niños se perseguían por la resbaladiza cubierta de madera. Los caballeros leían el periódico y observaban el paso de la línea de costa: almacenes, muelles y fábricas que desaparecían entre las sombras de la noche. Al acercarse al muelle de North Woolwich, los que se mecían tranquilamente al ritmo de la suave noche y la música no podían pensar que iban directos al *Bywell Castle*, un carguero de carbón revestido de hierro y de casi novecientas toneladas. Cuando ambos barcos se dieron cuenta de que la colisión era inminente, ya era demasiado tarde. La aguda proa del *Bywell Castle* penetró como un cuchillo en el casco del *Princess Alice*: llegó directamente a la sala de máquinas y cortó el barco en dos. Ambas partes del buque fueron succionadas por las profundidades del sucio Támesis en pocos minutos, con los pasajeros aterrorizados trepando y agarrándose a sus paredes mientras la embarcación se hundía. El río estaba lleno de cabezas flotantes que trataban de respirar y gritaban a sus seres queridos a través de las aguas negras. Los padres agarraban con fuerza a sus hijos que se ahogaban, las pesadas faldas y polisones metálicos de las mujeres imposibilitaban que lucharan contra la fuerza de la corriente. El *Bywell Castle* arrojó cabos y bajó los pocos botes salvavidas que llevaba a bordo. Aparte de eso, se vieron impotentes en sus esfuerzos por salvar las vidas de tantas personas.

Más de seiscientos cincuenta pasajeros murieron aquel día: la mayor pérdida de vidas en un desastre naval en el Támesis. El número de supervivientes nunca se confirmó, aunque se estima entre los sesenta y nueve y los ciento setenta. Los que sobrevivieron se enfrentaron a la espantosa tarea de identificar a los muertos que a diario iban siendo arrancados de las garras del río asesino. Familias enteras murieron en la noche del 3 de septiembre; niños que quedaron huérfanos, esposas y maridos viudos; algunos habían visto impotentes cómo sus seres queridos se hundían bajo las aguas.

El desastre del Princess Alice traumatizó a todo Londres. La historia del desastre se propagó entre las comunidades que rodeaban los muelles del East End. Muchos habían presenciado la tragedia, habían visto los cuerpos o habían escuchado con horror las descripciones de los testigos. Como el impacto golpeó también a la gente de Sheerness, la noticia debió de haber sido especialmente dura para los hermanos Stride en Poplar y Limehouse, que habrían revisado ansiosamente las listas crecientes de los muertos buscando el nombre de familiares, amigos o vecinos. Probablemente, Elizabeth lo observó todo con atención, asumiendo la magnitud de la calamidad mientras las historias circulaban en los periódicos y entre sus conocidos.

Cuando ocurrió el desastre del Princess Alice, la vida de Elizabeth iba de capa caída. Tras el fracaso del café, su matrimonio con John había empezado a ir mal. Las dificultades económicas, entre otros factores como no poder tener hijos, debieron de contribuir a las fricciones que había entre ellos. También es posible que la bebida hubiese desempeñado un papel en su distanciamiento.

En marzo de 1877, ocho años después de su boda, todo parece indicar que Elizabeth dejó a John. Aunque se consideraba una separación temporal, ella no tenía adónde ir. Antes que optar por el patio del asilo, prefirió buscar suerte en la calle. El día 24, la policía la arrestó bajo las leyes de vagabundeo, ya fuera por mendigar, ya fuera por dormir al raso. La llevaron al asilo. Tras esta experiencia, los Stride se reconciliaron, pero sus peleas y dificultades continuaron. Dos años más tarde, cuando John enfermó, Elizabeth pidió ayuda a la iglesia sueca. En 1880, su nombre aparece en los registros de asilos, una vez en Stepney Union en febrero, y una segunda vez en Hackney Union en abril, donde la palabra «desamparada» aparece escrita junto a su nombre^[178].

Durante esta época, si no ya en septiembre de 1878, Elizabeth discurrió un ingenioso método para mantenerse. Si John no era capaz de proporcionarles lo necesario, ella tendría que usar su ingenio para sobrevivir. A medida que el otoño de 1878 iba terminando, ella había observado cómo las historias de horror acerca de las víctimas del desastre del Princess Alice provocaban muestras de piedad y ofertas de compensaciones materiales. Los periódicos estaban llenos de información sobre la generosidad de los londinenses, que habían recaudado más de 38 246 libras como parte de un fondo de asistencia^[179]. Se dijo a las víctimas, a los supervivientes y a sus familias que acudiesen a reclamar, y Elizabeth pudo pensar en hacer precisamente eso, inventándose una triste historia por su cuenta. En las semanas que siguieron al

desastre, a muchos se les ocurrió la misma trampa. El 29 de septiembre, enviaron a una mujer de veintiún años llamada Elizabeth Wood a la cárcel durante un mes por haber engañado al propietario de un café de Woolwich: según ella había sobrevivido a la tragedia, pero había perdido a su familia^[180]. De igual modo, el fondo del Princess Alice rechazó cincuenta y cinco peticiones de ayuda de «gente sin motivos». El nombre de Elizabeth Stride no aparece en lugar alguno entre la lista de supervivientes; a menos que empleara un seudónimo, tampoco consiguió que le dieran nada del fondo de asistencia. Es más probable que sus ingresos procedieran de ir contando su historia a individuos que se preocupaban por el asunto.

La historia de Elizabeth era muy elaborada, coloreada con detalles dramáticos pensados para engatusar a sus oyentes. Decía que había estado a bordo del Princess Alice con John y dos de sus nueve hijos. Parece ser que les contó a algunas personas que John trabajaba en el barco y que ella y sus hijos lo acompañaban aquel día. Cuando el yate sufrió el impacto, se separaron; John había intentado salvar a los niños, pero él y los dos pequeños se vieron arrastrados por el río y se ahogaron. Elizabeth, que se encontró dentro de una de las chimeneas del barco hundido, vio que el Bywell Castle había arrojado un cabo y lo agarró. Al escalarlo para ponerse a salvo, el hombre que iba por encima de ella le dio una patada en la boca y le rompió el paladar. A duras penas consiguió sobrevivir, o eso contaba a quien la escuchaba. Continuaba diciendo que la vida de una viuda estaba llena de infortunios. Como era incapaz de mantener a los siete hijos que le quedaban, se los habían llevado a un orfanato del sur de Londres regentado por la iglesia sueca. En aquel momento, no tenía a nadie a quien acudir, más que a un amigo de su marido. Aun así, seguía con graves problemas económicos.

Elizabeth pudo haberse inventado esta historia a partir de otras que había oído, o tal vez se la arrebatara tal cual a una persona que conocía. La mujer de John Stride no había tenido nueve hijos... Y si los había tenido, la auténtica tragedia hubiera consistido en que ninguno de ellos sobreviviera al parto. Quizás había tomado simplemente prestado el número de John, que tenía ocho hermanos. En cualquier caso, en los años siguientes, Elizabeth volvería a contar esta historia las veces suficientes como para convencer a todos los que tenía a su alrededor de su veracidad. Sería el primer paso para reescribir su historia y reencuadrar lo que se convertiría en una personalidad maleable. También la usaría para distanciarse de su marido; durante los periodos en que estaba separada de él, decía que había muerto.

En abril de 1881, la pareja volvió a reconciliarse, aunque esta vez solo durante unos pocos meses. El censo de aquel año considera sus circunstancias muy comprometidas. Anteriormente ocupaban varias habitaciones encima de su café, pero ahora su espacio de vida se reducía a una sola habitación en una casa de Usher Road, en Bow. En diciembre, parece que John y Elizabeth acordaron separarse de forma permanente. Como William Nichols y John Chapman, John Stride pudo haber accedido también a pagar a su mujer una pequeña pensión como formalidad para oficializar su separación. A partir de este periodo, Elizabeth se fue a vivir a Whitechapel, primero en Brick Lane, y después, tras una estancia en la enfermería del asilo por bronquitis, en la pensión a la que volvería repetidas veces durante los seis años siguientes: el 32 de Flower and Dean Street.

Según el escritor Howard Goldsmid, «Flowrydean Street» (como la llamaban sus *habitués*) «no era precisamente una rosa», sino más bien «uno de los peores arrabales del East End», de olor «malsano» y con un aspecto «poco atractivo»^[181]. El periodista de Associated Press que visitó la calle en 1888 la describió en términos ligeramente más halagüeños, diciendo que «para estar en el East End» tenía «un aspecto bastante presentable». Continuaba así:

Un lado de la calle está ocupada principalmente por un montón enorme de edificios modernos, destinados a ser ocupados por familias de artesanos, y alquilados casi exclusivamente por una colonia de judíos de clase media. El otro lado presenta un aspecto bastante más deslucido. El ladrillo de las casas está ennegrecido por el tiempo, y puertas y ventanas presentan por igual el aspecto demasiado familiar que nos indica que son las viviendas de los extremadamente pobres^[182].

Según el artículo, todos los edificios del lado ruinoso de la calle estaban registrados como pensiones, y el número 32 tenía camas para cien «huéspedes». Aunque Goldsmid describe estos dormitorios como rebosantes de bichos, «vergonzosamente superpoblados, muy mal ventilados y [...] apestosos e insalubres», el periodista de la AP pensaba que el número 32 «tenía un aspecto inusualmente cómodo» por dentro. Ciertamente, Elizabeth lo prefería a otras pensiones. De hecho, con los años, lo llegó a considerar su base de operaciones, por así decirlo.

Mientras vivió en el 32 de Flower and Dean Street, Elizabeth se mantuvo «fregando». Una fregona, descrita como «el escalón más bajo del trabajo doméstico, más bajo incluso que el de criada para todo», era una sirvienta ocasional, que iba a una casa durante unas horas a realizar tareas para familias que no podían permitirse tener personal interno. La fregona solía ser mayor

que la doncella, «entre cuarenta y sesenta años», y, normalmente, como probaban su «cofia sucia, su gastado gorro [...] su falda recogida y sus brazos desnudos y enrojecidos», empobrecida^[183]. Además de los dos chelines que recibiría por su trabajo, Elizabeth podía recibir también comida: té y tostadas, restos de la comida familiar o incluso una ración de azúcar.

En el East End, la comunidad judía, que comprendía a la mayoría de la población entre Whitechapel High Street y Hanbury Street, utilizaba los servicios de las fregonas gentiles para que ayudaran durante el Sabbath. Como las costumbres religiosas prohibían a los judíos practicar ningún tipo de trabajo desde la puesta de sol del viernes a la puesta de sol del sábado, se contrataba a una fregona para encender las chimeneas, las luces de gas y cocinar y servir las comidas. Como emigrantes recientes que habían escapado a la persecución en Rusia, Prusia y Ucrania, la mayor parte de las familias no hablaban inglés, aunque Elizabeth aprendió a comunicarse con ellos en yidis. De hecho, es posible que hubiera adquirido los rudimentos de este idioma en Gotemburgo. Haga, el barrio de clase media en el que había vivido, también albergaba a la comunidad judía de la ciudad^[184]. El hecho de trabajar para familias judías le aseguraba que sus compañeros inmigrantes no estuvieran demasiado interesados en hablar del pasado ni en escarbar en el de Elizabeth.

Vivir separada de John, lejos del West End y de Poplar le dio la oportunidad de convertirse en quien quisiera. Había aprendido que deshacerse de identidades era tan sencillo como trasladarse a un nuevo lugar. Cuando residía en Whitechapel, era Elizabeth la viuda y Elizabeth la víctima de un desastre. La hija del granjero se había convertido en sirvienta; la sirvienta se había convertido en amante de un hombre y en una mujer caída; la mujer caída se había convertido en prostituta, y después, en una Magdalena rescatada. Había sido una inmigrante, la amante de un hombre rico y la mujer de un carpintero. Había sido dueña de un café y había vivido en un asilo. Era sueca, pero hablaba inglés lo bastante bien como para engañar a la gente. A veces, también pretendía ser irlandesa, y usaba el nombre de Anne Fitzgerald. Cuando decidía hacerlo, Elizabeth podía incluso convertirse en la hermana de otra mujer.

En 1883, el destino colocó a Elizabeth en el camino de una mujer llamada Mary Malcolm. Era sastra. Al parecer, los años bizqueando para enhebrar agujas habían arruinado su vista. Su afición por la bebida tampoco mejoraba las cosas. Un día, quizás en la calle o en un *pub*, vio a Elizabeth Stride y creyó que era su hermana perdida, Elizabeth Watts. Probablemente, gritó el

nombre de su hermana, y Elizabeth respondió. La confusión se consolidó, quizá porque Elizabeth Stride sabía aprovechar esa clase de oportunidades.

Cuando la sastra hizo su relato de los hechos, parece haber mezclado la historia de las dos mujeres, entretrejiendo detalles que sabía de la vida de Elizabeth Watts con lo que Elizabeth Stride le contó de su pasado reciente. Decía que a su hermana la llamaban coloquialmente «Liz, *la Larga*» y que había vivido con un hombre que tenía un café en Poplar. También declaró que sabía que el marido de Elizabeth había muerto en un naufragio, aunque recordar tales circunstancias resultó más problemático. De hecho, el marido de Elizabeth Watts sí había fallecido como resultado de un naufragio en la isla de Saint Paul, pero esos hechos se entremezclaron con las mentiras de Elizabeth Stride acerca del desastre del Princess Alice. Sabiendo que su hermana había llevado una vida accidentada, con al menos dos matrimonios y un tiempo en un manicomio, Mary Malcolm se sintió inclinada a creer que la mujer desaliñada y empobrecida que se había encontrado era ella^[185].

Desde el momento en que la señora Malcolm encontró a «su hermana», declaró que la bebida era su principal defecto. Siempre necesitaba dinero, y Mary «tenía sus dudas» acerca de lo que hacía para vivir. Sin embargo, como familiar suya, se sintió obligada a ayudarla. Durante los cinco años siguientes, ambas mujeres se vieron al menos una vez por semana; en ocasiones, con más frecuencia. La señora Malcolm le daba dos chelines cada sábado a las cuatro de la tarde en la esquina de Chancery Lane. De vez en cuando, también le daba ropa a Elizabeth. Más allá de lo que pudiera parecer, es posible que Mary albergara sospechas, que sofocó o se guardó para sí. De hecho, durante el periodo de cinco años en que estuvo en contacto con Elizabeth, insistió en mantenerla a distancia. La señora Malcolm nunca invitó a su «hermana» a su casa, y aseguraba que «siempre me alegraba de deshacerme de ella». Cuando le preguntaron si su marido o alguien más sabía de sus encuentros con «su hermana», ella confesó: «No, no se lo dije a nadie. Me avergonzaba mucho»^[186].

La vergüenza de Mary Malcolm parece haber surgido en parte por su insistencia en mantener la relación con Elizabeth a pesar de sus dudas. Mientras Mary no observara demasiado de cerca a Elizabeth, podía seguir engañándose a sí misma, y Elizabeth consiguió ocultarle la verdad.

En octubre de 1884, Elizabeth recibió la noticia de que John, cuya salud llevaba tiempo empeorando, había sido ingresado en el Stepney Sick Asylum. Allí murió de una enfermedad del corazón, a los sesenta y tres años. Lo

enterraron el 30 de ese mes. Al cabo de unas semanas, la vida de ella cayó en picado.

No es una coincidencia que el 13 de noviembre detuvieran a Elizabeth en Commercial Road acusada de prostitución^[187]. Que también la acusaran de embriaguez y de conducta desordenada revela su angustiado estado mental. El deseo de aturdirse y su rabia con el mundo eran reacciones naturales. Frederick Merrick, el capellán de la cárcel de Millbank, observó que la mayoría de las internas «odiaban» vender sexo en las calles y que «su repugnancia solo podía sofocarse cuando estaban más o menos bajo la influencia de bebidas alcohólicas»^[188]. Por sus delitos, el juez condenó a Elizabeth a una pena de siete días de trabajos forzados. Después de esto, no hay pruebas de que volvieran a detenerla por prostitución.

Después de la muerte de John, Elizabeth conoció y se fue a vivir con otro hombre: Michael Kidney. Kidney era un trabajador de los muelles que cargaba y descargaba navíos; además, ganaba un dinero extra como voluntario en la Reserva del Ejército. De treinta y tantos años, era algo más joven que su nueva amante, pero siempre supuso por su apariencia que eran más o menos de la misma edad. Se cree que ambos se conocieron en Commercial Road, aunque si esto ocurrió por casualidad o porque Elizabeth se estaba prostituyendo no se sabe. La relación pronto se convirtió en firme. Ambos se fueron a vivir juntos a una serie de destartaladas habitaciones amuebladas, primero en Devonshire Street y después en la cercana Fashion Street. Como a Elizabeth, a Kidney le gustaba beber en exceso y no era menos colérico o violento que ella cuando estaba borracho. En enero y junio de 1887, Elizabeth presentó quejas ante la policía por la brutalidad de Kidney, aunque, como muchas mujeres que se enfrentaban a una pareja violenta, más tarde retiró los cargos^[189]. Pero Elizabeth no era en absoluto una víctima pasiva en su relación. Según Kidney, durante los tres años que vivieron juntos, Elizabeth lo dejó dos veces; en total, calculaba él, había estado fuera unos cinco meses. «Siempre volvía sin que yo fuera tras ella», se jactó Kidney, porque «yo le gustaba más que ningún otro»^[190]. En las ocasiones en que lo dejó, Elizabeth siempre buscaba una cama en el entorno familiar del 32 de Flower and Dean Street. La relación de la pareja era complicada, probablemente no solo por la afición a la bebida de Elizabeth y la violencia de Kidney, sino también por la infidelidad. Al final del tiempo en que estuvieron juntos, Kidney tenía sífilis, por la que recibió tratamiento en el consultorio de Whitechapel en 1889. No se la podía haber contagiado Elizabeth, que cuando se fue a vivir con él ya no podía contagiar a nadie.

Es interesante apuntar que, a pesar de sus muchos encuentros, la señora Malcolm no tenía ni idea de estas tribulaciones. Decía que nunca había sabido que Elizabeth se relacionara con un hombre y que tenía la vaga idea de que su «hermana» vivía en una pensión, «en alguna parte cerca de los sastres y judíos del East End». Pero sí sabía que Elizabeth solía estar en mala forma por culpa de la bebida, y que había tenido que presentarse ante el juez y «había estado encerrada» por ese motivo^[191].

Más o menos desde 1886 hasta su muerte, parece que hubo un claro cambio en la conducta de Elizabeth. Sus detenciones por embriaguez y por emplear un lenguaje obsceno se multiplicaron. A finales del verano de 1888, Elizabeth había sido detenida nada menos que cuatro veces en tres meses. Aunque puede atribuirse innegablemente en parte al alcoholismo, tal vez existiera otro factor importante. Hacía más de veinte años que Elizabeth había contraído la sífilis, y la enfermedad podía estar entrando en su fase final, terciaria.

La neurosífilis, o sífilis cerebral, como se conocía a finales del siglo XIX, se presenta de muchos modos cuando la enfermedad empieza a atacar al cerebro y al sistema nervioso. El médico francés Alfred Fournier, que llevó a cabo un estudio sobre el avance de la enfermedad, identificó «ataques epilépticos» como la primera manifestación de la fase terciaria. Es interesante señalar que Mary Malcolm menciona en su interrogatorio que Elizabeth había empezado recientemente a sufrirlos. Esos «ataques» la confundían, ya que nunca había sabido que su hermana tuviera epilepsia^[192]. Al parecer, los ataques de Elizabeth eran tan fuertes que hubo ocasiones en las que la policía tenía que dejarla marchar sin cargos. Pero, en realidad, si Elizabeth hubiera sufrido de epilepsia severa, difícilmente habría conservado sus trabajos sirviendo. Además, Michael Kidney y otros lo hubieran mencionado en su investigación. Asimismo, es poco verosímil que fueran ataques fingidos. La policía y los magistrados se habrían dado cuenta del truco para evitar la prisión y no se habrían dejado engañar tan fácilmente.

Además de los ataques, la neurosífilis también puede provocar parálisis y síntomas parecidos a la demencia. La memoria puede fallar y el paciente es proclive a sufrir alucinaciones y delirios. La conducta se vuelve errática, si no irracional, inapropiada o violenta. Si Elizabeth estaba sufriendo las primeras etapas de la neurosífilis, su alcoholismo podría haber disfrazado los síntomas, o al menos haber ofrecido una explicación sencilla de sus crecientes episodios de violencia y lenguaje obsceno. También es posible que los propios síntomas la llevaran a beber más para combatir la desorientación o el dolor.

Fuese o no por la enfermedad, la conducta de Elizabeth mientras vivió en Whitechapel fue sigilosa y falsaria. La estafa a la que había sometido a Mary Malcolm y la historia de que era una superviviente del desastre del Princess Alice le mostraron la candidez de la naturaleza humana. Al estilo de una experimentada artista del timo, parece haber aprendido cómo explotar este punto flaco para lucrarse. En su testimonio, la señora Malcolm menciona que Elizabeth le había dicho que tenía «una concavidad en el pie» causada por «un accidente, cuando una máquina le había pasado por encima» tres años antes. Le había dicho a Mary que pretendía «conseguir algo de dinero» por ello, pero la señora Malcolm no podía decir «si alguna vez había conseguido dinero»^[193]. Sin embargo, después de ver el cuerpo de Elizabeth, se había dado cuenta de que la «cavidad» del pie había desaparecido misteriosamente, algo que Mary no podía explicar. Mary Malcolm también sacó a colación otro peculiar incidente. Cierta día, Elizabeth le había dejado una niña recién nacida desnuda delante de la puerta. «Tuve que quedármela hasta que se la llevó», siguió diciendo Mary. Tenía la impresión de que la niña era hija de Elizabeth, que la había tenido con un policía^[194]. Cuando le preguntaron sobre este episodio a Michael Kidney, se quedó asombrado. «Ella nunca tuvo un hijo mío, y yo nunca oí que tuviera un hijo con un policía», comentó^[195]. No es probable que la niña fuese de Elizabeth, sino que se la habría dejado temporalmente alguna conocida o una mujer que alquilara niños para mendigar^[196]. Un bebé llorando y hambriento en los brazos de su «madre» podía ablandar el corazón y el bolsillo de los que pasaban. Posteriormente, Elizabeth habría devuelto al bebé. Cuando Mary le preguntó por ella, Elizabeth le mintió diciendo que se había llevado a la niña a Bath, a vivir con la familia de su primer marido^[197].

Aparte de Mary Malcolm, Catherine Lane, la esposa de un obrero, fue la única persona que dijo haber conocido a Elizabeth durante un periodo de tiempo largo. Lane declaró que había conocido a Elizabeth cuando Stride acudió por primera vez al 32 de Flower and Dean Street, alrededor de 1881 o 1882. Vio a Elizabeth casi todos los días durante ese tiempo. Como la pensión era lo más parecido que tenía a una casa, Elizabeth se acostumbró a pasar de visita, incluso cuando estaba viviendo con Michael Kidney. Sin embargo, dado el tiempo que hacía que se conocían, resulta sorprendente lo poco que sabían de la vida de Elizabeth tanto Catherine como Elizabeth Tanner, la ayudante de la encargada de la pensión del número 32. Ninguna de las dos conocía su apellido ni su edad. Aunque Michael Kidney creía que tenía treinta y tantos años, ella le había dicho a Ann Mills, otra residente de la pensión,

que tenía «más de cincuenta años»^[198]. Nadie sabía dónde había nacido. Al parecer, Elizabeth había aprendido a hablar inglés tan bien que mucha gente ni siquiera sospechaba que era extranjera. Además de contar sus historias sobre el Princess Alice, Elizabeth les dijo a sus amigos que era de Estocolmo. Solo Sven Olsson, el clérigo de la iglesia sueca a la que acudía con regularidad para recibir donativos, tenía cierta idea de su verdadera historia, por los detalles registrados en los libros de la iglesia. Por desgracia, en el tiempo que pasó en Whitechapel, las amistades de Elizabeth fueron efímeras; incluso a aquellos que creían conocerla los mantenía a una distancia prudencial.

A finales de septiembre de 1888, Elizabeth volvió una vez más al 32 de Flower and Dean Street después de que ella y Michael Kidney tuvieran lo que Catherine Lane describió como «palabras». Por entonces, Elizabeth ya estaba familiarizada con aquel ciclo. Recogió sus cosas y habló con una vecina, una tal «señora Smith», a la que le pidió que le cuidara un libro de himnos sueco mientras estaba fuera^[199]. Las posesiones de valor nunca estaban a salvo en una pensión, y el 32 de Flower and Dean Street no era diferente. Fue allí, el día 26, donde el reformador social Thomas Barnardo dice habérsela encontrado en la cocina comunal, junto con otras mujeres. Como defensor del bienestar infantil, Barnardo había ido a hablar con las mujeres sobre sus experiencias con niños en las pensiones y cómo podían mejorarse sus condiciones de vida. En lugar de ello, las residentes preferían hablar de los asesinatos de Whitechapel, por los que «parecían sumamente asustadas». En cierto momento, una «pobre criatura que evidentemente había estado bebiendo exclamó, con cierta amargura: ¡No servimos para nada y nadie se preocupa de lo que nos pasa! Quizás a la próxima que maten sea a una de nosotras. ¡Si alguien hubiese ayudado a las que eran como nosotras hace unos años, nunca habríamos llegado a esto!»^[200]. Más tarde, Barnardo dijo que creía que la mujer que había dicho tales palabras podía haber sido Elizabeth Stride. Pero lo cierto es que cualquiera podía haber sido Elizabeth Stride, y sin duda Elizabeth se esforzaba por ser todas esas mujeres: todas y ninguna. Era anónima: una mujer con una historia cambiante, alguien que se había dado cuenta de que no le importaba al mundo y había decidido usar tal circunstancia como arma para sobrevivir.

El día 29 de septiembre no fue diferente de cualquier otro para Elizabeth. Los encaladores habían ido a adecentar las paredes del 32 de Flower and Dean Street. Ella y Ann Mills habían limpiado las habitaciones después de que los hombres terminaran. Por llevar a cabo esta tarea, Elizabeth Tanner le

dio seis peniques. Se fue entonces al *pub* Queen's Head en Commercial Street a tomar una copa, donde la encargada la volvió a ver. Tanner menciona de pasada que Elizabeth había salido del *pub* «sin gorro ni capa», un detalle que no pasó por alto a los lectores de los periódicos^[201]. En los barrios bajos, las mujeres que deseaban mostrar que estaban disponibles sexualmente solían ir «a cuerpo gentil», sin prendas que ocultasen su apariencia. Sin embargo, también era sabido que las mujeres que vendían sexo se vestían «vistosamente», e incluso las más pobres llevaban sombreros con adornos y plumas. Si Elizabeth había ido al Queen's Head a prostituirse, no había tenido mucha suerte. Ella y Tanner volvieron juntas a la pensión hacia las seis y media. Supuestamente fue en ese momento cuando ella pagó la cama a la encargada.

Las informaciones de los periódicos sobre los últimos movimientos de Polly Nichols y Annie Chapman están llenas de contradicciones e inconsistencias. En el caso de Elizabeth Stride, sucede lo mismo. Aunque algunas publicaciones, como el *Western Daily Press*, afirman que pagó a Elizabeth Tanner por adelantado su estancia de aquella noche, otros, como el *Daily Telegraph*, aseguran lo contrario. Si Stride había pagado su cama, entonces su intención, cuando abandonó el número 32 más tarde, aquella misma noche, era volver, sin duda. Sabiendo que iba a estar fuera varias horas, le pidió a Catherine Lane que le cuidara un corte de terciopelo verde que había comprado, quizá con la intención de empeñarlo. Finalmente, antes de salir por la puerta, trató de adecentar su apariencia y pidió un cepillo para quitarse el barro de su único traje.

Adónde fue exactamente y con quién es uno de los misterios más intrigantes que rodean las muertes de las cinco víctimas canónicas. Como Elizabeth parece haber evitado contarle a nadie ningún detalle acerca de su vida presente o pasada, es imposible concluir cuáles eran sus planes aquella noche. Durante la investigación, nadie supo decir si tenía relaciones con un hombre u hombres que no fueran Michael Kidney. Nadie pudo comentar sus rutinas, qué lugares frecuentaba y quiénes podían haber sido sus acompañantes habituales, si es que los tenía. Su muerte dejó muchas preguntas respecto a una mujer que nadie parecía conocer de verdad. Es más que posible que esa fuera la intención de Elisabeth.

Solo se conoce un puñado de hechos demostrables sobre lo que hizo aquella noche. Del informe de la autopsia, se deduce que había comido patatas, pan y queso. Es casi seguro que también se habría tomado unas cuantas copas. En algún momento de la velada, había adquirido una flor o un

ramillete para prenderse en el traje; una sola rosa con unos helechos que ella o algún otro prendió a su corpiño. También llevaba unas grageas, o caramelos, para refrescarse el aliento. O se los compraron, o ella tenía dinero suficiente para comprarlos. Seguramente habría salido a socializar o a reunirse con alguien; probablemente, una cita ya organizada... o quizá no. Pudo haber salido con intención de prostituirse, o con la esperanza de encontrar un compañero. O ambas cosas. En ese momento llevaba lo que el *North London News* describió como «un vestido mohoso negro de un tipo de satén barato con corpiño de terciopelo sobre el que llevaba una chaqueta de lana negra con dibujos en diagonal y remates de piel», añadiendo que su gorro de crepé negro le quedaba grande y que Elizabeth había rellenado la parte de atrás con «un ejemplar doblado de un periódico [...] a fin de que la prenda se le ajustase mejor a la cabeza». Es interesante que también comentaran que el modo de vestir de Elizabeth «carecía totalmente del tipo de adornos habituales en mujeres de su condición»^[202].

En los días posteriores a su asesinato, apareció mucha gente que decía haberla visto aquella noche, pero, debido a la poca luz y a la demostrada inexactitud de los testimonios, ninguna de esas afirmaciones se ha podido verificar nunca^[203]. Además, con ocasión de lo que se llamó «el doble hecho» (los asesinatos de Elizabeth Stride y Catherine Eddowes en la misma noche), los residentes de Whitechapel estaban desesperados por prestar la ayuda que pudieran para detener al asesino. Posteriormente, la silueta de cualquier mujer vista en el umbral de una puerta o en la calle aquella noche con un hombre adoptó la forma de Elizabeth Stride, una persona cuyo rostro nunca habían visto claramente y a la que no conocían. De todos los testigos que dijeron haberla visto, solo uno tiene credibilidad.

Alrededor de las 00.45, un hombre húngaro llamado Israel Schwartz caminaba por Commercial Road y giró hacia Berner Street. Al hacerlo, vio a un hombre y a una mujer que discutían. Ella estaba mirando hacia la calle, con la espalda hacia la verja que conducía a una zona llamada Dutfield's Yard. A medida que Schwartz avanzaba por la calle, la disputa subía de tono. El hombre agarró a la mujer, la hizo girar y la arrojó a la calzada. Ella gritó tres veces, aunque no especialmente alto. Schwartz, que no deseaba intervenir en lo que le parecía una disputa doméstica, cruzó la calle. Justo en ese momento, un hombre que estaba de pie en la oscuridad junto a un *pub* encendió una pipa y avanzó en dirección a Schwartz. No muy seguro de si el tipo lo estaba persiguiendo, a Schwartz le entró el pánico y echó a correr. Mientras huía, creyó oír que la mujer gritaba la palabra «Lipski», una

referencia a Moses Lipski, un conocido asesino y un insulto que solía lanzárseles a los judíos.

Quince minutos más tarde, Louis Diemschutz, un vendedor de bisutería, iba de camino a casa cuando descubrió el cuerpo de Elizabeth en Dutfield's Yard. Cuando la encontró, estaba de costado, mirando hacia una pared, en posición fetal. Sostenía entre los dedos el envoltorio de un caramelo. Diemschutz pensó que parecía dormida.

Tras la investigación forense del juez de instrucción, tanto la policía como la prensa creyeron que la mujer que había visto Scwhartz era Elizabeth, debido al corto espacio de tiempo transcurrido. Sin embargo, nunca se pudo confirmar que el atacante que Schwartz vio fuera el mismo hombre que la había asesinado con un solo corte en la garganta. Nunca se sabrá si Elizabeth Stride fue víctima de Jack el Destripador o de la violencia de otro hombre. Es algo tan misterioso como su propia vida^[204].

Elizabeth fue una gran variedad de cosas para mucha gente; había sido oscura y luminosa, una amenaza y un consuelo. Había sido hija, esposa, hermana, amante, estafadora, limpiadora, dueña de un café, sirvienta, inmigrante, así como una mujer que en diversas ocasiones había comerciado con sexo. Pero la policía y los periódicos no vieron en ella más que a otra víctima: una «desgraciada» que vivía en una pensión en Whitechapel, una mujer borracha, degenerada, destruida, lejos ya de los rubores de la juventud. Describieron su muerte como triste e innecesaria, pero no como una gran pérdida. Tales impresiones, cuando se ponen por escrito, permanecen para siempre, convertidas en verdades incuestionables. No hubo voces discrepantes que desmintieran tal descripción y no se hizo intento alguno por acercarse más a la verdad. Nadie se preocupó por encontrar a su familia sueca y contarles la historia. Ningún periodista buscó a su familia política ni sintió curiosidad por su pasado, por el caballero de Hyde Park, la señora Bond de Gower Street o los clientes de Poplar que se habían sentado en los bancos de su café. Finalmente, la oportunidad de conocer de verdad a Elizabeth Stride se perdió entre las sombras junto con su asesino.

Sven Olsson leyó acerca del asesinato de dos mujeres en las primeras horas del 30 de septiembre mucho antes de que sospechara que conocía a una de ellas. Como empleado de la iglesia sueca y encargado de la sala de lectura, había visto a Elizabeth Stride en varias ocasiones. Era como muchas otras de sus empobrecidas feligresas: estaba lejos de casa, aislada y en mala situación.

Johannes Palmér, el sacerdote de la iglesia, veía su destino como algo deprimente, en esa degradada parte de Londres. A veces, le resultaba indignante. Estaba harto de que los ladrones invadieran la iglesia y de luchar con lo que llamaba mendigos «parásitos», entre los que debía encontrarse Elizabeth Stride.

A Olsson los pobres no le parecían tan irritantes como a su sacerdote. Así pues, cuando la policía habló con él para que identificara a alguien que creían que formaba parte de la comunidad sueca del East End, no dudó en prestarles su ayuda.

Entre las posesiones de la víctima, habían encontrado un libro de himnos que le había dado él mismo. Después de las calamidades por las que había pasado, seguramente no sintió devoción por ese regalo. De todos modos, lo conservó. No lo empeñó, como hacía con todo lo demás. Tenía para ella algún significado, quizás algún vago recuerdo de una granja en Torslanda.

Sven Olsson debió de comprender que Elizabeth no tenía parientes en Inglaterra. No había madre o hermano que la reclamara, que lamentara su muerte, que hablase a su favor en la investigación o incluso que proporcionara su auténtico nombre: Elizabeth Gustafsdotter. Le tocó a él, un extraño, hacer todo aquello.

Después de declarar y de que su acento fuera examinado de cerca por el juez de instrucción y el jurado, Olsson sintió que tenía un último deber para con Elizabeth.

No había nadie que pagase un coche fúnebre de caballos que transportara su féretro por el East End. Los periódicos describieron el funeral como «sobrio». La enterraron, sin fanfarrias, en una tumba para pobres. Fue el 6 de octubre, en el cementerio de East London en Plaistow. Sven Olsson asistió a su despedida y rezó en sueco por su alma.

PARTE IV

Kate

14 de abril de 1842 - 30 de septiembre de 1888

Siete hermanas

Una agradable mañana de junio de 1843, George y Catherine Eddowes, cargados con cestas, bultos y niños quejumbrosos, subieron a bordo de una barcaza en Wolverhampton. Un viaje por tren a Londres habría sido mucho más rápido, pero semejante lujo estaba muy por encima de las posibilidades de aquella familia de ocho personas. Hacer el viaje andando, atravesando caminos rurales desde el amanecer hasta el anochecer durante una semana, habría sido casi imposible para los seis niños de menos de diez años. Viajar en barcaza, junto con las pocas posesiones de los Eddowes, era la única opción sensata.

Durante dos días, más o menos, la familia se apretujó en el barco ancho y plano que habrían compartido con otros pasajeros, así como con el barquero y una serie de extraños cargamentos: cajas, baúles, muebles y barriles. Si llovía, no había más que un pequeño espacio cerrado en la cabina (parcialmente ocupado por una estufa de carbón) que ofreciera refugio. Pero las vistas a lo largo del Gran Union Canal habría mantenido entretenidos a los niños mientras avanzaban por el paisaje industrial que había desde Birmingham a la capital. Dejando atrás los tan familiares montones de escoria y las fraguas, los Eddowes viajaban a través del extraño paisaje nuevo del sur de Inglaterra, atravesando aldeas, sorteando granjas, pasando junto a campos verdes y amarillos que brillaban con flores silvestres, entreviendo antiguas iglesias y posesiones rurales a medida que avanzaban. El intrincado sistema de esclusas que hacía que el barco subiera y bajara con los niveles del agua, así como los robustos caballos que tiraban de él, habría fascinado a Alfred, de nueve años, y a sus hermanas: Harriet (ocho), Emma (siete), Eliza (seis) y Elizabeth (cuatro). Sin embargo, la más pequeña, Catherine, nacida el 14 de abril del año anterior, no era lo bastante mayor como para recordar nada del viaje, ni siquiera las circunstancias que obligaron a la familia a abandonar Wolverhampton.

Kate, o «Chick», como la llamaba la familia, tenía apenas nueve meses cuando la vida de su padre empezó a cambiar. Durante dos generaciones, la familia Eddowes entregó a sus hijos al negocio de la hojalatería, una de las principales industrias de Wolverhampton. Como se describe en el *Libro de oficios* de 1820, un hojalatero no solo debía hacer «hervidores, sartenes, latas

de todas clases y tamaños, lecheras, faroles, etcétera» a partir de hojas de lata, sino que también debía tener la habilidad de cubrir el metal con una capa protectora resistente al óxido del material fundido. Como esta profesión era especializada, se suponía que los hojalateros empezaban a trabajar a los catorce años y completaban un aprendizaje de siete años, aunque a principios del siglo XIX, con la introducción de la maquinaria, esas prácticas tradicionales estaban en declive. George Eddowes, que estaba entre los últimos que habían recibido este tipo de entrenamiento intensivo, empezó el suyo en 1822, en el Old Hall Works. Allí, George y sus hermanos menores, William y John, trabajaban todo el día bajo el mismo techo que su padre, Thomas, que en años posteriores sería considerado como el trabajador más antiguo de la fábrica. Bajo el ojo atento de su maestro, George habría aprendido a empuñar «una gran cizalla para cortar la hoja de lata de forma y tamaño adecuados» y a «aplicar el fuego para soldar las juntas de su trabajo». Durante seis días a la semana, de seis de la mañana a seis de la tarde en verano, y de ocho a ocho en los meses de invierno, trabajaba con sus compañeros aprendices en el banco de trabajo, aprendiendo la diferencia entre los martillos para aplanar, ahondar y arrugar, y cuándo usar «los yunques grandes y pequeños, los picos de hierro, cinceles, calibres, tenazas, alicates, escuadras y reglas». Solo al final de su riguroso periodo de aprendizaje, que concluía cuando el aprendiz presentaba un objeto de hojalata de creación propia a sus examinadores, se le concedería el derecho a practicar su oficio. Al final de aquel periodo de siete años habría adquirido no solo una serie de habilidades esenciales, sino un fuerte sentido de identidad dentro de una comunidad de compañeros artesanos.

Desde 1767, el Old Hall Works, un ruinoso edificio isabelino rodeado de prados en las afueras de Wolverhampton, era el centro neurálgico de la vida de los hojalateros. Las calles que partían de él (Dudley Street, Bilston Street y, más al oeste, en el entorno más rural, Merridale Road) se convirtieron en el barrio tradicional del hojalatero y del *japanner*: los que decoraban y lacaban las piezas de hojalata con elaborados dibujos pintados. Los hombres que habían sido aprendices juntos y trabajaban juntos en las fábricas también vivían codo con codo en los envejecidos *cottages* y las vetustas casas adosadas que bordeaban las calles. Las familias se entremezclaban y sus miembros se casaban entre sí. Los rumores y los chismes se extendían rápidamente, sobre todo en los *pubs* locales que frecuentaban los hojalateros: Merridale, el Cisne y la Vaca Roja.

Fue en la Vaca Roja donde se reunía regularmente, desde 1834, la Sociedad de Amigos de la Unidad Operativa de Trabajadores de la Hojalata de Wolverhampton, la Tin Man Society. La inquietud causada por la introducción de maquinaria había provocado un desasosiego laboral en la década de 1820; temiendo que los futuros conflictos con los dueños de las fábricas fueran inevitables, la organización empezó a trazar una estrategia para proteger los intereses de los trabajadores. Se esperaba que todos los miembros contribuyeran con no menos de cinco peniques y no más de seis chelines a la semana como fondo de resistencia. Además, compilaron un «libro de tarifas», para unificar los precios de su trabajo, y en 1842 exigieron que las seis hojalaterías de Wolverhampton lo firmaran. La mayoría de los empleados lo hicieron, incluido William Ryton, el dueño del Old Hall Works, que a menudo era celebrado entre sus iguales como «un conocido amigo de las clases trabajadoras»^[205]. Por desgracia, no todos los dueños de hojalaterías de la ciudad tenían la misma reputación o pensaban que un pago estandarizado se ajustaba a sus intereses. Sobre todo Edward Perry, el hombre que hacía poco había contratado a George Eddowes y a su hermano William. La respuesta de la Sociedad de Hojalateros fue llamar a la huelga y, en enero de 1843, Perry tenía «no menos de treinta y cinco hombres [...] fuera de su fábrica»^[206].

Edward Perry no era amigo de los trabajadores y no toleraría la acción sindical bajo ninguna circunstancia. A lo largo de su carrera como dueño de una fábrica, usaba mano de obra extranjera, amenazas de muerte, espías y detenciones para romper las huelgas. Perry se enorgullecía de poseer «un buen conocimiento de los derechos del [...] trabajo, y sobre todo de las leyes relativas a la conspiración». Más importante aún, «se sentía seguro de que la ignorancia y el entusiasmo de [...] los trabajadores le daría ventaja»^[207]. En esta ocasión, estaba decidido a perseguir, personalmente y con contundencia, a cada empleado que no cumpliera el contrato. Cuando Perry se enteró de que desde Londres estaban convenciendo a sus hombres para que se fueran para allá bajo la protección del sindicato, salió tras ellos. Con la ayuda de informadores y detectives, localizó a sus empleados en fuga en los *pubs* de trabajadores metalúrgicos de Clerkenwell y se los trajo de vuelta bajo orden judicial. Una vez detenidos por contravenir los términos de sus contratos, hizo que los juzgaran y los condenaran a dos meses de trabajos forzados en la prisión de Stafford.

Tal como esperaba, la decisión de Perry de no hacer concesiones dividió a la comunidad de hojalateros y *japanners*. Muchedumbres furiosas y

vociferantes comenzaron a reunirse ante el edificio del tribunal cada vez que Perry decidía juzgar a sus empleados. Pronto, las disputas degeneraron en violencia.

Los hermanos Eddowes, que eran miembros comprometidos de la Sociedad de Hojalateros, estaban entre los treinta y cinco hombres que se habían marchado ilegalmente de la fábrica de Edward Perry. Los hermanos y otros miembros de la sociedad trataron de presionar a sus colegas para que se unieran a la protesta, prometiéndoles que la organización les pagaría «quince chelines a la semana mientras la calamidad [la huelga] durase». El 9 de enero, Richard Fenton, «uno de los hombres de Perry», que se había negado a hacer huelga, estaba disfrutando de su cerveza en la taberna de Merridale cuando, al parecer, William Eddowes y otros dos hojalateros entraron por la puerta y empezaron a acosarlo. Más tarde, en el juicio, algunos testigos dijeron que creían que él «y su grupo habían entrado buscando pelea».

«¡Tienes a un hermano en huelga, sinvergüenza!», se dice que gritó Eddowes. Entonces «levantó el puño y golpeó a Fenton, y le dio patadas». En un momento, un grupo de al menos nueve hojalateros, incluida la mujer de William Eddowes, Elizabeth, se lanzó contra Fenton, pegándole y dándole patadas, y gritando: «“Lo vamos a matar, ¡matad al cabrón!”», mientras Fenton trataba de huir escaleras arriba»^[208].

Según el magistrado que presidió el tribunal, Fenton tuvo suerte de escapar con vida. Al pensar en la gravedad de sus actos, es probable que William temiera que lo encarcelaran y se escondió. Dejó que fuera su mujer la que compareciera en el juicio.

Por desgracia, este incidente no fue más que el primero de los infortunios de la familia. El 15 de febrero, Edward Perry ordenó que se imprimiera un aviso en el *Wolverhampton Chronicle*. Perry declaraba que él y otros dos dueños de fábricas sabían que había «reuniones secretas diarias» celebradas para «inducir a nuestros hombres a dejar su empleo» y ofrecía treinta libras...

... A cualquier persona que pueda dar información que conduzca a la detención de los conspiradores, con pagos de dinero o de otra forma, para evitar que llevemos a cabo nuestros respectivos oficios, hacer retirarse a nuestros hombres u obligarnos a alterar los métodos de gobernar nuestros negocios, o someternos a sus condiciones.

El 24 de marzo, el anuncio del periódico produjo resultados. Fuera quien fuese el informante, señaló con el dedo a George Eddowes.

En el juicio que siguió, Perry subió al estrado y dirigió su artillería contra su antiguo empleado. Dijo que «el acusado ha sido un agitador» y «era un instigador». Perry quería que Eddowes se fuera y siguió diciendo que «había

presionado a los demás; si no hubiera sido por él, no habría tenido lugar ninguna huelga»^[209]. El juez sentía simpatía por el atribulado dueño de la fábrica e inmediatamente sentenció a George a dos meses de trabajos forzados. Según el *Wolverhampton Chronicle*, Eddowes no mostró arrepentimiento alguno por sus delitos, ni preocupación por tener que dejar atrás a su esposa y a seis hijos pequeños. En lugar de ello, «se retiró [...] con una especie de aire desafiante y una disposición a sufrir [...] el castigo»^[210].

Puede que el padre de Catherine Eddowes disimulara su preocupación ante la perspectiva de ir a prisión. En todo caso, como comprometido sindicalista, George Eddowes habría conocido los riesgos que corría cuando se convirtió en agitador y habría esperado que el sindicato los compensase a él y a su familia por su sacrificio. Por otro lado, sabía que encontrar trabajo en Wolverhampton a partir de entonces iba a resultar imposible.

La familia Eddowes entró en Londres a través de las aguas sucias y grisáceas del Támesis, dejando atrás un arco de grúas colgantes que enmarcaba los muelles de Bermondsey. La casita en la que se establecieron en el 4 de Baden Place estaba a una distancia segura de la contaminada orilla del río que los había recibido. George Eddowes pagó un dinero extra para estar más cerca de los espacios verdes de la zona y los jardines de los mercados que surgían entre las fábricas y los almacenes. Aunque las casas disponibles no eran de lo mejor (mal alcantarillado, falta de ventilación, carencia de agua corriente), la familia no se vería sometida directamente al hedor de los productos químicos que emitían curtidurías, tintoreros y fábricas de cerveza locales. Uno de los pocos privilegios de los que la familia podría disfrutar sería una bocanada de aire relativamente fresco.

Si George hubiera sido un hombre soltero o incluso con menos hijos, su traslado de Wolverhampton podría haber supuesto una oportunidad para la familia. Es probable que el sindicato fuese responsable de su nuevo trabajo en Perkins and Sharpus, un gran fabricante de objetos de hojalata y cobre en el lado opuesto al puente de Londres. Como «mecánico especializado», George recibiría un sueldo mejor que un obrero general, uno de los muchos porteros, «cocheros» (recaderos) o trabajadores de los muelles que poblaban los vecindarios de Bermondsey. Según *El Libro inglés de los oficios*, en la década de 1820, un hojalatero, «si era sobrio e industrial», podía «ganar fácilmente de treinta y cinco chelines a dos guineas a la semana». Sin embargo, es probable que, hacia mediados de siglo, George esperara recibir un sueldo de

unas tres libras y nueve peniques de su nuevo jefe^[211]. Este ingreso habría ofrecido a una familia con dos o tres hijos cierta seguridad de que se podría pagar el alquiler, encender las chimeneas y permitirse un buen corte de carne en su mesa. Como describe C. S. Peel, en Londres un hombre podía «alquilar una pulcra casita de seis habitaciones», una de las cuales seguramente alquilaría a un tercero y recibiría veinte libras al año. Seguramente, los niños irían «a una escuela financiada o a una escuela British Day. Habría excursiones ocasionales a Gravesend o Margate: buenas botas, ropa de domingo». Gracias a un sueldo seguro, los dos o tres hijos de George podrían haber ascendido en la escala social. Si hubiesen recibido una cierta educación, podrían convertirse en dependientes o tenderos; sus hijas, en maestras de escuela o esposas de dependientes o tenderos. Pero la carga de seis hijos hizo incompatible ese ansiado ascenso social. Es improbable que un panorama semejante pasase siquiera por las mentes de George y Catherine Eddowes, que procedían de grandes familias cuyas necesidades excedían por mucho el montante de los sueldos de sus padres^[212].

Tal como descubrió el reformador social Seebohm Rowntree, el ciclo vital de las clases trabajadoras estaba marcado por fases de «necesidad y plenitud». Los ingresos del hogar subían y bajaban según el número de personas adultas que ganaran dinero y vivieran bajo el mismo techo. Mientras un joven viviera con sus padres y tuviera un empleo, podía disfrutar de una «prosperidad relativa», una situación que «continuaría después del matrimonio hasta que tuviera dos o tres niños, momento en el cual la pobreza volvería a afligirlo». La mayor parte de los trabajadores estaban resignados a pasar «un periodo de pobreza que duraría quizás al menos diez años, esto es, hasta que el primer hijo cumpliera catorce años y pudiera ganar un sueldo». Pero Rowntree también señalaba que, «si hay más de tres hijos, el periodo puede durar más». Para una mujer de clase trabajadora, el patrón era el mismo, aunque ella solía contribuir menos, antes de que sus posibilidades de ganar dinero se vieses limitadas por los embarazos y las obligaciones domésticas.

La experiencia de la madre de Kate Eddowes, Catherine Evans, era un buen ejemplo. Como segunda de los siete hijos de un humilde cerrajero de Wolverhampton, no tuvo muchas oportunidades de ir a la escuela antes de que la enviaran a trabajar. Cuando entró en la adolescencia, ya había adquirido experiencia como criada de cocina y acabó convirtiéndose en cocinera en el Peacock Inn, uno de los primeros albergues de Wolverhampton. Sin embargo, fue allí, en 1832, con apenas dieciocho años, donde su corta carrera se interrumpió. En el siglo XIX, el matrimonio traía consigo el principio de la

auténtica vocación de la mujer: la de la maternidad; en este sentido, Catherine resultó ser sumamente experta. En los cinco primeros años de su matrimonio tuvo cuatro hijos, el mayor de los cuales, Alfred, era mentalmente discapacitado y sufría ataques epilépticos. Aunque muchas mujeres de clase obrera seguían trabajando después de convertirse en madres, ya fuese lavando o zurciendo ropa para otros, ya fuese en fábricas o lavanderías, es posible que la situación de Alfred y la rápida sucesión de nacimientos posteriores le impidieran contribuir a los ingresos familiares. Sea como sea, si ella o George hubieran tenido acceso a información fiable sobre métodos anticonceptivos, sus vidas y las vidas de sus hijos podrían haber sido diferentes.

A menudo se piensa erróneamente que, en el siglo XIX, se era demasiado puritano para pensar en las vidas reproductivas de las parejas casadas y mucho menos en escribir acerca de ello. Nada más lejos de la realidad. En la primera parte del siglo, Francis Place, Robert Dale Owen y George Drysdale habían publicado obras sobre métodos gracias a los cuales hombres y mujeres podían «restringir el tamaño de la familia». Las sugerencias variaban, desde el *coitus interruptus* a las «cartas francesas» (reutilizables) hechas con intestino de oveja, las duchas espermicidas y los «paños anticonceptivos» colocados en el interior de la vagina. Sin embargo, aunque esta información se transmitía discretamente a las clases medias ilustradas que podían permitirse la compra de libros, la propagación de tales materiales entre las clases obreras no tenía tanto éxito. Ni George ni Catherine Eddowes sabían leer, ni es probable que se hubieran enterado nunca de la existencia de dichos libros o dónde conseguirlos. La adquisición de «cartas francesas» habría sido igualmente complicada, si no totalmente fuera del alcance de los medios de una familia que apenas llegaba a fin de mes. En cualquier caso, se consideraba que la concepción y su prevención eran responsabilidades de la mujer. Como su madre y su abuela, y la mayor parte de las mujeres de su comunidad, Catherine estaría condicionada para aceptar los embarazos constantes como parte del hecho de ser una esposa. La anticoncepción, cuando se usaba, solía deberse al agotamiento o la enfermedad del marido. En tiempos especialmente desesperados, se podían preparar tisanas de hierbas y duchas de propiedades espermicidas o abortivas, si una mujer tenía tiempo, dinero o el coraje para adquirir los ingredientes. En muchos casos, no se daban ninguna de esas circunstancias.

El resultado de todos esos factores (falta de información, pobreza y la sensación de estar obligada a llevar a cabo el papel de esposa obediente) dio lugar a lo que la luchadora por los derechos de las madres del siglo XIX

Margaret Llewelyn Davies llamó «una vida de excesivos embarazos». El precio que había que pagar tanto en el bienestar físico como en el emocional y material de mujeres como Catherine era enorme. En familias grandes como la de los Eddowes, en la que la suma de una boca más se convertía en un hecho prácticamente anual, los recursos eran cada vez más escasos. En términos reales, significaba menos comida en la mesa: sopa más clara, un bocado de despojos, una rebanada de pan en leche aguada. En tales casos, era la madre la que se esperaba que se privase. Independientemente de que estuviera embarazada o estuviera lactando «en un momento en que debía estar bien alimentada», se «privaba a sí misma, para ahorrar; pues en un hogar obrero, si hay que ahorrar, no son ni el marido ni los niños, sino la madre la que come los restos o chupa los huesos sin carne»^[213]. Los expertos solían señalar que el estado de desnutrición conllevaba una alta tasa de abortos, niños muertos al nacer y otros que no conseguían pasar de su primer año de vida.

De todos modos, las mujeres que se encontraban en la situación de Catherine, obligadas a enfrentarse a las exigencias de un recién nacido y de niños pequeños mientras al mismo tiempo mantenían la casa para su marido con una paga cada vez más exigua, no podían permitirse el lujo de que sus embarazos, o incluso sus partos, las apartasen de sus deberes. Incluso con la ayuda ocasional de mujeres de la familia o de vecinas, se esperaba que una mujer estuviera en pie, enfrascada en «las tareas incesantes de la labor doméstica» hasta el momento mismo del parto. Si no poseía los medios para pagar a alguien que la ayudara durante el periodo de recuperación, no tenía más posibilidades que «volver a la cocina, a fregar y limpiar, al balde de lavar la ropa [...] alzando y transportando pesadas cargas» al cabo de pocos días del parto. Tales esfuerzos tenían serias repercusiones en la salud, como hemorragias, venas varicosas e invalidantes dolores de espalda.

Ninguno de esos factores puso límite al crecimiento numérico de la familia Eddowes, que siguió aumentando con regularidad tras su llegada a Londres. El año siguiente nació el séptimo hijo, Thomas; luego llegaron George (1846) y John (1849). Dos niñas más, Sarah Ann y Mary, nacieron en 1850 y 1852. Con la llegada de William en 1854, Catherine había dado a luz doce veces, aunque solo diez de sus hijos sobrevivieron más allá de la adolescencia^[214]. Podía parecer que, cada vez que un hijo mayor volaba del nido para ir a ganarse el sustento, un nuevo hermanito llorón lo sustituía. Para acomodar los cambios de tamaño de la familia y ajustar el presupuesto familiar, los Eddowes se cambiaron de casa al menos cuatro veces entre 1843 y 1857, aunque generalmente se desplazaban poco más de una calle más allá

de donde se habían establecido originalmente en Baden Place^[215]. En sí mismo, es un buen indicador de cómo la familia era percibida en la comunidad. Es probable que, por muy difíciles que llegaran a ser sus circunstancias económicas, los Eddowes tuvieran que pagar la renta y las deudas que tuvieran con los tenderos locales. Contrariamente a lo que les sucedía a muchas familias menos afortunadas, como los obreros no especializados con trabajo irregular, George, Catherine y sus hijos nunca necesitaron «largarse» por la noche y desaparecer en otro barrio insalubre, dejando tras de sí cuentas sin pagar. Una cuestión de gran orgullo para la familia, que, por encima de todo, quería conservar el respeto de sus vecinos. Catherine, como otras esposas de su nivel social, habría intentado siempre que le fuera posible ahorrar algo de dinero para comprar cortinas de encaje, un aparador para la vajilla o una alfombra que se extendería los domingos. Idealmente, todos los niños de un obrero especializado habrían poseído un par de zapatos. Y no es probable que a las «siete hermanas» del clan Eddowes (como se las llegó a conocer) se les permitiera mezclarse con aquellos niños y niñas que corrían descalzos por las calles.

Hasta donde era posible, dadas las dificultades prácticas de manejar a un ejército de niños, parece que, por lo menos, George, si no Catherine, deseaba que su prole se beneficiase de algún tipo de educación. Aunque no estaban obligados legalmente a llevar a sus hijos a la escuela, Elizabeth, de doce años, Kate, de diez, Thomas, de ocho, y George, de seis, aparecen en el censo de 1851 como escolares^[216]. Sin embargo, en muchos casos, los padres decían que sus hijos estaban recibiendo una educación para mantener las apariencias. Es cuestionable hasta qué punto se instruyeron las cuatro hermanas mayores de Kate, ya que ninguna sabía leer ni escribir, como demuestran las cruces que hicieron en el lugar de las firmas en sus certificados de matrimonio (Emma fue la excepción).

El analfabetismo y una pobre educación general no eran raros entre las hijas de la clase trabajadora en un momento en que el 48,9 % de las mujeres inglesas ni siquiera sabían firmar con su nombre^[217]. La asistencia regular a la escuela no se consideraba esencial si una niña le era más útil a su madre en casa, o ayudando a la familia a ganar dinero. Como señaló el reformador educativo James Bryce en la década de 1860: «Pueden ayudar con el trabajo de casa y a cuidar al bebé... Por tanto, suele ocurrir que a las niñas no se las envíe a la escuela hasta mucho después de la edad en que debería empezar la instrucción sistemática, y [...] a menudo se las mantiene apartadas con cualquier motivo». Ese «cualquier motivo» no era más que una serie de

excusas, pero normalmente correspondía al nacimiento de un hermanito o a una enfermedad familiar, que podía tener como resultado que se sacase a la niña de la escuela durante varios meses, si no para siempre. En familias numerosas, en las que se esperaba que los hijos mayores ayudasen en el cuidado de sus hermanos y hermanas más pequeños, el orden de nacimiento determinaba cuánta instrucción recibiría una niña. Como la atención de Catherine se centraba en sus bebés, serían Harriet, Emma y Eliza las que se turnaran para ocuparse de Alfred, así como de los niños más pequeños, además de cocinar, hacer la compra, la colada y la limpieza. Estas obligaciones cambiarían cada vez que una hija entrara a trabajar; entonces la siguiente en edad tendría que ayudar en casa. Mientras que el salario que ganaban por cuidar niños había sido un obstáculo para la educación de las cuatro hermanas mayores, para Kate había supuesto justo lo contrario.

No se sabe quién avisó a George Eddowes de la disponibilidad de plazas en las escuelas Bridge, Candlewick y Dowgate, que estaban a poco más de unos minutos andando de la verja de Perkins and Sharpus. El establecimiento de caridad, que se había fundado para proporcionar educación a los niños pobres de los asilos, había ampliado recientemente su política de admisiones y aceptaba hijos e hijas de trabajadores de la zona. Al enterarse, Eddowes trató de inscribir a Kate en la escuela de Dowgate.

En la década de 1840, la escuela de Dowgate impartía clases a «no menos de setenta niños y cincuenta niñas», para lo cual, a veces, existía una lista de espera. Aunque la educación que se ofrecía se ceñía al sistema nacional basado en la religión, sus enseñanzas estaban mucho más centradas y eran más rigurosas. Niños y niñas estudiaban separados, aunque a ambos se les enseñaba a leer, a escribir y aritmética, así como estudios de la Biblia y música. Además, a las niñas se les enseñaba costura. Conseguir una plaza en una escuela así habría sido un honor para cualquier familia de clase trabajadora. Aunque Dowgate no era un internado, sus alumnos estaban sometidos a un día entero de aprendizaje estructurado, siete días a la semana, de ocho de la mañana a doce del mediodía, y de dos de la tarde a cuatro, en primavera y verano; desde las nueve de la mañana, durante el otoño y en invierno. Los domingos tenían que asistir a no menos de dos servicios religiosos, normalmente en la catedral de San Pablo, a cuya sombra se había construido la escuela. La limpieza y la respetabilidad eran absolutamente obligatorias. Cada niño tenía que llevar un uniforme, lavado y proporcionado por la escuela y hecho por las alumnas. Tanto los niños como las niñas eran responsables de remendar sus ropas y no se admitía a ningún niño en la clase

por las mañanas si no llevaban la cara y las manos limpias. Para asegurarse de ello, se había instalado una pila, y se presupuestaba una suma cada año para la compra de jabón. Entre los deberes del maestro y la maestra también estaba «asegurarse de que el pelo de los niños se corte cada seis semanas»^[218].

La intención de la escuela de Dowgate y de otras parecidas era crear una persona de clase trabajadora mejor: alguien que se valorase a sí mismo y los principios del cristianismo, y que avanzara en la fuerza de trabajo dignificada, limpia, considerada y obediente. Cuando un estudiante se acercaba a los catorce años y terminaba su escolarización, Dowgate se esforzaba por colocarlo en una industria respetable. A los niños se les ofrecían puestos con arquitectos e ingenieros, o como empleados en bancos y negocios, mientras que a las niñas se las preparaba para trabajos en el servicio doméstico. Los buenos alumnos que perseveraban en sus nuevos oficios y eran recomendados por sus jefes podían optar a premios de la escuela, que podían llegar a las cinco libras. Los libros de actas de Dowgate están llenos de historias así.

Finalmente, uno de los objetivos de Dowgate parece haber sido apartar a los niños, en la medida de lo posible, de las circunstancias degradantes de su vida diaria. No eran un par de manos más, sino escolares. La intensidad del programa educativo implicaba que los niños rara vez veían a sus familias más que a la hora cenar y de irse a la cama; de ese modo, evitarían los vicios inherentes a sus casas. Cualquier padre que pusiera a sus hijos en la situación de recibir semejante oportunidad habría reconocido que la escuela de Dowgate ofrecía una ligera ayuda para salir del ciclo de la pobreza.

No se sabe por qué George y Catherine escogieron a Kate de entre todos sus hijos para beneficiarse de una educación en la escuela. Sin duda, el orden de nacimiento debió de desempeñar un papel importante, pero es probable que Kate mostrara además una brillantez especial o una aptitud para el aprendizaje que la hacía destacar entre sus hermanos y hermanas. En años posteriores, Emma recordaba la personalidad infantil de su hermana como «vivaz [...], de corazón cálido y divertida»^[219], mientras que otros conocidos comentaban que Kate «poseía un grado inhabitual de inteligencia»^[220]. Como la escuela admitía a niños desde los seis años, es probable que iniciara su educación allí en 1848, quizá junto con Emma. Todas las mañanas y todas las noches, Kate cruzaba el puente de Londres, igual que su padre. Vestida con el uniforme azul y blanco que ella misma había cosido, se abría paso por el mercado de cueros y el hospital de Guy's, entre fábricas y curtidurías, parpadeando al sol en verano y envuelta en una capa de lana en invierno.

Es imposible saber exactamente cuáles fueron las experiencias de Kate en la escuela de Dowgate; su nombre no aparece en ninguna de las actas que registraban a los alumnos excepcionales o de mal comportamiento. Podemos suponer que era una estudiante media y obediente. Como establecimiento de caridad, Dowgate atraía el interés de numerosos benefactores que deseaban ver destacar a los niños, pero que también creían que la educación debía impartirse con amor. Los administradores advertían al maestro y a la maestra de que «se abstuvieran todo lo posible de infligir severos castigos» a los alumnos. En lugar de ello, durante el periodo en que Kate asistió a la escuela, ricos benefactores ponían premios a disposición de la escuela para fomentar el buen comportamiento. «Un libro se entregará al niño que se haya comportado mejor y una caja de labores a la niña en el mismo sentido». El maestro y la maestra decidían «dejar la concesión de los premios a los propios niños [...] de modo que ellos seleccionaran al niño y a la niña que fueran realmente los que más se los merecían»^[221].

Los eminentes donantes de la escuela también estaban dispuestos a ofrecer oportunidades a los niños. El 26 de junio de 1851, Edmund Calvert, dueño de la cercana fábrica de cerveza Calvert and Co., patrocinó un día de campo para los ciento veinticuatro alumnos de las escuelas de Bridge, Candlewick y Dowgate en el recién abierto Crystal Palace de Hyde Park. El espectáculo de la Gran Exposición, una de las primeras ferias mundiales, celebrado en el interior de una igualmente magnífica estructura de cristal, era algo nunca visto en Gran Bretaña. Parecida a un enorme invernadero, su interior de noventa y dos mil metros cuadrados llegaba a una altura de cuatro metros y albergaba a más de quince mil expositores de todo el mundo. La cantidad de objetos exhibidos era abrumadora. Obras maestras del avance tecnológico (prensas de imprenta, martillos hidráulicos y motores de locomotora) compartían espacio con grandes jarrones de porcelana de China, pieles de Canadá, un pedazo de oro de cincuenta kilos de Chile y el diamante Koh-i-Noor en una jaula de seguridad iluminada por haces de luz de gas. Los expositores internacionales desfilaban con sus trajes nativos; hombres con turbantes, túnicas bordadas y telas con hilos de oro con rostros extranjeros acompañaban a los tesoros de sus países. «Cualquier cosa que la industria humana haya creado puede encontrarse aquí», escribió la escritora Charlotte Brontë de su visita. Había...

... Grandes compartimentos llenos de motores de ferrocarril y calderas, con maquinaria de molino a pleno rendimiento, con espléndidos carruajes de todo tipo, con arneses de cualquier descripción, hasta los *stands* cubiertos de cristal y terciopelo cargados con la obra más elegante de orfebres y plateros, y los cofres

cuidadosamente custodiados llenos de auténticos diamantes y perlas de cientos de miles de libras de valor. Podría llamarse un bazar o una feria, pero es un bazar o una feria como los que hubieran creado genios orientales. Parece como si solo la magia hubiese podido reunir esta cantidad de riqueza de todos los confines del mundo; como si solamente unas manos sobrenaturales hubieran podido colocarla así, con semejante resplandor, contraste de colores y maravilloso poder para impresionar^[222].

La experiencia del Crystal Palace debió de dejar asombrada a Kate Eddowes, que apenas tenía nueve años. Aquella mañana, ella y sus compañeros de clase, acompañados por el maestro y la maestra, viajaron en carruajes especialmente dispuestos por la fábrica de cerveza «hasta el gran centro de atracción»; ciento veinticuatro cabecitas con sus gorras fueron contadas y recontadas, guiadas en filas a través de las maravillas de lo que les debió de parecer una suerte de país de las hadas. Niños que habían visto pocas cosas más allá de los interiores simples de sus casas y clases quedarían hipnotizados ante aquel circo mareante de objetos exóticos. Luego, tras «haber disfrutado durante unas horas de las muchas atracciones del lugar, volvieron hacia las seis de la tarde a la fábrica de cerveza». Allí «se les había preparado una excelente cena», que tomaron en compañía de los jefes de Calvert and Co. Se hicieron brindis antes de que los niños se levantaran y cantaran el himno nacional «de un modo muy sentido»^[223]. Fue una ocasión excepcional para los alumnos de Dowgate. Seguramente, Kate jamás olvidaría aquella experiencia.

La niñez, para los hijos e hijas de las clases obreras victorianas, era una fase fugaz de la vida, a menudo interrumpida bruscamente por diversas circunstancias familiares. El decimocuarto cumpleaños de Kate en abril de 1856, que normalmente habría supuesto el final de su etapa educativa, también coincidió con la disolución de Perkins and Sharpus, la empresa en la que trabajaba su padre. No se sabe si George pudo encontrar fácilmente otro trabajo, pero sin duda pasó a ser urgente que su hija encontrase empleo. Sin embargo, la catástrofe que se cernió sobre la familia Eddowes en 1855 es probable que acabase incluso antes con su etapa escolar.

Durante la mayor parte de 1855, Catherine Eddowes había estado sufriendo un catarro terrible. Su familia observaba cómo se iba debilitando, cada vez más delgada y febril. Es posible que sospecharan qué le pasaba incluso antes de que llegara el diagnóstico. Llamaron a una de las hijas mayores para que la cuidara, y George, con pocas alternativas en una casa de unas tres habitaciones, ahora ocupada por ocho miembros de la familia, siguió durmiendo a su lado mientras ella sudaba y escupía sangre. En noviembre, cuando el frío y la humedad aumentaron, ella empeoró. Kate solo tenía trece años cuando perdió a su madre, el día 17 de aquel mes. Catherine, cuyo

cuerpo estaba destrozado por los embarazos, el trabajo físico y la mala alimentación, había vivido cuarenta y dos años, que es lo que solía sobrevivir una mujer de su clase social: esa era su esperanza de vida.

Tras la enfermedad y la muerte de Catherine Eddowes, el hogar se reorganizó. En un relato escrito en 1888, Emma contaba que, como segunda hija, le tocó dirigir la casa y cuidar de Alfred y de los cuatro hermanos más pequeños, todos menores de doce años. Sin embargo, tales arreglos resultaron ser solo temporales. En 1857, menos de dos años después de que la tuberculosis se llevara a su esposa, George también enfermó^[224]. La familia sabía que iba a llegar lo inevitable. En septiembre de aquel año, las mayores de la familia empezaron a pensar en su futuro. El día 27, Elizabeth, de diecinueve años, accedió a casarse con su pretendiente, Thomas Fisher, un vecino que por entonces tenía solo dieciocho años y se consideraba a sí mismo un obrero. Bajo otras circunstancias, George habría deseado un marido con mejores perspectivas, pero al menos una de sus hijas estaría legalmente casada y habría establecido su propio hogar cuando él dejara este mundo. Mortalmente enfermo, George, con ayuda de sus hijas, asistió a la boda en Saint Paul, Bermondsey, en Kipling Street: un paseo corto pero difícil desde su casa en King's Place. Allí entregó a Elizabeth e hizo de testigo, poniendo una cruz en el registro junto a su nombre. La de aquel otoño tan sombrío fue una ceremonia agrí dulce que marcaría el final de la vida en común de la familia Eddowes.

Cuando las hojas enrojecieron y cayeron, cuando octubre se convirtió en noviembre, el problema de lo que se iba a hacer con Alfred y los hijos más pequeños tras la muerte del padre sobrepasaba a sus hermanas mayores. En el relato que Emma hace de los hechos, que apareció en el *Manchester Weekly Times*, dice que Harriet ya se había ido a vivir (aunque aún no se había casado) con Robert Carter Garret, un cochero^[225]. Eliza había empezado a servir, mientras que la recién casada señora Fisher y su marido se encargaron de una tienda de pájaros en Locks Fields^[226]. Emma también reconocía que iba a tener que volver a emplearse para poder sobrevivir: cuando surgió la oportunidad de una buena casa en Lower Craven Place, en Kentish Town, al norte del río, dejó el cuidado de los niños y de su padre a Harriet.

Puede que en un principio su plan fuera asumir entre todas la responsabilidad de cuidar de sus hermanos, pero, como la familia era tan grande, la tarea no sería fácil. La cuestión de quién se ocuparía de Alfred se convirtió en «una fuente constante de problemas» para las hermanas mayores, pero, por alguna razón no especificada, Emma dijo que la que más les

preocupaba era Kate. «Sobre todo, deseábamos que saliera de allí», recordaba. A los quince años, es probable que Kate estuviera profundamente afectada por la pérdida de su madre, y la muerte inminente de su padre seguramente habría agravado su dolor. Es posible que Emma y Harriet pensaran que su hermana requería más control y estabilidad de la que ellas podían proporcionarle, o quizá creían que Kate, brillante y con una educación, iba a ser capaz de mejorar más bajo el ojo vigilante de la familia. Sea cual sea el caso, Harriet envió una carta a sus tíos, Wiliam y Elizabeth Eddowes, en Wolverhampton, «para ver si podían proporcionarle una situación a Kate lejos de Londres». Sus parientes accedieron, pero no pudieron aportar el dinero del billete de tren. Como se estaba quedando sin tiempo, Emma, que nunca dejó de dibujarse a sí misma como la más ingeniosa de sus hermanas, tomó cartas en el asunto y recurrió a su jefe. «Mi señora —recordaba, treinta y un años después—, al enterarse de nuestra desafortunada posición, pagó el billete de tren de Kate hasta Wolverhampton». Y eso fue todo. Es poco probable que Kate tuviera algo que decir en un asunto que acabaría determinando el curso de su vida.

Dados los limitados recursos de la familia, el destino de los demás hijos de los Eddowes era tristemente inevitable. Ni Elizabeth ni Thomas Fisher, ni Harriet ni Robert Garret tenían medios para mantener a Thomas, de trece años, a George, de once, a Sarah Ann, de siete, a Mary, de cinco, ni a Alfred, que ya tenía veintitrés. El 9 de diciembre, una semana después de la muerte de su padre, quizá fuera incluso el día mismo de su funeral, enviaron a Alfred y a los tres pequeños al asilo de Bermondsey como huérfanos. Thomas se unió a ellos al día siguiente. No puede pensarse que George se fuera tranquilo a la tumba sabiendo que las costuras que unían a su familia se desgarrarían tras su muerte.

Respecto a Kate, sola en un tren en dirección a Wolverhampton, aquel día de diciembre de 1857 marcó el final de su niñez. Había dejado atrás todo lo que conocía para irse a un lugar que no recordaba, para vivir con unos extraños que no compartían con ella más que un apellido.

La balada de Kate y Tom

Quien no conociera Wolverhampton nunca podría haber adivinado que la romántica mansión del siglo XVI rodeada de un foso situada en los campos cercanos a Bilston Street albergaba las colmenas de la industria de la ciudad. Como prácticamente todo a su alrededor, la otrora orgullosa casa de una familia de ricos mercaderes de lana había cedido a los avances del comercio y del progreso. No obstante, a pesar de los cuidados parterres de flores y estanques ornamentales con peces dorados, el Old Hall Works no era diferente por dentro de las demás fábricas que se alineaban a lo largo de las calles, que llenaban los patios de la ciudad, cubierta por el hollín. Sus antiguas cocinas se «usaban para soldar [...] mercancías», su gran chimenea abierta contenía «cubas de metal derretido y grasa», mientras que «el suelo de la cocina estaba cubierto de cazuelas y tapas en proceso de soldadura». La gran escalera de roble que se encontraba en el centro de la casa, «en lugar de conducir al salón de baile de la mansión, llevaba ahora a los almacenes donde mujeres y niñas se afanaban envolviendo las mercancías».

Hacia la parte sur de la mansión, se había construido una extensión moderna y funcional de ladrillo donde se oía el constante golpeteo de las prensas de vapor en la sala de estampado. En el taller de pulimentado adyacente, las mujeres estaban de pie hasta doce horas al día, frotando incansablemente los objetos lacados hasta conseguir un pulimentado perfecto. Al lado, en lo que llamaban «las jaulas de los leones», se almacenaban los hornos al rojo vivo del maque, mientras que dos potentes motores traqueteaban y giraban junto a una caldera y una bruñidora.

En medio de esos hornos y de toda aquella maquinaria había una sala llena de tanques de ácido sobre los que una serie de mujeres, conocidas como las «fregadoras», empuñaban lo que se llamaban «tenedores de encurtir». Con el cabello recogido en sus gorras, y la ropa protegida por gruesos delantales, usaban sus largas pinzas para sumergir una pieza de hojalata recién forjada en un baño de óxido para prepararla para el maque. Una vez que se habían eliminado las imperfecciones, la pieza se secaba en serrín. Este proceso completo se repetía entonces una y otra vez, de siete de la mañana a siete de la tarde en verano, y de ocho a ocho en invierno, seis días a la semana. Era de

esperar que tuvieran los ojos ardientes, las gargantas resacas y que, de vez en cuando, ocurriera el consabido accidente laboral.

El de fregadora era un buen puesto, le dijeron William y Elizabeth Eddowes a su sobrina, y luego se sintieron orgullosos de proporcionárselo. Tres generaciones de Eddowes habían peleado ante los hornos y los bancos de trabajo del Old Hall Works, entre ellos su padre, y después de las luchas industriales de las décadas de 1840 y 1850, el dueño, Benjamin Walton, dio de nuevo la bienvenida a la familia a su fábrica y les ofreció un salario justo. Pero esta no debía ser sin duda la «posición» que Emma o Harriet, o incluso la escuela de Dowgate habrían previsto para una alumna educada para entrar en el servicio doméstico^[227].

Para Kate, una nueva vida había empezado cuando su tren de Londres atravesó el seco y mortecino paisaje de la región, que últimamente había empezado a ser conocido como «el País Negro». Una industria de trabajo en cadena, confección de ladrillos y forjado de hierro había surgido de la tierra, alimentada por una veta de carbón de nueve metros de grosor que recorría la región. Los que no trabajaban en fábricas o delante de los hornos martilleaban las soldaduras, sacando adelante la savia vital que mantenía los motores. De día, las chimeneas llovían hollín; por la noche, las forjas relucían demoniacamente en la oscuridad. Incluso para aquellos que estaban acostumbrados a espantosas escenas de miseria, el espectáculo de aquel viaje a través del País Negro resultaba impresionante. Dickens describió la visión infernal que parecía surgir:

A cada lado, y hasta donde alcanzaba la vista a lo lejos, altas chimeneas, irguiéndose unas sobre otras, y presentando esa infinita repetición de la misma forma fea y sosa, que es el horror de los sueños opresivos, lanzaban su plaga de humo, ocultaban la luz y enturbiaban el melancólico aire.

Las cercanías de Wolverhampton estaban atestadas de «montículos de cenizas», junto con «extraños motores que giraban y se retorcían como criaturas torturadas haciendo sonar sus cadenas de hierro, chillando con su rápido giro de vez en cuando como en un tormento insoportable, y haciendo que la tierra temblase con su agonía»^[228]. Aunque Kate había crecido a la sombra de las curtidurías y fábricas de Londres, este entorno moldeado por la nueva industria debió de parecerle tan extraño y raro como extraña le resultó su familia de Wolverhampton.

Probablemente, la primera vez que Kate vio al hermano de su padre, William, y a su esposa, Elizabeth, fue cuando ella, con su pequeña colección de posesiones infantiles, llegó a vivir a su casa del 50 de Bilston Street. Sus

primos (William, de trece años, George, de siete, y Lizzie, de cinco) la habrían contemplado con ojos titubeantes y curiosos. Sarah, la mayor, de catorce años, habría sido la compañera perfecta, alguien con quien Kate compartiría dormitorio y pensamientos. Poco a poco, le irían presentando a sus abuelos, Thomas y Mary, que vivían a la vuelta de la esquina, y a su tío John y sus cuatro hijos pequeños. No se sabe hasta qué punto el clan Eddowes deseaba abrazar a su pariente de Londres. Otra boca que alimentar nunca era una buena perspectiva, aunque Kate, con quince años, ya podía ganarse la vida y contribuir a los ingresos del hogar. Aunque triste, la pérdida de los padres era una circunstancia demasiado habitual como para considerarla un motivo para no tirar hacia delante, y a Kate la habrían mandado a trabajar sin demora.

Cuando Kate entró en los últimos años de su adolescencia, su prima Sarah había abandonado el hogar familiar para convertirse en sirvienta, pero su posición dentro de la familia fue pronto sustituida por el nacimiento de la última hija de la tía Elizabeth, Harriet. Después de trabajar largas horas, a Kate le pedían que ayudara en el trabajo doméstico: cocinar, limpiar y cuidar de su prima Lizzie, así como aportar los chelines extra. Es probable que más o menos en esa época de su vida empezara a adquirir lo que su tío describió como «una disposición alegre»; un gusto por la bebida y por salir a «horas tardías», según él^[229]. El *pub* de los hojalateros, la Vaca Roja, estaba solo a unas cuantas puertas de su casa calle abajo, y habría ofrecido un escape de las estrecheces del hogar de su tío.

Como forastera, es cuestionable hasta qué punto Kate se sentía parte de la familia Eddowes de Wolverhampton. Y en el verano de 1861 se sentía inquieta y se había vuelto imprudente. Según miembros de su familia, el punto de inflexión llegó cuando atraparon a Kate robando en el Old Hall Works.

Cuando pasaba por las salas de secado o empaquetado, no habría sido difícil deslizarse en un bolsillo o bajo la ropa un tarjetero de hojalata, una cajita o una bandeja de escritorio. No todas las tiendas de empeños eran demasiado escrupulosas a la hora de aceptar objetos, y para alguien que estaba harta de trabajar sobre un baño de ácido día tras día, ese riesgo habría merecido la pena. Por desgracia, el Old Hall Works estaba lleno de ojos, y al menos un par cayeron sobre Kate.

Kate fue amonestada y la despidieron, pero, seguramente gracias a la larga relación de los Eddowes con los dueños de la fábrica, no la denunciaron. La mortificación que causó a su familia fue tremenda y el efecto de sus acciones

llegó de Wolverhampton hasta Londres, sobre todo cuando Emma y Harriet, las artífices de su nueva vida, se enteraron de su desgracia. En el 50 de Bilston Street, las palabras y las recriminaciones no debieron de ser menores.

En años siguientes, fue Sarah Eddowes, conocida más tarde como la señora de Jesse Croote, esposa de un guarnicionero y tratante de caballos de Wolverhampton, la que contó el drama familiar a un periodista^[230]. Según Sarah, este incidente definiría el futuro de la vida de Kate, y los Eddowes ni la perdonaron ni lo olvidaron. A los diecinueve años, volvió a empaquetar sus pertenencias para empezar una nueva vida desde cero; en esta ocasión, fue ella la que decidió su destino. Se marchó a Birmingham, que estaba a un paseo de veintidós kilómetros de Wolverhampton, hacia el sur. Allí esperaba encontrar refugio con un miembro de la familia más comprensivo.

Durante muchos años, la famosa Peacock Inn de Wolverhampton, el establecimiento en el que la madre de Kate había removido salsas y hecho púdines, también había sido el recinto que albergaba peleas de boxeo a puño limpio. Durante la década de 1850, el patio de la taberna se despejaba, se colocaba un suelo de tierra y se alzaba un cuadrilátero para la lucha. Entre aquellos que aparecían por allí estaba el campeón inglés de los pesos pesados y héroe local William Perry, también conocido como «el Navajero de Tipton», así como Joe Goss, que acabó triunfando en Estados Unidos. Es posible que Tom Eddowes, alias *el Snob*, se abriera paso hasta el corazón de su sobrina precisamente allí.

El boxeo a puño limpio había sido muy popular en Inglaterra desde el siglo XVIII. Jack Broughton intentó formalizar el deporte y dotarlo de un sentido de caballerosidad y mérito patriótico. Con el patronazgo del príncipe de Gales, aparecieron en Londres escuelas de boxeo que proponían «impartir el arte del pugilismo». Una pujante prensa deportiva contribuyó a crear expectación publicando las provocaciones entre los participantes antes de los combates importantes. Hombres británicos de todas las clases sociales se engancharon y las peleas regidas por las reglas de Broughton (en las que los participantes desnudos de cintura para arriba y con vendas alrededor de los puños combatían por dinero) se convirtieron en acontecimientos de nivel nacional.

Los boxeadores solían proceder de las clases obreras y las Midlands contribuyeron con muchos participantes. Aunque unos cuantos púgiles se forjaron una carrera en el deporte, la mayoría eran aficionados que de vez en cuando dejaban a un lado sus delantales de cuero y sus herramientas y subían

al *ring*. Tom Eddowes era uno de ellos. Eddowes, zapatero o «esnob» de profesión, se sacaba unos ingresos extra con su fuerza bruta.

Nacido en 1810, los mejores años del tío Tom en el boxeo ya habían quedado atrás cuando Kate lo vio alzar los puños por primera vez. Sin embargo, con premios en juego de hasta veinticinco libras en metálico, a Thomas Eddowes no le apetecía mucho retirarse. En 1866, el principal periódico deportivo del país, *Bell's Life in London*, anunciaba un combate entre «Ned Wilson y Tom Eddows [sic] (alias el Snob)», dos «viejos de Birmingham» que habían pasado años cultivando su talento pugilístico^[231].

Al igual que hoy, el combate de boxeo de principios del siglo XIX era al mismo tiempo una pieza de entretenimiento teatral y una competición deportiva. Antes de la introducción de las reglas del marqués de Queensberry en 1867, a los boxeadores se les permitía luchar además de pegar puñetazos^[232]. Preparados en el centro del cuadrilátero en un despliegue de sus proezas físicas a torso descubierto, los boxeadores aparecían como actores heroicos sobre el escenario, mientras que la perspectiva de un gran combate, anunciado con carteles por toda la ciudad, habría resultado tan emocionante como la llegada del circo.

En el día señalado, el acontecimiento comenzaba lentamente. Una multitud de hombres con sombrero de copa o gorra se reunían, comprobando ansiosos el tiempo, jugueteando con las cadenas de sus relojes o metiéndose las manos en los bolsillos de los chalecos. Finalmente, los combatientes aparecían, uno tras otro, acompañados de un ayudante y de otro tipo que sujetaba una botella de agua, y que era responsable de refrescar y secar el sudor al boxeador entre asaltos. Los púgiles se estrechaban la mano y se lanzaba una moneda al aire para decidir quién escogía rincón. Una vez concluidas las formalidades, los hombres se desvestían y «se examinaban sus puños» para asegurarse de que no había «inserción de sustancias inadecuadas». Solo entonces podía comenzar la lucha oficialmente.

Aunque no se esperaba que damas «respetables» acudieran a tales combates, la asistencia de mujeres de clase trabajadora ni se fomentaba ni se criticaba. Es probable que Kate viera a su tío desde la multitud, ligeramente admirada. Fuera cual fuese la relación que establecieron, si se basaba en la admiración de una sobrina por un miembro mayor de la familia, o en intereses comunes, Kate llegó a creer que el tío Tom le ofrecería el tipo de hogar que buscaba y la comprensión que no había encontrado en Wolverhampton.

En 1861, Tom Eddowes y su mujer, Rosannah, vivían en el corazón del centro industrial de Birmingham. Enfrente, la fábrica de alfileres de

Eldridge & Merrett, una imponente factoría de ladrillo con elevadas chimeneas, producía pequeños alfileres y agujas de acero. En Brooks & Street, unas puertas más allá, el alambre de bronce se convertía en coladores y pantallas de chimenea, mientras que en la fábrica de Thomas Felton se fundían y tomaban forma faroles de carruajes y lámparas de techo. Encajados entre esos negocios más grandes, a lo largo de Bagot Street había talleres variados ocupados sobre todo por fabricantes de juguetes y de armas, el oficio que había dado nombre al barrio. El aspecto duro y funcional de Birmingham difería poco del de Wolverhampton. Se había construido ladrillo sobre ladrillo y estaba cubierta con un espeso polvo negro de carbón.

En la casa de los Eddowes, que daba a un patio junto a Moland Street, resonaba incesantemente la industria pesada. Apenas había una hora en la que no se percibiera el sonido de un motor que arrancaba o en la que una nube de humo no se cerniera sobre ellos. Las fábricas con sus metales y su mercurio habían convertido el agua del vecindario en no potable, y los residentes tenían que recurrir a las entregas de agua que les suministraba un carro. Su casa del patio, construida a finales del XVIII en ladrillo, estaba un tanto desgastada después de casi cien años de vida. Con una habitación tanto en el piso de abajo como en el de arriba, así como una cocina en el de abajo y un sótano, la casa habría proporcionado espacio suficiente para la pareja y sus dos hijos más jóvenes: John, de dieciséis años, que hacía tubos de bronce en una fábrica local, y Mary, de doce, que ayudaba a su madre con las tareas del hogar. Cuando el tío Tom no estaba dando puñetazos en el cuadrilátero, clavaba clavos en zapatos, o bien en una habitación parcialmente arreglada para ello, o bien en un taller cercano.

Las familias trabajadoras del siglo XIX recibían a los parientes lejanos según su capacidad para contribuir práctica o financieramente al sustento del hogar. Pensara lo que pensara Kate cuando escapó a Birmingham, sabía que el trabajo era inevitable. No tener que volver a trabajar en una fábrica era impensable. Conocía el trabajo de la hojalata y en Birmingham había muchos puestos para mujeres jóvenes. No pasó mucho tiempo antes de que el tío Tom le encontrara un trabajo parecido al que había dejado atrás en Wolverhampton. Ya no era fregadora. Ahora Kate se sentaba ante una larga mesa con trapos para pulir, frotando una y otra vez las caras de las bandejas de laca de estilo japonés, abrigando sus superficies para que, en algún lugar de una casa con salón, una doncella pudiera servir el té a su señora sobre un objeto tan bonito que causaría la envidia de las visitas. El horario de Kate habría sido el mismo: levantarse al amanecer o en plena oscuridad y

volver a casa para cenar y luego dormir en una cama compartida con Mary, en una habitación dividida por una cortina al otro lado de la cual roncaba John o dormían sus tíos. No importaba adónde huyese (a Wolverhampton, o a Birmingham; a la casa de un púgil o a la de un hojalatero), la rutina sería la misma hasta que se casase. Entonces tendría la vida de su madre: el dolor de los partos, el cansancio de la crianza, la preocupación, el hambre y el agotamiento. Finalmente, llegarían la enfermedad y la muerte.

El calor del húmedo verano indio atontaba a los soldados del Decimoctavo Regimiento Real Irlandés. Mientras descansaban a la sombra de la mezquita en ruinas del fuerte de Asirgarh, jugaban a las cartas, pulimentaban sus botas y escuchaban historias: de su casa en Irlanda; de la selva; de batallas; de mujeres complacientes con sonrisas lascivas y piel oscura, u ojos brillantes y rostros claros. Siempre había historias que contar.

El hombre al que sus jefes llamaban Thomas Quinn habría escuchado tales historias con mucho interés. Quinn, o Thomas Conway (el nombre que le dieron el día de su nacimiento, el 21 de noviembre de 1836, en el condado de Mayo^[233]), era un coleccionista de historias (y más tarde, un vendedor de ellas). Pero nunca contaba la historia de por qué se cambió de nombre. Hombres que trataban de escapar de su pasado, ya fuera un matrimonio roto o una situación mucho peor, solían asumir otra identidad cuando «aceptaban el chelín de la reina» y se alistaban. Y eso fue lo que hizo Thomas Conway en octubre de 1857.

Cuando marcó una cruz junto a su nombre en la lista de reclutamiento, es probable que Conway supiera que lo iban a destinar a la India. En septiembre, llegó a Gran Bretaña la noticia de la rebelión de las tropas británicas del este de la India, cerca de Delhi, que había crecido y amenazaba con extenderse por el norte del país. Noticias del motín de Sepoy sustituyeron a las de la guerra de Crimea en los titulares, cuando las tropas británicas, que apenas se habían podido recuperar tras los asedios del mar Negro, se trasladaron al polvo del subcontinente. La petición de refuerzos se convirtió en urgente. Thomas había recibido apenas un mes de instrucción antes de que, junto con el resto de la segunda brigada del Decimoctavo Regimiento Real Irlandés, subiera a bordo del vapor Princess Charlotte con dirección a Bombay. Iba a cumplir los veintiún años, había visto poco más que la vida rural y las casas con suelo de tierra, así que esa sería la mayor aventura de su vida. En la India cosecharía un sinfín de historias.

El viaje por mar duró tres meses, pero ninguna de las vistas que contempló por el camino (ni los peces voladores ni los tiburones o el oleaje del cabo de Buena Esperanza) lo habrían preparado para el extraño exotismo de la India. Cuando desembarcaron en Bombay, muchos de los reclutas irlandeses e ingleses se quedaron asombrados ante las escenas frenéticas y coloristas que se desarrollaban ante ellos. Miraron con la boca abierta a las mujeres envueltas en brillantes saris de seda, con rutilantes pulseras y aros en la nariz. Les impresionaron los fuertes aromas a jengibre y a ajo, así como los lentos búfalos que recorrían los mercados. A veces, las extremadas diferencias culturales y climáticas resultaban demasiado difíciles de asimilar, y muchos se daban cuenta de que sucumbían no solo a «los rigores del clima», sino a «la melancolía de la nostalgia».

Durante su aventura india, a Conway le afectó más lo primero que lo segundo. La humedad se aposentó en su pecho. Tosía y estornudaba tanto durante las marchas que acabaron mandándolo al hospital del ejército en Madrás, donde se esperaba que la brisa fresca lo hiciera revivir. Por desgracia, el motín se había sofocado antes de que hubiera conseguido recuperarse. A su vuelta a Dublín, en 1861, el oficial médico sénior lo examinó y pronto determinó que nunca se recuperaría. Se diagnosticó que la «incapacidad física y la debilidad continua» de Conway había sido «el resultado de alguna enfermedad anterior, principalmente reumatismo y bronquitis crónica». Para empeorar aún más las cosas, el médico también había detectado que Conway, de veinticuatro años, sufría «una enfermedad del corazón». Como consecuencia, se recomendó que se le licenciara; sin embargo, se señaló de forma favorable que el trastorno del soldado era «parcialmente, si no enteramente atribuible al servicio militar y al clima, y no a la intemperancia u otro vicio»^[234].

Con el corazón débil y el pecho afectado, Conway no podía ser soldado ni volver a la vida de trabajos temporales con los que se había mantenido antes de unirse al ejército^[235]. Aunque esta noticia habría sido inquietante para un joven sin un aprendizaje formal de un oficio, su consuelo llegaría en forma de pensión, que se le pagaría dos veces al año. Generalmente, las pensiones de los soldados rasos, especialmente para aquellos que como Conway habían servido solo cuatro años y seis días, eran sumas muy pequeñas que completaban el salario de un trabajador, pero que no lo sustituían. Según sus informes, tenía derecho a recibir seis peniques al día, una suma que a lo largo de los años se fue ajustando hacia arriba o hacia abajo en un penique según mejoraba o empeoraba su estado médico^[236]. Conway se vio obligado a

buscar algún modo de subsistir que no supusiera blandir un martillo, segar hierba o cargar pesos demasiado grandes.

De pequeño, en la Irlanda rural, Conway habría llegado a conocer a los buhoneros que recorrían los caminos del condado de Mayo visitando granjas, tabernas y casas con tejados de brezo. Perseguidos por perros y seguidos por niños curiosos a lo largo de su ruta, el buhonero, con su hatillo de lino, llevaba un surtido de cosas útiles y materiales a aquellos que no tenían una tienda cerca. En parte vagabundo, en parte pregonero, en parte astuto vendedor, el hombre de los libros de cordel siempre era bienvenido, pero se le miraba con suspicacia. Se desplazaba desde una aldea a un asentamiento, y de allí a una ciudad, recogiendo y depositando la sabiduría popular, las noticias y los rumores allá donde aterrizaba, lo que era para algunos lugareños su papel más esencial. Sin embargo, un buen buhonero conocía bien su oficio y entendía cómo aprovechar al máximo cada parada. Las mujeres e hijas de los granjeros se sentían atraídas por el surtido de tijeras, peines, dedales, cuchillos, cintas, hilo, botones, incluso broches y pequeños juguetes que extendía sobre las mesas de sus cocinas. También llevaba consigo un montón de material impreso: sobre todo, libros de cordel (o cortos panfletos) decorados con grabados en madera. Había desde cuentos de hadas hasta biografías, poemas e historias cortas. En las tabernas y en los *pubs*, podía sacar su colección de baladas: canciones impresas en una única hoja grande, que hablaban de la pérdida del amor, o contaban la historia de un crimen sangriento. Como esas letras solían cantarse con una música conocida, los compradores podían dejar su penique, agarrar la hoja con la canción y lanzarse a cantar una nueva balada con una pinta de cerveza.

La vida del buhonero era una existencia peripatética. Cada día se empezaba con el estómago vacío y sin saber si encontraría un lugar donde dormir. *La historia de John Cheap the Chapman*, que solía encontrarse en las bolsas de los buhoneros durante la primera mitad del siglo XIX, ofrece cierta visión de las vidas diarias de aquellos que emprendían el camino con sus mercancías a cuestas. El narrador de la historia deja claro que los azares y las molestias solían ser mayores que las aventuras. Caer en una zanja o en un muladar lleno de aguas residuales, escapar de las fauces del perro de un granjero o de los cuernos de un toro eran peligros que se repetían. También se queja de los inconvenientes de dormir sobre sacos de trigo, en un campo de coles o junto a una vaca en una fría noche de invierno. Hace trueques con las mujeres de los granjeros por un cuenco de sopa o un repollo, y a menudo se queja de «viajar todo el día y no conseguir nada de carne o cerveza, yendo de

casa en casa». Sin embargo, a pesar de esto, la vida de vagabundeo ofrecía un grado de libertad que no podía conseguirse de otro modo. Había cierto romanticismo en soltar los lazos que mantenían unida la existencia de una persona del siglo XIX. Al vagar, vivir gracias a sus propios recursos, encontrar diferentes tipos de personajes y visitar nuevos lugares, un buhonero no estaba atado a nadie, ni familia, ni comunidad, ni iglesia ni patrón, y para algunos, esa libertad era fundamental.

Lógicamente, la vida de buhonero atraía a hombres solteros sin familia, aunque, como en el caso de muchos comerciales actuales, el matrimonio no se consideraba un inconveniente para practicar esta profesión. Los más adecuados para ella eran antiguos soldados, pues, según se creía, ya estaban acostumbrados a realizar largas marchas y sufrir la dureza de las circunstancias.

A Thomas Conway, convertirse en buhonero le debió de parecer la opción más lógica, ya que desde su adolescencia estaba familiarizado con una existencia nómada. La Gran Hambruna que devastó el campo irlandés desde 1845 a 1852 azotó con fuerza el condado de Mayo. En 1851, casi el 30 % de la población de la zona había muerto o emigrado. Conway no era una excepción. Cuando se alistó, en 1857, parece que ya había cruzado el mar de Irlanda hasta Yorkshire, donde había estado trabajando como obrero cerca de Beverley. En el momento de su licenciamiento, el 14 de octubre de 1861, reclamó su pensión, visitó a unos parientes en Kilkerry y volvió a Inglaterra, esta vez a Newcastle, donde podía tener más oportunidades de ganarse la vida. Con el dinero que le habían pagado, el joven irlandés compró las mercancías necesarias para llenar su hatillo y lanzarse a la vida de buhonero, que le llevó hacia el sur de Coventry y después a Londres, antes de llegar a Birmingham en el verano de 1862^[237].

Hay varias versiones de cómo se conocieron Kate y Thomas Conway. Una de ellas dice que, a los veinte años, ella era «una chica de aspecto agradable con un corazón muy cálido». Él era un irlandés de ojos grises con cabello castaño claro y un gran talento para contar historias. Tanto Sarah Croote como Emma dijeron que Kate lo conoció en Birmingham, pero el tío Tom Eddowes insistía en lo contrario. No fue bajo sus cuidados «cuando conoció a aquel tipo Conway». Fuera como fuese, cuando llevaba nueve meses en Birmingham, más o menos por el tiempo en que debió conocerlo, Kate declaró su repentino deseo de volver a Wolverhampton, la dirección hacia la que se dirigía Conway.

No cabe duda de que Thomas Conway era una figura romántica, con sus historias de tigres y junglas fragantes, con sus canciones y sus bolsas llenas de cuentos. Su convincente palabrería habría encantado a los extraños de cualquier *pub* o mercado. Era despreocupado e iba donde lo llevaba el viento. Era comprensible que a Kate (alegre, extrovertida y abierta) la vida de ese hombre le pareciera una alternativa atractiva a la oscuridad de la suya.

A los Eddowes no les gustó nada este giro de los acontecimientos. Kate lo descubrió cuando volvió a aparecer en Bilston Street. A su familia nunca le gustó Thomas Conway: ni a William, ni a Elizabeth, ni a su prima Sarah, ni a su tío Tom. Ni siquiera a sus hermanas en Londres. El porqué no es ningún misterio. Considerado médicamente incapaz por el ejército y sin una verdadera ocupación, ni casa, ni familia, ni ingresos fijos (aparte de una irrisoria pensión de seis o siete peniques al día), aquel irlandés vagabundo era como una figura de un cuento moralista victoriano contra la que había que advertir a las jóvenes. Cualquier relación con gente de su clase se veía como un billete a la pobreza, el hambre y el asilo de pobres. Peor aún, si Conway había pedido matrimonio a Kate, desde luego no demostraba ninguna intención de casarse inmediatamente.

Aun así, Kate no se desanimaba: estaba, según contaba el *Black Country Bugle*, perdidamente «enamorada de aquel irlandés tan guapo y poético». La tía Elizabeth acabó dándole un ultimátum: o terminaba su aventura con el vendedor de baladas de un penique, o se marchaba de la casa^[238]. Kate escogió esto último y se mudó con Conway a una pensión. El momento de esa ruptura fue clave; en julio de aquel año, 1862, estaba embarazada.

Aunque los Eddowes estuvieran avergonzados y abochornados por el comportamiento de su sobrina, los embarazos fuera del matrimonio no eran tan raros. La castidad femenina entre las clases privilegiadas se tomaba como medida del carácter de una joven y eran un añadido a su valor como mercancía sin estropear, pero la virginidad no tenía el mismo significado entre las clases trabajadoras, cuyas vidas estaban más cerca de la realidad. Entre la clase obrera, no se esperaba esa inocente feminidad cultivada por las muchachas de clase media y alta. Muchos en la época expresaban su preocupación porque la sexualización de las clases obreras tenía lugar a muy temprana edad debido a la estrechez de las condiciones de vida. Con el escaso espacio del que disponían para vivir, cohabitando con los miembros de su familia más cercana, parientes lejanos e incluso visitantes con los que compartían dormitorios y camas, la noción de la privacidad corporal y la modestia eran lujos que simplemente no se podían permitir. Ver y oír

practicar sexo era normal; la tentación y la experimentación eran consecuencia de la exposición a ellos. Del mismo modo, la falta de sitio en casa empujaba a los adolescentes a salir y a escapar de la mirada vigilante de sus padres. Como le contó una joven al escritor pornográfico Walter: «Hay muchas chicas por ahí [...] a sus madres no les importa lo que hacen [...] cuando tienen unos trece o catorce años, no las aguantan dentro, andan por las calles oscuras por la noche [...]». Luego continúa explicando que «las chicas van con los chicos de los recados que son sus novios» y que «la virginidad era una rareza a los catorce años». Mayhew hizo descubrimientos parecidos cuando entrevistó a chicas adolescentes empleadas en la manufactura de ropa barata. Una le confesó: «Me satisface que no haya ni una chica que trabaje en un taller de ropa que sea virtuosa, y hay miles en el negocio».

En un tiempo en el que las relaciones sexuales solían acabar en embarazos, muchas parejas esperaban hasta la concepción e incluso el nacimiento para casarse. Sin embargo, muchas otras entre las clases trabajadoras decidían convivir. Algunos buhoneros, como los vendedores de baladas y los vendedores ambulantes, cuyo trabajo requería movilidad, preferían este arreglo. En teoría, cierta fluidez en las relaciones podía convenir tanto al hombre como a la mujer. La necesidad que tenía el hombre de seguir trabajando, a veces muy lejos, dejaba a la mujer libre de emprender otra relación con un posible candidato que estuviera más a mano. Debido a esto, muchas parejas no sentían la necesidad de legitimar su unión en una iglesia, aunque un número significativo consideraba su lazo como legal y permanecían juntos toda la vida, o durante largos periodos. Como llegaron a descubrir periodistas y reformadores sociales del siglo XIX, las comunidades obreras no solían inmiscuirse en las circunstancias de las relaciones de sus amigos y vecinos, y vivían según una regla sencilla: si una pareja decía que estaba casada y se comportaba como tal, entonces lo estaban. «Pregunta a los hombres y mujeres que viven juntos [...] si están casados, y tu simpleza les provocará una sonrisa —escribió Andrew Mearns—. Nadie sabe. A nadie le importa^[239]». Sin embargo, esto no quiere decir que las actitudes hacia las parejas que convivían no estuvieran llenas de contradicciones y matices. Los patrones y los empleadores, que en muchos casos eran de la misma clase social, podían despedir rápidamente a la gente si descubría que no estaban legalmente casados. Por supuesto, las mujeres sufrían la peor parte de cualquier persecución social, sobre todo si había hijos ilegítimos de por medio. Un hombre podía dejar de vivir con una mujer sin sufrir las consecuencias, pero una mujer dependiente, con pocas opciones para ganarse

la vida y con bocas que alimentar, podía encontrarse inmediatamente en un estado de penuria.

Cuando Kate se fue a vivir con Thomas Conway, debía de ser plenamente consciente de los riesgos que estaba corriendo, aunque los prefirió a la vida que llevaba. Sarah Croote insinúa que la pareja no se quedó mucho tiempo en Wolverhampton. Al parecer, poco después de iniciar su vida juntos, regresaron a Birmingham.

Para Conway, la alianza con Kate debió de resultar ventajosa. No solo le resultaba conveniente tener una mujer que le cocinara y lavara, sino que además Kate demostró ser una socia útil, si no excelente, para el negocio. Aunque, en las zonas rurales, vender libros de cordel y pequeños objetos puerta a puerta le resultaba fácil, en pueblos más grandes, mercados y ciudades, necesitaba tener más presencia.

Conway y Kate pertenecían a un tipo de buhoneros que Henry Mayhew describió como «papeleros voladores», o «vendedores de papel en general». Podían dividirse en varias categorías, en función de cómo vendían su mercancía. Los «charlatanes corredores» caminaban por las calles y plazas gritando sus títulos y haciendo resúmenes de sus folletos y libros. Los «charlatanes inmóviles» buscaban un sitio en la esquina de una calle o delante de un *pub* y seducían a los compradores del otro lado de la calle con sus cuentos de accidentes, escándalos, batallas, horrores y ejecuciones. Tanto el «charlatán corredor» como el «charlatán inmóvil» solía ir acompañado de una mujer «cantora» que lo ayudaba cantando o recitando pasajes de una balada, mientras su compañero se las vendía a los paseantes. La pareja también podía interpretar dúos o realizar una pequeña representación teatral. Como Kate era una persona extrovertida que había aprendido música en la escuela y a la que le encantaba cantar, las representaciones callejeras debieron de gustarle mucho más que el trabajo en las fábricas^[240].

Cuando Thomas Conway se lanzó a ganarse la vida como vendedor de libros de cordel, pudo haber aspirado a escribir su propio material, pero no tenía medios para conseguirlo él solo. Como demostraba la cruz escrita en los papeles de licenciamiento del ejército, Conway era analfabeto. Kate no. Había recogido y reunido muchas aventuras en la India (y esas historias daban pie a baladas muy populares en las décadas de 1850 y 1860), y otras tantas que aquella experiencia le habría inspirado, y debió de dictarlas y hacerlas transcribir antes de conocer a Kate. Al permitirle asumir ese papel, todo el asunto resultaba mucho más productivo. Podemos imaginarnos a la pareja inclinada sobre la mesa de un *pub*, Kate con los dedos manchados de tinta

haciendo de escribiente de Conway, el poeta. Escribirían líneas frenéticamente, discutiendo, recomponiendo, cantando los versos para sí. En semejantes circunstancias, sería difícil pensar que Kate no tuviera un papel importante en la composición de aquellas obras^[241].

Sin embargo, aunque Kate había escapado de una vida convencional, la que había escogido tampoco era tan feliz o despreocupada como podía haber imaginado. Charlatanear en ciudades y vender libros puerta a puerta en zonas rurales no resultaba especialmente rentable. Mayhew escribe que las ganancias medias de ese tipo de vendedores eran de entre diez y doce chelines a la semana. Para ganar doce chelines, uno tenía que estar dispuesto a escribir o vender cualquier cosa: baladas, libros de cordel, poemas o panfletos. La enfermedad, la embriaguez o cualquier tipo de circunstancia imprevista lo habría hecho imposible. No podían subestimarse las miserias de la vida itinerante, de la ropa empapada, helada y sucia, y un estómago vacío sin un refugio a la vista. Pocas veces, Kate podía darse un baño o lavarse la ropa. Aunque la pareja pudo haber mendigado con éxito una cama en zonas rurales, en las ciudades dependerían de pensiones atiborradas y desagradables, así como de patios de asilos, si es que no dormían al raso. Lo poco que poseían lo llevaban con ellos, cosa que los convertía en presa de ladrones y timadores. Haber desafiado todos los azares de una vida de gitanos mientras estaba embarazada habría convertido en mucho más difícil aquella experiencia. No es de extrañar que, en abril de 1863, en su noveno mes de embarazo, Kate se viera llamando a la puerta de la enfermería del asilo de Great Yarmouth, en Norfolk.

Como era una persona que no tenía una cama garantizada donde dar a luz, la enfermería de un asilo debió de parecerle un alivio. En la década de 1860, todos los asilos albergaban a futuras madres desasistidas, aunque en muchos casos los guardianes trataban de distinguir entre «mujeres casadas merecedoras» y «las caídas» que llegaban a tener a su hijo fuera del matrimonio. Cuando Kate apareció ante la verja, dio el nombre de Catherine Conway y dijo que estaba casada con «un obrero». Thomas pudo haberla acompañado, aunque es más probable que la dejara al cuidado del asilo y se fuera a buscar trabajo.

Aunque Conway podía descansar seguro de que su «esposa» tenía un techo sobre su cabeza, la enfermería del asilo no era precisamente un sitio seguro para tener un niño. Las salas de maternidad especializadas eran excepcionales; más bien las mujeres que daban a luz solían integrarse en la sala general junto a pacientes con una variedad de males y enfermedades

contagiosas, desde la tuberculosis a la viruela o la sífilis. La higiene era espantosa. La reformadora de la Ley de Pobres Louisa Twinning informó de que, durante su visita a una sala de mujeres, descubrió que un lavabo roto se había llegado a convertir en un desagüe abierto; la limpieza se llevaba a cabo sin desinfectantes y los niños nacían sin que se usaran ni agua ni jabón. En la enfermería del asilo de Yarmouth, donde Kate dio a luz a su hija, Catherine, *Annie*, Conway, el 18 de abril de 1863, se señalaba que se solían dejar abiertos los chorros de gas para espantar a las ratas de la enfermería. Por desagradable que pudiera parecer eso, para Kate hubiera sido preferible dar a luz a su primera hija en el barro de una cuneta.

La llegada de la pequeña Annie Conway habría ralentizado algo el vagar de la pareja por ciudades y pueblos. De hecho, la visión de un bebé atado a la espalda de Kate o acurrucado contra su pecho no hacía más que aumentar las ofertas de una barra de pan o el ofrecimiento de un lugar cómodo donde descansar. En los años que siguieron al nacimiento, la pareja siguió vagabundeando. Llegaron hasta Newcastle por el norte, y a finales de verano estaban en Hull, antes de volver a Coventry, y después se detuvieron brevemente en Londres en junio de 1864, lo que pudo ser la primera visita de Kate desde que se fue de la ciudad. En el transcurso de sus viajes, Kate había puesto a dormir a Annie en establos, atrios de iglesias, junto a paredes o bajo los árboles mientras la lluvia los azotaba. Semejante modo de vida nunca les habría resultado enteramente satisfactorio, aunque ella debió de haber encontrado algo que los mantuviera: la alegría de la interpretación; quizá cantar y el contar y componer historias. Y la bebida sería una ayuda cuando se lo podía permitir.

Aunque recorrieron el país de un extremo a otro por insistencia de Conway, siempre en busca del éxito, irónicamente él lo encontraría en Staffordshire, justo ante las narices de la familia Eddowes.

A primera hora de la mañana del 9 de enero de 1866, muchos espectadores envueltos en bufandas y chales empezaron a apelotonarse en el patio de la prisión de Stafford. Hacía tiempo que no había un ahorcamiento por un «crimen carmesí». Mucha gente se había levantado temprano y había venido de los pueblos de alrededor para ver como el asesino, Charles Christopher Robinson, se retorció como un pez en un hilo de pescar cuando lo ahorcaran. Los vendedores de té, café y leche caliente habían montado sus puestos. La muchedumbre se llenaba el estómago con bollos de pasas, huevos cocidos, manitas de cordero y pasteles. Aunque el entusiasmo popular por las ejecuciones públicas había empezado a decaer hacia 1860, la emoción de los

ahorcamientos podía compararse con la excitación que provocaba una feria o un día de mercado. Los trabajadores de las fábricas e hilanderías se habían parado a mirar de camino a su trabajo, los vecinos se reunían y charlaban, y los buhoneros se acercaban a vender su mercancía. Entre los que se daban codazos y empujones para tener una visión mejor de la caída estaban Kate y Thomas Conway.

Los días de ahorcamiento eran una bicoca para los vendedores de baladas y libros de cordel, que cantaban en verso los lamentos del asesino. Nada se vendía mejor que las historias de asesinatos. En cuanto se anunciaba una ejecución, todos los bardos de a penique e impresores del condado peleaban por sacar su versión en tinta. En muchos casos, las «auténticas» últimas confesiones, algunas supuestamente hechas en el patíbulo, se vendían en el patio de la cárcel antes aún de que hubieran sido pronunciadas. Las ejecuciones habrían sido el pan nuestro de cada día para Kate y Thomas. Gran parte de los viajes que hacían eran para llegar a pueblos en los que se ajusticiaba a alguien. Sin embargo, aquel ahorcamiento debió de ser especialmente importante para la pareja, pues Charles Christopher Robinson era primo lejano de Kate.

Como ella, Charles era huérfano. Se crio en la casa de Josiah Fisher, un pariente que trabajaba como agente inmobiliario en Wolverhampton. Fisher, persona de cierto nivel y riqueza, trabajaba como guardián de otro miembro de la familia en apuros, Harriet Seager, la hermana del hijo de su esposa. Como Seager era más o menos de la misma edad que Charles Robinson, surgió un romance; finalmente, la pareja se comprometió, aunque Harriet no se fiaba del mal carácter y los celos de su novio. El 26 de agosto de 1865, vieron a Robinson caminando fuera de sí por el jardín, sin lavar, sin afeitarse y vistiendo solo una camisa. Tras encontrar a su amada, se había iniciado una discusión en la que Robinson trató de agarrar y besar a Harriet. Ella rechazó sus avances y él la abofeteó. La pareja se separó, enfadada. Pero Robinson no estaba dispuesto a perdonarla por haberse peleado con él. Poco tiempo después, un sirviente lo vio bajando por las escaleras hasta la trascocina con su navaja de afeitarse. Unos ruidos frenéticos y un disparo alertaron del crimen a los habitantes de la casa. Cuando lo encontraron, aullando y chillando, vieron que Robinson había intentado sin suerte dispararse a sí mismo y que estaba tratando de cortarse la garganta con una navaja. A sus pies, en un charco de sangre, yacía Harriet Seager, «con un corte en la garganta que le había dejado la espina dorsal a la vista»^[242].

No se sabe hasta qué punto Kate conocía a su primo, pero ella y Conway estaban decididos a sacar partido de esa relación. En los archivos de Wolverhampton hay una copia de una de las publicaciones que al parecer están relacionadas con la pluma de Thomas Conway y Kate Eddowes: *Una copia de los versos sobre la espantosa ejecución de Charles Christopher Robinson, por el asesinato de su amada, Harriet Seager, de Ablow Street, Wolverhampton, 26 de agosto*, escrita para venderse en la ejecución en 1866^[243]. La perspectiva de la balada es interesante. Aunque muchos autores habrían escrito un relato dramático del crimen, o le hubieran dado forma a los hechos para convertirlos en una historia de amor asesino, la letra describe a Robinson como una figura arrepentida que merece compasión.

Venid todos, amigos cristianos.
Oíd mi cuento.
Es de un cruel asesino.
Fue colgado en Stafford Gaol.
El horrible crimen que cometí
es espantoso de oír.
Maté a la que una vez amé,
mi querida Harriet Seager.
Charles Robinson es mi nombre.
Con pena me sentí oprimido.
Pensar en lo que he hecho
me privó de mi descanso.
Dentro de los muros de Stafford Gaol,
lloré amargamente.
Y cada momento parecía decir:
«¡Pobre alma, prepárate a morir!».
Merezco mi funesto destino.
Nadie puede tener piedad de mí.
Pensar que con sangre fría
pude quitarle la vida.
Ella, que no me había hecho ningún daño.
¿Cómo pude hacerle eso?
Nadie puede decir ahora lo que siento.
Mi corazón está lleno de congoja
Oh, dentro de mi oscuro calabozo,
tristes pensamientos llegaron hasta mí.
El cruel hecho que llevé a cabo
apareció ante mi rostro
mientras yacía en la celda de mi prisión.
De esas horrendas visiones surge.
La dulce forma de aquella a quien maté
apareció ante mis ojos.
Oh, satán, potente demonio,
¿por qué me obligaste a hacerlo?
Oh, ¿por qué permití que tus cadenas
atraparan mi débil mente?
Ante mis ojos apareció

superior a todas las demás.
Y fue por celos
por lo que maté a la pobre Harriet Seager.
Ojalá mi fin sea una advertencia
a toda la humanidad.
Pensad en mi desgraciado sino
y tenedme presente,
ya seáis ricos o pobres.
El amor de vuestros amigos y amados,
y que Dios corone vuestros pasajeros días
con bendiciones desde arriba.

Aunque Kate seguramente habría visto cuerdas apretarse alrededor de los cuellos de muchos villanos, presenciar la ejecución de un pariente debió de ser una experiencia distinta. Nunca sabremos si le afectó ver a gente de su familia vestida de duelo. Tampoco sabremos si estos reconocerían a aquella impertinente cantante que esparcía sus versos al aire.

Si debemos creer lo que cuenta el *Black Country Bugle*, la balada de Kate y Tom les supuso ingresos excepcionales aquel día. La pareja recaudó tanto que pudieron «volver desde Stafford a todo tren, reservando asientos interiores en la diligencia de Ward con las ganancias». Los ingresos permitieron a Conway comprarse un burro y un carro, así como encargar otras cuatrocientas copias de su impresor en Bilston, que después vendieron «a un ritmo regular el lunes siguiente». Se dice incluso que Conway le compró a Kate «un sombrero floreado». «Tal era su estilo de vida —continúa el artículo— que vivieron durante un tiempo en un alojamiento de Moxley», un pueblo cerca de Wednesbury. Este golpe de buena suerte era lo que Conway había estado persiguiendo desde hacía años. En lugar de dormirse en los laureles, se sugiere que pensó en trasladarse definitivamente a Londres, «donde sus talentos como rimador [...] se apreciarían aún más»^[244].

La veracidad del relato del *Black Country Bugle* sobre las vidas de la pareja siempre se puso en cuestión, pero los registros de la pensión de Conway sugieren que la pareja empezó a pasar más tiempo en Londres a partir de ese momento. La decisión de establecerse en la capital pudo responder en parte a las ambiciones de Conway, pero también a otros factores. Si Kate había aprendido algo desde la muerte de sus padres, era que su verdadera familia no era la que vivía en Wolverhampton. Londres era el escenario de su juventud y el hogar de sus hermanas. Tras años de vagabundear, había llegado la hora de que la hija pródiga regresase.

La guardiana de su hermana

*E*mma siempre había tratado de hacer las cosas bien. Como segunda hija de una familia numerosa, le habían colocado un bebé llorón tras otro. Le habían enseñado a revolver la sopa, a cambiar los pañales sucios de los bebés, a mantener a los pequeños alejados de los carbones ardientes y de las ruedas de los carruajes. Había vigilado a su hermano Alfred, ayudándolo cuando tenía ataques, ofreciendo protección a un hermano mayor que no podía devolverle el favor. Fue Emma la que ayudó a cuidar a su madre moribunda. Fue Emma la que trató de consolar a su padre enfermo. Fue Emma la que aprendió a leer y escribir, la que se puso a servir para mantener a sus hermanos y hermanas. Fue Emma la que sufrió al pensar cómo iban a vivir aquellos niños huérfanos cuando ya no tuvieran un hogar. Y también fue Emma quien envió a Kate a Wolverhampton, esperando los mejores resultados, mientras ella siguió en su puesto, fregando, lavando y sirviendo afanosamente a una familia de clase media, ahorrando en silencio lo que iba ganando. Hacia 1860, a los veinticinco años, conoció a James Jones, un vecino de su hermana Harriet, que vivía en Clerkenwell. James y su familia eran cereros (hacían y vendían velas), en otro tiempo una profesión apreciada, con su propio gremio antes de que los faroles de gas y las lámparas de gas caseras empezaran a acabar con el oficio. Emma hizo lo que se esperaba de una mujer de su época; el 11 de noviembre, se casó con el hombre que le había tirado los tejos. Solo después empezaron a llegar los hijos: seis en total.

En ausencia de Kate, la vida de sus cuatro hermanas mayores siguió creciendo y uniéndose como las raíces de un árbol. Durante la década de 1860, las mujeres que la habían guiado y cuidado como madres habían conseguido mudarse de Bermondsey, al sur del río, a Clerkenwell, un distrito de clase trabajadora establecido alrededor del mercado de carne de Smithfield. Todas se habían casado en la misma iglesia, Saint Barnabas, y vivían a pocas calles de distancia unas de otras. Eliza se había casado con un carnicero de la zona, James Gold, en 1859, mientras que Harriet y Robert Garrett santificaron su unión en 1867 tras un periodo de convivencia durante el que no tuvieron hijos. Solo Elizabeth vivía al otro lado del Támesis, en Greenwich, donde se estableció con su marido, Thomas Fisher. A pesar del trabajo inherente a una familia que no paraba de crecer y a las

responsabilidades del hogar, las hermanas permanecían en contacto regularmente, compartiendo cotilleos y noticias. Un día, la noticia fue que Kate había vuelto a Londres.

La niña sin madre de quince años que Emma había enviado como un paquete a un destinatario desconocido había vuelto hecha una mujer, con una hija y un hombre al que llamaba su marido. Sin embargo, Kate tuvo cuidado de no revelar demasiados detalles de su vida a sus hermanas. En principio, le dijo a Emma que ella y Conway se habían establecido en Birmingham, sin contarle nada de su vida como vagabundos. Su estado marital y que no llevara anillo de boda también debió de suscitar preguntas, así como el burdo tatuaje de las iniciales de Thomas Conway que llevaba en el antebrazo.

Aunque se pusieran de moda a finales del siglo XIX, a mediados de la época victoriana, pocos símbolos se asociaban tanto con los bajos fondos como los tatuajes. Tradicionalmente, el arte del tatuaje había sido territorio de los marineros que habían viajado a determinados lugares de Asia y Oceanía, donde adornarse con tinta era habitual. La práctica del tatuaje los siguió hasta Gran Bretaña, así como la reputación de los marinos de pobreza, vicio y delincuencia. Se sabía que los soldados también llevaban iniciales, insignias del regimiento y otros diseños dibujados de manera permanente en los miembros y el torso. Thomas Conway no era ajeno a la visión de serpientes, corazones, cruces y nombres de amadas dibujados en los bíceps de sus compañeros de armas. Sin embargo, aunque a los hombres se les podía perdonar por pintarrapear su cuerpo como una señal de masculinidad y espíritu de aventura, el tatuaje entre las mujeres no se contemplaba con tanta indulgencia: un tatuaje en el cuerpo de una mujer no solo incumplía las convenciones de pureza y belleza femeninas, sino que también la masculinizaba. El tatuaje era sucio y doloroso; en el siglo XIX, incluía la participación de una aguja, un frasco de tinta y una sucesión continuada de pinchazos. Cualquier mujer que buscara semejante experiencia estaba tratando de desafiar su «delicadeza natural» y alterar permanentemente la apariencia que Dios le había dado. Como muchas de las decisiones que había tomado Kate (no casarse, tener un hijo fuera del matrimonio y llevar una existencia nómada), hacerse un tatuaje era algo profundamente subversivo. Es probable que fuera idea de Thomas Conway; incluso que él tuviera las iniciales de ella tatuadas en el brazo. Quizá fue un medio particular de sellar su compromiso sin anillos de boda ni ceremonia religiosa.

Independientemente de lo que Harriet, Emma, Eliza y Elizabeth cuchicheasen acerca de su hermana, su llegada a Londres sugiere que

necesitaba un cambio. En 1868, Conway y ella se establecieron en lo que se describió como una casita «pequeña y cómoda» en el 13 de Cottage Place. La zona, cercana a Bell Street en Westminster, estaba bastante lejos de Clerkenwell. Eso podía indicar que la relación con su familia era inestable: entre la cercanía y la enemistad. No se sabe si sus hermanas estuvieron presentes para ayudarla en el parto de su segundo hijo, Thomas Lawrence Conway, pero, en marzo de 1869, ella no tuvo inconveniente en ponerle a su tercera hija el nombre de su hermana: Harriet.

Si Conway había traído a su esposa e hija a Londres para seguir dando rienda suelta a sus ambiciones, al cabo de tres años sus esperanzas quedaron frustradas. Aunque la capital ofrecía un mercado más amplio para la venta de baladas y libros de cordel, no había una zona concreta en la que Thomas se hubiera establecido. A finales del siglo XIX, Londres era hogar de cientos de individuos que vendían sus canciones en la calle. En realidad, puede que fueran miles. Y, peor aún, Westminster era uno de los principales refugios de estos vendedores, que se habían ganado la reputación de mendigar además de cantar^[245]. En el pasado, tal panorama no les habría importado ni a Conway ni a Kate, que simplemente hubieran cortado amarras para mudarse al norte o al sur, donde hubiera mejores posibilidades. Pero, ahora, el peso de unos niños pequeños los había atado a un lugar fijo. A pesar de su enfermedad cardíaca, Thomas volvió una vez más a hacer trabajos físicos para llegar a fin de mes. Durante un tiempo trabajó como ayudante de albañil, con lo que consiguió pagar el alquiler y algo de comida por una temporada, pero esos lujos duraron poco. El dinero escaseó y la pequeña Harriet Conway, que chupaba el seno vacío de su madre, empezó a marchitarse. Al cabo de tres semanas, Kate informó de la muerte de la niña por desnutrición. Sintió las últimas convulsiones de la niña en sus brazos.

Tal vez fuera la muerte de su hija lo que empujó a Conway a pensar en marcharse de Londres en busca de trabajo. Fue a finales de año. Aquel invierno puso rumbo al norte, hacia Yorkshire. En su ausencia, Kate se llevó a Annie, de siete años, y a Thomas, de dos, a Abbey Wood, cerca de Greenwich, posiblemente a vivir con su hermana Elizabeth y su familia. Como los Fisher eran ocho en 1870, el acuerdo debió de ser temporal. El 20 de enero, Kate, Annie y el pequeño Thomas aparecieron ante las verjas del asilo de Greenwich Union.

Lo que había empezado como un método temporal de solucionar un problema se convirtió en un modo de vida para Kate. A lo largo de los diez años siguientes, cada vez que se veía ante la desgracia, se ponía bajo el cobijo

de la beneficencia. El 15 de agosto de 1873, dio a luz a otro hijo, George Alfred Conway, en la sala de maternidad del asilo de Southwark. Los registros indican que la longitud de sus estancias variaron: a veces, fueron varias semanas; otras, meses. En cada ocasión, Kate iba acompañada por uno de sus hijos, si no de todos.

Para una mujer desamparada, entrar en el asilo con sus hijos suponía una serie de complicaciones. Según la Ley de Pobres, las madres solteras con hijos ilegítimos no tenían derecho a recibir «alivio exterior», o donativos de la parroquia destinados a ayudar a las familias pobres que residían en sus propios alojamientos. A las autoridades les preocupaba que proporcionar ayuda financiera a mujeres inmorales en sus propios hogares fuera lo mismo que subvencionar la prostitución. Aunque eran conscientes de que muchas mujeres pobres como Kate convivían con parejas monógamas según la ley común, no se hacía distinción real entre esas «mujeres caídas» y las prostitutas reconocidas. En lo que respectaba a la «sociedad respetable», una mujer, o bien había tenido a su hijo como resultado de una unión legal, o bien era el resultado de una unión pecaminosa. Una vez en el interior de las puertas del asilo, la Junta de Guardianes tenía la libertad de discriminar entre las decentes y las condenadas; podían separar a las mujeres caídas de las jóvenes impresionables, o alimentar a las madres que habían dado a luz a hijos ilegítimos con una dieta de castigo de caldo aguado.

Después de haber pasado por lo que se conocía como «el arco de las lágrimas», la rutina de admisión para familias habría sido la misma para todos, independientemente del estatus marital de la madre. Todos estaban separados por género y edad, se les quitaban las ropas y sus posesiones, se les mandaba al baño y se les entregaba su uniforme del asilo. Según las estipulaciones de la Ley de Pobres, a los niños de menos de siete años se les permitía quedarse con sus madres, durmiendo en sus sucias camas duras y jugando con ellas en el banco mientras las mujeres destejían estopa. A los niños de entre siete y catorce años se los separaba de sus padres y los mandaban a vivir a dependencias escolares separadas. Se permitían «entrevistas» parentales con los hijos en el comedor una vez a la semana, siempre que estos permanecieran en el mismo sitio. En noviembre de 1876, cuando Kate llegó a Greenwich Union anticipándose al nacimiento de su cuarto hijo, Frederick^[246], a George Alfred, de tres años, se le permitió permanecer a su lado, pero a Annie, que por entonces tenía trece, y a Thomas, de ocho, se los envió a la Escuela Industrial de Sutton.

A pesar de su terrible reputación, el asilo a menudo podía hacer bien, sobre todo en las vidas de los niños desasistidos. La insistencia de la Unión de la Ley de Pobres de que los asilos proporcionaran lecciones de alfabetización y aritmética durante un mínimo de tres horas al día significaba que muchos niños y niñas podían adquirir al menos una educación superficial. Con estos medios se creía que tendrían una oportunidad de salir de la trampa de la pobreza en la que sus padres y abuelos habían caído. Para mejorar la situación, en 1857, el Gobierno ordenó la expansión de lo que se llamaban «escuelas industriales», que luchaban para sacar a los pequeños pobres no solo de la influencia corruptora del asilo, sino también del entorno insano de los centros urbanos, y proporcionarles una educación práctica. Esto se refería a una enseñanza ocupacional además de la escolarización formal, para proporcionarles los medios de ganarse unos ingresos respetables. A los niños se les enseñaban oficios como la zapatería, la sastrería, la carpintería y la música; a las niñas se las educaba en las artes del hogar, como las labores de aguja y el punto, con el fin de prepararlas para una vida en el servicio doméstico.

La escuela a la que Annie y su hermano Thomas asistieron acogía a la mayoría de los niños de asilos de las parroquias del sudeste de Londres. Tenía capacidad para unos mil escolares. En la década de 1870, sus instalaciones se consideraban de primera calidad e incluían amplias cocinas, una lavandería, lavabos, una sala de calderas y un motor de vapor para sacar agua fresca para los depósitos de la escuela. Además de huecos de escaleras abiertos, espaciosos dormitorios y clases, había talleres para aprender oficios, así como una granja donde los estudiantes aprendían agricultura. En comparación con Dowgate (la pequeña escuela de caridad a la que había asistido Kate), las instalaciones de la Unión de la Ley de Pobres ofrecían muchas más posibilidades para que los niños mejoraran sus perspectivas. Según las memorias del anónimo «W. H. R.», antiguo pupilo de Sutton, sus experiencias en la escuela se dividían entre los estímulos compasivos de algunos de sus profesores y la violencia brutal de otros. Sin embargo, en general, Sutton ofrecía camas más limpias, más comida y un entorno más alegre que el asilo de Greenwich Union, con la posibilidad de cantar y hacer música en el armonio. El régimen tuvo un impacto más que positivo en él. «En Sutton —concluía—, me libré de la pobreza, pues, ocurriera lo que ocurriera, estaba decidido a no volver a entrar jamás en el asilo como un pobre^[247]».

Su éxito también puede medirse en términos del impacto que tuvo en las vidas de los hermanos menores de Kate, Thomas, George y Mary, a los que se

les envió allí desde el asilo de Bermondsey tras la muerte de su padre. Después de algunos años, George se había formado como zapatero, mientras que Thomas Eddowes aprendió música y se unió a la banda del 45 Regimiento de Infantería de Nottinghamshire en Preston. Mary también consiguió sacar sus «estudios domésticos» adelante y asegurarse un puesto como sirvienta^[248]. Si Kate hubiera sido un año más joven en 1857, también podría haberse beneficiado del plan de estudios de Sutton y el curso de su vida podría haber sido muy distinto.

A finales de la década de 1870, los problemas de Kate se intensificaron. Como muchas mujeres de clase trabajadora, se vio atrapada en un círculo vicioso: Conway tenía que salir de Londres para encontrar trabajo, pero, al hacerlo, abandonaba a su pareja de hecho y a sus hijos. Por mucho que una mujer trabajara en fábricas, talleres o lavanderías, vendiendo objetos en las calles o haciendo encargos en casa, ningún trabajo podría proporcionarle la cantidad de dinero suficiente para cubrir las necesidades de una familia y evitar que fuesen a parar al asilo. Peor aún, cuando Conway regresó, se había vuelto violento.

Las ausencias de Conway y la extrema dureza a la que la familia se había enfrentado habían empezado a derivar en peleas físicas. Las hermanas de Kate y su hija se habían dado cuenta de que estaba surgiendo un oscuro patrón. Aunque Emma dijo que, «en conjunto, vivían felices juntos», las «peleas entre ellos» empezaron a ser difíciles de ignorar. Según Annie y Emma, los desacuerdos de la pareja aumentaron porque Kate tenía el «hábito de beber en exceso», mientras que Conway era abstemio. Parece ser que la pareja «nunca pudo ponerse de acuerdo» en ese tema. Y tanto Annie como sus tías finalmente llegaron a la conclusión de que, en ese sentido, Kate era la causante de sus propias desgracias.

Semejante actitud no estaba en disonancia con los sentimientos victorianos de las clases trabajadoras respecto a la violencia doméstica, que solía responsabilizar a las mujeres de las palizas. Se creía que cierto grado de violencia dentro del hogar tenía un efecto disciplinario. Los maridos no sentían remordimiento alguno por propinar una bofetada, mientras que a las esposas se les hacían sentir que quizá «lo estuvieran pidiendo»^[249]. El disgusto de un marido podía provenir de una larga serie de ofensas que incluían el uso de lenguaje obsceno, el rechazo de sus acercamientos sexuales, la desobediencia, la impertinencia o, simplemente, el desafío a su papel dominante en la familia. Sin embargo, en estos casos, nada parece haber influido más que el alcohol. Era tan probable que un hombre borracho pegara

a su mujer como que uno sobrio que desaprobaba la embriaguez de su esposa lo hiciera. En las denuncias por violencia, la embriaguez solía usarse como eximente por parte de la defensa del cónyuge, a menudo con éxito^[250]. En 1877, el mismo año en que la unión de Kate y Thomas Conway empezó a fracturarse bajo unas circunstancias parecidas, un libro de texto legal, *Principios de castigo*, describía la violencia contra la mujer como un crimen que «varía infinitamente en grados de criminalidad». Aunque algunos casos graves podían acarrear penas de prisión, el autor concluía que la mayoría de los incidentes de abuso físico se podían considerar tan «insignificantes como para permitir casi una justificación».

Sin embargo, había límites y no todo el mundo en una comunidad o en una familia estaba dispuesto a hacer oídos sordos. Aunque los vecinos y los amigos podían evitar con tacto la violencia física durante una disputa doméstica, las comunidades vigilaban estrechamente a las parejas que se peleaban observando a la mujer, o recordando al hombre que podían oír lo que estaba haciendo. En general, se actuaba indirectamente, ofreciendo refugio a las mujeres cuando necesitaban escapar de la ira de su marido. Y así actuaron las hermanas Eddowes con Kate.

Entre noviembre de 1876 y diciembre de 1877, Kate entró y salió de asilos y de sus patios en al menos siete ocasiones. El 6 de agosto de 1877, la detuvieron por embriaguez y desórdenes públicos; la enviaron a la cárcel de Wandsworth durante catorce días^[251]. En cada ocasión, incluida la de su encarcelamiento, se llevaba a alguno o a todos sus hijos con ella. Cuando la vida de Kate se hacía pedazos, Emma estaba allí para recogerlos. Según una entrevista con el *London Daily News*, en el peor de los momentos, Kate adoptó la costumbre de aparecer en la puerta de su hermana y pedirle ayuda. Emma recordaba que su cara estaba «horriblemente desfigurada» por los golpes de Conway. Kate, con las emociones desatadas por la bebida, lloraba y decía: «Me gustaría ser como tú»^[252]. Aunque la vida de Emma, limitada a unas cuantas habitaciones viejas en Bridgewater Gardens, no parecía muy envidiable, para su hermana sí que lo era, y mucho.

La situación no hizo más que empeorar. En diciembre de aquel año, volvieron las peleas con Conway. Poco antes de Navidad lo dejó. Fue a pasar la noche en el patio del asilo, y se llevó con ella a Frederick, de nueve meses^[253]. El día de Navidad, que pasó con sus hermanas y sus familias, se habían reconciliado, al menos en parte. Por desgracia, las celebraciones no fueron bien. Las mujeres de la familia Eddowes se quedaron impresionadas ante el deteriorado aspecto de Kate. Emma recordaba que «tenía los dos ojos

amoratados» y «una cara espantosa». También estaba horrorizada ante la actitud de Thomas. «Ese hombre, Conway, parecía estar apegado a ella», aunque a Emma le parecía difícil adivinar cómo podía existir afecto entre ellos, sobre todo cuando resultaba tan evidente que su hermana «sufría su brutalidad». Para disgusto de Emma, Conway no mostraba vergüenza alguna por sus acciones y comentaba abiertamente con un suspiro de exasperación: «Kate, un día de estos, me colgarán por tu culpa»^[254]. Ocurriese lo que ocurriese durante la reunión familiar, Kate no salió mejor parada a los ojos de sus hermanas que Thomas Conway. Ya fuera por sus excesos con la bebida o por otro motivo, Emma indica que surgió una escaramuza entre ellos y que, finalmente, ella y Harriet rompieron sus relaciones con Kate. Por desgracia, este patrón de alejamiento familiar no haría sino empeorar las cosas.

Como muchas mujeres atrapadas en el ciclo de la violencia doméstica, Kate siempre volvía con Conway. La pareja experimentaba periodos de estabilidad y de discordia, armonía y caos, que hacían mella en la vida de sus hijos. Sus eternos problemas económicos los forzaban a continuos traslados, de Westminster a Southwark y Deptford, ocupando habitaciones individuales y recurriendo a pensiones si era necesario. Sin embargo, con Annie, que era lo suficientemente mayor como para cuidar de sus hermanos pequeños y ocuparse de la casa, Kate podía aceptar cualquier trabajo que encontrara. A veces, era en una lavandería; otras, fregando para sus vecinos mejor situados. Sin embargo, hacia finales de la década de 1879, parece ser que ella y Thomas Conway volvieron juntos a la venta de baladas.

En 1879, su lugar habitual era Mill Lane, una pequeña calle comercial cercana a las barracas del ejército de Woolwich, frecuentada por una serie de vendedores y buhoneros que suministraban mercancías a residentes y soldados. El 4 de octubre, Thomas, de once años, y su hermano George, de seis, acompañaron a sus padres mientras cantaban y vendían sus poemas. Finalmente, los padres se alejaron y dijeron a los niños que esperaran donde los habían dejado, frente al número 8 de Mill Lane. Cuando empezó a oscurecer y nadie seguía sin venir a recogerlos, se empezaron a hacer preguntas. Alguien acompañó a los niños al asilo de Greenwich, un lugar que conocían bien. Pasó casi una semana antes de que Kate los localizara y los reclamara^[255]. A este incidente siguió otro similar el 11 de noviembre. Esta vez, a los niños los acompañó al asilo el oficial de policía 251, que los había encontrado «abandonados por su madre» en la calle^[256]. No pudieron localizar a Kate. Casi un mes después, llamaron a su hermana de dieciséis años para que fuera a recogerlos. Nadie sabe dónde estaba Kate. Sin duda, su

comportamiento suscita muchas preguntas acerca de su estado mental y su alcoholismo. Antes, ese mismo año, había perdido a su hijo pequeño, Frederick, algo que pudo complicar su situación.

La relación destructiva entre Kate y Thomas Conway continuó a duras penas hasta 1881. Aunque en el censo de aquel año aparece que convivían con sus dos hijos en Chelsea, en una habitación en el 71 de Lower George Street, en otoño la pareja se había separado. Cuando los periodistas entrevistaron a Conway y a su hija, ninguno de los dos recordaba exactamente cuándo había ocurrido aquello; sin embargo, Conway no tardó en describirse como víctima. Según su versión, había dejado a Kate por su problema con la bebida. Se aseguró de llevarse consigo a sus hijos cuando se marchó. Las hermanas Eddowes lo niegan. Elizabeth dijo que su hermana había dejado a Conway «porque la trataba mal», aunque Annie añadió que, «antes de que se dejaran mutuamente, ella [Kate] nunca estaba con él más de doce meses seguidos»^[257]. La separación se forjó durante meses. Cuando se formalizó, supuso un alivio para ambas partes.

Durante un tiempo, tras la ruptura de su relación con Conway, Kate parece haber buscado la ayuda de su hermana Elizabeth, aunque esta situación no duró mucho tiempo. Como Emma y Harriet antes que ella, Elizabeth pronto encontró insoportable el comportamiento de su hermana. Una vez más, en septiembre de aquel año, detuvieron a Kate por embriaguez; la sacaron de la calle mientras soltaba obscenidades a los que pasaban. En esa ocasión, el juez no la mandó a la cárcel. Pero si la ley fue indulgente, la familia no lo fue. A finales de aquel año, Elizabeth también había roto su relación con su hermana pequeña.

Ahora, sin Elizabeth, sin Conway ni sus hijos, sin Emma o Harriet, Kate buscó la compañía de la única hermana con la que aún mantenía un lazo: Eliza.

En algún momento anterior a 1881, Eliza Gold se había quedado viuda. Aunque su marido había sido carnicero, un oficio especializado y respetado, la familia tenía problemas económicos. No parece que hubieran ahorrado, por lo que Eliza se vio en una posición muy comprometida. Sin ahorros ni pensión, y con un hijo que aún no tenía edad para ganarse el sueldo, era fundamental que Eliza buscara otra pareja lo antes posible^[258]. Se sabe poco de Charles Frost, el hombre al que llamó su segundo marido. Ambos estaban viudos y, según la tradición de muchos hombres y mujeres de clase trabajadora que formaban uniones después de un duelo, decidieron no oficializar sus votos. En una entrevista, Eliza dijo que su «marido» «trabajaba

en los muelles descargando fruta», y que ocasionalmente vendía libros de a penique en la estación de Liverpool Street^[259].

Hasta la muerte de James Gold, Eliza había vivido cerca de sus hermanas, ya fuera en Clerkenwell o en Hoxton, pero la viudedad y Charles Frost la llevaron hasta Whitechapel. Al menos desde 1881, los Frost vivieron en una buhardilla en el 6 de Thrawl Street con su hijo y una hija de la relación anterior de Frost. No era un buen sitio. Mientras que en Hoxton había vivido en una zona mixta en la que había pobres y gente acomodada, Thrawl Street era uno de los pozos de pobreza más conocidos de Spitalfields^[260]. Allí fue Kate para visitar a su hermana, probablemente con la idea de pedirle un par de monedas, si no algo de comer o un hueco en su cama.

Aquel año, cada vez que tenía los cuatro peniques necesarios, Kate alquilaba una cama en el 55 de Flower and Dean Street, una pensión que estaba a la vuelta de la esquina de la casa de su hermana. «Cooney's», como llegó a ser conocida más tarde, también era la pensión preferida de John Kelly, el hombre que llenaría el vacío dejado por Thomas Conway. Según Kelly (aunque en sus palabras se entrevé cierto adorno periodístico), «puso los ojos por primera vez en Kate» cuando ella estaba en el 55 de Flower and Dean Street. Después de «estar viéndose una temporada», ambos se gustaron «y decidieron llegar a un acuerdo regular»^[261].

Si a las mujeres de la familia Eddowes no les gustaba Thomas Conway, el desprecio que sentían hacia John Kelly fue aún mayor. Por lo que se refería a Emma, la vida de Kate «fue de mal en peor» cuando dejó a Conway; al menos, cuando estaba con su maltratador, «su casa era limpia y cómoda»^[262]. Mientras que con Kelly no tenía hogar, solo una sucia cama provisional en una pensión. Aunque se le describe como «silencioso e inofensivo», que era más de lo que podía decirse de Conway, a ojos de la familia de Kate tenía un defecto importante que Conway no poseía: bebía, y mucho. Annie, que culpaba a su madre por haber destruido la familia, fue muy clara respecto a sus sentimientos acerca de Kelly: «Nunca he hablado con él y no me gusta»^[263].

Independientemente de los sentimientos de su familia, una vez libre de su maltratador, la vida de Kate se ciñó a un patrón más feliz, aunque no menos errático. Ella y Kelly compartían su amor por la bebida. Su afabilidad los hizo populares entre sus compañeros de Cooney's^[264]. Según las entrevistas que se hicieron en los periódicos a las personas que vivían en el 55 de Flower and Dean Street, Kate siempre estaba dispuesta a entonar una canción y no dudaba en emplear sus últimos cuatro peniques en alguien que no hubiera conseguido

el dinero para pagarse una cama. Durante un tiempo, ella y John trabajaron; Kate, como Elizabeth Stride, se dedicó a fregar para familias judías de la zona, mientras que John trabajaba en el mercado, aunque sus ingresos eran parvos e irregulares.

Aunque llegaron a considerar el 55 de Flower and Dean Street como su hogar, ellos, como la mayoría de los que vivían en las pensiones de Whitechapel, no podían permitirse pasar allí todas las noches. Kelly deja claro en sus declaraciones en la investigación que Kate y él podían pasar la noche en Cooney's o en el 52 de Flower and Dean Street, en los patios de los asilos o en las calles. Kate, que se había pasado gran parte de su vida durmiendo al raso, era bien conocida de los que dormían en las calles de Spitalfields. Tras su asesinato, un puñado de mujeres sin hogar fueron las primeras que acudieron a identificarla. La citaron como una de las «diez o veinte criaturas que no tienen medios para pagarse una cama» que solían encontrarse acurrucadas en un cobertizo situado junto a Dorset Street^[265].

La existencia precaria de Kate y Kelly no les permitía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Los registros de los patios de asilo indican que, desde 1883, la pareja parece haber viajado regularmente a Kent para buscar trabajo, vagando entre Londres, Dartford, Sevenoaks y Chatham. Kate nunca abandonó la venta callejera, que debía de haberse convertido en su modo de vida. Después de veinte años o más de vagabundeo, lo preferiría a tener una vida estable. La vida del vendedor ambulante, como debió de enseñarle Conway, no la supervisaba nadie, ni siquiera la familia.

Después de que Kate se fuera a vivir con John Kelly, hasta su hermana Eliza y su hija Annie intentaron distanciarse de ella. Annie se había ido de casa cuando era adolescente para convivir y más tarde casarse con un envasador de pigmentos negro, de humo, llamado Louis Philips. Según las declaraciones de Annie que aparecen en la investigación sobre su madre, Kate asediaba a la pareja: a menudo, aparecía en su puerta, embriagada y pidiendo limosna. La situación se volvió insoportable y los Philips tuvieron que mudarse para evitarla. Annie se quejó de que, mientras su madre bebiese, era imposible mantener una relación normal con ella. En agosto de 1886, la situación llegó a un punto crítico. Annie se había estado preparando para dar a luz a su tercer hijo. En aquella ocasión, llamó a su madre para que la ayudara. Kate accedió, pero insistió en que le pagaran por ello. Annie accedió de mala gana, para descubrir más tarde que su madre había cogido el dinero y había salido «a beber mucho». «El resultado fue desagradable [...] no nos separamos en muy buenos términos^[266]». Poco más de una semana después

de haber dado a luz, Annie había echado a Kate y había decidido que no quería saber nada más de ella. Los Philips se mudaron de su casa en el 22 de King Street en Bermondsey y no dejaron otra dirección.

La mayor diferencia respecto a sus otras relaciones es que John Kelly parecía pedirle muy poco. Aunque todos los que los conocían, desde las hermanas de Kate a sus amigos en la pensión de Cooney's, afirmaron que la pareja «sentía un sincero afecto el uno por el otro» y que Kate «nunca se fue con otro hombre», su conexión parece haberse basado más en lo práctico que en la complicidad emocional^[267]. Kelly decía que Kate era su mujer, pero ella prefería llevar el nombre de Conway, con el que, insistía, estaba legalmente casada. Kate solo usaba el nombre de Kelly cuando le resultaba conveniente. John nunca pareció haberle hecho demasiadas preguntas a Kate. Mantenía la distancia con su familia, sin preguntar nunca por su relación con Annie, sin hablar nunca de Thomas Conway, sin aventurarse jamás en los pensamientos íntimos de Kate. Para alguien que vivió como su pareja durante siete años, sabía muy poco de ella, ni siquiera que había nacido en Wolverhampton. Tal como él y otras personas declararon durante la investigación, rara vez se peleaban; Kelly solo recordaba una ocasión en la que «habían tenido unas palabras», antes de que, unas horas más tarde, Kate volviese con él^[268]. Kate y Kelly parecían haberse comprometido en ayudarse a sobrevivir. Cuando Kate conoció a John Kelly, había perdido las simpatías de la mayor parte de su familia, había sufrido violencia doméstica, había estado de luto y había experimentado la degradación del asilo, el hambre y la enfermedad^[269]. Así pues, dadas las circunstancias, lo que importaba era el aquí y el ahora: comprar la bebida que anesthesiaba el dolor y la comida que detenía el hambre. La compañía de Kelly, su protección en la calle y sus ocasionales ingresos hacían que la supervivencia fuese más fácil. Para una mujer que había tenido tan poco era suficiente consuelo.

«Nada»

*P*ara los que vivían en las partes más pobres de Londres, el final del verano traía la oportunidad de ganar algún dinero y divertirse en el campo en Kent participando en la cosecha de lúpulo. La recogida del lúpulo era lo más cercano a unas vacaciones que fuesen a tener jamás: la oportunidad de disfrutar del aire fresco, la camaradería del fuego de campamento y los barriles de cerveza y sidra gratis que aportaban los granjeros. Cada septiembre, miles de habitantes de las ciudades acudían a la zona; los que se lo podían permitir viajaban en tren, mientras que otros muchos iban andando por las carreteras desde Londres. En un buen año, como 1890, se calcula que entre cincuenta y sesenta mil hombres, mujeres y niños llegaron para la cosecha del lúpulo, donde les pagaron dos peniques la fanega por su trabajo y se albergaban gratis en cabañas, cobertizos o graneros cercanos a las plantaciones de lúpulo.

Sin pagar alojamiento y con la bebida regalada, Kate y John Kelly no se iban a perder semejante oportunidad para llenarse los bolsillos y saciar el estómago. Habían sido habituales entre los recogedores de lúpulo de años anteriores, y en el verano de 1888 se unieron a la procesión de londinenses que se dirigían al sur de Kent. Por desgracia, todos ellos se encontraron con una cosecha especialmente escasa. *The Echo* comentó que los trabajadores se dieron cuenta de que «no merecía la pena recoger el lúpulo» en muchas partes de Kent. «Después de probar muchas zonas para trabajar», los trabajadores tuvieron que «volver a Londres, sin haber ganado nada»^[270].

Kate y Kelly habían salido hacia finales de agosto, cuando en los huertos y los campos de bayas estaban buscando manos para recoger la cosecha. Esto formaba parte de su circuito habitual a través de Kent, y los dos habrían estado dedicándose a la venta ambulante además de buscar trabajos de recogida aquí y allá hasta que el lúpulo estuviera listo para cosecharse. Poco a poco, la pareja avanzó hacia Maidstone, donde habían oído que la cosecha era algo mejor que en otras zonas. Como capital del condado, Maidstone ofreció a Kate y a John la oportunidad de adquirir algunos objetos necesarios para el trabajo que tenían por delante; Kelly necesitaba un nuevo par de botas y una chaqueta, que compraron en una tienda de empeños. Después se dirigieron hacia Hunton, una aldea a unos ocho kilómetros, donde, como otros posibles

recogedores, pronto descubrieron que la cosecha era demasiado escasa y que «los de fuera no tenían nada que hacer»^[271]. Decepcionados, decidieron «volver a pie» a Londres^[272].

La pareja llegó a la ciudad la noche del jueves 27 de septiembre. Tras comerse y beberse lo poco que habían ganado en el campo, tuvieron que buscar alojamiento en el patio del asilo de Thavies Inn, en Shoe Lane. Después de años de vagabundeo, Kate y John se habían vuelto expertos en seleccionar los mejores sitios, y Thavies Inn era uno de los lugares favoritos entre la gente errante. A pesar de las reglas establecidas en el Acta Casual de Pobres de 1882, que exigía que todos los internos se quedaran durante al menos dos noches, para pasar un día entero deshaciendo estopa y picando piedras antes de marcharse, Shoe Lane era más laxo en la aplicación de la norma; se citaba como un lugar al que «los pobres acudían en masa» porque «la detención y el trabajo no son obligatorios»^[273]. Esto coincide con el relato de Kelly de los hechos; a él y a Kate los dejaron salir el viernes por la mañana temprano, lo que le permitió encontrar algo de trabajo en el mercado de Spitalfields. Aquella tarde había ganado seis peniques, cosa que cubría los gastos de alojamiento de una noche para uno de ellos, pero no para los dos. John, que no quería parecer un marido descuidado tras el asesinato de su pareja, dijo en su declaración oficial que se había ofrecido a caminar hasta el patio del asilo de Mile End mientras Kate cogía cuatro peniques para pagar la cama en Cooney's. «No, tú vas a ir a la cama y yo iré al patio del asilo», aseguró que dijo Kate. Sin embargo, lo que se acordó y lo que realmente ocurrió es un poco más «confuso», como el propio John Kelly admitió ante el juez de instrucción.

Gran parte de lo que se sabe de los movimientos de Kate y Kelly en septiembre procede del enmarañado relato de John, varias versiones del cual aparecieron en los periódicos^[274]. En principio, Kelly declara que Kate se fue a Mile End hacia las tres o las cuatro de la tarde el viernes, a hacer cola para conseguir una cama, pero no era cierto. El juez de instrucción sacó a relucir un billete de la casa de empeños por un par de botas que Kelly dijo que había empeñado, con fecha del viernes 28. John se vio cogido por sorpresa, ya que originalmente había dicho que había empeñado las botas el día siguiente, el sábado por la mañana, y había comprado comida y bebida con los dos chelines y seis peniques que le dieron. «Fue el viernes por la noche o el sábado por la mañana. Estoy muy confuso», declaró, cuando la mentira empezó a descubrirse. Más tarde reveló que, de hecho, había sido Kate la que había empeñado las botas aquel viernes por la noche, mientras Kelly se

quedaba descalzo en la puerta^[275]. «¿Había estado bebiendo cuando se empeñaron las botas?», le preguntó el juez de instrucción. «Sí», admitió Kelly mansamente. Su confesión dejó claro por qué sus recuerdos eran tan poco claros^[276].

De hecho, ni Kate ni Kelly habrían comido desde que salieron de Thavies Inn aquella mañana. Y lo primero que habrían pensado era en llenar sus rugientes estómagos con comida y bebida. Los seis peniques que John había ganado se habían ido en alcohol, circunstancia que explica su estado cuando empeñaron las botas. Según el testimonio de John, «la mayor parte» de los dos chelines y seis peniques que recibieron los usaron para comprar provisiones que tenían que durarles hasta la mañana siguiente^[277]. La pareja compró té y azúcar, que Kate cargó en los bolsillos de su falda, y seguramente unas cuantas bebidas más. Al final de la velada, les resultaría evidente que se habían quedado sin la mayor parte del dinero del empeño y decidieron que John se llevara cuatro peniques para una cama individual en la pensión. Aquella noche, Kelly no se quedó en el 55 de Flower and Dean Street, sino en el número 52. Es casi seguro que, por su parte, Kate no estaba entre los que se iban a quedar en el patio de Mile End. No solo no hay registro de su admisión, sino que Mile End no compartía la reputación laxa de Thavies Inn sobre la práctica de las reglas. Si Kate hubiera cogido una cama allí, tendría que haberse quedado durante dos noches para deshacer estopa. Sin embargo, parece que vio a John al día siguiente, nada menos que a las ocho de la mañana. John se resistió a decir que Kate había dormido al raso aquella noche, quizás incluso en el cobertizo que había junto a Dorset Street^[278]. Con los recientes crímenes de Whitechapel, admitir aquello no iba a quedar muy bien.

Evidentemente, al juez de instrucción y al jurado no les convencía mucho la versión de Kelly; no solo por sus muchas contradicciones en sus declaraciones, sino porque ellos, al igual que la policía y la prensa, estaban convencidos de que el objetivo del asesino eran las prostitutas. Ni el testimonio de John Kelly ni el de la hermana de Kate, Eliza Gold, o el de su hija, o incluso el de Frederick William Wilkinson, el vigilante de Cooney's, van por ese camino. Wilkinson, que aseguró que conocía a la pareja desde hacía siete años, afirmó que «nunca había oído que [Kate] tuviera ninguna intimidad con nadie que no fuera Kelly»^[279]. El juez de instrucción también presionó a John sobre este punto. En todo el tiempo que había estado con ella, dijo que nunca supo que Kate «saliera con fines inmorales por la noche»; ni

jamás «le había traído dinero por la mañana después de haber estado fuera». Nunca hubiera tolerado semejante situación, declaró.

Por desgracia, mientras defendía el honor de Kate, Kelly cometió el error de usar una frase de doble sentido. Cuando declaró que le preocupaba la falta de dinero para la cama, dijo que no quería «tener que verla caminando por las calles por la noche». El juez se percató de esto inmediatamente.

—¿Qué quiere decir con «caminar por las calles»? —preguntó.

—Bueno, señor, muchas veces no teníamos el dinero para pagar el alojamiento y teníamos que andar por ahí —aclaró John^[280].

«Caminar por las calles»^[281], como explicó William Booth en su libro *Darkest England*, formaba parte de la experiencia de los que dormían a la intemperie; describía la eterna búsqueda nocturna de un lugar tranquilo donde descansar antes de que un policía de patrulla les hiciera marcharse. Según Howard Goldsmith, era un modo de vida habitual para aquellos que frecuentaban las pensiones de Thrawl Street, Dorset Street y Flower and Dean Street. Cuando no estaban tirados «en los bordillos, en las zanjas, en montones de basura, en cualquier parte», se les podía ver andando «arriba y abajo con las manos en los bolsillos y los turbios ojos soñolientos casi cerrados»^[282]. Por desgracia, la aclaración de este término no sirvió para evitar que muchos periodistas insistieran en decir que Kate era una prostituta. Según el *Daily Telegraph*, que se hacía eco de los prejuicios de su época al tiempo que intentaba contar una historia más procaz, las mujeres sin hogar y las que vendían sexo eran lo mismo. El periódico informó de que Kate dormía regularmente en la calle o en un cobertizo junto a lo que llamaron «niños abandonados, prostitutas sin un penique, como ella misma...»^[283].

Pasara donde pasara la noche Kate, Kelly y ella estaban de vuelta en Cooney's el sábado por la mañana, acomodándose en la cocina comunal y pensando de nuevo en cómo conseguir el dinero para la noche. Finalmente, esa fue la razón que les hizo salir aquel día. Caminaron hacia el sur, en dirección a Bishopsgate, aunque probablemente no tenían ningún destino concreto en la cabeza.

A primera hora de la tarde, estaban cerca de Houndsditch, el centro del comercio de los ropavejeros judíos, una calle de tiendas cuyos tenderetes solían estar cubiertos con enaguas sucias y pantalones de lana deshilachados. Como John había empeñado sus botas el día anterior, es posible que Kate hubiera pensado en vender una de las múltiples capas que llevaba bajo su falda de *chintz* y su abrigo negro de paño. Pero como era sábado, el *sabbat* judío, la pareja solo encontró persianas cerradas.

Según Kelly, Kate sugirió que podía ir a Bermondsey e intentar que su hija le diese dinero. Seguramente, no lo dijo en serio. Hacía más de dos años que Kate no hablaba con Annie. Ni siquiera sabía su dirección. Como gran parte de la historia de John, los detalles de lo que sucedió entonces son «confusos».

No está claro dónde la pareja pasó la tarde. Houndsditch estaba a un corto paseo de Flower and Dean Street, pero por el camino había muchos establecimientos de bebidas. Como residentes en Whitechapel desde hacía siete años, Kate y Kelly debían de tener muchos conocidos y compañeros, muchos de los cuales habrían estado dispuestos a «invitarlos a una copa» o a varias; seguramente, la pareja los había invitado a ellos otras veces. Tras una o dos rondas, Kate tal vez pensara que era absurdo pretender encontrar a Annie por las calles de Londres.

Cuando John y Kate se separaron, ella le aseguró que estaría de vuelta a las cuatro. Según Kelly, no tenían ni un penique entre los dos. Ella bajó por Houndsditch hacia Aldgate. No llegó muy lejos. De hecho, hizo poco más que dar la vuelta a la esquina, una vez, o incluso dos, hacia Aldgate High Street, antes de encontrarse con alguien que sin duda le debía una copa. Y Kate no era de las que decían que no. Su resolución, como tantas otras veces, se esfumó con el primer vaso.

A las ocho y media de aquella noche, una mujer estaba sentada hecha un guiñapo apoyada en una pared en el 29 de Aldgate High Street, paralizada por la bebida. Balbuceaba, cantaba y maldecía, lo que inevitablemente atrajo a un grupo de personas. No es que fuera algo extraño en Whitechapel. Aun así, los mirones debían de estar observando, algunos divertidos, otros con verdadera preocupación, a esa desgraciada. Un policía que pasaba, Louis Frederick Robinson, decidió acercarse para averiguar qué atraía tanto a la muchedumbre. Vio a una figura patética con un sombrero de paja atado con una cinta de terciopelo negro. Apestaba a alcohol. Robinson preguntó a los espectadores si alguno conocía a la mujer o si sabía dónde vivía. Nadie contestó, aunque hubo gente que sabía perfectamente quién era y que incluso corrió a avisar a John Kelly de que a su «mujer» la habían pescado borracha.

Robinson trató de levantarla del suelo, pero las piernas de Kate, con sus botas de hombre, con cordones, colgaban como las de una marioneta; pronto se cayó de lado sin que pudiera sujetarla. Solo con la ayuda de un colega, el policía George Simmons, pudo conducirla a la comisaría de Bishopsgate.

Como era rutinario, antes de meterla en una celda tenían que registrar su nombre en un libro de entradas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Robinson.

—Nada —balbuceó Kate.

Metieron a «Nada» en una celda para que se le pasara la borrachera. En lugar de ello, cayó en un sopor alcohólico.

Hacia las 21.55, y luego varias veces más, George Henry Hutt, el guardia que tenía a su cargo las celdas de la comisaría de Bishopsgate, le echó un vistazo. Hacia las 00.15, Kate se despertó y empezó a cantar para ella. Estuvo así un cuarto de hora, antes de que Hutt fuera a verla a la celda.

—¿Cuándo me va a dejar salir? —le preguntó con voz seca y cansada.

—Cuando sea capaz de cuidarse a sí misma.

—Ya soy capaz de cuidarme a mí misma.

No era cierto. Si Kate estaba fatal a las 20.30, era improbable que estuviera sobria a la 1.00, hora en que Hutt decidió ponerla en libertad. Podía parecer más firme sobre sus pies que cuando la llevaron a la celda de la comisaría, pero aún no estaba bien.

—¿Qué hora es? —preguntó soñolienta al guardia.

—Demasiado tarde para que consigas más bebida —contestó Hutt.

—Ya, bueno, pero ¿qué hora es?

—La una.

—Me voy a llevar una buena cuando vuelva a casa —murmuró ella, sabiendo que no era cierto^[284]. Eso podía haber sido verdad, cuando vivía con Thomas Conway, pero no ahora.

—Lo tendrás merecido, no haces bien en emborracharte —respondió Hutt, que compartía ideas con las hermanas de Kate y su hija: una mujer que andaba por ahí de ese modo se merecía una paliza.

Antes de liberarla, James Byfield, que estaba a cargo del mostrador de entrada, le preguntó una vez más su nombre y su dirección. Kate, que se había pasado la mayor parte de la vida tratando de engañar al personal de los patios y los asilos inventándose y mezclando nombres y direcciones, sabía exactamente cómo jugar a eso. En esa etapa de su vida, su desprecio hacia la autoridad era una segunda naturaleza.

—Mary Ann Kelly —mintió.

Dio como dirección «el número 6 de Fashion Street» y dijo que acababa de volver de deshacer estopa, lo que no era inverosímil^[285].

Los policías le devolvieron el contenido de lo que había llevado en los bolsillos, un conjunto de objetos que Kate debía de llevar siempre con ella:

seis trozos de jabón y un peine de dientes pequeños, un cuchillo de mesa de mango blanco y una cucharilla de té de metal, sus cajas de hojalata de té y azúcar, una caja de cerillas de hojalata vacía, un trozo de franela roja en la que había prendido alfileres y agujas, un dedal y unos cuantos trapos menstruales. Se relleno las faldas con sus demás posesiones, que eran unas cuantas cosas que podía vender: una pitillera de cuero rojo vacía, dos cortas pipas negras de arcilla y un ovillo de cáñamo.

Una vez que se hubo recompuesto, Hutt se levantó para acompañarla a la puerta.

—Por aquí, señorita —dijo, empujando la puerta batiente que daba al pasaje.

Kate siguió el pasaje hasta la puerta exterior. Hutt le recordó educadamente que «cerrara la puerta» al salir.

—Muy bien —contestó Kate—. Buenas noches, viejo.

Para enojo de Hutt, ella solo cerró la puerta parcialmente. La vio girar hacia la izquierda al salir de la comisaría, hacia Houndsditch^[286].

A la una de la mañana, la primera idea de Kate debió de ser localizar a John. Como él no tenía un penique cuando se habían separado, no tenía por qué pensar que habría podido pagarse una cama en Cooney's. En cualquier caso, a esa hora, el vigilante estaría echando a los que no hubieran podido pagar el dinero de la cama. Ella lo había visto por última vez en los alrededores de Houndsditch. Algo nublado, su instinto la impulsó a volver allí y preguntar a los que andaban bebiendo si sabían por dónde andaba^[287].

Las calles, con escasas y sibilantes luces de gas, debían de estar tan negras como un pozo en las primeras horas del 30 de septiembre. Kate estaba acostumbrada a caminar en la oscuridad y conocía los callejones y pasajes de Whitechapel tan bien como el fondo de una botella. Aquí y allá, seguía habiendo luces encendidas que la guiaban mientras rodeaba Houndsditch y se abría paso por Duke Street, buscando algún rostro familiar. Aunque era tarde, las calles de Whitechapel nunca estaban silenciosas ni vacías. Siempre había alguien por allí: los que eran como ella, los borrachos, los desposeídos, los sin hogar, los delincuentes. Algunos iban en busca de rincones oscuros, otros vagaban hacia sus camas. Tras unos veinte minutos, Kate seguramente pensó que su búsqueda no acabaría como ella quería. Debía de estar cansada y resignada a la idea de pasar otra noche a la intemperie.

Por entonces, para esa mujer de cuarenta y seis años, aquello debía ser casi una rutina. Kate sabía cómo dormir bajo las estrellas, cómo encontrar un modo menos doloroso de apoyar la cabeza contra una pared dura, cómo

ignorar la mugre que se acumulaba en su falda o el hilillo de agua sucia que corría bajo sus pies.

Encontró un lugar en la esquina más alejada de Mitre Square, lejos de las lámparas que arrojaban círculos de luz. Allí, se agachó, con la espalda contra la pared como si fuera una silla. Al hacerlo, los diversos objetos que llevaba encima se moverían. Entre ellos había pequeñas cajas de hojalata llenas de azúcar y té, y vales de empeños. Como no llevaba encima recuerdos de su familia, pues parecía decidida a superar un doloroso pasado y cortar todos los lazos, ¿se estarían burlando de ella aquellos pequeños objetos? ¿Le traería recuerdos de ese olor a hojalata de Wolverhampton, del Old Hall Works o de su padre? A pesar de su buen humor y de sus canciones, el corazón de Kate tuvo que estar roto de dolor.

Cerró los ojos y buscó un alivio en el sueño. Como todos aquellos que no tenían refugio, que vagaban o «caminaban por las calles», supo que era solo cuestión de tiempo que alguien llegara y la hiciera seguir adelante.

En la mañana del 30 de septiembre, una niña pequeña subió corriendo las escaleras hasta el piso de arriba del número 7 de Thrawl Street. Aporreó la puerta y llamó a su vecina, la «señora Frost». Un caballero quería verla en la calle; le acompañaba un inspector de policía. La señora Frost, también conocida como la viuda Eliza Gold (anteriormente, Eliza Eddowes), gimió desde su cama. Estaba muy enferma y no podía moverse. Enseguida despidió a la niña.

La muchacha bajó y transmitió a los hombres el mensaje. Como aquel era un asunto urgente, el inspector de policía la mandó de vuelta arriba para que le rogara a la señora Frost que bajara inmediatamente. Esta vez envió a la niña con un mensaje mucho más claro: tienes que decirle que su hermana está muerta y que se le pide que identifique el cadáver.

Estremecida, Eliza, vestida pero débil y enferma, bajó a la calle apoyándose en un vecino y en su hijo, George. Se dirigió al depósito de Golden Lane con el inspector de policía y John Kelly.

Cuando retiraron la tapa del ataúd, Eliza soltó un torrente de angustiados lamentos. Tal fue el dolor que tuvieron que ayudarla a salir de la habitación.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera articular palabra. Aunque el rostro de Kate estaba desfigurado, Eliza dijo que podía reconocer los rasgos de su hermana perfectamente. El asesino no la había despojado de lo que la distinguía como una Eddowes. Rompió una vez más en violentos sollozos,

mientras le decía a un periodista en el depósito: «¡Oh, mi pobre hermana! ¡Que haya tenido que acabar así!»^[288].

A pesar de sus dificultades económicas, la familia Eddowes no iba a dejar que a su hermana la arrojaran a una fosa común; tampoco los residentes de Whitechapel iban a permitir que Kate se fuera sin una sonora despedida. Cientos de personas llenaron las calles el 8 de octubre. En algunos lugares, la muchedumbre era tan densa que ralentizaba el paso del coche fúnebre y el carruaje de luto que lo seguía. La enterraron en el cementerio de Ilford. Casi quinientas personas acudieron a presentarle sus respetos. Entre ellos muchos del clan Eddowes, familiares que no se habían visto desde hacía años. Al perder a un miembro de la familia, hermanas, hijas, primos y tías se sintieron más cerca unos de otros: una reunión que cerró el espacio vacío que rodeaban.

PARTE V

Mary Jane

c. 1863 - 9 noviembre de 1888

Marie Janette

A principios de la década de 1880, la tarea de buscar placeres carnales en el West End de Londres era más sencilla que hacía unos años. El Haymarket, en otro tiempo circo del vicio londinense, quedó reducido al silencio en la década anterior. Las puertas del decadente Argyll Rooms, lugar forrado de carmesí y dorados, donde ricos «petimetres» bebían champán y bailaban hasta la medianoche con prostitutas vestidas de seda, estaban cerradas. Se habían apagado las luces de las «casas de noche» de Picadilly, los lugares abiertos hasta el amanecer donde la «gente de moda» y sus «delicadas acompañantes» se detenían a comprar cigarros, comida y bebidas. Desaparecieron las casas de hospedaje donde se podía alquilar una habitación adecuada para después. Incluso los burdeles con colgaduras de damasco y espejos estaban cerrados. Como resultado, se puso de moda que el vicio fuera algo discreto.

Los caballeros ricos, sobre todo los que gustaban a las prostitutas bien vestidas que vivían en Saint John's Wood, Brompton o Pimlico, podían llegar a tener la suerte de recibir una invitación a un baile privado. Se podían alquilar prácticas habitaciones en algún lugar entre Oxford Street y Marylebone para grupos de unos ochenta invitados, cuarenta hombres y cuarenta mujeres. Cada invitado pagaba la entrada de una mujer y después cubría el coste de la habitación, la banda y la cena. Para un observador casual, estas reuniones de caballeros con sombreros de copa, trajes de noche y hermosas mujeres con vestidos de baile y joyas no hacían pensar en nada indecoroso. Como cuenta en sus memorias Walter (un aventurero sexual del que solo conocemos ese nombre), había pocas cosas que pudieran describirse como «inmodestas» o irregulares en tales ocasiones, con la excepción de que «no se requerían presentaciones, y los hombres invitaban a bailar a cualquier mujer [...] y las mujeres no dudaban en invitar a bailar a los hombres [...]». Sin embargo, tras la cena, el tono cambiaba: «el baile se volvía jugueteo y la concupiscencia se afirmaba [...]. La charla imperante se volvía sugerente, escapaban palabras lascivas, los hombres besaban los hombros de las mujeres al bailar, una o dos parejas bailaban polcas con los vientres pegados, imitando el folleto»^[289]. Finalmente, la velada llegaba a su fin; las parejas se separaban y partían en sus carruajes, para continuar su fiesta en privado, en los alojamientos de las mujeres, en los barrios prósperos.

A este tipo de escenarios llegó en algún momento entre 1883 y 1884 una mujer que decía llamarse Mary Jane Kelly. Las historias que contaba sobre sí misma contenían parte de verdad y parte de ficción, pero nadie ha sido capaz de asegurar dónde acababa una y dónde empezaba la otra. Para construir su identidad, pudo haber tomado ciertos rasgos de alguien que conocía, o incluso haberse reinventado enteramente a sí misma. No era algo infrecuente en las mujeres de su profesión.

Según una de las versiones de su historia, Mary Jane había nacido en Limerick alrededor de 1863. Su padre, un hombre que podía haberse llamado John Kelly, se llevó a su familia a cruzar el mar de Irlanda hasta Gales cuando ella era muy pequeña. Se estableció durante un tiempo en Caernarvonshire o en Carmarthen, donde estuvo empleado como capataz en una herrería. Decía haber tenido ocho hermanos: seis chicos que parece que eran más jóvenes y aún vivían con sus padres en 1888, y uno llamado Henry al que, curiosamente, llamaban John o «Johnto» y servía en el Segundo Batallón de la Guardia Escocesa. Mary Jane también tenía una hermana, a la que «quería mucho» y que llevaba una vida respetable, viajando de «mercado en mercado» con su tía. A los dieciséis años, Mary Jane dice que se casó con un minero de carbón (o *collier*) llamado Davis o Davies, que murió en una explosión uno o dos años más tarde. Tras su muerte, se fue a Cardiff, donde tenía familia. Allí se pasó «ocho o nueve meses en una enfermería»; luego se fue con una prima «que llevaba mala vida». Sin admitirlo directamente, sugirió que esta relación había sido la que la había llevado a la prostitución. En algún momento de 1884, si no algo antes, llegó a Londres «y vivió en una casa alegre en el West End de la ciudad»^[290].

La historia de Mary Jane, tal como se la contó a un antiguo amante, Joseph Barnett, no es más que una colección de fragmentos desconectados. A otros que la conocían les contó versiones ligeramente diferentes de su historia. A unos les decía que «era galesa, y que sus padres, que la habían abandonado, aún vivían en Cardiff». Contaba que había llegado a Londres directamente desde allí. «Hay muchas razones para creer que es galesa y que sus padres o parientes viven en Cardiff», comentaba otro. Curiosamente, esta fuente sigue diciendo que Mary Jane llegó a Londres en 1882 o 1883, y que procedía de una familia «acomodada» de Cardiff. Se la describía como «una excelente erudita y artista no menor»^[291]. Otros dos individuos, su casero y un misionero de la City, decían que Mary Jane les había dicho que era irlandesa y que recibía cartas de su madre, que aún residía en Irlanda^[292]. Para confundir aún más las cosas, una vecina declaró que Mary Jane le solía

hablar de su familia y amigos, y que «tenía una pariente en Londres que trabajaba en el escenario», mientras que a otros les decía también que tenía una niña de dos años que habría nacido alrededor de 1883^[293].

Ni una sola de las afirmaciones de Mary Jane sobre su vida antes de su llegada a Londres ha podido verificarse. En 1888, se indagó en Limerick y en Gales, pero sin resultado. La búsqueda de un hermano en la Guardia Escocesa tampoco acabó en nada. Cuando la noticia de su asesinato se extendió por el Reino Unido y por todo el mundo, ni un amigo ni un pariente del pasado parece haber reconocido el nombre de Mary Jane Kelly o cualquier parte de su historia que se publicara. En posteriores décadas, los intentos por investigar su historia resultaron igual de infructuosos. Los nombres de Kelly, Davies o Mary Jane no coinciden con censos o registros parroquiales, ni en Gales ni en Irlanda. La única conclusión que puede sacarse es que Mary Jane Kelly se inventó una vida.

En el siglo XIX, crearse una nueva identidad era algo relativamente honrado. Uno se trasladaba a otra ciudad o incluso a otro distrito, y cambiar de nombre resultaba bastante sencillo. Inventar un nuevo personaje basado en una historia fabricada, una alteración en el vestir y los modales permitía a muchos pasar con éxito a través de diversas capas sociales, para colocarse, o bien por encima, o bien por debajo. Sin embargo, una educación de mayor calidad y la marca indeleble que esta dejaba en una persona era mucho más difícil de falsificar o esconder. La escolaridad de un individuo se traslucía no solo por su capacidad para leer o escribir, sino por su manera de hablar, por su forma de comportarse, por sus intereses y, a menudo, por sus habilidades artísticas o musicales. Mientras que los pobres tenían acceso solo a la instrucción más básica, las clases medias al alza trataban de distinguirse socialmente invirtiendo en la educación de sus hijos, de modo que su progenie pudiera llevar el sello de la respetabilidad.

Según los que la conocieron, esta distinción parecía aparente en Mary Jane, de la que se decía que procedía «de una familia acomodada». Una de sus caseras señaló su alto nivel de «escolaridad» y comentó que era una buena artista. En ese tiempo, solo se enseñaba dibujo a niñas que acudían a ciertas escuelas de señoritas; no figuraba en el currículum escolar^[294]. Una niña de una familia rural numerosa y pobre no habría tenido acceso a este tipo de educación, ni habría recibido el apoyo necesario para convertirse en artista. Más interesante aún es el hecho de que nadie que conociera a Mary Jane advirtiera ningún acento regional. A aquellos que preguntaban por sus orígenes, se les decía que era galesa o irlandesa. Si Gales o Irlanda adornaron

su habla, las huellas resultaban imperceptibles, posiblemente como resultado de sus clases de elocución. «Si te la encontraras por la calle, jamás hubieras dicho que pertenecía a la miserable clase a la que pertenecía —comentó un misionero que la conoció en Whitechapel—, siempre iba bien vestida y decente, y parecía muy agradable y respetable^[295]». Kelly podía estar diciendo la verdad cuando le contó a Joe Barnett que su padre era un «capataz», una persona con una posición de cierta autoridad en el mundo de la siderurgia. También es posible que Barnett la entendiera mal y que, en realidad, el padre de Mary Jane fuera el dueño del negocio o tuviese algún papel en su dirección. Sin duda, esto la habría situado en una clase social totalmente distinta.

Aunque Kelly insistía en que se había casado legalmente a los dieciséis años con un minero llamado Davies o Davis, nunca se encontró registro alguno que diera fe de ello. Si Kelly se había relacionado románticamente con un hombre, es mucho más probable que hubiera sido su amante o su pareja de hecho. Esto también puede coincidir con la idea de que Mary Jane hubiera tenido un hijo hacia 1883, más o menos la época en que dijo que había pasado ocho o nueve meses «en una enfermería» en Cardiff. Como todo lo demás que aparece en la narrativa de Mary Jane, no se ha encontrado rastro alguno del nacimiento de un niño, ni hay pista alguna sobre su destino. Como una estancia tan larga en un hospital general de financiación pública en la década de 1880 es altamente improbable, resulta más plausible que estuviera en una institución privada, quizás un reformatorio para mujeres caídas, tal vez un manicomio. Cualquiera de estas dos posibilidades habría sido un recurso apropiado para una familia de clase media cuya hija hubiera transgredido las normas sociales practicando sexo fuera del matrimonio. Por entonces, Cardiff tenía al menos dos refugios para mujeres caídas: la Casa Protestante de la Misericordia y el Convento Católico del Buen Pastor. Ambos admitían a adolescentes y jóvenes de veintipocos años de clases bajas. A veces, las chicas de clase media participaban en sus programas de rehabilitación, que se centraban básicamente en la instrucción religiosa y en la enseñanza de ciertas tareas domésticas y de sus labores. Sin embargo, para algunas familias de clase media, el deseo sexual femenino expresado fuera del matrimonio se consideraba una prueba de inestabilidad mental y tenían que tratarlo médicos especializados. En esa época, Cardiff no tenía un manicomio propio, sino que enviaba a sus pacientes al Manicomio de Lunáticos de los Condados Unidos en Camarthen, donde Mary Jane también decía haber pasado una parte de su vida.

Aunque la cronología exacta de este periodo es confusa, Kelly parece haberle contado a Joseph Barnett que había sido tras su estancia en la «enfermería» cuando se topó con su prima, la del mal comportamiento. Como la rehabilitación ofrecida en ambos manicomios y en los refugios para mujeres caídas solía fracasar, que las cosas sucedieran en este orden resulta improbable. Por desgracia, Joe Barnett nunca investigó sobre lo que quería decir Mary Jane cuando se refería a la «mala vida» de su prima: ¿formaba parte de un alegre «grupo de moda»? ¿Era prostituta o la amante de alguien? ¿Era una madama? ¿Y cuál fue la conexión que facilitó el traslado de Mary Jane a Londres?

De todos los vacíos que hay en el relato de Mary Jane, ninguno es tan obvio como el que debería explicar cómo o por qué dejó Cardiff para irse a una «casa alegre» en el West End de Londres. Los viajes o un cambio de residencia a otra ciudad no eran cosas en las que una mujer soltera se embarcara caprichosamente en el siglo XIX. Londres, aunque unido por tren con Cardiff, seguía estando a una distancia considerable de Gales, tanto física como culturalmente. En general, las jóvenes solteras llegaban solas a Londres por dos razones: porque se les había conseguido un trabajo para ellas, o porque tenían una relación social o familiar con alguien que vivía en la ciudad. Puede que una o las dos cosas hubiesen llevado a Mary Jane a la capital, pues, si no, como recién llegada le habría resultado difícil negociar una entrada inmediata en los estratos medios y superiores del comercio del sexo. Los contactos personales en una ciudad nueva y complicada debían de resultar tan fundamentales para las mujeres en la escala más alta del comercio sexual como lo serían para cualquiera de la sociedad «respetable» que quisiera introducirse en el círculo adecuado. Un conocido podría haberle dado a Kelly el nombre de una «patrona» cuyo trabajo consistía en presentar a ciertas mujeres a algunos caballeros. También pudo haber llegado a Londres con un amante, desde Cardiff, o con la intención de reunirse con uno allí.

En el último cuarto del siglo XIX, ya no era habitual que las prostitutas vivieran donde practicaban su oficio. Las que caminaban por las aceras de Picadilly, Haymarket y Regent Street solían tener sus casas en las zonas periféricas de la capital. En el caso de las mujeres más pobres solía ser en el East End, mientras que las que iban con las clases medias y altas optaban por lugares como Chelsea, Pimlico, Saint John's Wood y algunas calles de Knightsbridge y Brompton, donde Mary Jane Kelly buscó alojamiento.

Desde mediados del siglo, las callejuelas que se extendían desde los barracones de Knightsbridge hacia Brompton Road, y hasta Brompton Square

por el oeste, habían adquirido la reputación de ser un refugio de amantes de oficiales del ejército, de actrices y del mundillo artístico; aquellos que disfrutaban del pecado discretamente detrás de contraventanas y cortinajes de terciopelo oscuro. En 1881, la oblonga Brompton Square, con su centro verde, parece haber sido la ubicación favorita de cierto número de mujeres que tenían a su cargo una casa y que se describían a sí mismas como «patronas de pensiones»^[296]. La casa del número 15, donde vivían dos «actrices», pertenecía a Mary Jefferies, una de las madamas más conspicuas de la época victoriana, que atendía a aristócratas, políticos, ricos capitalistas y, al menos, a un miembro de la familia real. Era solo una de las muchas propiedades que la alcahueta tenía en Brompton y Chelsea; su red de residencias y de mujeres se extendía por el oeste y el norte de Londres. Jefferies llevaba su negocio desde una distancia segura, como una marionetista, organizándolo todo para que sus «chicas» se citaran con sus clientes en diversos lugares, manteniendo sus manos lo más limpias posible. Aunque no es probable que la «mujer francesa» con la que fue a vivir Mary Jane poseyera semejante imperio, su negocio se llevaría seguramente de la misma manera: a sus «huéspedes» se les ofrecía la oportunidad de conocer a caballeros.

A pesar de que las alcahuetas que dirigían negocios facilitaban entrar en contacto con ciertos hombres, hacia el final del siglo los clientes no tenían que acudir a sus locales a buscar mujeres. En algunos casos, los encuentros se organizaban mediante un intercambio de cartas o una conversación, mientras que otros ocurrían mediante un encuentro casual. En una ocasión, Walter consiguió una cita en un discreto burdel de Marylebone, camuflado como una tienda, tras un intercambio de miradas con una madama en un tren. Después de iniciar una conversación, ella le informó de que era modista y que solo empleaba a las chicas más bonitas. Antes de bajar del tren, le tendió una tarjeta y lo invitó a «venir y probar sus guantes». Walter estaba seguro de que esa mujer conseguía mucho trabajo dirigiéndose a hombres en trenes y en el transporte público^[297]. Uno de los métodos de la señora Jefferies para llamar la atención sobre sus nuevas adquisiciones era ir hasta el Club de Guardias en su landó y repartir invitaciones personales para conocer a señoritas. Los oficiales de los regimientos más elitistas, de familias ricas y con título que tenían dinero para gastar y tiempo que perder mientras estaban en los barracones eran unos clientes especialmente buenos. Teniendo en cuenta la proximidad de Mary Jane a los barracones de Knightsbridge y la asociación de la zona con las amantes regimentales, es posible que cierto número de estos hombres estuviera entre su clientela, incluido, quizás, el Henry o el

«Johnto» que ella mencionó del Segundo Batallón de la Guardia Escocesa. Johnto tal vez no fuera su hermano, sino más bien un oficial y antiguo amante con el que mantenía correspondencia cuando lo destinaban al extranjero^[298].

Los hombres que buscaban la compañía de mujeres como Mary Jane por medio de una alcahueta podían esperar una velada de entretenimiento, además del sexo. La madama-modista de Walter le presentó a una joven que trabajaba en su tienda y que se llamaba Sophy; formalmente, la conoció en la casa de al lado. La madama le dijo que no practicaría sexo con ella en el local, sino que tenía que pagar cinco libras por anticipado y llevar a Sophy a cenar la noche siguiente. Cinco o seis años antes, hombres como Walter habrían conocido a Sophy o a Mary Jane en las Argyll Rooms antes de llevarlas a una casa de citas, pero ahora las veladas solían empezar en lugares como el restaurante Saint James's, conocido como «Jimmy's», en el 69 de Regent Street, o en el Café de l'Europe, en Haymarket. Allí, las mujeres y sus acompañantes masculinos se sentaban a cenar en las salas llenas de humo, con espejos y palmeras, y donde los atendían discretos camareros franceses o italianos. Tras atiborrarse de ostras, riñones rellenos y rosbif, y regándolo todo con innumerables copas de champán, Moselle y vino blanco alemán, la pareja viajaba en coche de alquiler o en el carruaje del caballero a un hotel igualmente discreto, o de vuelta al alojamiento de la mujer. Esas citas no terminaban necesariamente a la mañana siguiente, ni tenían por qué empezar en un restaurante. Se podía incluir una excursión al teatro, el *music hall*, las carreras o cualquier otra actividad, hasta que el caballero quedara saciado sexualmente, se cansase de la compañía de la mujer o el deber lo llamara a otra parte. A cambio del placer de su compañía, esperaba recibir la factura correspondiente. El «precio» solía incluir la compra de «chucherías», además de dinero. Aparte de las «cinco libras por adelantado» que la madama-modista pidió a Walter, Sophy también consiguió sacarle «tres soberanos y un vestido nuevo» por una noche de actividades.

Los encuentros concertados eran solo un método a través del cual se esperaba que hicieran negocio las que trabajaban en el comercio del sexo. Mujeres de todas las clases se tornaban accesibles para potenciales clientes por medio del despliegue público. Esto incluía aparecer en los paseos y galerías de ciertos *music halls* y teatros, así como en los paseos por la calle. En los años que siguieron al cierre de las Argyll Rooms, las elegantes prostitutas del West End y sus turbios acompañantes se largaron al Alhambra Theatre, en Leicester Square. Un «explorador social», Daniel Joseph Kirwan, describía la escena de una noche en 1878, mientras pasaba junto a un grupo

de «jovencitas fumando cigarrillos» y entraba en la *promenade* del teatro, que estaba «repleta de hombres y mujeres que caminaban unos junto a otros, mirando el escenario, bebiendo en los bares, provocándose entre sí de una manera explícita y riendo fuerte»^[299]. Se sorprendió al ver que los hombres parecían «de buena clase», mientras que las mujeres eran «chicas alegres y atractivas, bien educadas y con mucho mejor gusto en el vestir que las honradas esposas y novias de los mecánicos y tenderos, que se sentaban en el lugar de la virtud, en el interior de la barandilla pintada»^[300]. Pero el Alhambra albergaba a todo tipo de prostitutas. Aquella noche, un sargento de policía calculó que debía de haber «al menos mil doscientas mujeres de la ciudad». Al subir hacia la galería, Kirwan advirtió que el ambiente cambiaba, «el clamor y el humo hacían de aquel lugar un sitio insoportable» y no había «el menor disimulo en la conducta de las hembras». Peor aún era la galería de arriba, donde «se reunía la chusma». Ver aquel último espectáculo le llevó a decir: «Cuando una mujer va a la galería de seis peniques del Alhambra, ya no hay esperanza de que pueda ser rescatada»^[301].

Cuando no pasaban la noche en el Alhambra o en lugares parecidos, las prostitutas del West End de las clases medias buscaban clientela en las calles. En Haymarket, Regent Street, Piccadilly y las calles más pequeñas que fluían desde ellas hacia Leicester Square y el Soho formaban una pasarela en la que las mujeres trazaban sus circuitos individuales. Se podía empezar avanzando lenta y sinuosamente desde Piccadilly Circus y proceder hacia Regent Street, donde la mujer se entretenía mirando los escaparates, haciendo como que admiraba los sombreros, la porcelana o los juguetes expuestos, mientras miraba cautelosamente a uno y otro lado para advertir si el paseante que caminaba más lento y se unía a ella era un verdadero comprador, un posible cliente o un policía. Si no tenía suerte, podía cruzar la calle y avanzar hacia el sur, deteniéndose quizás en el Café de l'Europe, donde esperaba encontrarse con algún caballero y sus amigos. Si aquí también fracasaba, su camino la podía llevar hacia el este, por Coventry Street hacia Leicester Square, donde podía detenerse en el Alhambra. En algún lugar de este camino, al menos una vez por noche, algún hombre se colocaría junto a ella y se tocaría el sombrero. Podía haberse dado cuenta de que ella alzaba el borde de su vestido un par de centímetros más de la cuenta al cruzar la calle y se subía al bordillo; sin embargo, como el bullicioso West End también estaba lleno de respetables dependientas que abandonaban sus puestos de trabajo para irse a sus casas, y criadas haciendo recados para sus señoras, el caballero debía tener cuidado y no hacer un comentario ofensivo. Hasta un experimentado mujeriego como

Walter comentaba que a menudo le costaba trabajo diferenciar a una prostituta de una «joven virtuosa». En cierta ocasión, siguió a una desde Bond Street hasta Piccadilly, no muy seguro de si abordarla o no, porque «iba tan bien vestida, como una sirvienta de alta categoría, y no pude concluir si era de vida alegre o no [...] parecía no mirar a nadie cuando se detenía y observaba las tiendas. Cuando lo hacía, yo también me detenía y miraba, de pie a su lado».

En este barrio de Londres era obligatorio que el cliente potencial hiciera el primer acercamiento y que la mujer respondiera, ya fuera con horror fingido o aceptando la propuesta. Finalmente, Walter se inclinó hacia la joven y preguntó:

—¿Puedo ir a casa con usted?

Ella me miró medio asombrada, y después, con cierto titubeo:

—Sí, pero vivo a tres millas de aquí...

—Subamos a un coche...

—Oh, no, no puedo llevarle a casa...

La situación se arregló cuando Walter detuvo un coche y encontró «una agradable casa de citas» a diez minutos de allí^[302].

Aunque la zona de los alrededores de Piccadilly y Leicester Square formaba el corazón semirrespetable de clase alta del comercio sexual de la ciudad, la prostitución estaba presente en la mayoría de las zonas de la metrópoli, así como en otros rincones del West End. A principios de la década de 1880, la zona que hay entre el Strand y la estación de Charing Cross seguía siendo un refugio de las que caminaban por las calles, como lo había sido desde hacía más de un siglo. Por su parte, otras calles del West End, como Brewer Street y Lisle Street, justo al norte de Leicester Square, llegaron a ser conocidas por sus mujeres más viejas y baratas^[303]. La prostitución también había empezado a trasladarse más cerca de las estaciones de tren, a zonas con poblaciones transeúntes, hoteles y pensiones, como Euston y Victoria. Sin embargo, Mary Jane, una mujer de veintipocos años y en el mejor momento de su carrera, no habría encontrado ningún obstáculo para ganarse la vida en el centro de la ciudad, en el extremo más alto del comercio sexual. Con una figura a la moda, rellenita, un metro setenta, ojos azules y largo y frondoso pelo, su atractivo físico le permitía «desplazarse en un carruaje» y «llevar la vida de una dama». Se refería a sí misma como Marie Janette y acumulaba «numerosos vestidos de costosa descripción». Sin duda, los habituales del Alhambra, el Café de l'Europe y Jimmy's la conocían bien.

Mary Jane también habría estado acostumbrada a que caballeros bien vestidos le hicieran ofertas y promesas: ofertas para llevarla a las carreras, comprarle guantes y joyas, promesas de mimarla con buena comida y bebida. Las mujeres más espabiladas en el comercio sexual entendían que su aspecto juvenil era pasajero y que para capitalizar su valor resultaba esencial aprovechar cualquier oportunidad que se les ponía delante. Así pues, cuando «un caballero» se ofreció a llevar a Mary Jane a París, ella aceptó.

Como todo lo que le contó Kelly a Joseph Barnett sobre su pasado, las circunstancias que rodearon tal propuesta, como el nombre del caballero o cualquier otro detalle relativo al viaje, no se revelaron. Cómo llegó a conocer a ese hombre (si era un cliente, una relación romántica seria, un conocido o alguien que llegó hasta ella con una propuesta de negocios) no se sabe. Sin embargo, lo que es seguro es que esta visita a París no era lo que parecía. La alcahueta-patrona francesa de Mary Jane pudo haber desempeñado un papel en lo ocurrido. En un momento en que los viajeros internacionales enviaban su equipaje por separado a su destino, Kelly empaquetó la mayor parte de su guardarropa en un baúl que evidentemente esperaba que su madama enviara a su dirección de París. El baúl nunca se envió, y quizá fue su ausencia lo que primero alertó a Mary Jane de que la habían engañado.

En el último cuarto del siglo XIX, el tráfico de mujeres entre Gran Bretaña y la Europa continental se había convertido en una empresa lucrativa. La expansión de las redes ferroviarias y marítimas permitía los viajes más baratos y fáciles tanto a personas como a mercancías. También provocaban que esas «mercancías» alcanzaran un abanico más amplio de mercados y satisfacer gustos más particulares. Londres se convirtió en un foco de recepción de mujeres jóvenes de Francia, Bélgica y Alemania. Y, del mismo modo, se enviaba a chicas inglesas a burdeles de aquellos y otros países. Un antiguo traficante, en una entrevista con W. T. Stead, calculó que, en 1884, se envió al menos a doscientas cincuenta mujeres británicas solo a Bélgica y al norte de Francia. De ellas, dos tercios fueron secuestradas tras aceptar un puesto en el servicio en el extranjero o una proposición falsa de matrimonio^[304]. A menudo se las sometía con alcohol o drogas, se les daba documentos falsos y se las metía en trenes.

En 1879, Adelene Tanner, una criada que había perdido el empleo recientemente, se quedó horrorizada al encontrarse en semejante posición. Todo había empezado de manera bastante inocente, cuando John Sallescarter, un «hombre respetablemente vestido» y con acento extranjero, inició con ella una conversación en la sala de espera de una estación^[305]. Por casualidad,

Adelene se encontró de nuevo con «Sullie», y en esa ocasión accedió a unirse a él para tomar una copa en un hotel del Soho. Una joven más experimentada (una mujer como Mary Jane, que conocía el comercio del sexo) se habría dado cuenta inmediatamente de por dónde iban las cosas, pero Adelene, de diecinueve años, era virgen e inocente. Sullie se ocupó de que el vaso de vino de la chica se fuera llenando regularmente; pronto «ella apenas recordaba lo que había dicho». Él aprovechó la oportunidad para presentarle a su socio, un apuesto belga llamado Frederick Schultz, que, como Sallecarter, era un *placeur*, o reclutador para burdeles continentales. Con la habitación dando vueltas, a Adelene le presentaron al hombre que sería su chulo a partir de ese momento: Edouard Roger, un francés que, tras una corta conversación, le dijo que «le había gustado [ella] mucho; que le gustaría llevársela a París y que si después de ver su gran casa, carruajes, etcétera, le gustaría ser su esposa, se casaría con ella»^[306]. La embriagada y confusa sirvienta accedió con entusiasmo. Por supuesto, el problema era que el destino de Adelene, junto con el de otras dos jóvenes engañadas por Sullie y Schultz, no estaba en París, sino en Bruselas: en las habitaciones de una *maison close*, un burdel que contaba con permisos oficiales. Antes de partir de Inglaterra, a las tres se les proporcionaron identidades falsas. A su llegada a Bélgica, las advirtieron de que aquello era ilegal y de que las detendrían inmediatamente si intentaban escapar de la casa de Roger.

Aunque hubo jóvenes a las que engañaron para prostituirse en el extranjero, se cree que al menos una de cada tres mujeres que accedían a irse fuera del país ya estaba trabajando en el comercio del sexo y «deseando un cambio». En su serie de artículos de 1885, «The Maiden Tribute of Modern Babylon», que explora el oscuro mundo de la trata de mujeres y chicas menores de edad, W. T. Stead cuenta la historia de «Amelia Powell», a la que llevaron desde Londres a un burdel de Burdeos. Aunque nunca lo admitió abiertamente, Amelia insinúa que había ejercido la prostitución cuando, tras dejar a su marido, se vio «al borde de la miseria». Decía que «una amiga en una honrada posición» quiso presentarle «a cierto griego» que tenía una tienda de cigarros en Regent Street. Este prometió que podía conseguirle a Amelia y a otras tres mujeres «excelentes posiciones» en Burdeos. No fue muy difícil convencerla. Amelia admitió: «Me agarré a la sugerencia [...] que me permitiría los medios para escapar de las relaciones y sufrimientos con los que tan dolorosamente me había familiarizado en Londres»^[307]. Sin embargo, no llevaban mucho tiempo en Burdeos cuando les quedó clara la realidad de sus «excelentes posiciones». Una vez dentro de la *maison close*, Amelia

declara que «nos quitaron nuestras ropas y nos dieron vestidos de seda y otras galas», como una manera de quedar en deuda con ellos y hacer que no pudieran huir sin que se las acusara de robo. A Amelia le dijeron que le debía mil ochocientos francos a su madama, lo que no solo incluía la ropa que se veía obligada a usar, sino «el coste de la comisión por haberla llevado hasta allí». Cuando hubiera pagado esa suma atendiendo a caballeros, sería libre para marcharse. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que aquello también era imposible: «Cuando solo quedan cuatrocientos o quinientos francos para saldar la deuda, la señora intenta convencerte (embaucándote, engatusándote o engañándote) de que aceptes otros artículos de vestuario. Así van pasando los meses»^[308].

Semejantes tretas habían sido práctica habitual en los burdeles durante siglos, y era tan probable que atraparan a expertas trabajadoras del sexo como a novatas. Los que participaban en el tráfico internacional de sexo trabajaban discretamente y por anticipado, planificando bien sus maniobras, de modo que una mujer destinada al negocio en otro país no adivinara lo que le esperaba. Es probable que la patrona francesa de Mary Jane tuviese algo que ver con su partida a París y estuviera compinchada con «el caballero» para que la colocara en un burdel de allí. Fuera cual fuese el escenario, parecía bastante segura de que Marie Janette no necesitaría su baúl de bonitos vestidos cuando llegara a la *maison close*.

Una vez dentro, la vida de aquellas casas estaba estrictamente regulada. Para mantener libres las calles limpias de prostitución, la ley restringía los movimientos de las mujeres cuando salían y entraban de una *maison close*. Solo se les permitía aparecer en público durante ciertas horas e incluso entonces no podían congregarse en grupos, quedarse cerca de las puertas o incluso dejarse ver por las ventanas, que tenían que permanecer cerradas. Además, se esperaba que todas las «nuevas reclutas» se registraran en la Police des Moeurs (Policía de Costumbres, la autoridad reguladora) y se sometieran a exámenes médicos dos veces a la semana para detectar enfermedades venéreas. Si la deuda con el burdel no era suficiente para quebrar la voluntad de una mujer secuestrada, el estricto código de legislación que gobernaba su libertad personal habría sido suficiente. Una vez atrapada entre las rígidas garras de una *maison close* extranjera, una mujer sin amigos e incapaz de comunicarse en francés tenía pocas esperanzas de escapar.

Mary Jane debió de darse cuenta de todo esto. Le contó la situación a Joe Barnett, diciéndole que había ido a París, pero, como no «le gustó el asunto», no se quedó. Barnett pareció indicar que, por «asunto», ella quería decir «el

propósito» de su viaje hasta allí. Volvió antes de quince días. Es otro misterio cómo pudo liberarse de la trampa que le habían tendido. Como Sallecarter mencionó en su entrevista con Stead, no era raro que las chicas «sospecharan» y «se alarmaran» tras su llegada al extranjero. Si Kelly estaba tan educada como se dijo, habría tenido al menos una idea de francés, cosa que la habría ayudado. Que los «paquetes humanos», como las llamaban, fuesen capaces de comunicarse con la policía suponía una verdadera amenaza. Sin embargo, incluso después de que a la cautiva la entregaran a su nuevo destino, los traficantes y los encargados de los burdeles seguían corriendo peligro. Según la ley, cualquiera (y a veces era un cliente entusiasta de la *maison close*) que sospechara de tráfico ilegal podía apelar a la Police des Moeurs, que estaba «obligada por ley a dejar libre a cualquier chica inglesa detenida en un burdel en contra de su voluntad, aunque no hubiera pagado su deuda»^[309]. Los traficantes o la gente de los burdeles no se tomaban a la ligera estos inconvenientes, pues podía suponer un gran perjuicio económico. Una chica suelta que podía testificar sobre sus crímenes podía ser un enorme problema.

Como Stead estaba dispuesto a señalar, los comerciantes internacionales de esclavos no eran gente con la que se pudiera jugar. Esos círculos los manejaban hombres sumamente peligrosos, sobre todo «exconvictos que conocían demasiado bien las incomodidades de la *maison correctionnelle*» y que no tenían inconveniente alguno en «eliminar un testigo inoportuno» si eso contribuía a evitarles otra condena^[310]. Aunque Mary Jane no lo había pretendido, al huir de sus captores se pudo haber ganado unos enemigos temibles. Aunque consiguiera escapar de ellos en París, su vida nunca volvería a ser fácil en Londres.

La vida alegre

*D*urante los meses de verano, los barcos que salían del puerto francés de Boulogne repletos de pasajeros desde París amarraban en los muelles de Saint Katherine's, junto a la Torre de Londres. Lo más probable era que los pasajeros que desembarcaban bajasen por la pasarela y giraran hacia el oeste en dirección al centro de la ciudad, y no cruzar la calle y girar hacia el este. Justo más allá de la confusión de los muelles, los montones de equipaje y mercancías, las nubes de vapor y el olor a alquitrán, se agitaba el tráfico continuo de una carretera conocida como la Ratcliff Highway. A primera vista, la entrada de la carretera ofrecía un inocente aspecto mercantil: un emporio para el personal marítimo, lleno de tiendas de aparejos de barcos, depósitos de lámparas, trajes para marineros y unos cuantos bares lóbregos de ginebra. Sin embargo, si se avanzaba un poco más por la carretera, se descubría su auténtico carácter. Las pensiones baratas sustituían a las tiendas de efectos navales, las cervecerías asomaban entre *pubs* y *music halls*, y el sonido zumbante del pecado empezaba a oírse claramente.

La Ratcliff Highway era a la vez un barrio y una carretera, con una identidad propia y una economía regida principalmente por el constante flujo de barcos y marineros que recorrían las calles en busca de bebida y sexo. A finales de siglo, seguía conservando esa reputación de lugar violento que había adquirido en 1811, cuando siete personas murieron asesinadas en sus camas en uno de los primeros asesinatos en serie en Inglaterra. A pesar de las deslumbrantes luces de gas y las animadas melodías de las polcas, la Ratcliff Highway era un lugar oscuro y miserable. La ruptura de vasos y mandíbulas, las salpicaduras de cerveza y sangre eran el pan nuestro de cada día entre los clientes multilingües que llenaban los *music halls* y los garitos de alcohol. Bien entrada la noche, cuando los fiesteros acudían en busca de *pubs* aún abiertos y antros de opio, el alboroto salía hasta las calles adyacentes, que resonaban con gritos y peleas, cánticos y sexo.

Sin duda, Mary Jane Kelly no pretendía que su vida la llevara hasta la Ratcliff Highway, pero la situación en la que se encontraba le dejaba pocas opciones. Si hubiera sido seguro para ella volver al West End, simplemente habría podido continuar con su existencia anterior. Las prostitutas de la zona media y superior del negocio no trabajaban aisladas; habrían adquirido redes

de amigos y conocerían a otras patronas-alcahuetas a cuyas puertas podían llamar si necesitaban otra colocación. Tampoco era infrecuente que esas mujeres pidieran ayuda a buenos clientes o antiguos amantes cuando se veían en apuros. Mary Jane habría tenido un buen número de personas a las que poder acudir y podía haber recuperado fácilmente su puesto en la *promenade* del Alhambra y en el comedor del Café de l'Europe si hubiera estado segura de que no se arriesgaba a que la descubrieran. En lugar de ello, prefirió dirigirse al este desde el muelle de Saint Katharine's, a la Ratcliff Highway.

El número 79 de Pennington Street, en la esquina de Breezer's Hill, estaba a poco más de diez minutos andando desde el muelle. Hasta 1874, el edificio de ladrillo cubierto de hollín que estaba frente a unos almacenes había sido el *pub* del León Rojo. Recientemente, se había convertido en una casa, en la que en 1885 vivían los Miller (una familia de sastres alemanes) y una pareja holandesa, Eliesabeth Boekü y Johannes Morgenstern, y sus pequeñas hijas gemelas. La señora Boekü, como se llamaba a sí misma, había nacido en Holanda con el nombre de Eliesabeth Bluma y era hija de una familia de pasteleros que al parecer emigró y se estableció en Pennington Street durante su juventud. Eliesabeth se casó con un hombre de la comunidad holandesa, Louis Boekü, que decía ser instalador de gas. Sin embargo, de manera bastante misteriosa para una persona que tenía un salario de obrero, el señor Boekü empezó a adquirir inmuebles. En 1880, si no antes, el 79 de Pennington Street pasó a ser de su propiedad.

Parece ser que Boekü alquiló el antiguo León Rojo a los Miller, de que se dedicó a subarrendar habitaciones a prostitutas. En una zona donde era fácil alquilar si se hacía la vista gorda ante las actividades del inquilino, era una práctica habitual. Mientras los Miller atendían el trabajo sucio, Louis Boekü prefería vivir en otro lugar con su esposa y su familia. Sin embargo, tras su muerte, en 1882, Eliesabeth decidió hacerse con el control de la inversión de su marido. Junto con su nueva pareja de hecho, Johannes Morgenstern, se trasladó al 79 de Pennington Street, al piso de arriba de los Miller, con la idea de hacer carrera en el negocio del sexo.

Probablemente, el número 79 de Pennington Street era solo una de las propiedades de la cartera de Louis Boekü. Es interesante que más o menos al mismo tiempo que Eliesabeth y Johannes se trasladaron a Pennington Street, el hermano de Johannes, Adrianus Morgenstern, se mudara a una propiedad en Poplar con una mujer llamada Elizabeth Felix. Según un descendiente de Adrianus, esta casa también se usó como burdel^[311]. Aunque parece que la

señora Boekü era una decidida empresaria, solo con la ayuda de los Morgenstern este negocio pudo convertirse en una empresa familiar.

Cuando los Boekü-Morgenstern ocuparon al menos una de las habitaciones de arriba del número 79, como antiguo *pub*, aún había varias para alquilar. En 1881, tres jóvenes mujeres (Mary Beemer y Ada King, ambas de veintiún años, y Emily Challis, de veinte) vivían allí. En el momento en que el empleado del censo acudió a su casa, tenían la visita de dos marineros. Cuando Mary Jane, una bonita «chica alegre» de veintidós años, apareció en la puerta, la señora Boekü se alegró, pues era el tipo de huésped que estaba buscando. No se sabe cuánto reveló a su nueva *madama* acerca de su pasado, pero si el nombre de Kelly no era su verdadero nombre, es probable que lo adoptara en ese momento. Tras su vuelta de Francia, Mary Jane no quería que la encontraran. Y si quienes la perseguían estaban buscando a una galesa, sería sensato convertirse en irlandesa, adoptando uno de los nombres más comunes del país y volviéndose anónima.

Mary Jane llegó sin un penique al 79 de Pennington Street, pero la señora Boekü se aseguraría de que pronto se ganase el precio de su alquiler, aunque los establecimientos, la clientela e incluso las prácticas de la Ratcliff Highway le resultaran bastante distintos de aquellos a los que se había acostumbrado en Piccadilly. «Ratcliff y Wapping tienen un estilo propio —escribió el reformador social Edward W. Thomas—, y en ningún aspecto puede esto ilustrarse mejor que en la conducta de los marineros y las mujeres^[312]...». Durante una visita a la zona, Thomas observó cierto protocolo entre las prostitutas cuando se trataba de reclutar clientela. Las mujeres y sus chulos y alcahuetas sabían cuándo los barcos llegaban a puerto y «todas las mujeres que están libres acuden a la entrada, y allí y entonces ponen todo su empeño en engatusar a los marinos...». Estas relaciones se convertían en permanentes durante el tiempo que el marinero estaba en tierra. Según Thomas, los marineros solían seleccionar a su «chica particular», una situación de la cual el comercio sexual de Ratcliff se beneficiaba. La «chica» escogida por un marinero lo «acompañaba aquí y allá, siempre en el vecindario, saliendo de juerga por las noches [...] y durmiendo de día» con ella en su cama. Durante este tiempo, si su interés por ella disminuía, «su amante lucha por él, siempre que su dinero no se haya agotado»^[313]. Cuando la bolsa se agotaba o su tiempo en tierra se acababa, siempre se podía contar con una nueva tanda de marineros o podía volverse a los métodos habituales para atraer a la clientela; caminar por las calles y ejercer en uno de los muchos *pubs*, bares de ginebra o *music halls*.

Como señalaron los moralistas, las mujeres de la Ratcliff Highway se comportaban de un modo más descarado que las del West End y otras partes de la ciudad. Dado que la demanda de sexo comercial crecía literalmente con la marea, hasta para la policía era complicado regular la prostitución y evitar la proliferación de burdeles. Las «mujeres alegres» caminaban por las calles abiertamente, sin mucho miedo a las autoridades. Thomas observó que en las que salían a dar un paseo vespertino no se veía «ni una capota o tocado de ninguna clase [...] ni tampoco ninguna prenda superflua», incluso en la más fría de las noches^[314]. Más adelante comentaba que «muchas de ellas iban notablemente bien vestidas», aunque sus trajes con escote, que «eran igualmente escasos en largura», y su «joyería de tipo barato y vistoso» las hacían «muy visibles».

Las mejores «mujeres alegres», las que eran jóvenes o, al menos, lo parecían, se encontraban en los cafés donde se cantaba. Para atraer a los marineros, la mayoría de aquellos garitos llenos de humo estaban decorados con temas náuticos; las paredes, pintarrajeadas con torpes paisajes marinos, anclas y sirenas. Las bailarinas, de caras empolvadas, vestidas con telas transparentes, actuaban entre olas de madera, mientras se cantaban con melodrama historias de adorables muchachas que habían quedado en la orilla. Con excepción de las mujeres y unos cuantos tipos del lugar, la mayoría del público hablaba sueco, danés, alemán, portugués, español o francés, y no entendía una palabra de lo que se cantaba. Aun así, les encantaba repantigarse en los bancos de madera, dejar seco el bar y acariciar a las chicas hasta que estallaba una pelea.

De manera no muy diferente a lo que sucedía en el más caro West End, los entretenimientos de una velada en la Ratcliff Highway giraban en torno al alcohol; sin embargo, las mujeres más despiertas del negocio del sexo bebían con cuidado. Los clientes desconocidos, ya fueran marineros o caballeros, podían ser peligrosos. Darle una botella de champán o varios vasos de ginebra a uno de ellos era como colocar una bala en el tambor de un revólver y hacerlo girar. Una mujer no podía predecir cómo sería una vez que estuviera borracho (en realidad, ni cómo era sobrio). Si la mujer tenía suerte, el hombre podía amodorrarse; si era menos afortunada, podía darle una paliza. Su mejor defensa era permanecer con la cabeza clara, lo que podía resultar difícil si el cliente le iba llenando el vaso sin parar. Una de las damas de placer de la época escribió que cuando estaba con un cliente «rara vez era necesario beber». Solo tenía que tocar el borde del vaso con los labios y depositar el contenido disimuladamente en otra parte^[315]. Sin embargo, la bebida también

ofrecía una buena vía de escape para una existencia miserable. Adormecía el miedo a embarazos no deseados y enfermedades, una posibilidad muy real en cada encuentro con penetración. Borraba los horrores de la intimidad con un hombre que era físicamente repelente, y silenciaba, aunque fuera por un momento, sentimientos de autodesprecio, culpa, dolor y recuerdos traumáticos de violencia. Es probable que Mary Jane Kelly hubiera bebido durante toda su carrera en el negocio del sexo, pero, tras su vuelta de Francia, parece que bebió mucho más, hasta volverse una costumbre más que perjudicial. La «cuñada» de la señora Boekü, Elizabeth Felix (o la señora Phoenix, como se la llamaba erróneamente en los periódicos), había observado de primera mano la conducta de Kelly. Era «una de las chicas más agradables y decentes [que te podías encontrar] cuando estaba sobria», declaró Felix, pero se volvía «muy peleona y abusiva cuando estaba borracha»^[316]. Incluso para una familia como la Boekü-Morgenstern, que debía de estar acostumbrada a semejante conducta por parte de muchas de sus apáticas y desencantadas inquilinas, la «liberalidad en el uso de sustancias intoxicantes» de Mary Jane la habían convertido en «una amiga que no era bienvenida»^[317]. Finalmente, Kelly o sus patronos decidieron que era el momento de que se marchara. Sin embargo, cuando lo hizo, no se fue muy lejos.

En la puerta contigua al antiguo León Rojo estaba Breezer's Hill, una pensión propiedad de la señora Rose Mary (o Mary Rose) McCarthy y su marido, John. El establecimiento de los McCarthy era casi idéntico al del número 79 de Pennington Street: proveía de camas a mujeres como Mary Jane y a sus clientes^[318]. También dirigían un *pub* sin licencia en el mismo local; allí no solo se vendía alcohol a espaldas de la ley, sino que se usaban prostitutas para atraer a «marineros y otras personas incautas a esos locales», donde luego les robaban^[319]. No se sabe si Mary Jane estaba o no implicada en tales actividades, pero los McCarthy parece que no estaban muy preocupados mientras fuera capaz de pagar el alquiler.

Es discutible que Mary Jane fuera capaz de cumplir con sus obligaciones económicas respecto a patrones y patronas, sobre todo en lo que se refería a los Boekü-Morgenstern. La señora Felix recordaba un incidente que, según decía, había ocurrido poco después de la llegada de Mary Jane al 79 de Pennington Street. Ya fuese porque Mary Jane necesitara fondos desesperadamente, o porque la señora Boekü la hubiese convencido de que no tenía nada que temer, las dos mujeres decidieron reclamar a su antigua patrona en Knightsbridge el baúl desaparecido de Kelly, lleno de vestidos

elegantes. Aunque, sin duda, ella estaría deseando volver a tener consigo sus posesiones, Mary Jane no pudo sentirse cómoda volviendo a una parte de Londres donde la conocían. En un intento por tranquilizar a su inquilina y tal vez por demostrar a su antigua alcahueta francesa que Mary Jane estaba ahora bajo la protección de los Morgenstern, la señora Boekü la acompañó al otro lado de la ciudad a hacer ese recado. Probablemente, fuera la primera vez desde que había regresado de París que Kelly veía aquellas calles familiares; debió de sentirse emocionada.

No hay nada que sugiera que su misión tuvo éxito. Si la «señora francesa» era tan viva como la señora Boekü y otras mujeres de su posición, es probable que hubiera vendido las valiosas pertenencias de Mary Jane mucho antes de que la chica se presentara de nuevo en Knightsbridge. Para empeorar aún más las cosas, esta incursión en el oeste de Londres fue quizá tan mal vista como se habría temido Mary Jane.

Al parecer, en algún momento después de la visita de Mary Jane a su antigua patrona, llegó un hombre a la Ratcliff Highway en su busca. Según Joseph Barnett, a quien ella había contado la historia, un hombre de mediana edad que decía que era su padre «trataba de encontrarla». Debió de mostrarse muy decidido cuando preguntaba por ella en varios *pubs* y establecimientos de bebidas, y hacía preguntas sobre las jóvenes que recorrían las calles. Finalmente, ella «se enteró por sus compañeras de que la estaba buscando». Mary Jane sabía que aquel hombre quería problemas y desapareció para esconderse de él^[320]. Fuera cual fuese su identidad, sin duda no era el padre de Mary Jane. La señora Felix insistió en que Kelly no tenía contacto con su familia, «que la había abandonado», y Barnett también declaró que «ella no veía a ninguno de sus parientes». En la investigación de 1888, Barnett aseguró que Mary Jane temía por su seguridad, aunque nunca dijo quién o qué le provocaba ese miedo. A pesar de que a Kelly le preocupara que la encontrasen, la preocupación que suscitaba el asesino que andaba suelto en aquel otoño sustituyó a todas las demás.

Si Mary Jane estaba empezando a cansarse de la vida en Ratcliff Highway y de pelearse con sus patronas, aquella visita seguramente hizo que se replanteara su futuro. Finalmente, en algún momento entre finales de 1886 y principios de 1887, apareció lo que podía ser una solución a sus problemas: alguien se enamoró de ella.

Kelly (joven, bonita y atractiva) no habría tenido pocos admiradores. Además, a pesar del constante movimiento, debió de tener cierto número de clientes regulares. Uno de ellos era un escayolista de veintisiete años del

cercano Bethnal Green llamado Joseph Fleming (o Flemming). Como obrero de la construcción, Fleming no disponía de seguridad financiera, y sin duda tenía menos dinero que cualquiera de los hombres cuyo corazón hubiera podido conquistar en el West End. Sin embargo, según la señora McCarthy, cuya casa abandonó para irse a vivir con Fleming, estaba enamorado y «se habría casado con ella». Mary Jane parecía sentir lo mismo, como confesó a sus amigas^[321]. Durante al menos unos cuantos meses, la pareja vivió en lo que no era probablemente más que una habitación amueblada en Bethnal Green Road, o en Old Bethnal Green Road, antes de que la relación se rompiera^[322]. La razón no está clara, aunque la amiga de Mary Jane, Julia Venturney, sugiere que Fleming pudo haber sido violento con Kelly y «abusar» de ella^[323]. La señora McCarthy se enteró cuando su antigua inquilina apareció ante su puerta a las dos de la mañana, a principios de 1887. Había ido en busca de una cama para ella y un acompañante. La patrona pareció confusa y preguntó «si ya no vivía con el hombre que se la había llevado del barrio». Kelly contestó que la relación había acabado y que había vuelto a la prostitución. Mary McCarthy no dijo nada más, pero le cobró dos chelines por la habitación^[324].

Cuando Mary Jane se separó de Joe Fleming, no quiso quedarse en Bethnal Green, y tampoco deseaba volver a la Ratcliff Highway. En lugar de ello, se trasladó a un lugar nuevo: Spitalfields. Se dijo que se había ido a vivir a la pensión de Cooley's en Thrawl Street y que trabajaba en una zona alrededor de Aldgate. En sus más que idealizados recuerdos en la Policía Metropolitana, el detective jefe Walter Dew solía decir que había visto a Mary Jane «paseándose por Commercial Street, entre Flower and Dean Street y Aldgate, o por Whitechapel Road». Afirmaba que iba siempre «pulcramente vestida e invariablemente llevaba un delantal blanco limpio, pero no sombrero», mientras se paseaba por la calle «en compañía de dos o tres de su clase»^[325]. Los comentarios de Dew sobre su apariencia y su extrovertido comportamiento parecen coincidir con lo que muchos que la conocían pensaban de ella. «Era una de las mujeres más elegantes y guapas del vecindario», comentó un misionero al que entrevistaron en el *Evening News*. Nunca dejaba de ir «pulcra y decentemente vestida, y parecía muy agradable y respetable». También había conquistado a sus vecinos por su humor y amabilidad. Decían que era una chica «buena, tranquila y simpática» y «caía bien». Según algunos, a Mary Jane le gustaba cantar y contar historias, sobre todo acerca del tiempo que pasó en el West End, que, en comparación con el duro y sucio entorno en el que se encontraba, debía echar de menos. «No

ocultaba» sus aventuras anteriores y regalaba a sus compañeros cuentos sobre cómo iba en carruaje y «llevaba la vida [...] de una dama», e incluso presumía de haber estado en París. Con eso se ganaba el afecto de mucha gente, igual que con sus fantasías sobre Irlanda y acerca de «volver con su gente». Sin embargo, lo que nos describen estos amables retratos de Mary Jane es que ella se había acostumbrado a ocultar sus sentimientos, algo esencial para una «mujer de vida alegre». En un extraño momento de sinceridad, habló con su vecina, Lizzie Albroom, de veinte años, que parecía subyugada por el cosmopolitismo de Kelly. Mary Jane la convenció para que no siguiera sus pasos; en realidad, «ella estaba muy harta de la vida que llevaba»^[326].

Curiosamente, hay otra descripción de Mary Jane Kelly que difiere bastante de los muchos comentarios generosos. Cuando investigaba para su libro sobre los crímenes en 1965, Tom Cullen habló con Dennis Barrett, que era un niño en 1888 y que decía recordar a Kelly, a la que conocía como «Mary la Negra»; decía que era «un auténtico terror». Cuando se prostituía delante del *pub* Las Diez Campanas, era tan feroz como un bulldog. «Pobre de cualquier mujer que tratase de pescar en su territorio [...] esa mujer corría el riesgo de que le arrancaran el pelo con las manos», comentó^[327]. Por supuesto, ese recuerdo infantil puede ser confuso, pero, de ser cierto, estaríamos ante dos aspectos muy distintos de su carácter. Tal vez Mary Jane ocultaba una agitada y triste vida interior tras su aparente amabilidad y dulzura.

La vida callejera en el East End no era tranquila. El breve periodo de estabilidad doméstica con Joseph Fleming, aunque imperfecto, debió de suponer para ella un alivio en comparación con la imprevisibilidad y los peligros inherentes de ejercer la prostitución. Inevitablemente, no mucho después de que se separara, empezó a buscar un acuerdo similar y más estable. Pronto empezó a buscar clientes en Commercial Street, hacia marzo de 1887.

Joseph Barnett, el narrador principal de la historia de Mary Jane, entró en su vida como un cometa, o eso parece según su descripción del encuentro. Tuvo lugar un jueves por la noche, cerca de la Pascua. Barnett se prendó al instante de Kelly, con la que «congenió», y la invitó a una copa en un *pub*. Omite discretamente si le pagó por sexo, diciendo que «quedó en verse con ella al día siguiente». No habían pasado cuarenta y ocho horas de la relación cuando Barnett se convirtió en un hombre enamorado. El sábado le había propuesto que se fueran a vivir juntos, a lo que Mary Jane accedió.

Inmediatamente, Barnett apalabró una habitación para ellos en la cercana George Street. «Viví con ella desde entonces hasta... el otro día», le dijo al juez de instrucción dieciocho meses más tarde^[328].

En noviembre de 1888, cuando declaraba ante un jurado suspicaz de personas de clase media, Joseph Barnett no dio muy buena impresión. Tras haber sido interrogado por la policía durante cuatro horas, estaba totalmente aterrorizado cuando subió al estrado. Su testimonio fue voluntarioso pero tenso, y tartamudeó y repetía las palabras. Aquel no era el hombre que había conocido Mary Jane, seguro de sí mismo y decidido cuando se trataba de conseguir lo que deseaba.

El Barnett que había conocido aquella noche en Commercial Street era un hombre de Whitechapel de veintinueve años, de ojos azules y pelo rubio que había nacido en una familia irlandesa y que lucía un bigote a la moda. Como muchos hijos de su clase y su época, Joseph había perdido a sus padres a los trece años y había sido criado por sus hermanos mayores. Fue su hermano quien lo llevó al mercado de pescado de Billingsgate y lo ayudó a conseguir un trabajo de transportista, un oficio especializado que requería una licencia para acarrear mercancías para los vendedores. Era un puesto codiciado y se podía ganar un buen sueldo, si eras rápido y fuerte. Joseph, a quien se describe como de uno setenta de estatura y de complexión mediana, parecía adecuado para el trabajo. A pesar de ello, la pareja tenía problemas de dinero. A los dos les gustaba tomarse una buena copa, hábito que pudo ser el origen de sus problemas. Durante los dieciocho meses (más o menos) que estuvieron juntos, Barnett y Kelly se mudaron cuatro veces. Dejaron su mísera habitación en George Street por otra en Little Paternoster Row, de la que fueron expulsados por embriaguez e incapacidad para pagar el alquiler^[329]. De allí se trasladaron a Brick Lane, antes de mudarse de nuevo a una habitación en Miller's Court hacia marzo de 1888.

En la primera parte del siglo, Miller's Court estaba formado por dos jardines adyacentes pertenecientes al 26 y 27 de Dorset Street. Este espacio se había desarrollado más tarde y se había convertido en una serie de casitas apretadas para obreros en las que vivían treinta personas, que compartían tres aseos públicos en un extremo del patio. Como el salón trasero del piso de abajo del número 26 tenía enfrente una vista bastante desagradable de un patio escuálido, se separó del resto de la casa y se alquiló como el número 13 de Miller's Court. Por el precio de cuatro chelines y seis peniques a la semana, Mary Jane y Joe Barnett hicieron su hogar de este espacio de 3 × 3,5 metros al fondo de un oscuro callejón. No era ni mejor ni peor que cualquiera

de los demás horribles cuchitriles que se podían encontrar a lo largo de Dorset Street y contenía solo el mobiliario indispensable: una cama, una mesa, un gastado lavamanos, una silla y un armario. En algún momento, alguien trató de alegrar el lóbrego entorno pegando en la pared un cromo titulado *The Fisherman's Widow*.

Por desgracia, con todo lo que había alrededor, poco se podía hacer para animar la tristeza de Miller's Court y la miseria de aquellos que allí vivían. Su dueño, un casero conocido como John McCarthy (sin relación con los McCarthy de Breezer's Hill), a quien describieron como «un matón» que «estafaba pequeñas sumas a gente pobre», parecía preferir como inquilinas a mujeres solitarias y con problemas^[330]. A Elizabeth Prater, que vivía encima del número 13, la había abandonado su marido. Julia Venturney, del número 1, era una viuda de cuarenta y tantos años que trabajaba como fregona, mientras que Mary Ann Cox, que se definía como «viuda y desgraciada», residía en el número 5. Aunque Mary Jane decía que Barnett le había prometido que nunca «la dejaría volver a la calle» mientras viviera bajo sus cuidados, al parecer Kelly alquiló el número 13 a su nombre^[331]. McCarthy debía de saber que las mujeres, sobre todo las que eran prostitutas conocidas, siempre podrían ganar buenas sumas. A finales del verano lo confirmó, cuando Joseph perdió su trabajo en Billingsgate. Se desconocen las razones, pero, si la pareja bebía lo bastante como para que los echasen de su hogar anterior, puede que el alcohol tuviese algo que ver. Con Barnett sin trabajo, las deudas con McCarthy, que también llevaba la tienda de al lado, donde los huéspedes compraban comida, velas y artículos de primera necesidad a crédito, pronto empezaron a crecer. A principios de noviembre de 1888, la pareja llevaba seis semanas de retraso en el alquiler y le debía veintinueve chelines a su casero.

Puede que fuese McCarthy el que habló con Mary Jane acerca de su vuelta a la prostitución. Ella no hubiese aceptado de buena gana esa perspectiva después de más de un año de compartir la cama con un compañero único y que ya le resultaba familiar. Durante casi dieciocho meses, no había tenido que revisar a un hombre en busca de señales de sífilis. No se había preguntado cómo se las arreglaría si se quedaba embarazada. No había estado de pie en una esquina bajo la lluvia sin sombrero ni chal, sonriendo. No tenía que pensar qué podía hacer si el hombre sucio al que acababa de complacer no quería pagarle. Había sido Barnett el que había insistido en que no tenía que prostituirse mientras vivieran juntos, que él la mantendría, y la ira y el resentimiento que ella debió de sentir hacia él por

haberle fallado resultarían evidentes. Por desgracia, por mucho que Joseph lo intentara, fue incapaz de encontrar trabajo, aparte de alguna cosa suelta que no servía ni para pagar el alquiler. La pareja empezó a pelearse con frecuencia. En una ocasión, borracha, Mary Jane rompió un cristal de la ventana que había junto a su puerta. La obstruyó con trapos para impedir que pasara la corriente; jamás lograrían repararla.

Cuando Mary Jane vivía en Miller's Court, se dijo que había recibido cartas de Irlanda, que según ella eran de su madre... o de su «hermano». Pero desde agosto de 1888, el Segundo Batallón de la Guardia Escocesa tuvo su base en Dublín, así que es igualmente probable que estuviera recibiendo correspondencia, y quizá pequeñas sumas de dinero, de un antiguo amante del regimiento^[332]. También seguía en contacto con Joseph Fleming, que, según Julia Venturney, la visitaba de vez en cuando y «solía darle dinero»^[333]. Joe Barnett no lo sabía y pudo no haberse tomado bien que siguiera viéndolo. Al parecer, Mary Jane lo amenazaba mencionando a su predecesor, al que, decía, «quería mucho». Sin embargo, lo que Barnett dijo que más le había enfurecido eran las frecuentes relaciones de Kelly con prostitutas, a las que traía a la casa. Aunque había conocido a Mary Jane mientras practicaba su oficio, tras establecerse con ella parece que Barnett no quería que le recordasen su pasado. Probablemente, su animadversión se debía a su frustración ante la propuesta de Mary Jane de volver a la calle, y no a que su espacio se viera invadido por mujeres que decía que no le gustaban. Como sus desavenencias crecían, Mary Jane acabó por mandar a Joseph un mensaje muy claro indicándole que valoraba más la amistad de las «mujeres de vida alegre» que la suya.

En octubre, los asesinatos de Jack el Destripador eran la comidilla y el terror de toda la gente de Whitechapel. Los residentes de Dorset Street y Miller's Court, hogar de tantas mujeres vulnerables, estaban especialmente nerviosos. Barnett dice que, durante aquellos tensos meses, Mary Jane y él consultaban los periódicos a diario, esperando leer que habían dado con el asesino. Sin embargo, mientras aquel delincuente siguiera suelto, Kelly no dudó en ofrecer refugio a conocidas que de otro modo habrían tenido que salir a prostituirse o dormir en la calle. La primera de esas mujeres era una prostituta conocida solamente como «Julia»^[334]. Poco después, acogió a Maria Harvey, una lavandera soltera que no tenía dinero para pagar una cama y que se dejó un montón de ropa en la habitación. Para Joe Barnett, esa fue la gota que colmó el vaso. Aunque reconocía que a Mary Jane le movía la

compasión, por su comportamiento también pretendían echarlos. Se marchó el 30 de octubre, aunque no sin muchos remordimientos.

A pesar de sus dificultades, a Barnett le importaba Kelly y esperaba poder reconciliarse con ella. Alquiló una cama en la pensión Buller's, en la esquina de Bishopsgate Street, pero se aseguró de seguir viéndola mientras continuaba buscando trabajo. A primera hora de la noche del jueves 8 de noviembre, llamó a su puerta. La ventana que se había roto seguía tapada con trapos; un abrigo que había dejado Maria Harvey en la habitación servía de cortina improvisada. Aquella noche, Barnett pudo haber tirado del viejo pestillo y haber abierto la puerta desde dentro, como Mary Jane y él solían hacer cuando no tenían la llave, pero quizá le pareció demasiado osado. Una vela ardía en el interior y se dio cuenta de que Kelly no estaba sola. Había estado charlando con Lizzie Albrook; cuando Joe llegó, la vecina de Mary Jane se marchó. Kelly acababa de volver de Las Diez Campanas, donde había estado bebiendo con una amiga, Elizabeth Foster. No obstante, Barnett dijo que estaba perfectamente sobria cuando fue a verla.

Pasaron una hora juntos, más o menos. Pudieron haber charlado tranquilamente, o haberse peleado, o haber dado rienda suelta a sus deseos, pero, ocurriera lo que ocurriese, no llegaron a ninguna solución. Al final, Barnett se levantó para marcharse y se disculpó con Mary Jane. «Le dije que no tenía trabajo ni nada que ofrecerle», repitió tristemente durante la investigación del juez de instrucción, «cosa que sentía mucho», añadió^[335]. Mary Jane, con un gastado corpiño de terciopelo negro y una falda de una tela bastante buena, lo vio partir. Nunca se sabrá qué sentimientos le despertó el final de aquella relación.

Nadie sabe con seguridad adónde fue después de que se despidiera de Joseph Barnett. Mary Ann Cox, su vecina del número 5, creía haber visto a Kelly tomar Dorset Street hacia Miller's Court con un hombre; serían sobre las 23.45. Pensó que Mary Jane estaba muy borracha, pero ninguno de los taberneros de la zona dijo haberla visto aquella noche. Según Cox, Mary Jane y su acompañante desaparecieron en su habitación, pero, antes de hacerlo, Kelly advirtió a Mary Ann de que «iba a cantar». La puerta se cerró y empezó a salir luz por debajo de su ventana, apenas tapada con una vieja cortina. Después de un momento de silencio, Cox oyó la voz de Mary Jane cantando el primer verso de *Una violeta arrancada de la tumba de mi madre cuando era niño*:

Escenas de mi niñez surgen ante mi mirada,
 trayendo recuerdos de pasados días felices

cuando allá en el prado vagaba en mi infancia.
No queda nadie que me anime ahora dentro del viejo hogar;
padre y madre, ambos han fallecido;
hermana y hermano, yacen ahora bajo la arcilla.
Pero, mientras la vida siga animándome, conservaré
esta pequeña violeta arrancada de la tumba de mi madre.
Solo una violeta que arranqué cuando no era más que un niño,
y a menudo cuando tengo el corazón triste esta flor me ha dado alegría;
así que, mientras la vida siga, en el recuerdo conservaré
esta pequeña violeta arrancada de la tumba de mi madre.
Bien recuerdo la sonrisa de mi querida madre
cuando me recibía de vuelta del duro trabajo,
siempre tejiendo en el viejo sillón.
Padre solía sentarse y leernos a los niños allí,
pero ahora todo está en silencio en el viejo hogar;
todos me han dejado aquí apenado vagando,
pero mientras la vida siga, en el recuerdo conservaré
esta pequeña violeta arrancada de la tumba de mi madre.

Cox parecía muy segura de haber oído cantar a Kelly al menos hasta la una de la mañana, pero, como en el caso de tantos testigos en los cinco casos, hay lagunas, dudas e inconsistencias^[336]. Lo que ocurrió exactamente con el cliente de Mary Jane en el transcurso de esa hora y quince minutos no lo sabe nadie.

Elizabeth Prater, que vivía en el piso de arriba de Mary Jane, dijo que había podido oír claramente la mayoría de los ruidos a través del fino suelo y de las paredes. A la una y media, no había ningún ruido en la habitación de Kelly.

En algún momento de la madrugada del 9 de noviembre, Mary Jane decidió poner punto final al día e irse a dormir. Se quitó la ropa, prendas ajadas de un guardarropa en tiempos resplandeciente que el uso había estropeado; los dobladillos se habían arrastrado por las desiguales aceras de Dorset Street y la tela estaba salpicada de cerveza y ginebra. A pesar de su aspecto deslucido, dobló cada artículo con cuidado y los colocó sobre su silla. La llama de su única vela, que había colocado sobre un vaso de vino roto, ardió y osciló hasta que la soplaron. Envuelta en la oscuridad, se deslizó bajo la sábana y se arropó, protegiéndose de la noche.

Joseph Barnett era lo más cercano a un familiar que tenía Mary Jane, y ni siquiera él supo nunca la verdadera identidad de aquella mujer que yacía en el ataúd. Como se llamaba Kelly a sí misma y como decía haber nacido en Irlanda, la enterraron en un cementerio católico (Saint Patrick's en

Leytonstone), pero si era galesa, como decían todos los demás, Mary Jane podía haber sido enterrada por metodistas.

Había sido lo que había querido ser y, tras su muerte, se convirtió en lo que Joseph Barnett quería recordar. Fue él quien insistió para que el nombre de la placa de bronce de su ataúd fuera «Marie Jeanette Kelly», un apodo que resumaba toda la ostentación y extravagancia de un sábado por la noche en el West End.

Tras su muerte, Mary Jane, una residente anónima de Spitalfields, también se convirtió en lo que Whitechapel imaginaba que era: una heroína local que sufrió a manos de un monstruo que seguía suelto. Su coche fúnebre abierto, los dos carruajes de duelo y su ataúd de roble y olmo pulimentados, decorado con dos coronas de flores y una cruz de mimbre, fueron una prueba de resistencia. Y se convirtieron en una excusa para mirar, beber y exclamar ante el desfile de duelo que pasaba por las calles, seguido por los dueños de los *pubs* y sus mejores clientes, así como por la clase de mujeres que los periódicos llamaban «desafortunadas». Mujeres con niños en la cadera observaban desde los escalones de sus puertas, los hombres se quitaban el sombrero al verla pasar.

«¡Dios la perdone! ¡No la olvidaremos!», dicen que decían entre sollozos.

CONCLUSIÓN

«Nada más que prostitutas»

La pérdida de estas cinco [...] vidas es sin duda una tragedia [...]. Podemos observar con cierto disgusto el tipo de vida que llevaban [...] tomaran las drogas que tomaran, hicieran el trabajo que hicieran, nadie tenía derecho a hacer ningún daño a estas mujeres, y mucho menos, a matarlas.

JUEZ GROSS, *La reina contra Steven Gerald James Wright* (el «Estrangulador de Suffolk»), 2008

Poco después de la muerte de Annie Chapman, el señor Edward Fairfield, un veterano funcionario de la Oficina Colonial que residía en la elegante South Eaton Place, en Belgravia, Londres, sintió el impulso de tomar la pluma y escribir una carta a *The Times*. Estaba especialmente preocupado por la serie de crímenes de Whitechapel. Las muertes reales de «las viciosas habitantes de Dorset Street y Flower and Dean Street» no eran lo que le molestaba. A Fairfield le inquietaba mucho más que, tras aquellos acontecimientos, mujeres como Annie Chapman se desplazasen de sus infernales cuevas en Spitalfields y se trasladaran a su barrio, extendiendo su «mancha a calles hasta entonces inmaculadas». «El horror y la excitación causados por el asesinato de las cuatro marginadas de Whitechapel implican una creencia universal de que tenían derecho a la vida...», continuaba diciendo el funcionario del Gobierno.

Si lo tuvieran, tenían además el derecho a refugiarse del mordisco del frío de la noche inglesa. Si no tuviesen ese derecho, entonces fue, en general, una buena cosa que conocieran a ese desconocido genio quirúrgico. Él, en cualquier caso, ha hecho su contribución para resolver «el problema de limpiar el East End de sus viciosos habitantes»^[337].

Aunque hoy nos estremezcamos ante semejante comentario, Edward Fairfield estaba expresando simplemente un sentimiento, si no generalizado, sí al menos uno que no le parecía inapropiado para expresarlo abiertamente en 1888. Fairfield era soltero, un hombre que pasaba mucho tiempo en su club,

donde era conocido por su «personalidad ligeramente frívola, ligeramente disoluta»^[338]. Cuando no estaba en el club, era atendido por una cocinera y una doncella y celebraba cenas íntimas con regularidad para sus amigos masculinos. Fairfield, como la mayoría del público culto, había aprendido en los periódicos todo lo que necesitaba saber sobre los «viciosos habitantes» del East End. Los fragmentos de información que leyó le instruyeron acerca de sus vidas repugnantes, empobrecidas y alcohólicas. Cualquier hueco que pudiera haber en sus conocimientos acerca de las mujeres habitantes de los suburbios lo podía rellenar el «saber común»: eran todas prostitutas desesperadas, sucias y malhabladas. Pero, por desgracia, lo que él y el resto de los lectores de *The Times* no comprendían era que había mucho más en la historia de «la típica Annie Chapman» (como llamó a las mujeres de su clase) de lo que aparecía en la prensa. Poco sospechaba Edward Fairfield que Annie Chapman ya había «llevado su mancha» a su zona, porque Annie Chapman había pasado una buena parte de su vida allí. La familia de Annie Chapman vivía a un paseo de quince minutos de la puerta principal de Fairfield, y en sus últimos años, desharrapada, enferma, abatida y «viciosa», Annie fue a visitar a sus hermanas. Edward Fairfield pudo incluso haberse cruzado con ella en Brompton Road, de camino a Harrods.

La vida de estas mujeres no era simple, y la prensa sensacionalista del siglo XIX no estaba dispuesta a contar la historia completa a lectores como Edward Fairfield. Tampoco ninguno de los editores o los periodistas que cubrían esta historia consideraban necesario o que mereciese la pena detenerse mucho en las biografías de las víctimas. Al final, a nadie le importaba en realidad quiénes eran o cómo habían acabado en Whitechapel.

Las cartas estaban en contra de Polly, de Annie, de Elizabeth, de Kate y de Mary Jane desde el día que nacieron. Empezaron sus vidas de manera deficitaria. No solo la mayoría había nacido en familias de clase trabajadora, sino que habían nacido mujeres. Antes incluso de que hubieran pronunciado sus primeras palabras, se las consideraba menos importantes que sus hermanos y eran más una carga para el mundo que sus contrapuntos femeninos con más dinero. Nunca tendrían los ingresos de un hombre; por tanto, su educación era menos importante. Cualquier trabajo que consiguieran estaba destinado a contribuir al sustento de su familia; no era para que se realizaran o para alcanzar algún tipo de satisfacción personal. El billete dorado para las chicas de clase trabajadora era una vida en el servicio doméstico, en el que era posible, tras años de romperse la espalda trabajando, subir de categoría y llegar a ser cocinera, ama de llaves o doncella personal.

No había trabajos de escritorio para chicas pobres como Kate Eddowes o Polly Nichols, que estaban alfabetizadas, sino tareas que suponían doce horas cosiendo pantalones en un taller clandestino o pegando cajas de cerillas por un salario que apenas les permitía pagar una cama y el sustento. El trabajo de las mujeres pobres era barato porque las mujeres pobres eran prescindibles y porque la sociedad no pensaba que tenían que ganarse el pan. Por desgracia, muchas de ellas debían hacerlo. Si un marido, padre o pareja se marchaba o moría, a una mujer de clase trabajadora con personas dependientes le resultaba casi imposible sobrevivir. La sociedad estaba diseñada para asegurarse de que una mujer sin un hombre fuera un elemento superfluo.

La única función de una mujer era apoyar a los hombres. Por otro lado, si los varones de su familia debían apoyar a hombres más ricos que ellos, entonces las mujeres tenían que ser más sólidas, pues sobre ellas recaía un mayor peso incluso. El papel de una mujer consistía en tener hijos y criarlos, pero como la anticoncepción rudimentaria y la información publicada sobre el control de natalidad no estaban disponibles para los pobres, ellos (como las mujeres de la familia Eddowes, como la madre de Annie Chapman y como Polly Nichols) no tenían posibilidades reales de controlar el crecimiento de sus familias y evitar la ruina financiera.

Además de estas cargas que las mujeres tenían que llevar sobre los hombros, estaba el peso más tremendo de todos: la perfección moral y sexual. Como la mujer era el centro de la vida familiar, su carácter debía de ser intachable; si no lo era, ella sería la responsable de la ruina de los demás. Su circunspección y autosacrificio calibraba las balanzas de la moral de sus hijos; su dedicación a las necesidades de su marido lo mantenían a él alejado del pecado; lejos de los *pubs* y de otras mujeres. El doble rasero dictaba que, aunque podía ser mal visto que un hombre buscara relaciones sexuales con varias mujeres, también era comprensible y habitual. Por otra parte, una mujer solo podía practicar sexo con un hombre si estaba legalmente casada con él. La omnipresencia de esos ideales implicaba que incluso en las comunidades más permisivas de las clases trabajadoras (en las que las parejas solían practicar sexo fuera del matrimonio, no se casaban, se separaban y se volvían a juntar en intervalos regulares) las mujeres seguían llevándose la peor parte del juicio moral, sobre todo cuando procedía de la sociedad dominante de clase media victoriana. Ante la mirada estrecha y censora de ese mundo, Polly y Annie eran mujeres caídas desde el momento en que se separaron de sus maridos y se lanzaron en brazos de otros hombres. A Kate se la consideraba tan disoluta como a Mary Jane por haber vivido fuera del matrimonio con dos

parejas, y Elizabeth fue mancillada dos veces: una en Gotemburgo, cuando su nombre apareció en el registro de mujeres públicas, y la segunda después de que su matrimonio fracasara, cuando tuvo que prostituirse para sobrevivir. El doble rasero mostraba una vida en blanco y negro. Aunque los misioneros ofrecían piedad y promesas de redención a aquellas que habían tomado la senda equivocada, este bálsamo se aplicaba solo tras años de vergüenza y condenación. ¿Es de extrañar que Polly huyera de las comodidades del hogar de los Cowdry, que Annie no se atreviera a decirles a sus hermanas dónde vivía, que Elizabeth nunca permitiera que nadie la conociese de verdad, que Kate se peleara con sus hijos y que a los veinticinco años Mary Jane se hubiera convertido en una borracha antipática?

En el momento de los asesinatos, la idea de que «Jack el Destripador era un asesino de prostitutas» contribuía a reforzar esos códigos morales que dictaban lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sin embargo, a pesar de lo que se dijera en 1888, esta idea repetida carece de sentido hoy en día. Sigue siendo el único «hecho» sobre los asesinatos que se da por sentado, pero, en realidad, no resiste un mínimo estudio.

Desde la introducción del Acta de Enfermedades Infecciosas de la década de 1860 hasta el periodo de los asesinatos de Whitechapel, muy pocas autoridades, incluida la Policía Metropolitana, se ponían de acuerdo sobre lo que quería decir exactamente ser una «prostituta» y cómo podía ser identificada^[339]. ¿Era una prostituta simplemente una mujer como Mary Jane Kelly, que se ganaba la vida solo con el comercio del sexo y se identificaba a sí misma como parte de la profesión, o podía definirse «una prostituta» de una manera más amplia? ¿Era una prostituta una mujer que aceptaba una copa de un hombre que luego la acompañaba a una pensión, pagaba la cama, se acostaba con ella y se quedaba a pasar la noche? ¿Lo era una mujer que, a cambio de dinero, masturbaba ocasionalmente a hombres detrás del *pub*, pero que no tenía relaciones con ellos? ¿Y una mujer que dejaba que un hombre le metiera la mano bajo la falda por tres peniques? ¿Y lo era una que practicaba sexo por dinero dos veces en una semana, antes de encontrar trabajo en una lavandería y conocer a un hombre con el que decidía vivir fuera del matrimonio? ¿Y una mujer que solía vivir en un burdel, pero luego se marchaba para convertirse en la mantenida de uno de sus clientes? ¿Lo era una mujer que vagabundeaba y accedía a acostarse con un hombre porque de otro modo se sentía amenazada y sola? ¿Y el caso de una joven trabajadora de una fábrica que se acostaba con los chicos que la cortejaban y le hacían regalos? ¿Y una mujer con reputación de ser «libre y fácil», que se quedaba

hasta tarde en los *pubs*, de juerga? ¿Era una prostituta una mujer con tres hijos de tres padres diferentes que vivía con un hombre simplemente porque proporcionaba un techo sobre sus cabezas?

Algunas de esas mujeres podían clasificarse como «prostitutas comunes» o profesionales, mientras que otras podrían llamarse «prostitutas puntuales», o solo mujeres que, según las normas sociales de su comunidad, practicaban sexo fuera del matrimonio. Pero, como llegó a reconocer la Policía Metropolitana, las líneas que separaban a esos grupos solían ser tan finas que resultaba imposible distinguir entre ellas.

La cuestión de a quién podía y a quién no podía llamarse legítimamente prostituta llegó a su punto crítico en julio de 1887, después de que a Elizabeth Cass, una modista que había salido sola una noche a comprar un par de guantes y ver las luces del Golden Jubilee en Regent Street, la detuvieran por «ramera». El juicio y la absolución posteriores de Cass obligaron a la policía a replantearse sus suposiciones sobre la moralidad de las mujeres solas y a pensárselo dos veces antes de colocar la etiqueta de «prostituta» sobre todas ellas. La orden de *sir* Charles Warren del 19 de julio de 1887 se emitió para intentar aclarar oficialmente cómo la policía tenía que definir formalmente a una prostituta. Se decía que «un agente de policía no debe asumir que una mujer determinada es una prostituta» y que la policía no estaba «justificada a llamar a cualquier mujer una vulgar prostituta a menos que ella se describa así, o haya sido condenada como tal...». Es más, para acusar a una mujer de ser prostituta, se requería la prueba de una declaración formal de una persona que hubiera sido «molestada o requerida»^[340]. Un año más tarde, Warren fue igualmente cauteloso a la hora de identificar «prostitutas» entre la población de las pensiones de Whitechapel y reconoció que «no hay manera de verificar qué mujeres son prostitutas y cuáles no»^[341]. Después de haber metido la pata en 1887, los oficiales de policía reconocieron que la línea que separaba a las mujeres de clase trabajadora que no formaban parte del comercio sexual de aquellas que sí pertenecían a ese mundo resultaba tan fina que era imposible aislarlas en grupos separados. Sin embargo, esto no siempre evitaba que los agentes de policía ignorasen las órdenes y actuaran movidos por sus prejuicios.

En ausencia de cualquier prueba de que Polly, Annie y Kate practicasen alguna vez la prostitución común, muchos han optado por decir que practicaban la «prostitución puntual», un término amplio que se utiliza para englobar las ambigüedades de las vidas de las mujeres y que se apoya en un juicio moral. Atribuye una culpa por asociación porque una mujer era pobre y

alcohólica, porque había abandonado a sus hijos, porque se había vuelto adúltera, porque tenía hijos fuera del matrimonio, porque vivía en una pensión, porque salía por las noches hasta tarde, porque ya no era atractiva, porque no tenía un hogar estable, porque mendigaba, porque dormía en la calle, porque rompía todas las reglas de lo que significaba ser femenina. Esta línea de razonamiento también explica por qué la falta de hogar de Polly, de Annie y de Kate se ignoró completamente como factor unificador de sus asesinatos; para ellos, una «criatura sin hogar» y una «prostituta» eran exactamente lo mismo. Había muchas razones por las que una mujer de clase obrera empobrecida pudiera estar en la calle durante las horas de oscuridad, y no todas ellas eran tan evidentes como captar clientes. Las que no tenían hogar ni familia, las que bebían mucho y las que no tenían nada no llevaban vidas que casaran bien con las convenciones. Nadie sabía qué hacían o adónde iban. De hecho, a nadie le importaba. Por esta razón, más que por un motivo sexual, debieron de llamar la atención del asesino.

Si se aplican a Polly, a Annie y a Kate los criterios oficiales establecidos por el comisionado de la Policía Metropolitana para definir el término «prostituta», enseguida resulta evidente que ellas no podían ser identificadas como tales. Incluso cuando nos referimos a testimonios de las investigaciones, no existen pruebas que apoyen tales afirmaciones. De igual modo, no existe la seguridad absoluta de que Elizabeth Stride hubiera vuelto a la prostitución antes de morir. Sencillamente, no hay pruebas de que ninguna de esas cuatro mujeres se identificasen a sí mismas como prostitutas, o de que cualquiera en su comunidad pensara que formaban parte del negocio sexual. Es más, en las noches en que las asesinaron, ningún hombre dijo que Polly, Annie, Kate o Elizabeth habían tratado de atraerlo como cliente. Después de que los jueces de instrucción escucharan a los testigos, concluyeron que eran las víctimas para ellos. A Mary Ann Nichols la describieron como «esposa de William Nichols, impresor». A Annie Chapman, como «viuda de John Chapman, cochero». A Elizabeth Stride, «viuda de John Thomas Stride, carpintero». A Catherine Eddowes, como «supuestamente mujer soltera». Solo a Mary Jane Kelly, que admitía abiertamente trabajar en el negocio del sexo, se la calificó de «prostituta»^[342]. Deben tenerse muy en cuenta estas descripciones para saber si hay justificación o no para asegurar que «Jack el Destripador era un asesino de prostitutas». Insistir en otra cosa es caer en ciertas suposiciones arbitrarias al calor de los prejuicios victorianos.

Hoy en día, solo hay una razón por la que seguimos creyendo que Jack el Destripador era un asesino de prostitutas: porque apoya una industria que ha

crecido en parte gracias a esa mitología. No hay duda de que la historia de Jack el Destripador es un buen filón. Es un cuento gótico de un monstruo suelto, que acecha en las oscuras calles de la neblinosa Londres. Contiene suspense y horror, así como un elemento de tensión sexual. Por desgracia, esta es también una historia unilateral, y la persecución del asesino ha pasado a ocupar el centro del escenario. A lo largo de los siglos, el villano se ha metamorfoseado en protagonista: un actor malvado, psicótico, misterioso; un tipo tan listo que ha conseguido escurrirse incluso hasta hoy. Para examinar este prodigio de la maldad, hemos pasado por encima de los cuerpos de las mujeres que asesinó. De hecho, a algunas de ellas se les ha dado una patada al pasar junto a su cadáver. Cuanto más crece su perfil, más parece desvanecerse el de las víctimas. Con el paso del tiempo, tanto el asesino como las asesinadas se han separado de la realidad; sus experiencias y sus nombres han quedado difuminados en el folclore y tras tantas teorías conspirativas. Para cierta gente, ya no son seres humanos, sino figuras de dibujos animados cuyas imágenes sangrientas pueden imprimirse en camisetas, cuyas muertes pueden resultar risibles en postales y cuyas entrañas decoran pegatinas. ¿Es de extrañar que el público no haya querido examinar las vidas de las cinco víctimas canónicas si nunca han parecido reales ni se las ha tenido en cuenta?

Insistir en que Jack el Destripador mataba a prostitutas también convierte la historia en una siniestra serie de crímenes más interesante. Como ocurrió en el siglo XIX, la idea de que las víctimas eran «solo prostitutas» trata de perpetuar la creencia de que hay mujeres buenas y malas; *madonas* y putas. Subyace la idea de que hay un estándar aceptable de conducta femenina y que hay que castigar a las que se desvían de él. Igualmente, contribuye a reafirmar el doble estándar, exonerando a los hombres de los delitos cometidos contra tales mujeres. Esas actitudes pueden no parecer tan predominantes como lo eran en 1888, pero persisten; no expresadas en las conversaciones generales como lo habrían sido en tiempos de Edward Fairfield, sino más bien integradas en la trama de nuestras normas culturales. Los hilos se vuelven visibles en casos judiciales y en el mundo de la política: se encuentran entretejidos en las declaraciones de los poderosos. Pueden localizarse en casos como *El pueblo contra Turner* (2015), en el que Brock Turner, un estudiante de la Universidad de Stanford, fue acusado de la violación y el asalto sexual de una mujer muy bebida: recibió una sentencia de prisión reducida de seis meses; su padre se quejó de que «era un precio muy alto que pagar por veinte minutos de acción»^[343]. Todo se vuelve más claro cuando el juez, en el proceso del asesino en serie de Suffolk, Steve Wright, tiene que

decirle al jurado que deje a un lado sus prejuicios contra las cinco víctimas, cuatro de las cuales eran trabajadoras sexuales, antes de tomar una decisión sobre la culpabilidad del acusado. En una declaración que recuerda de manera escalofriante a lo que sucedió en 1888, el juez recuerda a los miembros del jurado: «Pueden considerar con cierto disgusto el estilo de vida de las personas involucradas [...] tomaran las drogas que tomaran, hicieran el trabajo que hicieran, nadie tiene derecho a hacer ningún daño a estas mujeres y, mucho menos, a matarlas».

Cuando una mujer se sale del camino recto y contraviene la norma femenina, sea donde sea, parece haber un acuerdo tácito sobre que alguien tiene que ponerla en su sitio. Etiquetar a las víctimas como «solo prostitutas» permite a los que escriben sobre Polly, Annie, Elizabeth, Kate y Mary Jane reforzar el dilema *madona* /puta. Asimismo, anima a los autores a clasificar el nivel de atractivo de las mujeres, basándose en imágenes de sus cuerpos asesinados. De este modo, afirman que «la pulcritud no era, al parecer, interesante para el Asesino de Whitechapel». Antes de concluir: «Mary Jane Kelly era bonita, Stride, animada y [...] al menos atractiva [...]. Aparte de eso, sus víctimas eran piltrafas empapadas en ginebra»^[344]. Tal actitud da a ciertos autores vía libre para especular lascivamente sobre cuántas veces habrían practicado sexo antes de que las asesinaran. Convierte en aceptable despreciar a esas hijas, esposas y madres porque se las tiene por «unas cuantas fulanas moribundas y borrachas», a las que «todo lo que hizo [Jack] fue ejecutarlas, [y] luego destriparlas»^[345]. Eleva la categoría del asesino al de celebridad y confiere prestigio a sus víctimas porque «fueron íntimas de uno de los hombres más famosos de la Tierra»^[346]. En el fondo, la historia de Jack el Destripador es de un odio profundo y permanente hacia las mujeres; nuestra obsesión cultural con la mitología solo sirve para normalizar esta particular clase de misoginia.

Hemos llegado a estar tan cómodos con la idea de «Jack el Destripador», el insondable e invencible asesino, que no hemos sabido reconocer que sigue caminando entre nosotros. Con su chistera y su capa, blandiendo su cuchillo empapado en sangre, se le puede ver en carteles, en anuncios, en la publicidad de los autobuses, por todo Londres. Hay barmans que han puesto su nombre a cócteles; las tiendas usan su apodo en sus letreros; turistas de todo el mundo peregrinan a Whitechapel para seguir sus huellas y visitar un museo dedicado a sus asesinatos. El mundo ha aprendido a disfrazarse como él en Halloween, a ponerse en su piel, a honrar su genio, a reírse ante un asesino de mujeres. Al aceptarlo, asumimos el juego de valores que lo rodeó en 1888, ese mismo que

enseña a las mujeres que valen menos que los hombres y que es normal que se las deshonre y se abuse de ellas. Se impone la idea de que las «malas mujeres» merecen castigo y que las «prostitutas» son una subespecie de mujer.

Para mantener vivo este espíritu, nos hemos olvidado de sus víctimas. Somos cómplices del ninguneo al que se las somete. Cuando repetimos la leyenda del Destripador en periódicos, documentales de televisión o Internet, cuando se la enseñamos a los niños en las escuelas sin cuestionar los orígenes de la historia y sus fuentes, sin tener en cuenta la fiabilidad de las pruebas o las suposiciones que contribuyeron a darle forma, no solo ayudamos a perpetuar las injusticias cometidas contra Polly, Annie, Elizabeth, Kate y Mary Jane, sino que también consentimos las formas más bajas de violencia.

Solo si recuperamos la vida de estas mujeres podremos silenciar al Destripador y todo lo que representa. Si permitimos hablar a sus víctimas, si tratamos de entender cómo fue su vida, sentirlas como seres humanos, podremos devolverles el respeto y la comprensión que merecen. Las víctimas de Jack el Destripador nunca fueron «solo prostitutas»; fueron hijas, esposas, madres, hermanas y amantes. Fueron mujeres. Fueron seres humanos. Eso, sin duda, debería ser suficiente.

Una vida en objetos

*T*ras descubrir los cadáveres, la policía retiró los cuerpos de Polly, de Annie, de Elizabeth, de Kate y de Mary Jane de los escenarios de los crímenes. Las despojaron de sus ropas y de cualquier pequeño objeto que llevaran encima para guardarlo. Como encontraron a las cuatro primeras víctimas en la calle, se hizo inventario de sus posesiones. No se elaboró una lista similar de efectos personales de Mary Jane, que murió asesinada en su cama, con solo una camisa encima.

Estos objetos ofrecen la huella final de su vida. Son una humilde fotografía de lo que cada una de ellas valoraba y de lo que creían que podría ayudarlas a pasar aquellos días tan difíciles.

Polly

Capota de paja negra ribeteada de terciopelo negro.

Abrigo marrón con siete botones grandes con el dibujo de un hombre junto a un caballo.

Vestido de estameña.

Paño de franela blanca.

Medias de lana con rayas azules.

Dos enaguas, una de lana gris, una de franela. Ambas marcadas con la leyenda «ASILO DE LAMBETH».

Corsé marrón (corto).

Bragas de franela.

Botas de hombre con elásticos laterales con la parte de arriba cortada y refuerzos de hierro en los tacones.

Un peine.

Un pañuelo blanco de bolsillo.

Un espejo de mano.

Annie

Abrigo largo negro ceñido que llegaba a las rodillas.
Falda negra.
Corpiño marrón.
Otro corpiño.
Dos enaguas.
Un gran bolsillo bajo la falda, atado a la cintura con cintas (vacío cuando se encontró).
Botas de cordones.
Medias de lana de rayas rojas y blancas.
Pañuelo de cuello blanco con un ancho borde rojo.
Un retal de muselina.
Un peine de dientes pequeños.
Un peine en una funda de papel.
Un trozo de sobre que contenía dos píldoras con el sello del Regimiento de Sussex, matasellos «Londres, 28 agosto de 1888».

Elizabeth

Chaqueta larga de tela negra, ribeteada de piel en el bajo, con una rosa roja y un adiantum blanco prendido a ella.
Falda negra.
Capota de crepé negro (la parte de atrás rellena con periódico).
Bufanda de cuadros atada a un lado.
Corpiño de imitación de terciopelo marrón oscuro.
Dos enaguas ligeras de sarga.
Una camisa blanca.
Medias blancas.
Botas con elástico lateral.
Dos pañuelos.
Un dedal.
Un trozo de lana alrededor de un cartón.
Una llave de candado.
Un trozo pequeño de lápiz con una mina de plomo.
Un botón pequeño y seis grandes.
Un peine.
Un trozo roto de peine.
Una cuchara de metal.
Un gancho (como de vestido).
Un trozo de muselina.
Uno o dos trozos pequeños de papel.

Kate

Capota de paja negra ribeteada con terciopelo verde y negro con cuentas negras. Cintas negras, atadas a la cabeza.

Chaqueta de tela negra ribeteada en el cuello y los puños con piel de imitación y con trencilla de seda negra y piel en los bolsillos. Grandes botones de metal.

Falda de *chintz* verde oscuro, tres volantes, botón marrón en la cintura. La falda tiene estampadas margaritas michaelmas y lirios dorados.

Chaleco blanco de hombre, con botones a juego en el delantero.

Corpiño marrón de estameña, cuello de terciopelo negro con botones marrones en el delantero.

Enagua de género gris con cinturilla blanca.

Falda de alpaca verde muy vieja (llevada como ropa interior).

Falda azul muy vieja con volantes rojos, forro ligero de sarga (llevada como ropa interior).

Camisa blanca de percal.

Ni bragas ni corsé.

Un par de botas de mohair de hombre con cordones. Bota derecha reparada con hilo rojo.

Un trozo de gasa roja de seda llevada como pañuelo.

Un pañuelo blanco de bolsillo grande.

Un pañuelo blanco de algodón grande con borde rojo y blanco de cadeneta.

Dos bolsillos de percal sin blanquear, cordones de cinta.

Un bolsillo de tela de colchón de rayas azules.

Medias hasta la rodilla acanaladas marrones, remendadas en los pies con algodón blanco.

Dos pequeñas bolsas azules hechas de tela de colchón.

Dos pipas de arcilla cortas.

Una lata que contenía té.

Una lata que contenía azúcar.

Una lata de cerillas, vacía.

Doce trozos de trapo blanco, algunos ligeramente manchados de sangre (paños menstruales).

Un trozo de lino basto blanco.

Un trozo de tela de camisa azul y blanca, con tres esquinas.

Un trozo de franela roja con agujas y alfileres.

Seis trozos de jabón.

Un peine de dientes cortos.

Un cuchillo de mesa de mango blanco.

Una cucharilla de té de metal.

Una pitillera de cuero rojo con remates de metal.

Un ovillo de cáñamo.

Un trozo de viejo delantal blanco con remiendos.

Varios botones y un dedal.

Una lata de mostaza que contenía dos papeletas de empeño.

Parte de unas gafas.

Un mitón rojo.

Agradecimientos

*E*scribir este libro me ha embarcado en un viaje increíble, tanto intelectual como emocionalmente, y estoy en deuda con una serie de personas que me han ayudado en varias etapas del camino. Desde el principio, Claire McArdle y Julia Laite han sido dos valiosísimas cajas de resonancia y no solo han contribuido a mis conocimientos, sino que me han ayudado a consolidar mis ideas. Lo mismo se puede decir de Daniel Olsson y Stefan Rantzow, que me ofrecieron sus valiosas opiniones sobre el mundo de Elizabeth Stride, así como su ayuda para adquirir y comprender gran parte del material en Suecia. Helena Berlin y Arne y Olaf Jacobson en Gotemburgo también merecen mi agradecimiento.

Fue un gran placer conocer a Neal y a Jennifer Sheldon, así como compartir ideas e investigaciones con ellos; fueron los que primero se aventuraron en los archivos hace muchos años y empezaron a reunir la información sobre las vidas de las cinco mujeres. Cualquiera que se interese por Polly, Annie, Elizabeth, Kate y Mary Jane estarán en deuda con ellos por su gran trabajo. Estoy agradecida a Melanie Clegg por facilitarme esta conexión, así como a Adam Wood y a Frogg Moody, que me ayudó a ponerme en contacto con gente de la comunidad de estudio del Destripador («Ripperology»).

Durante la investigación, trabajé intensamente y el volumen de materiales que tuve que revisar en la preparación de este libro fue enorme. La ayuda de Lucy Santos, Phoebe Cousins y Wendy Toole ha sido muy valiosa para el proyecto, así como las agudas contribuciones de Sarah Murden y Joanne Major. Estoy en deuda con Hannah Greig y con la Universidad de York por haberme enviado como auxiliar a la diligente y hábil historiadora Sarah Murphy. También estoy agradecida a la maestría aportada por Anthony Rhys, Lindsey Fitzharris, Anthony Martin y Drew Grey, mientras que Christine Wagg, en Peabody, Mark y Wendy en la LMA, y la hermana Elizabeth Jane en la comunidad de Santa María Virgen fueron especialmente generosos con

su tiempo. Sería un descuido por mi parte no agradecer a la Biblioteca de Londres el haberme proporcionado tantos recursos y un lugar perfecto para trabajar.

Finalmente, están los que me animaron desde la concepción de este libro, cuya ayuda no puedo dejar de mencionar: mis agentes, Sarah Ballard y su ayudante, Eli Keren, así como Yasmin McDonald de United Agents y Eleanor Jackson de Dunow, Carlson & Lerner, que han sido un equipo maravilloso. De igual modo, este libro no se habría escrito sin la perspicacia y el entusiasmo incansable de los equipos editoriales del Reino Unido y Estados Unidos. Jane Lawson, mi editora en Transworld, ha sido una auténtica estrella (como siempre), lo mismo que Nicole Angeloro de Houghton Mifflin Harcourt. Sophie Christopher, Emma Burton, Kate Samano, Josh Benn, Richenda Todd y muchos otros en Transworld y HMN han participado en la creación de este libro, y por ello les estoy sinceramente agradecida.

Los autores, que viven sobre todo en su imaginación, no serían nada sin los que tiran de ellos hacia la realidad. Mi marido ha soportado mi transformación temporal en «ripperóloga» y estoy segura de que he aburrido a mi familia y amigos con eternos discursos sobre mis últimas investigaciones. A vosotros, mis personas más amadas, no solo os ofrezco mi más cálida gratitud, sino, también, mis más sinceras disculpas.

Bibliografía

FUENTES PRINCIPALES

ABREVIATURAS

HO: Home Office

MEPO: Metropolitan Police

PCOM: Home Office and Prison Commission

WO: War Office

PUBLIC RECORDS OFFICE (PRO), KEW

HO45/9964/x15663 (Correspondencia de la policía: Charles Warren).

HO144/221/A49301C (Investigación de la policía: Elizabeth Stride).

MEPO3/140 (Investigación de la policía: Polly Nichols, Annie Chapman, Mary Jane Kelly).

MEPO3/141 (Informe MacNaghten sobre los asesinatos), PCOM2/284, 288 (Wandsworth Prison, Surrey: Registro de prisioneros).

WO22/23 (Registros de la pensión de Thomas Quinn), WO22/180 (Libro mayor mensual del Distrito de Kilkerry, Irlanda, 1861).

WO23/57 (Libros mayores anuales 1855-64, 1864-74 del Royal Chelsea Hospital).

WO97/1274/160, 166 (Documentos de alta de Thomas Smith George Smith).

WO97/1450/058 (Documentos de alta de Thomas Quinn).

WO118/33 (Royal Hospital Kilmahain: Registro de pensionistas).

WO400/81/523 (Documentos de soldados, Caballería Real, Segundo Regimiento de Guardias de Corps: George Smith).

LONDON METROPOLITAN ARCHIVES (LMA)

ACC/3445/PT/07/066 (Peabody Trust: Stamford Street), BBG/523 (Registros de Asentamientos de Saint Mary Magdalen Bermondsey).

CLC/215-11, CLC/215/MS31.165 (Sir John Cass Foundation: Bridge, Candlewick and Dowgate Schools, reuniones y minutas), GBG/250/008-013 (Admisiones y altas del asilo de Greenwich Woolwich Road and Discharge).

HABG/308/001 (Admisiones y altas del asilo de Hackney) HOBG/510/18, HOBG/535/21 (Asilo de Holborn Union Settlement Examinations).

HOBG/535/020-023 (Admisiones y altas del asilo de Holborn Union), LABG/044, 047; LABG/056/001 (Junta de Guardias de Lambeth, minutas), LABG/162/008-014 (Admisiones y altas del asilo de Lambeth Princes Road).

POBG/169/05-12 (Registros de credos y Admisiones y altas del asilo de Poplar Workhouse).
PS/TH/A/01/005, 008, 007, 011, 003 (Registros de la Corte de Magistrados del Támesis).
SOBG/100/013-019 (Admisiones y altas del asilo de Southwark).
STBG/SG/118/025-043 (Admisiones y altas del asilo de Stepney).
WEBG/ST/135/001 (Admisiones y altas de los asilos de Edmonton/Strand Union/Westminster).
X020/413; X100/072, 073, 070 (Brighton Road School y South Metropolitan District School, microfilm).

ARCHIVOS METROPOLITANOS DE INVESTIGACIÓN DE LONDRES

CLA/041/IQ/3/65/135 (Registros de la investigación sobre Catherine Eddowes).
MJ/SPC/NE/376/1-11 (Registros de la investigación sobre Mary Jane Kelly).

ARCHIVOS METROPOLITANOS DE LONDRES, ACCESO POR MEDIO DE ANCESTRY.COM

Iglesia Anglicana de Londres, registros parroquiales, 1754-1906.
Iglesia Anglicana de Londres, Matrimonios y amonestaciones 1754-1921.
Iglesia Anglicana de Londres. Fallecimientos y entierros, 1813-1980.
Iglesia Anglicana de Londres. Nacimientos y bautismos, 1813-1917.
Ley de Pobres de Londres y Registros de la Junta de Guardias, 1834-1906.
Registros de admisiones y altas de los asilos de Londres, 1659-1930.
Registro de censos del Reino Unido, 1841-1911.
Glasgow, Escocia, Listas de Tripulaciones, 1863-1901.
Nueva Gales del Sur, Australia, Listas de pasajeros no asistidos, 1826-1922.

BERKSHIRE RECORD OFFICE

D/P39/28/9, 11 (registros de admisiones y libros de cuentas de la National School, 1870-1914).
D/EX 888/1 (catálogo de ventas de la propiedad de Saint Leonard's Hill, 1869).
D/EX 1915/5/11/1-2 (catálogo ilustrado de ventas con plano de la propiedad de Saint Leonard's Hill, 1923).

GÖTEBORG LANSARKIVET, GOTEMBURGO, SUECIA

SE/GLA/12703 D XIV (registro policial de «mujeres públicas»).

SE/GLA/13186/A I/30 (1835-60 registros de empleo).

SE/GLA/13186/E I/1 (registros de matrimonios).

SE/GLA/13187/P/10 (registros parroquiales no catalogados).

SE/GLA/13566/B/2 (1835-60 Censos de Gotemburgo).

SE/GLA/13566/F/H0004 (Registros de la Kurhuset, disponibles en digital a través de Göteborg Lansarkivet).

Registros de emigración: Emigranten Populär 2006; Göteborgs Domkyrkoförsamling (O)–B:7 (1861-79).

Registros de la iglesia de Suecia en Londres: Ulrika Eleonora församling (UT) H II.

BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL CONVENTO DE SAINT MARY THE VIRGIN, WANTAGE

Diarios del Sanatorio de Spelthorne.

CENTRO DE ARCHIVOS DE LA CITY OF WESTMINSTER

St Margaret and St John, Westminster, Rate Books (Knightsbridge.)

BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL AYUNTAMIENTO DE LONDRES

Directorios de Kelly, 1861-78.

OFICINA DEL REGISTRO GENERAL (GRO)

Partidas de nacimiento.
Certificados de defunción.

TESTAMENTOS Y LEGITIMACIÓN (www.gov.uk)

Testamentos: William Stride the Elder of Stride's Row, Mile Town, Sheerness,
legitimado el 30 de septiembre de 1873

FUENTES SECUNDARIAS

LIBROS

- «A Member of the Aristocracy», *The Duties of Servants: A Practical Guide to the Routine of Domestic Service* (Londres, 1894).
- Ackroyd, Peter, *London: The Biography* (Londres, 2000).
- Acton, William, *Prostitution Considered in Its Moral, Social, and Sanitary Aspects, in London and Other Large Cities and Garrison Towns: With Proposals for the Control and Prevention of Its Attendant Evils* (Londres, 1870).
- Alford, Stephen, *Habitual Drunkards' Act of 1879* (Londres, 1880).
- Anónimo. *A Short History of the Royal Irish Regiment* (Londres, 1921).
- Arthur, sir George, *The Story of the Household Cavalry*, vol. 2 (Londres, 1909).
- Ashton, John R., *A Short History of the English Church in Gothenburg, 1747-1997* (Gotemburgo, 1997).
- Ashton, John R., *Lives and Livelihoods in Little London: The Story of the British in Gothenburg, 1621-2001* (Gotemburgo, 2003).
- Atkinson, David, y Roud, Steve (eds.), *Street Ballads in Nineteenth-Century Britain, Ireland, and North America* (Farnham, 2014).
- Attwood, Nina, *The Prostitute's Body: Rewriting Prostitution in Victorian Britain* (Londres, 2010).
- Bakker, Nienke y Pludermacher, Isolde (eds.), *Splendeurs & Misères: Images de la Prostitution, 1850-1910* (París, 2015).
- Barnsby, George J., *Social Conditions in the Black Country, 1800-1900* (Wolverhampton, 1980).
- Barret-Ducrocq, Françoise, *Love in the Time of Victoria* (Londres, 1991).

- Bartley, George C. T., *A Handy Book for Guardians of the Poor* (Londres, 1876).
- Bartley, George C. T., *The Parish Net: How It's Dragged, and what it Catches* (Londres, 1875).
- Bartley, Paula, *Prostitution: Prevention and Reform in England, 1860-1914* (Londres, 1999).
- Bateman, John, *The Great Landowners of Great Britain and Ireland* (Cambridge, 2014).
- Bates, Barbara, *Bargaining for Life: A Social History of Tuberculosis, 1876-1938* (Filadelfia, 1992).
- Beaumont, Matthew, *Nightwalking: A Nocturnal History of London* (Londres, 2015).
- Beeton, Isabella, *Mrs Beeton's Book of Household Management* (Londres, 1861).
- Begg, Paul, *Jack the Ripper: Just the Facts* (Londres, 2004).
- Begg, Paul, y Bennett, John, *The Complete and Essential Jack the Ripper* (Londres, 2013).
- Begg, Paul, Fido, Martin y Skinner, Keith (eds.), *The Complete Jack the Ripper A to Z* (Londres, 2015).
- Benjamin, Walter, *A Short History of Photography* (Londres, 1972).
- Berg, William, *Contributions to the History of Music in Gothenburg, 1754-1892* (Gotemburgo, 1914).
- Black, C., *Married Women's Work* (Londres, 1983).
- Blaine, Delabere Pritchett, *An Encyclopaedia of Rural Sports; Or, A Complete Account, Historical, Practical, and Descriptive, of Hunting, Shooting, Fishing, Racing, and Other Field Sports and Athletic Amusements of the Present Day*, vol. 1 (Londres, 1840).
- Blair, Madeleine, *Madeleine: An Autobiography* (Nueva York, 1919).
- Booth, Charles, *Life and Labour of the People in London: Religious Influences* (Londres, 1902).
- Booth, Charles, *Life and Labour of the People in London: The Trades of East London* (Londres, 1893).
- Booth, William, *In Darkest England and the Way Out* (Londres, 1890).
- Bowley, A. L., *Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century* (Cambridge, 1900).
- Brown, J. B., *The Royal Windsor Guide, with a brief account of Eton and Virginia Water* (1838).
- Bumstead, Freeman J., *The Pathology and Treatment of Venereal Diseases* (Filadelfia, 1861).
- Burnett, John, *Plenty and Want: A Social History of Food in England from 1815 to the Present Day* (Abingdon, 2013).
- Butler, Josephine Elizabeth, *Rebecca Jarrett* (Londres, 1886).
- Bynam, Helen, *Spitting Blood: The History of Tuberculosis* (Oxford, 1999).
- Carlsson, A., *Göteborgs Orkesters Repertoar* (Gotemburgo, 1996).
- Chandler, David y Beckett, Ian (eds.), *The Oxford History of the British Army* (Oxford, 1994).
- Chisholm, Alexander, DiGrazia, Christopher-Michael y Yost, Dave (eds.), *The News From Whitechapel: Jack the Ripper in the Daily Telegraph* (Jefferson, NC, 2002).
- Clark, Anna, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class* (Berkeley, CA, 1997).
- Clarke, Edward T., *Bermondsey: Its Historic Memories and Associations* (Londres, 1901).
- Clayton, Antony, *London's Coffee Houses* (Whitstable, 2003).
- Clowes, W. B., *Family Business 1803-1953* (Londres, 1969).
- Cohen, Deborah, *Family Secrets: Living with Shame from the Victorians to the Present Day* (Londres, 2013).

- Covell, Mike, *Annie Chapman: Wife, Mother, Victim* (2014).
- Crompton, Frank, *Workhouse Children* (Stroud, 1997).
- Crowther, M. A., *The Workhouse System, 1834-1929: The History of an English Social Institution* (Athens, GA, 1982).
- Cunnington, Phillis and Lucas, Catherine, *Charity Costumes* (Londres, 1978).
- Curtis, L. Perry, Jr, *Jack the Ripper and the London Press* (New Haven, CT, 2002).
- Curtis & Henson, *Royal Windsor: Illustrated Particulars of the St. Leonards Hill Estate Originally Part of Windsor Forest... For Sale by Private Treaty* (Londres, 1915).
- Davidson, Roger and Hall, Lesley A. (eds.), *Sex, Sin and Suffering: Venereal Disease and European Society Since 1870* (Londres, 2003).
- Davies, Margaret Llewelyn (ed.), *Maternity: Letters from Working Women* (Londres, 1915).
- Davin, Anna, *Growing Up Poor: Home, School and the Street, 1870-1914* (Londres, 1996).
- Davis, George Henry (ed.), *The Memorials of the Hamlet of Knightsbridge* (Londres, 1859).
- Dew, Walter, *I Caught Crippen* (Londres, 1938).
- Dickens, Charles, *Dombey e hijo* (Londres, 1846-48).
- Dickens, Charles, *La tienda de antigüedades* (Londres, 1840-41).
- Dickens, Charles, Jr, *Dickens's Dictionary of London* (Londres, 1879).
- Dodds, George, *The Food of London* (Londres, 1856).
- Egan, Pierce, *Boxiana; Or, Sketches of Ancient and Modern Pugilism* (Londres, 1824).
- English Heritage, *Kent Historic Towns' Survey: Sheerness– Kent Archaeological Assessment Document* (Londres, 2004).
- Evans, Stewart P. y Skinner, Keith, *The Ultimate Jack the Ripper Sourcebook* (Londres, 2001).
- Fauve-Chamoux, Antoinette (ed.), *Domestic Service and the Formation of European Identity* (Berna, 2004).
- First Report of the Commissioners for Inquiring into the State of Large Towns and Populous Districts*, vol. 1 (Londres, 1844).
- Fournier, Alfred, *Syphilis and Marriage* (Londres, 1881).
- Frost, Ginger, *Living in Sin: Cohabiting as Husband and Wife in Nineteenth-Century England* (Mánchester, 2008).
- Frost, Ginger, *Promises Broken: Courtship, Class, and Gender in Victorian England* (Charlottesville, VA, 1995).
- Frost, Rebecca, *The Ripper's Victims in Print: The Rhetoric of Portrayals Since 1929* (Jefferson, MO, 2018).
- Fryer, Peter (ed.), *The Man of Pleasure's Companion: A Nineteenth Century Anthology of Amorous Entertainment* (Londres, 1968).
- Gavin, Hector, *Unhealthiness of London: The Habitations of Industrial Classes* (Londres, 1847).
- Gay, Peter, *The Cultivation of Hatred: The Bourgeois Experience: Victoria to Freud* (Londres, 1993).
- Gibson, Clare, *Army Childhood: British Army Children's Lives and Times* (Londres, 2012).
- Gibson, Colin S., *Dissolving Wedlock* (Abingdon, 1994).
- Goldsmid, Howard, *Dottings of a Dosser* (Londres, 1886).
- Goldsmid, Howard, *A Midnight Prowl Through Victorian London*, editado por Peter Stubley (Londres, 2012).
- Gordon, Mary Louisa, *Penal Discipline* (Londres, 1922).
- Gorham, Deborah, *The Victorian Girl and the Feminine Ideal* (Abingdon, 2012).

- Gray, Drew D., *London's Shadows: The Dark Side of the Victorian City* (Londres, 2010).
- Greenwood, James, *The Seven Curses of London* (Londres, 1869).
- Gretton, George Le Mesurier, *The Campaigns and History of the Royal Irish Regiment from 1684 to 1902* (Edimburgo, 1911).
- Hadfield, Charles, *Canals of the West Midlands* (Londres, 1966).
- Hanaford, Phebe Ann, *The Life of George Peabody* (Boston, 1870).
- Harkness, Margaret, *A City Girl* (Londres, 1887).
- Harkness, Margaret, *Out of Work* (Londres, 1888).
- Harkness, Margaret, *Toilers in London; Or, Inquiries Concerning Female Labour in the Metropolis* (Londres, 1889).
- Hart, H. G., *Hart's Annual Army List, Special Reserve List, and Territorial Force List* (1857).
- Hartley, Jenny, *Charles Dickens and the House of Fallen Women* (2012).
- Haw, G., *From Workhouse to Westminster: The Life Story of Will Crooks, M. P.* (Londres, 1907).
- Heise, Ulla, *Coffee and Coffee Houses* (West Chester, 1999).
- Higginbotham, Peter, *The Workhouse Encyclopedia* (Londres, 2012).
- Higgs, Mary, *Five Days and Nights as a Tramp* (Londres, 1904).
- Hiley, Michael, *Victorian Working Women: Portraits from Life* (Londres, 1979).
- HMSO, *Informe HMSO Royal Commission on Divorce and Matrimonial Causes* (Londres, 1912).
- Hollingshead, John, *Ragged London* (Londres, 1861).
- Horn, Pamela, *The Rise and Fall of the Victorian Servant* (Stroud, 1975).
- Horn, Pamela, *The Victorian Town Child* (Stroud, 1997).
- Howarth-Loomes, B. E. C., *Victorian Photography: A Collector's Guide* (Londres, 1974).
- Hughes, Kathryn, *The Victorian Governess* (Londres, 2001).
- Jakubowski, Maxim y Braund, Nathan (eds.), *The Mammoth Book of Jack the Ripper* (Londres, 2008).
- Jerome, Jerome K., *My Life and Times* (Londres, 1927).
- Jesse, John Heneage, *London: Its Celebrated Characters and Remarkable Places* (Londres, 1871).
- Jones, W. H., *The Story of Japan, Tin-Plate Working and Bicycle and Galvanising Trades in Wolverhampton* (Wolverhampton, 1900).
- Kelly's Directory of Berkshire* (Londres, 1883).
- Kirwan, Daniel Joseph, *Palace and Hovel: Phases of London Life* (Londres, 1878).
- Knight, Charles, *London* (1841).
- Knowlton, Charles, *Fruits of Philosophy*, editado por Charles Bradlaugh y Annie Besant (Londres, 1891).
- Koven, Seth, *Slumming: Sexual and Social Politics in Victorian London* (Oxford, 2004).
- Laite, Julia, *Common Prostitutes and Ordinary Citizens: Commercial Sex in London, 1885-1960* (Basingstoke, 2012).
- Larkin, Tom, *Black Country Chronicles* (Eastbourne, 2009).
- Lee, William, *Classes of the Capital: A Sketch Book of London Life* (Londres, 1841).
- Lindahl, Carl Fredrik, *Svenska Millionärer, Minnen och Anteckningar* (Estocolmo, 1897-1905).
- Lindmark, Daniel, *Reading, Writing and Schooling: Swedish Practices of Education and Literacy 1650-1880* (Umeå, 2004).
- Lloyd's Insurance, *Lloyd's Register of British and Foreign Shipping* (Londres, 1874).
- Lock, Joan, *The Princess Alice Disaster* (Londres, 2014).

- London, Jack, *People of the Abyss* (Nueva York, 1903).
- Longmate, Norman, *The Workhouse; A Social History* (Londres, 2003).
- Lundberg, Anna, *Care and Coercion: Medical Knowledge, Social Policy and Patients with Venereal Disease in Sweden 1785-1903* (Umeå, 1999).
- Mace, Rodney, *Trafalgar Square: Emblem of Empire* (Londres, 2005).
- Macnaghten, Melville L., *Days of My Years* (Nueva York, 1914).
- Mason, Frank, *The Book of Wolverhampton: The Story of an Industrial Town* (Buckingham, 1979).
- Mason, Michael, *The Making of Victorian Sexuality* (Oxford, 1995).
- Mayhew, Henry, *London Labour and the London Poor* (Londres, 1862).
- McNetting, Robert, Wilk, Richard R. y Arnold, Eric J. (eds.), *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Groups* (Berkeley, 1984).
- Mearns, Rev. Andrew, *The Bitter Cry of Outcast London: An Inquiry into the Condition of the Abject Poor* (Londres, 1883).
- Merrick, G. P., *Work Among the Fallen as Seen in the Prison Cell* (Londres, 1890).
- Metropolitan Board of Works, *Minutes of Proceedings of the Metropolitan Board of Works* (Londres, 1880).
- Miles, Henry Downes, *Pugilistica: The History of English Boxing* (Edimburgo, 1966).
- Miltoun, Francis, *Dickens' London* (Londres, 1908).
- Mirbeau, Octave, *A Chambermaid's Diary*, traducido por B. R. Tucker (Nueva York, 1900).
- Morrison, Arthur, *Tales of Mean Streets* (Londres, 1895).
- Nicholls, James, *The Politics of Alcohol: A History of the Drink Question in England* (Mánchester, 2013).
- Nokes, Harriet, *Twenty-Three Years in a House of Mercy* (Londres, 1886).
- O'Donnell, Bridget, *Inspector Minahan Makes a Stand* (Londres, 2012).
- O'Neill, Joseph, *The Secret World of the Victorian Lodging House* (Barnsley, 2014).
- Parker, Franklin, *George Peabody: A Biography* (Nashville, 1995).
- Parroquia de Saint Paul, Knightsbridge, Consejo Parroquial, *Report Upon the Poor of the Parish of St. Paul's Knightsbridge, Receiving Legal and Charitable Relief, by a Sub-Committee Appointed by the Parochial Council* (Londres, 1872).
- Pearsall, Ronald, *The Worm in the Bud: The World of Victorian Sexuality* (Stroud, 2003).
- Pickard, Sarah (ed.), *Anti-Social Behaviour in Britain* (Basingstoke, 2014).
- Prynne, G. R. *Thirty-Five Years of Mission Work in a Garrison and Seaport Town* (Plymouth, 1883).
- Randall, A. J., *Jack the Ripper Blood Lines* (Gloucester, 2013).
- Reynardson Birch, C. T. S., *Down the Road; Or, Reminiscences of a Gentleman Coachman* (Londres, 1875).
- Ribton-Turner, C. J., *A History of Vagrants and Vagrancy* (Londres, 1887).
- Richter, Donald C., *Riotous Victorians* (Athens, 1981).
- Roberts, Henry, *The Dwellings of the Labouring Classes, Their Arrangement and Construction, with the Essentials of a Healthy Dwelling* (Londres, 1867).
- Robinson, Bruce, *They All Love Jack: Busting the Ripper* (Londres, 2015).
- Robinson, Sydney W., *Muckraker: The Scandalous Life and Times of W. T. Stead, Britain's First Investigative Journalist* (Londres, 2012).
- Rodríguez García, Magaly, Heerma van Voss, Lex y van Nederveen Meerkerk, Elise (eds.), *Selling Sex in the City: A Global History of Prostitution, 1600s-2000* (2017).
- Rose, John Holland (ed.), *The Cambridge History of the British Empire* (Cambridge, 1940).

- Rose, Lionel, *Rogues and Vagabonds: Vagrant Underworld in Britain, 1815-1985* (Abingdon, 1988).
- Royal Commission on the Ancient and Historical Monuments of Scotland, *The Sir Francis Tress Barry Collection* (Edimburgo, 1998).
- Rule, Fiona, *Streets of Sin: A Dark Biography of Notting Hill* (Stroud, 2015).
- Rule, Fiona, *The Worst Street in London* (Stroud, 2010).
- Rumbelow, Donald, *The Complete Jack the Ripper* (Londres, 2004).
- Ruskin, John, «Of Queens' Gardens», *Sesame and Lilies* (Londres, 1865).
- Russell, William Howard, *My Diary in India, in the Year 1858-9* (Londres, 1960).
- Rutherford, Adam, *A Brief History of Everyone Who Ever Lived* (Nueva York, 2016).
- Saint Leonard's Hill Estate Sales Catalogue* (Londres, 1907).
- Sala, George Augustus, *Gaslight and Daylight* (Londres, 1859).
- Schlesinger, Max, *Saunterings In and About London* (Londres, 1853).
- Schlör, Joachim, *Nights in the Big City: Paris, Berlin, London 1840-1930* (Londres, 1998).
- Scott, Christopher, *Jack the Ripper: A Cast of Thousands* (2004).
- Scott, Franklin D., *Sweden: The Nation's History* (Carbondale, 1978).
- Shelden, Neal, *Annie Chapman, Jack the Ripper Victim: A Short Biography* (s. l., 2001).
- Shelden, Neal, *Catherine Eddowes; Jack the Ripper Victim* (n. p., 2003).
- Shelden, Neal Stubbings, *Kate Eddowes: 2007 Conference Tribute* (s. l. 2007).
- Shelden, Neal, *Mary Jane Kelly and the Victims of Jack the Ripper: The 125th Anniversary* (s. l., 2013).
- Shelden, Neal, *The Victims of Jack the Ripper: The 125th Anniversary* (s. l., 2013).
- Shelden, Neal Stubbings, *The Victims of Jack the Ripper* (Knoxville, TN, 2007).
- Sherwood, M., *The Endowed Charities of the City of London* (Londres, 1829).
- Simonton, Deborah, *A History of European Women's Work: 1700 to the Present* (Londres, 1998).
- Sims, George R., *Horrible London* (Londres, 1889).
- Sims, George R., *How the Poor Live* (Londres, 1883).
- Smith, Charles Manby, *The Working Man's Way in the World: Being an Autobiography of a Journey Man Printer* (Londres, 1854).
- Souter, John, *The Book of English Trades and Library of the Useful Arts* (Londres, 1825).
- Stallard, J. H., *The Female Casual and Her Lodging* (Londres, 1866).
- Stanley, Peter, *White Mutiny: British Military Culture in India* (Londres, 1998).
- Stead, W. T., *The Maiden Tribute of Modern Babylon* (Londres, 1885).
- Sugden, Philip, *The Complete History of Jack the Ripper* (Nueva York, 2006).
- Svanström, Yvonne, *Policing Public Women: The Regulation of Prostitution in Stockholm, 1812-1880* (Estocolmo, 2000).
- Swift, Roger, *Crime and Society in Wolverhampton: 1815-1860* (Wolverhampton, 1987).
- Thomas, Edward W., *Twenty-Five Years' Labour Among the Friendless and Fallen* (Londres, 1879).
- Thompson, F. M. L., *The Rise of Respectable Society: A Social History of Victorian Britain, 1830-1900* (Londres, 1988).
- Thomson, J. and Smith, Adolphe, *Street Life in London* (Londres, 1877).
- Townsend, S. y Adams, H. J., *History of the English Congregation and its Association with the British Factory in Gothenburg* (Gotemburgo, 1946).
- Tristan, Flora, *Flora Tristan's London Journal 1840: A Survey of London Life in the 1830s*, traducido por Dennis Palmer y Giselle Pincetl (Londres, 1980).
- Trustram, Myrna, *Women of the Regiment and the Victorian Army* (Cambridge, 1984).

- Tweedie, William, *The Temperance Movement: Its Rise, Progress and Results* (Londres, 1853).
- Valverde, Mariana, *Diseases of the Will: Alcoholism and the Dilemmas of Freedom* (Cambridge, 1998).
- Vicinus, Martha (ed.), *Suffer and Be Still: Women in the Victorian Age* (Londres, 1973).
- Victoria County History, *A History of the County of Berkshire*, vol. 3 (Londres, 1923).
- Victoria County History, *A History of the County of Warwick*, vol. 7 (Londres, 1964).
- Vincent, Davia, *Literacy and Popular Culture: England, 1750.1914* (Cambridge, 1993).
- Walkowitz, Judith R., *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London* (Chicago, 2013).
- Walkowitz, Judith R., *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State* (Cambridge, 1983).
- Walsh, J. H., *A Manual of Domestic Economy: Suited to Families Spending from £150 to £1500* (s. l. 1874).
- «Walter», *My Secret Life* (Londres, 1888).
- Warne, Frederick, *Warne's Model Housekeeper* (Londres, 1879).
- Warne, Frederick, *The Servant's Practical Guide* (Londres, 1880).
- Warwick, Alexandra and Willis, Martin (eds.), *Jack the Ripper: Media, Culture, History* (Mánchester, 2013).
- Watson, J. N. P., *Through the Reigns: A Complete History of the Household Cavalry* (Staplehurst, 1997).
- Webb, Sidney y Beatrice (eds.), *The Break-Up of the Poor Law* (Londres, 1909).
- Werner, Alex, *Jack the Ripper and the East End* (Londres, 2012).
- Westcott, Tom, *Ripper Confidential: New Research on the Whitechapel Murders*, vols 1-2 (s. l., 2017).
- Weston-Davies, Wynne, *Jack the Ripper: A True Love Story* (Londres, 2015).
- White, Jerry, *London in the Nineteenth Century* (Londres, 2007).
- Whitechapel Society (eds.), *The Little Book of Jack the Ripper* (Stroud, 2014).
- White-Spunner, Barney, *Horse Guards* (Londres, 2006).
- Whittington-Egan, Richard, *Jack the Ripper: The Definitive Casebook* (Stroud, 2013).
- Wikeley, N., *Child Support: Law and Policy* (Oxford, 2006).
- Williams, Lucy, *Wayward Women: Female Offending in Victorian England* (Barnsley, 2016).
- Williams, Montagu, *Round London: Down East and Up West* (Londres, 1894).
- Wise, Sarah, *The Blackest Streets: The Life and Death of a Victorian Slum* (Londres, 2008).
- Wohl, Anthony S., *The Eternal Slum: Housing and Social Policy in Victorian London* (Londres, 2001).
- Wyndham, Horace, *The Queen's Service* (Londres, 1899).
- Yates, Edmund, *His Recollections and Experiences* (Londres, 1885).
- Yost, Dave, *Elizabeth Stride and Jack the Ripper: The Life and Death of the Reputed Third Victim* (Jefferson, 2008).

REVISTAS

- «Inebriety and Infant Mortality», *Journal of Inebriety*, vol. 2 (marzo 1878), pág. 124.
- «Nooks and Corners of Character, The Charwoman», *Punch Magazine* (enero-junio de 1850).
- «Spelthorne Sanatorium», *Medical Temperance Journal*, vols. 12-13 (1881), pág. 7.

- Arif, Debra, «Goodnight, Old Dear», *Ripperologist*, n.º 148 (febrero 2016), págs. 2-8.
- Blom, Ida, «Fighting Venereal Diseases: Scandinavian Legislation c. 1800 to c. 1950», *Medical History* 50 (2006), págs. 209-34.
- Edvinsson, Therese Nordlund y Söderberg, Johan, «Servants and Bourgeois Life in Urban Sweden in the Early 20th Century», *Scandinavian Journal of History*, 35, n.º 4 (2010), págs. 427-50.
- Edwards, C., «Tottenham Court Road: the changing fortunes of London's furniture street 1850-1950», *The London Journal*, 36(2) (2011), págs. 140-60.
- Lofgren, Orvar, «Family and Household: Images and Realities: Cultural Change in Swedish Society», *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*, ed. Robert McC. Netting, et al. (1984), págs. 446-69.
- Lundberg, Anna, «The Return to Society, Marriage and Family Formation after Hospital Treatment for Venereal Disease in Sundsvall 1844-1892», *Annales de Démographie Historique*, 2 (1998), págs. 55-75.
- Lundh, Christopher, «The Social Mobility of Servants in Rural Sweden, 1740-1894», *Continuity and Change*, 14, n.º 1 (1999), págs. 57-89.
- McLaughlin, Robert, «Mary Kelly's Rent», *Ripperana*, n.º 41 (julio 2002), págs. 19-22.
- Mayhew, Mickey, «Not So Pretty Polly», *Journal of the Whitechapel Society* (abril 2009).
- Mumm, Susan, «Not Worse Than Other Girls: The Convent-Based Rehabilitation of Fallen Women in Victorian Britain», *Journal of Social History*, vol. 29, issue 3 (primavera 1996), págs. 527-47.
- Oddy, Derek J., «Gone for a Soldier: The Anatomy of a Nineteenth-Century Army Family», *Journal of Family History*, 25, n.º 1 (enero 2000), págs. 39-62.
- Olsson, Daniel, «Elizabeth's Story: A Documentary Narrative of Long Liz Stride's Early Life in Sweden», *Ripperologist*, n.º 52 (marzo 2004).
- Olsson, Daniel, «Elizabeth Stride: The Jewish Connection», *Ripperologist*, n.º 96 (octubre 2008).
- Olsson, Daniel, «The Ultimate Ripperologist's Tour of Gothenburg», *The Casebook Examiner*, número 11 (abril 2011).
- Parlour, Andy, «The Life and Death of William Nichols», *Journal of the Whitechapel Society* (abril 2009), págs. 10-12.
- Pollock, Ernest M. and Latter, A. M., «Women and Habitual Drunkenness», *Journal of the Society of Comparative Legislation*, nueva ser., vol. 2, no. 2. (1900), págs. 289-93.
- Rantzow, Stefan, «In Memory of Elizabeth Stride», *East London History Society Newsletter*, vol. 3, n.º 17 (invierno 2013/14), págs. 7-12.
- Skelly, Julia, «When Seeing is Believing: Women, Alcohol and Photography in Victorian Britain», *Queen's Journal of Visual & Material Culture*, vol. 1 (2008), págs. 1-17.
- Tarn, John Nelson, «The Peabody Donation Fund: The Role of a Housing Society in the Nineteenth Century», *Victorian Studies* (septiembre 1966), págs. 7-38.
- Tomes, Nancy, «A Torrent of Abuse», *Journal of Social History*, vol. 11, número 3 (marzo de 1978), págs. 328-45.
- Weld, C. R., «On the Condition of the Working Classes in the Inner Ward of St. George's Parish, Hanover Square», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 6, n.º 1 (abril 1843), págs. 17-23.
- Wilcox, Penelope, «Marriage, mobility and domestic service», *Annales de Démographie Historique* (1981), págs. 195-206.

RECURSOS EN LÍNEA

British-history.ac.uk (historia británica en línea)

- Ditchfield, P. H. y Page, William (eds.), «Parishes: Clewer», en *A History of the County of Berkshire: Volume 3* (1923).
- Greenacombe, John (ed.), «Knightsbridge Barracks: The First Barracks, 1792-1877», en *Survey of London: Volume 45, Knightsbridge* (2000).
- Greenacombe, John (ed.), «Knightsbridge Green Area: Raphael Street», en *Survey of London: Vol. 45, Knightsbridge* (2000).
- Greenacombe, John (ed.), «Montpelier Square Area: Other Streets», en *Survey of London: Vol. 45, Knightsbridge* (2000).
- Malden, H. E. (ed.), «Parishes: Bermondsey», en *A History of the County of Surrey: Volume 4* (1912).
- Sheppard, F. H. W. (ed.), «Brompton Road: Introduction», en *Survey of London: Volumen 41, Brompton* (1983).

Casebook.org/Disertaciones

- DiGrazia, Christopher-Michael, «Another Look at the Lusk Kidney».
- Kobek, Jarett, «May My End a Warning Be: Catherine Eddowes and Gallows Literature in the Black Country».
- Marsh, James, «The Funeral of Mary Jane Kelly».
- Rantzow, Stefan, «Elisabeth Gustafsdotter's last Stride: In the memory of Elizabeth Stride—Jack the Ripper's third victim».
- Sironi, Antonio and Coram, Jane, «Anything But Your Prayers: Victims and Witnesses on the Night of the Double Event».
- Wescott, Tom, «Exonerating Michael Kidney: A Fresh Look At Some Old Myths».

El Londres de Charles Booth

<https://booth.lse.ac.uk/>
Maps Descriptive of London Poverty
Inquiry into Life and Labour in London (Notebooks)

Victorianweb.org

- Diniejko, Dr. Andrzej, «Arthur Morrison's Slum Fiction: The Voice of New Realism».
- McDonald, Deborah, «Clara Collet and Jack the Ripper».
- Skipper, James y Landow, George P., «Wages and Cost of Living in the Victorian Era».
- Zieger, Dr. Susan, «The Medical "Discovery" of Addiction in the Nineteenth Century».

Sitio de recursos W. T. Stead

<https://attackingthedevil.co.uk>
«Rebecca Jarrett's Narrative» (c. 1928), Salvation Army Heritage Centre.

Webs de la historia de Wolverhampton

Industry

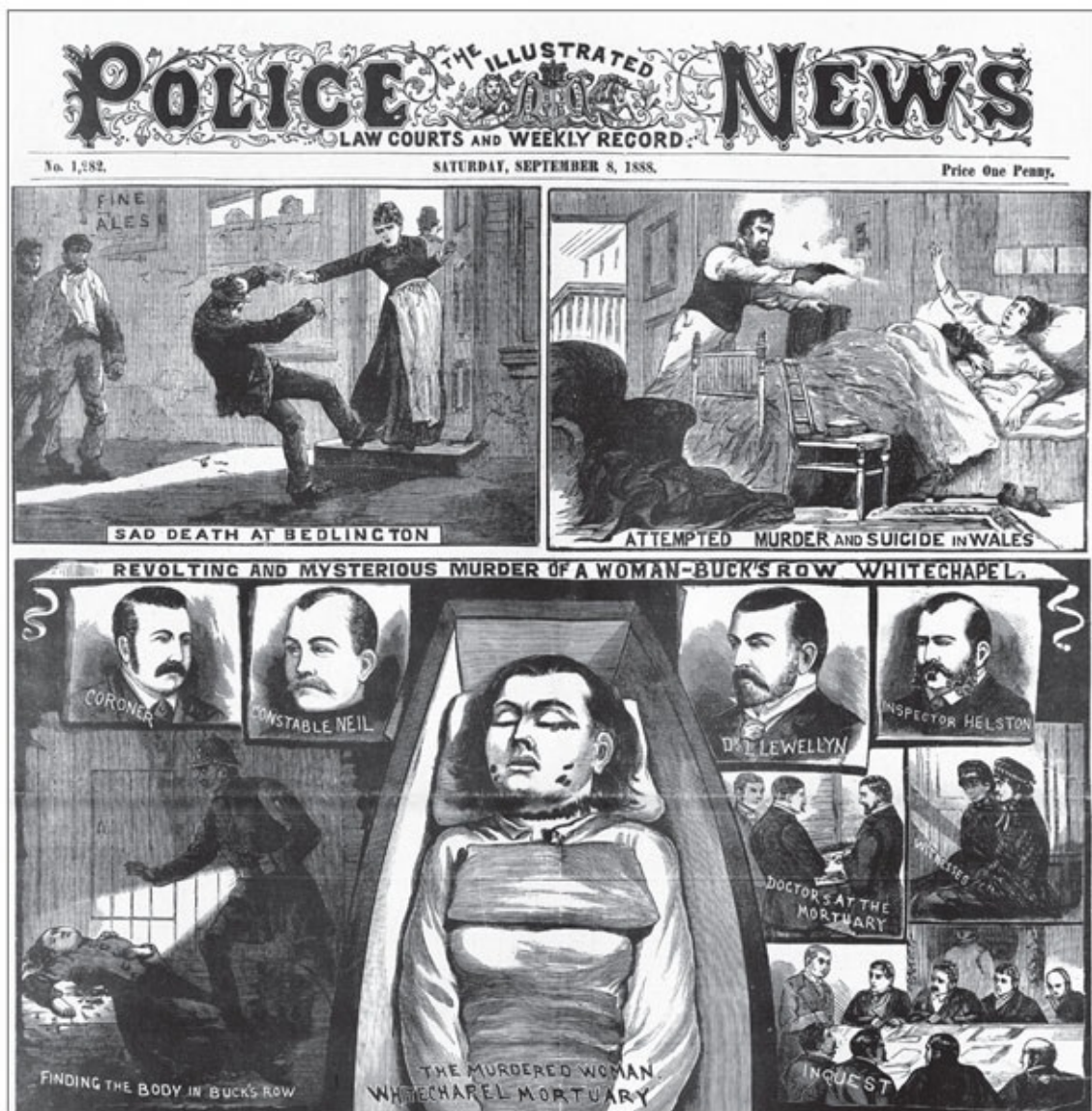
TinPlate

Excavation

Richard Perry, Sons & Co. Edward Perry

PERIÓDICOS Y REVISTAS CONTEMPORÁNEOS

Bath Chronicle and Weekly Gazette, Bell's Life in London and Sporting Chronicle Bilston Herald, Birmingham Daily Post, Black Country Bugle, Chester Chronicle, The Circle, Coventry Standard, Daily Mail, Daily News, Daily Telegraph, East London Observer, The Echo, Eddowes Journal and General Advertiser for Shropshire and the Principality of Wales, Evening News, Evening Standard, Evening Star, Exmouth Journal, Female's Friend, Freeman's Journal, Göteborgs-Posten, Hull Daily Mail, Illustrated Police News, Lloyd's Weekly Newspaper, Londonderry Sentinel, Maidstone Journal and Kentish Advertiser, Maidstone Telegraph, Manchester Courier and Lancashire General Advertiser, Manchester Guardian, Manchester Weekly Times, Manitoba Daily Free Press, Morning Advertiser, North London News, Pall Mall Gazette, Penny Illustrated Paper, The People, Reading Mercury, Reynolds' Newspaper, St James's Gazette, Sheerness Guardian and East Kent Advertiser, Sheerness Times and General Advertiser, Sheffield Independent, Shields Daily Gazette and Shipping Telegraph, The Star, The Sun, The Times, Woman's Gazette, Western Daily Press, Windsor and Eton Express, Windsor and Eton Gazette, Wolverhampton Chronicle and Staffordshire Advertiser, Wolverhampton Evening Express and Star.



Portada del *Illustrated Police News*, del sábado 8 de septiembre de 1888, que describe el asesinato de Polly Nichols.

Alamy Image Library



Edificios Peabody, Stamford Street, Lambeth. Los Nichols fueron de las primeras familias admitidas como inquilinos en los Edificios Peabody, administrados por una institución benéfica; disfrutaban de gran cantidad de modernos equipamientos. Se instalaron en el número 3, bloque D, el 31 de julio de 1876.

Peabody Trust



Retrato familiar, tomado probablemente en la época aproximada en la que William Nichols se casó con Rosetta Walls en abril de 1894. De pie, atrás, de izquierda a derecha: George Percy Nichols (segundo hijo vivo de Polly) y William Nichols. Sentadas delante, de izquierda a derecha: Rosetta Walls y Mary Ann Cushway (esposa de George).

Andy y Sue Parlour



El hogar familiar de los Smith, en Montpelier Place, Knightsbridge, Londres. Está documentado que la familia Smith vivió primero en el 29 de Montpelier Place, en 1851. La casa se convirtió después en su

dirección permanente alrededor de 1863-1864, tras la muerte de George Smith.

Foto de la autora



John y Annie Chapman, fotografiados en un estudio de Brompton Road, Knightsbridge, más o menos en la época de su boda, en mayo de 1869.

Colección privada



Emily Ruth Chapman, hija mayor de Annie y John, c. 1878. Emily tiene unos ocho años de edad.
Colección privada

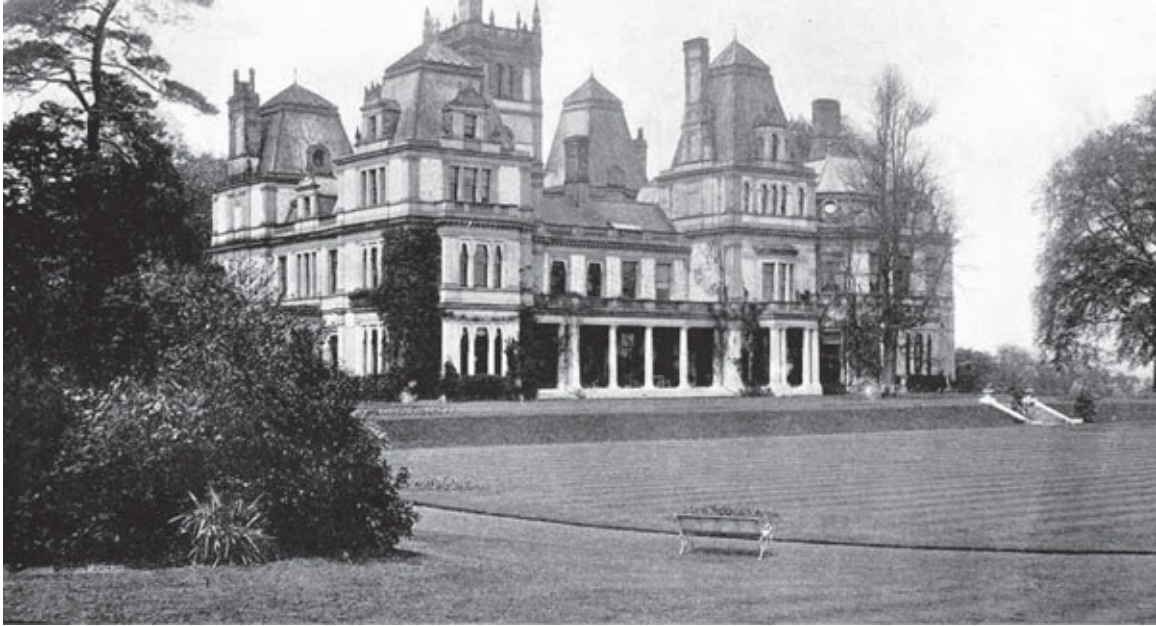


Annie Georgina Chapman, segunda hija de Annie y John, c. 1881, vestida con el traje de su hermana. Annie Georgina muestra varios rasgos faciales asociados con el síndrome de alcoholismo fetal. Colección privada



Sir Francis Tress Barry empleó a John Chapman como cochero principal desde finales de la década de 1870. Barry, un rico hombre de negocios que hizo su fortuna en la industria de la minería, compró la propiedad de Saint Leonard's Hill en Clewer, cerca de Windsor, donde vivía la familia Chapman. Más tarde se le concedió una baronía y se convirtió en miembro del Parlamento por Windsor.

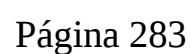
Fotografía de dominio público, álbum parlamentario en blanco y negro, 1895



Saint Leonard's Hill House. Francis Tress Barry compró la propiedad de Saint Leonard's Hill en 1872 y contrató a Charles Henry Howell para que le construyese una mansión victoriana «moderna» al estilo de los castillos franceses.

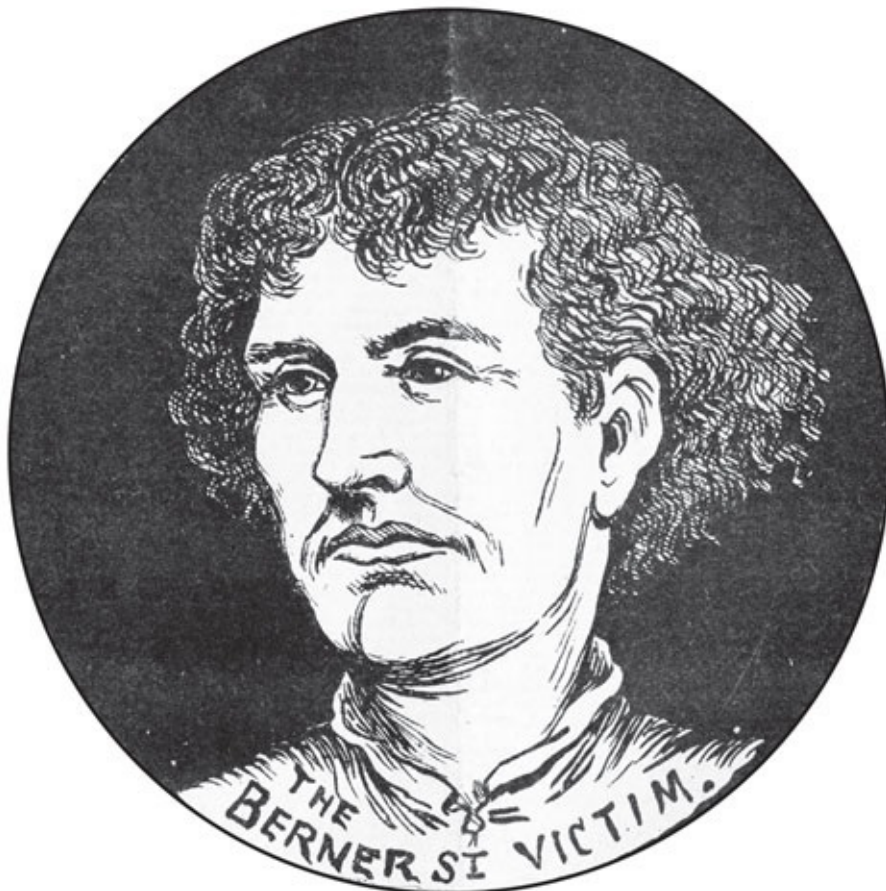
Colección de la autora

Price One Penny.



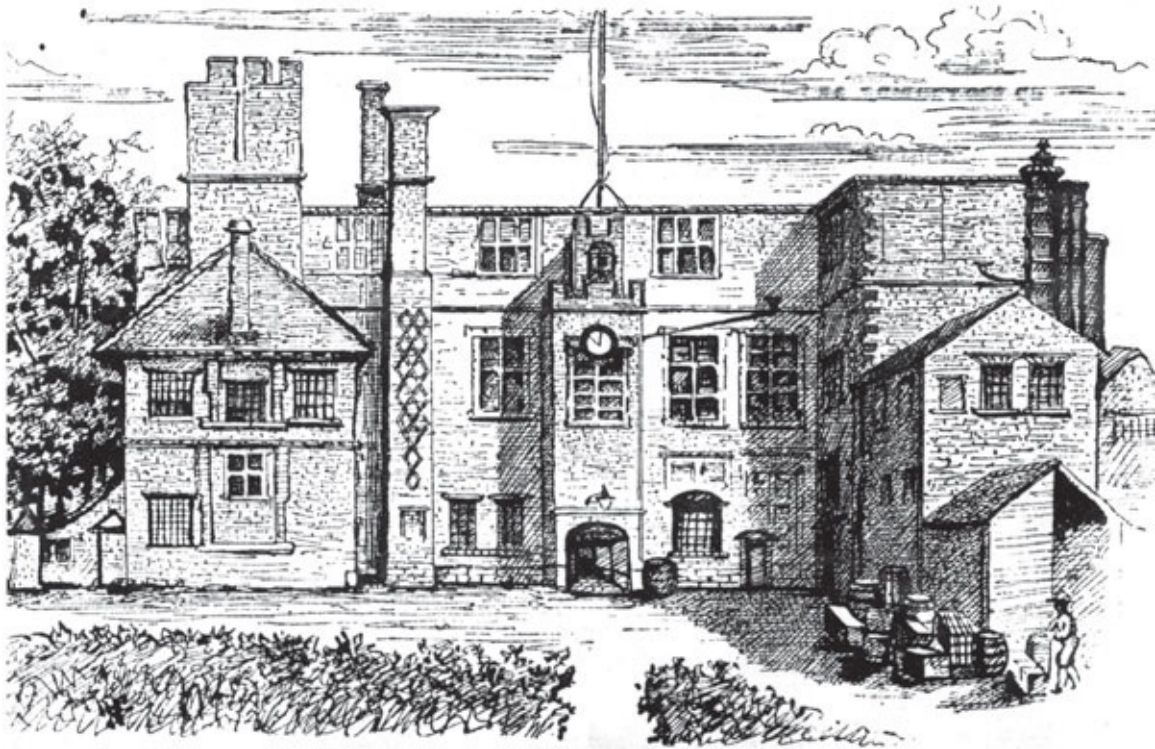


La granja en la que nació Elizabeth Stride, Stora Tumlehed, en Suecia.
Stefan Rantzow



Retrato ilustrado de Elizabeth Stride procedente del *Illustrated Police News*, del 6 de octubre de 1888. Aunque se reconoce a Elizabeth Stride como una de las «cinco víctimas canónicas», muchos cuestionan aún si realmente fue una víctima de Jack el Destripador.

Alamy Image Library



Grabado que representa The Old Hall Works, Wolverhampton. La familia Leveson construyó The Old Hall, o Turton's Hall, en el siglo XVI. En el siglo XVIII estaba medio en ruinas, y a finales de ese siglo se transformó en una fábrica de hojalata.

Wolverhampton Archives and Local Studies



Dibujo de Kate Eddowes procedente de *The Penny Illustrated Paper*, 13 de octubre de 1888. No se sabe si esta imagen se copió de una fotografía de Kate o si es una interpretación artística de su apariencia.
Getty Picture Library



Mary Kelly, «Una mujer perdida». Tras su muerte, se especuló mucho con la enigmática vida de Mary Jane Kelly, que se teatralizó. Como la más joven, guapa y abiertamente sexual de las cinco mujeres, su vida continúa siendo la más investigada.

Bridgeman Art Library



13 Miller's Court fue la última dirección que compartieron Mary Jane Kelly y su compañero, Joseph Barnett. Kelly fue asesinada en su cama en la madrugada del 9 de noviembre de 1888. Se cree que el asesino pudo haber entrado tras meter la mano por un cristal roto de la ventana y así abrir la puerta por dentro.

Mary Evans Picture Library



Hallie Rubenhold es una historiadora especializada en descubrir las vidas de mujeres desconocidas en distintos episodios de la historia. A través de material nunca antes visto y añadiendo un contexto histórico muy bien desarrollado, Hallie nos dibuja las vidas de aquellas víctimas. Es autora de varios libros de no ficción. Actualmente vive en Londres con su marido.

Notas

[1] Howard Goldsmid, *A Midnight Prowl Through Victorian London* (Londres, 1887). <<

[2] *Sheffield Daily Telegraph*, 20 de julio de 1887. <<

[3] PRO: Archivos de la Policía Metropolitana: archivo 3/141, ff. 158-9. <<

[4] *Ibid.* PRO: Archivos de la Policía Metropolitana: archivo 3/141, ff. 158-9.
<<

[5] Joseph O'Neill, *The Secret World of the Victorian Lodging House* (Barnsley, 2014), pág. 117. Se cree que las mujeres formaban la mitad de la población total de huéspedes de pensiones en Londres. <<

[6] Max Schlesinger, *Saunterings In and About London* (Londres, 1853),
pág. 89. <<

[7] El negocio de la imprenta dependía en gran parte de la habilidad de los herreros para la maquinaria y los tipos, y es probable que Walker trasladara a su familia a la zona por este motivo. <<

[8] En 1861, Walker se describía a sí mismo como herrero e ingeniero, una persona que participaba en la creación de maquinaria mucho más grande. Posiblemente, dada la localización de la familia, era equipamiento usado en imprentas. <<

[9] John Hollingshead, *Ragged London* (Londres, 1861), págs. 39 y 282. <<

[10] *First Report of the Commissioners for Inquiring into the State of Large Towns and Populous Districts*, vol. 1 (Londres, 1844), págs. 111-13. <<

[¹¹] George R. Sims, *How the Poor Live* (Londres, 1883), pág. 12. <<

[¹²] *First Report*, vol. 1, págs. 111-13. <<

[13] Tras la muerte de Caroline se cita a una tal Mary, junto con Edward, en el registro bautismal de Frederick como madre. También es posible que Edward, como viudo, pudiera haber entablado una relación temporal con otra mujer de este nombre, aunque no se sabe que tuviera más hijos, ni hay registros que indiquen que vivió con otra mujer. <<

[¹⁴] *Coventry Standard*, 27 de junio de 1845. <<

[15] LMA: Registro Parroquial de Londres: P69/BRI/A/01/MS6541/5. Estoy en deuda con Neal y Jenni Shelden por este descubrimiento. <<

[16] Franklin Parker, *George Peabody: A Biography* (Nashville, 1995),
pág. 126. <<

^[17] *Daily News*, 29 de enero de 1876. <<

[18] «New Peabody Buildings in Lambeth», *The Circle*, 11 de abril de 1874.
<<

[19] *Ibid.* «New Peabody Buildings in Lambeth», *The Circle*, 11 de abril de 1874. <<

[20] Phebe Ann Hanaford, *The Life of George Peabody* (Boston, 1870),
pág. 133. <<

[21] *London Daily News*, 29 de enero de 1876. <<

[22] Hanaford, *Life*, pág. 137. <<

[23] *Daily Telegraph*, 24 de diciembre de 1878. <<

[24] LMA: Registros de Stamford Street Acc/3445/PT/07/ 066. <<

[25] *Ibid.* LMA: Registros de Stamford Street Acc/3445/PT/07/ 066. <<

[26] Ancestry.com: *Glasgow, Scotland, Crew Lists, 1863-1901*. <<

[27] Henry Alfred sería el quinto hijo que le sobrevivió. <<

[28] Se dijo que Eliza Sarah había nacido en el bloque 3-J, pero es una equivocación originada por la borrosa escritura a mano de su certificado de nacimiento, que dice bloque 3-D. <<

[29] LMA: Registros de la Junta de Guardias, 1834-1906; Registros Parroquiales de la Iglesia de Inglaterra, 1754-1906, P 73/MRK2/001. <<

[30] La declaración de Polly es parte de una revisión de asentamiento. LMA: Registros del Asilo de Holborn Union: HOBG 510/18 (Revisiones). NB: los registros de Renfrew Road durante el periodo en que Polly decía haber entrado en el asilo de Lambeth han desaparecido; sin embargo, su nombre no aparece en los registros de 1880 del otro asilo de la Unión en Princes Road.
<<

[31] G. Haw, *From Workhouse to Westminster: The Life Story of Will Crooks M. P.* (Londres, 1907), pág. 109. <<

[32] Informe HMSO *Royal Commission on Divorce and Matrimonial Causes*, 1912 (b y c), págs. 291 y 318. <<

[33] John Ruskin, «Of Queens' Gardens», *Sesame and Lilies* (Londres, 1865).

<<

[³⁴] George C. T. Bartley, *A Handy Book for Guardians of the Poor* (Londres, 1876), págs. 152-53. <<

[35] *Ibid.* George C. T. Bartley, *A Handy Book for Guardians of the Poor* (Londres, 1876), pág. 59. <<

[36] LMA: Registros del asilo de Holborn Union: HOBG 510/18 (Revisiones).
<<

[37] Charles Booth, *Life and Labour of the People in London: The Trades of East London* (Londres, 1893), pág. 295. <<

[38] C. Black, *Married Women's Work* (Londres, 1983), pág. 35. <<

[39] Ancestry.com: Nueva Gales del Sur, Australia, Listas de Pasajeros No Asistidos, 1826-1922. Woolls emigró a Australia a bordo del vapor Barrabool. <<

[40] Aunque se cita como cuatro años mayor de lo que era (esas discrepancias de edad son habituales en los censos), su lugar de nacimiento en la Sala Finsbury de Londres coincide con alguien que decía que había nacido cerca de Shoe Lane. <<

[41] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[42] Es posible que esa tachadura se hiciera después de que los asuntos privados de Nichols se hicieran públicos en el transcurso de la investigación acerca de la muerte de su esposa. <<

[43] *Daily Telegraph*, 3 de septiembre de 1888. <<

[⁴⁴] *Ibid. Daily Telegraph*, 3 de septiembre de 1888. <<

[45] Charles Booth, *Life and Labour of the People in London: Religious Influences*, serie 3, vol. 1 (Londres, 1902), págs. 55-56. <<

[46] *Pall Mall Gazette*, 5 de agosto de 1887. <<

[47] *Evening Standard*, 26 de octubre de 1887. <<

[48] *Ibid. Evening Standard*, 26 de octubre de 1887. <<

[49] *Daily News*, 26 de octubre de 1887. <<

[50] *Ibid. Daily News*, 26 de octubre de 1887. <<

[51] *Evening Standard*, 26 de octubre de 1887. <<

[52] LMA: Registros del Credo de la Junta de Guardias de Lambeth, X113/011. <<

[53] La etimología de la palabra «*spike*» [pincho] en referencia al patio del asilo es discutible. Peter Higginbotham ofrece varias posibilidades, incluida la referencia al instrumento picudo que se usaba para deshacer estopa, el pincho en el que se ponía la papeleta de admisión al asilo cuando se entraba, o como una derivación de la palabra «*spiniken*», otro nombre que los vagabundos daban al asilo. Ver Peter Higginbotham, *The Workhouse Encyclopedia* (Londres, 2012), pág. 254. <<

[54] Peter Higginbotham, *The Female Casual and her lodging* (recuperado el 16 de enero de 2018). <<

[55] George Augustus Sala, *Gaslight and Daylight* (Londres, 1859), pág. 2. <<

[56] William Booth, *In Darkest England and the Way Out* (Londres, 1890),
pág. 30. <<

[57] Las cifras proceden todas de Margaret Harkness, *Out of Work* (Londres, 1888), pág. 171; Rodney Mace, *Trafalgar Square: Emblem of Empire* (Londres, 2005), pág. 171; Booth, *Darkest England*, pág. 30. <<

[58] Booth, *Darkest England*, págs. 26-27. <<

[59] Peter Higginbotham, *Five Days and Nights as a Tramp*, de Mary Higgs, (Londres, 1904). <<

[60] Higginbotham, *The Female Casual and Her Lodging* de J. H. Stallard, (Londres, 1866). <<

[61] J. Thomson and Adolphe Smith, «The Crawlers», *Street Life in London* (Londres, 1877), págs. 116-18. <<

[62] George R. Sims, *Horrible London* (Londres, 1889), págs. 145-48. <<

[63] *Evening Standard*, 26 de octubre de 1887. <<

[64] La Archway Infirmary es actualmente el Hospital Whittington de Londres. <<

[65] LMA: Registros del asilo de la Holborn Union: HOBG 510/18 (Settlement Examinations). <<

[66] Neal Stubbings Shelden, *The Victims of Jack the Ripper* (Knoxville, TN, 2007), pág. 8. <<

[67] Antes de entrar en los patios de los asilos, entre los vagabundos había un truco muy conocido que consistía en esconder o enterrar sus pertenencias y su dinero en emplazamientos secretos y volver a recogerlos cuando salían. Así no corrían el riesgo de perder esos objetos de valor o que se los confiscaran.
<<

[68] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888; *Morning Advertiser*, 4 de septiembre de 1888; *Exmouth Journal*, 8 de septiembre de 1888. Se dice que Holland pretendió haber conocido a Polly durante seis semanas y tres días. Puede deberse a inconsistencias al registrarlo, o es posible que Polly pudiera haberse instalado en Wilmott's poco después de haber dejado a los Cowdry. <<

[69] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[70] *Western Daily Press*, 4 de septiembre de 1888. <<

[71] *The Star*, 1 de septiembre de 1888. <<

[72] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[73] *Ibid. East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[74] *Evening Standard*, 4 de septiembre de 1888. Más recientemente, muchos libros sobre Jack el Destripador han reescrito deliberadamente esta cita para que diga «una casa donde se permitía a hombres y a mujeres que durmieran juntos». <<

[75] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[76] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[77] *Manchester Guardian*, 8 de septiembre de 1888. <<

[78] *Morning Advertiser*, 3 de septiembre de 1888; *Evening Standard*, 3 de septiembre de 1888; *Illustrated Police News*, 8 de septiembre de 1888. <<

[79] *Daily News*, 3 de septiembre de 1888. <<

[80] *East London Observer*, 8 de septiembre de 1888. <<

[81] *London Times, Daily Telegraph, St James's Gazette*, 1 de septiembre de 1888. <<

[82] *Ibid. London Times, Daily Telegraph, St James's Gazette*, 1 de septiembre de 1888. <<

[83] A Ellen Holland la llamaban indistintamente Emily Holland, Jane Oram o Jane Oran, y Jane Hodden. <<

[84] *The Times*, 3 de septiembre de 1888. <<

[85] *Morning Chronicle*, 11 de febrero de 1840. <<

[86] Henry Mayhew, «Prostitution in London: Soldiers' Women», *London Labour and The London Poor* (Londres, 1862). <<

[87] *Ibid.* Henry Mayhew, «Prostitution in London: Soldiers' Women», *London Labour and The London Poor* (Londres, 1862). <<

[88] Los soldados de caballería estaban algo mejor pagados que los soldados de a pie, y a mediados de siglo ganaban un chelín y tres peniques al día. Peter Burroughs, «An Unreformed Army? 1815-1868», en David Chandler e Ian Beckett (eds.), *The Oxford History of the British Army* (Oxford, 1994), pág. 173. <<

[89] Con la llegada de un segundo hijo y la formalización de su unión en 1842, Ruth y George también decidieron bautizar a Annie el 23 de abril, en Christ Church, Saint Pancras. <<

[90] Myrna Trustram, *Women of the Regiment and the Victorian Army* (Cambridge, 1984), pág. 106. <<

[91] *Windsor and Eton Express*, 24 de abril de 1830. <<

[92] Henry George Davis, *The Memorials of the Hamlet of Knightsbridge* (Londres, 1859), págs. 103 y 144. <<

[93] Los sirvientes y la clase obrera tomaban cerveza baja en alcohol en lugar de agua, cuyo consumo en Londres se consideraba arriesgado. Los sirvientes de algunas casas urbanas también podían comprar sus bebidas en pubs y tiendas locales. <<

[94] «A Member of the Aristocracy», *The Duties of Servants: A Practical Guide to the Routine of Domestic Service* (Londres, 1894), págs. 49-50. <<

[95] Isabella Beeton, *Mrs Beeton's Book of Household Management* (Londres, 1861), págs. 416-17. <<

[96] *Chester Chronicle*, 20 de junio de 1863. <<

[97] *Ibid. Chester Chronicle*, 20 de junio de 1863. <<

[98] *Ibid. Chester Chronicle*, 20 de junio de 1863. <<

[99] GRO: Certificado de defunción de George Smith, 13 de junio de 1863, Wrexham. <<

[100] 29 Montpelier Place tenía además la ventaja de estar a la vuelta de la esquina de donde vivían Thomas Smith y su mujer, en el 36 de Montpelier Row. (George y Ruth no aparecen en el censo de 1851, pero en la partida de nacimiento de Miriam figura la dirección del 29 de Montpelier Place). <<

[101] Neal Stubbings Sheldon, *Victims*, pág. 15. <<

[102] William Lee, *Classes of the Capital: A Sketch Book of London Life* (Oxford, 1841), pág. 43. <<

[103] Los Chapman vivieron durante al menos tres años en el 17 de South Bruton Mews, junto a Berkeley Square (cerca de Bond Street), así como en el 69 de Onslow Mews, detrás de Onslow Square en Belgravia, y en el 4 de Wells Street, junto a Jermyn Street. Ni los Chapman ni el 17 de South Bruton Mews aparecen en los registros durante el periodo en que vivieron allí, lo que sugiere que la propiedad pudo haber pertenecido a un grupo más grande que pagaba las rentas por separado. Esto apoyaría la teoría de que John estaba empleado por un noble, aún no identificado. <<

[104] Oficina de Registros de Berkshire: catálogo de ventas de propiedades de Saint Leonard's Hill, D/EX 888/1, catálogo ilustrado de ventas con plano de la propiedad de Saint Leonard's Hill, D/EX 1915/5/11/1-2. <<

[105] *Evening Standard*, 11 de septiembre de 1888. <<

[106] *The Court*, 18 de junio de 1881. <<

[107] *Penny Illustrated Paper*, 18 de junio de 1881. <<

[108] *Pall Mall Gazette*, 1 de mayo de 1889. <<

[109] Estoy en deuda con Neal y Jenni Sheldon por esta información. <<

[110] La carta de Miriam Smith afirma que Annie dio a luz ocho veces, aunque hasta la fecha solo ha sido posible identificar a siete de los hijos que tuvo. El otro hijo pudo no haber llegado a término, o pudo haber nacido muerto, en cuyo caso no había que registrarlo. <<

[111] «Inebriety and Infant Mortality», *Journal of Inebriety*, vol. 2 (marzo de 1878), pág. 124. <<

[112] En el certificado de defunción se cita a Caroline Elsbury como testigo de la muerte. <<

[113] En 1884, tras la muerte de «*miss Antrobus*», Spelthorne fue ocupado por la orden de Saint Mary the Virgin en Wantage, un convento anglicano. Es interesante señalar que esta orden también tenía vínculos con las Hermanas Anglicanas de la Merced en Clewer, una organización que se ocupaba de la rehabilitación de mujeres caídas y con problemas. La orden tuvo una gran presencia en Clewer durante la estancia de Annie en Saint Leonard's Hill y es posible que le ofrecieran ayuda o consejo para tratar su conducta. <<

[114] «Día del visitante en Spelthorne», *Woman's Gazette*, diciembre de 1879.
<<

[115] *Windsor and Eton Gazette*, 15 de septiembre de 1888. <<

[116] <https://booth.lse.ac.uk> Cuaderno de notas de Charles H. Duckworth, Police District 23, Booth/B/359, p. 143. <<

[117] «The Female Criminal», *Female's Friend*, 1846. <<

[118] *Daily News*, 11 de septiembre de 1888. <<

[119] **<https://booth.lse.ac.uk>**: Entrevista con el inspector de subdivisión W. Miller. Booth/B/355, págs. 166-185. <<

[120] «The Worst Street in London», *Daily Mail*, 16 de julio de 1901. <<

[121] Uno no se podía fiar siempre de que Amelia Palmer recordara detalles acerca de la familia de Annie, y es probable que su familia política no viviera en Oxford Street en Whitechapel o cerca, sino en New Oxford Street en Holborn, o cerca. Alfred, el hermano de John Chapman y su esposa Hannah eran los únicos miembros de la familia que vivieron en Londres y, según los censos de 1871 y 1881, parecían haberse establecido en direcciones de Holborn. Cuando la policía hizo averiguaciones en Oxford Street en Whitechapel y en los alrededores, no pudieron encontrar a nadie que conociera o fuera pariente de John Chapman. <<

[122] Algunos patios de asilos aplicaban un tanto libremente la regla de las dos noches y se cree que las instalaciones de Colnbrook eran uno de ellos. <<

[123] Esto es ahora Saint Leonard's Road, New Windsor. <<

[124] *Evening Standard*, 11 de septiembre de 1888. <<

[125] Neal Stubbings Sheldon, *Victims*, pág. 18. <<

[126] Aunque John solía beber, no se sabe si su enfermedad respondía a sus hábitos o a otros factores, como una hepatitis o causas genéticas. Que bebiera demasiado no parecía interferir en su capacidad para trabajar. Su cuñada, que era extremadamente vigilante, no pudo localizar atisbo alguno de dependencia. <<

[127] *Daily News*, 11 de septiembre de 1888. <<

[128] *Ibid. Daily News*, 11 de septiembre de 1888. <<

[129] Phillips fue breve al describir la naturaleza de la enfermedad de Annie porque no desempeñó papel alguno en su muerte. Su declaración (parafraseada) apuntaba a que mostraba una «enfermedad de los pulmones [que] padecía hacía tiempo, y que había enfermedad en las membranas del cerebro». Recientemente, unos cuantos autores han declarado, sin prueba alguna, que Annie tenía la sífilis, tal vez por la referencia a los daños en el cerebro. El tipo de daños de los que Phillips informó pueden darse en casos de tuberculosis, en los que las bacterias se extienden a otras partes del cuerpo. Si Annie había estado expuesta a la sífilis, los signos de degeneración del cerebro que tienen lugar en la fase terciaria de la enfermedad no habrían aparecido con anterioridad a entre diez y treinta años tras la exposición inicial. No hay prueba alguna que apoye la sugerencia de que Annie hubiera practicado la prostitución en la adolescencia o durante sus años de casada, ni de que nunca hubiera estado expuesta a la sífilis. <<

[130] El Brompton Hospital de Chelsea estaba especializado en enfermedades respiratorias, y específicamente para aquellos que padecían tuberculosis. Se ocupaba de gente de todas clases, desde los ricos hasta los muy pobres. Es posible que Annie fuera allí a recibir tratamiento y Amelia lo recordara. <<

[131] *Penny Illustrated Paper*, 22 de septiembre de 1888. <<

[132] *The Star*, 10 de septiembre de 1888; *The Times*, 20 de septiembre de 1888. En otras versiones de esta entrevista, el anillo de compromiso se describe como un «óvalo». <<

[133] PRO: Papeles del Home Office: HO 45/9964/x15663 (correspondencia de la policía: Charles Warren). <<

[134] PRO: Papeles del Home Office: HO 144/221/A49301C, ff. 136-45
(Investigación policial: Elizabeth Stride). <<

[135] En el pasado, a pesar de la riqueza de historiales periodísticos de las declaraciones de Amelia, aquellos que han escrito sobre el asesinato de Annie Chapman siempre han elegido la versión de su testimonio que apoya la presunción de que todas las víctimas eran prostitutas. En ausencia de un juego definitivo de transcripciones de la investigación, es imposible determinar la verdad a partir solamente de fuentes periodísticas. <<

[136] *The Times*, 20 de septiembre de 1888. De nuevo, para confundir aún más las cosas, hay varias versiones de esta declaración. *The People* apunta que Cooper había dicho «traer hombres dentro de la pensión», mientras que otros periódicos como el *Freeman's Journal* de la misma fecha decían que había dicho que Annie «solía llevarlos al pub», lo que es muy distinto. <<

[137] *Daily Telegraph*, 11 de septiembre de 1888. <<

[138] *The Star*, 27 de septiembre de 1888. <<

[139] «Worst Street», *Daily Mail*. <<

[¹⁴⁰] *Manchester Courier*, 11 de septiembre de 1888. Los muy variados datos de los periódicos sobre esta conversación dicen que Annie fue, o bien a la enfermería, o bien al patio del asilo. <<

[¹⁴¹] M. A. Crowther, *The Workhouse System, 1834-1929: The History of an English Social Institution* (Athens, GA, 1982). <<

[¹⁴²] Howard Goldsmid, *Dottings of a Dosser* (Londres, 1886), c. 7. <<

[143] PRO: Archivos de la Policía metropolitana 3/140, ff. 9-11. Donovan fue acusado por algunos de los periódicos como responsable hasta cierto punto de la muerte de Annie porque la había dejado en la calle, en lugar de dejarla dormir en una cama a crédito. <<

[144] Poco después de la muerte de Annie, se encontró a un hombre durmiendo al raso en el mismo lugar en que la mataron. <<

[145] Orvar Lofgren, «Family and Household: Images and Realities: Cultural Change in Swedish Society», *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*, ed. Robert McC. Netting et al. (1984), pág. 456. <<

[146] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/13186/E I/1, Imagen 17;
SE/GLA/13566/B/2 (1835-1860). <<

[147] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/13566/B/2 (1835-1860);
SE/GLA/13186/A I/30 (1858–1864), pág. 141. <<

[148] El anticuado término *månadskarl* tiene dos significados diferentes: literalmente quiere decir «un trabajador que es contratado mes a mes», pero en la Suecia Occidental también se usaba para describir a un vigilante o director. Therese Nordlund Edvinsson y Johan Söderberg, «Servants and Bourgeois Life in Urban Sweden in the Early 20th Century», *Scandinavian Journal of History*, 35, n.º 4 (2010), págs. 428-29. <<

[149] Therese Nordlund Edvinsson y Johan Söderberg, «Servants and Bourgeois Life in Urban Sweden in the Early 20th Century», *Scandinavian Journal of History*, 35, n.º 4 (2010), págs. 428-29. <<

[150] Christer Lundh, «Life-cycle Servants in Nineteenth-Century Sweden: Norms and Practice», *Domestic Service and the Formation of European Identity* (Bern, 2004), pág. 73. <<

[151] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/13186/B I/3. <<

[152] Françoise Barret-Ducrocq, *Love in the Time of Victoria* (Londres, 1991),
pág. 60. <<

[153] Yvonne Svanström, *Policing Public Women: The Regulation of Prostitution in Stockholm, 1812–1880* (Estocolmo, 2000), págs. 146-47. <<

[154] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/12703 D XIV a. <<

[155] Es probable que la persona que transcribía sus respuestas confundiera su respuesta con la edad que tenía cuando llegó a Gotemburgo. <<

[156] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/12703 D XIV a. <<

[157] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/13566/F/H0004. <<

[158] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/12703 D XIV a. <<

[159] *Göteborgs-Posten*, 25 de septiembre de 1888; también: SE/0258G/GSA1384-1/D1. El aborto de Elizabeth pudo deberse al tratamiento que recibió, o a la propia enfermedad. <<

[160] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/12703 D XIV a. <<

[161] *Ibid.* Göteborg Lansarkivet: SE/GLA/12703 D XIV a. <<

[162] En ese momento, en Suecia, el apellido tradicional de las mujeres, que llevaban el primero de su padre y el sufijo «*dotter*» (hija) estaba siendo poco a poco sustituido con la versión simple del apellido, con el sufijo «*-son*». Gustafsdotter se convirtió en Gustafsson. SE/GLA/13187/P/10. <<

[163] Göteborg Lansarkivet: SE/GLA - Holtermanska (Registros de la Kurhuset, papeles no catalogados; el documento original se perdió). <<

[164] Estoy en deuda con Stefan Rantzow por esta información. <<

[165] Göteborgs Domkyrkoförsamling (O). B:7 (1861-1879) y Emigranten
Populär 2006/Gustafsdotter/Elisabet (Emibas). <<

[166] *Maidstone Telegraph*, 2 de marzo de 1861. Daniel Elisha Stride acabó casándose y se convirtió en farmacéutico, aunque acabó su vida en un manicomio en 1900. <<

[167] George Dodds, *The Food of London* (Londres, 1856), págs. 514-15. <<

[168] El nombre de Elisabeth adoptó la forma inglesa de Elizabeth cuando ella se trasladó a Londres y aparece en inglés en los registros desde el momento en que se mudó. <<

[169] Ulrika Elenora Församling (UT) HII: 1 Imagen 2110. Estoy en deuda con Daniel Olsson por el descubrimiento de este documento en los Gothenburg Archives. <<

[170] Walter Dew, *I Caught Crippen* (Londres, 1938). <<

[171] *The Times*, 4 de octubre de 1888; *Daily Telegraph*, 4 de octubre de 1888.
<<

[172] Un anuncio de las lecciones de Goffrie aparece en el *Daily Telegraph*, 19 de enero de 1869. <<

[173] Jerome K. Jerome, *My Life and Times* (Londres, 1927), pág. 38. <<

[174] Charles Dickens, «London Coffee Houses», *Household Words* (Londres, 1852). <<

[175] Alfred Fournier, *Syphilis and Marriage* (Londres, 1881), pág. 157. <<

[176] *Sheerness Times and General Advertiser*, 13 de septiembre de 1873. <<

[177] Testamentos legitimados: William Stride el Viejo de Stride's Row, Mile Town, Sheerness, legitimado el 30 de septiembre de 1873. <<

[178] LMA: Stepney Union; registros de los asilos de Bromley y Hackney Union: registros de admisiones y altas: SH BG/139/003, STBG/L/133/01. <<

[179] *Evening Standard*, 31 de diciembre de 1878. <<

[180] *Reynolds' Newspaper*, 29 de septiembre de 1878. <<

[181] Goldsmid, *Dottings* (Kindle loc. 1250). <<

[182] *Birmingham Daily Post*, 2 de octubre de 1888. <<

[183] «Nooks and Corners of Character, The Charwoman», *Punch Magazine*, ene-jun 1850. <<

[184] Daniel Olsson, «Elizabeth Stride: The Jewish Connection», *Ripperologist*, n.º 96 (octubre de 2008). <<

[185] Elizabeth Watts había estado casada con un comerciante de vinos en Bath, pero parece que su familia no aprobaba la unión y se dispuso a deshacerse de ella. La ingresaron en un manicomio y le quitaron a sus hijos. Él se trasladó a Estados Unidos, aunque ella parecía pensar que había muerto.
<<

[186] *Evening Standard*, 3 de octubre de 1888. <<

[187] LMA: Archivos del Tribunal de la Policía del Támesis PS/TH/A/01/005.
<<

[188] G. P. Merrick, *Work Among the Fallen as Seen in the Prison Cell* (Londres, 1890), pág. 29. <<

[189] LMA: PS/TH/A01/008. <<

[190] *The Times*, 4 de octubre de 1888. <<

[191] *Daily Telegraph*, 2 de octubre de 1888. <<

[192] *Bath Chronicle and Weekly Gazette*, 4 de octubre de 1888. <<

[193] *Evening Standard*, 3 de octubre de 1888. <<

[194] *Ibid. Evening Standard*, 3 de octubre de 1888. <<

[195] *Lloyd's Weekly Newspaper*, 7 de octubre de 1888. <<

[196] La «baby-farming» [cría de niños], como se le llamaba en el siglo XIX, era una práctica que consistía en aceptar el cuidado de un bebé o bebés mientras su madre trabajaba. Los padres, que pagaban una pequeña tarifa para que cuidaran a su hijo, a menudo no volvían a reclamarlo; era un buen método para deshacerse de un hijo no querido. Como el cuidado de los niños abandonados acababa siendo más caro de la tarifa que se pagaba al principio, era más rápido dejar que el niño muriera de abandono o vendérselo a otra persona. La práctica de la cría de niños continuó durante el siglo XX. <<

[197] Después de que Mary Malcolm prestara testimonio, la auténtica Elizabeth Watts, la hermana de la que había estado separada, apareció. Resultó que había estado viviendo con un nuevo marido (el tercero), un obrero de una fábrica de ladrillos en Tottenham, al norte de Londres. Ella confirmó que no había visto a la señora Malcolm desde hacía años, y que Elizabeth Stride debió de haberla suplantado durante ese tiempo. En el transcurso de la investigación también surgió el hecho de que su primer marido, al que ella creía muerto, estaba en realidad sano y salvo en Estados Unidos y que ella ahora era bígama. <<

[198] *Londonderry Sentinel*, 2 de octubre de 1888. <<

[199] *Evening Standard*, 6 de octubre de 1888. <<

[200] *The Times*, 9 de octubre de 1888. <<

[201] *Illustrated Police News*, 13 de octubre de 1888. <<

[202] *North London News*, 6 de octubre de 1888. <<

[203] En 1896, la injusta condena de Alfred Beck por parte de testigos que lo identificaron todos erróneamente como a un conocido timador llamado John Smith ayudó a demostrar la falibilidad de los procedimientos de identificación con testigos que usaba la policía en ese periodo. <<

[204] La pregunta de si Elizabeth Stride murió asesinada por el Destripador o por otra persona ha sido tema de debate entre expertos durante mucho tiempo.
<<

[205] *Wolverhampton Chronicle and Staffordshire Advertiser*, 4 de marzo de 1840. <<

[206] *Ibid. Wolverhampton Chronicle and Staffordshire Advertiser*, 4 de marzo de 1840. TEXTO_ADICIONAL: 15 de febrero de 1843. <<

[207] W. H. Jones, *Japan, Tin-Plate Working, and Bicycle and Galvanising Trades in Wolverhampton* (Londres, 1900), pág. 15. <<

[208] W. C. & S. A., 25 de enero de 1843. <<

[209] *Ibid.* W. C. & S. A., 25 de enero de 1843. TEXTO_ADICIONAL: 29 de marzo de 1843. <<

[210] *Ibid.* W. C. & S. A., 25 de enero de 1843. <<

[211] Alrededor de 1820, eran más o menos una libra, siete chelines y cinco peniques, o dos libras y dos chelines. La cifra anterior coincide con el sueldo a tiempo completo que pagaba Edward Perry en 1842. <<

[212] George Eddowes fue el tercero de doce hijos. <<

[213] Margaret Llewelyn Davies (ed.), *Maternity: Letters from Working Women* (Londres, 1915), pág. 5. <<

[214] Tanto John como William murieron a los pocos meses de nacer. Aunque la causa del fallecimiento de un recién nacido suele citarse en los certificados de defunción del siglo XIX como «convulsiones», un término que parece haber descrito lo que un padre podía observar en los últimos momentos de la vida de su hijo, en la documentación de John aparece otra explicación: «cianosis», una enfermedad causada por anomalías en el corazón, los pulmones o la sangre. En el caso del niño, la cianosis pudo ser congénita o debida a causas externas. El aire cargado de azufre y de carbonilla en los distritos industriales de la ciudad y los entornos húmedos y superpoblados mermaban la vitalidad a muchos adultos y niños, lo que convertía sus pulmones en los refugios perfectos para las enfermedades respiratorias. <<

[215] Los registros de nacimientos, los libros de los asilos y el censo de 1851 sitúan a la familia en el 35 de West Street desde 1849 hasta al menos 1851, en el 7 de Winter's Square en julio de 1854, y en el 22 de King's Place desde más o menos abril hasta el 2 de diciembre de 1857. <<

[216] Según la práctica del censo en aquel año, a los niños se les llamaba «escolares» si tenían «más de cinco años y acudían diariamente a la escuela, o recibían instrucción regular por parte de un maestro o gobernanta en la propia casa». <<

[217] Tasas de Analfabetismo Nacional, *circa* 1841; ver Pamela Horn, *The Victorian Town Child* (Stroud, Gloucestershire, 1997), pág. 73. <<

[218] LMA: Bridge, Candlewick and Dowgate Schools, Minutes:
CLC/215/MS31.165. <<

[219] *Manchester Weekly Times*, 6 de octubre de 1888. <<

[220] *Gloucestershire Echo*, 5 de octubre de 1888. <<

[221] LMA: Bridge, Candlewick and Dowgate Schools, Minutos:
CLC/215/MS31.165. <<

[222] Clement King Shorter (ed.), *The Brontës Life and Letters*, vol. 2 (Cambridge, 2014). <<

[223] *Morning Advertiser*, 27 de junio de 1851. <<

[224] Que George Eddowes contrajera la tuberculosis contagiado por su esposa es lo que sugiere Neal Sheldon en *The Victims of Jack the Ripper* (2007). <<

[225] *Manchester Weekly Times*, 6 de octubre de 1888. <<

[226] LMA: Junta de Guardias de Bermondsey, Settlement Examinations: Indexados, 1857-1859; número de referencia: BBG/523: Registros de asilos de los hijos de los Eddowes, Alfred, George, Thomas, Sarah Ann y Mary, el 16 de diciembre de 1857. <<

[227] Casi tres cuartas partes de las mujeres de menos de veinte años en las regiones industriales de las Midlands preferían emplearse como sirvientas antes que trabajar en las fábricas, de modo que Kate pudo quedar sorprendida al darse cuenta de las circunstancias que le habían sobrevenido. Ver George J. Barnsby, *Social Conditions in the Black Country, 1800-1900* (Wolverhampton, 1980), págs. 14-15. <<

[228] Charles Dickens, *The Old Curiosity Shop* (Londres, 1840-41), pág. 73.
<<

[229] *Shields Daily Gazette and Shipping Telegraph*, 4 de octubre de 1888. <<

[230] La versión de la señora Croote de los hechos se cuenta en el *Shields Daily Gazette and Shipping Telegraph*, 4 de octubre de 1888. <<

[231] *Bell's Life in London, and Sporting Chronicle*, 18 de septiembre de 1866.
<<

[232] Pierce Egan, *Boxiana; Or, Sketches of Ancient and Modern Pugilism* (Londres, 1824), págs. 285 y 293. <<

[233] Hay cierta controversia acerca de la fecha y lugar verdaderos del nacimiento de Conway/Quinn. Utilizo la información citada por Anthony J. Randall en *Jack the Ripper, Blood Lines* (Gloucester, 2013). Los registros médicos del ejército de Conway sugieren que tenía veinticuatro años en 1861 y que había nacido en Kilgeever, cerca de Louisburgh, condado de Mayo. <<

[234] PRO: WO97/1450/058 (papeles de licenciamiento de Thomas Quinn);
WO118/33 (Royal Hospital Kilmahain: Registro de pensionistas). <<

[235] Es posible que Conway fuera asmático, una enfermedad que no se llegó a reconocer adecuadamente hasta la década de 1960. Es probable también, como parece sugerir la nota del oficial médico, que hubiera contraído fiebres reumáticas en la India, lo que le había debilitado el corazón. <<

[236] PRO: WO22/180, Libro mayor mensual del Distrito de Kilkerry, Irlanda, 1861; WO23/57 Libro mayor anual 1855-64 del Royal Chelsea Hospital; WO23/57 Libro mayor anual 1864-74 del Royal Chelsea Hospital. <<

[237] Ver PRO: WO22/23 para los informes sobre la pensión de Thomas Quinn. <<

[238] También se cree que cuando Kate volvió a Wolverhampton, Elizabeth y William la echaron de su casa y la mandaron a vivir durante una temporada con su abuelo, que había enviudado recientemente y que vivía a la vuelta de la esquina. <<

[239] Andrew Mearns, *The Bitter Cry of Outcast London: An Inquiry into the Condition of the Abject Poor*; (Londres, 1883). <<

[240] Según *The Times*, 5 de octubre de 1888, Kate destacaba cantando. El canto y la música también se enseñaban a todos los alumnos de la escuela Dowgate. <<

[241] Por desgracia, la mayor parte de baladas y libros de cordel estaban escritos de forma anónima, por lo que, con raras excepciones, es prácticamente imposible localizar a sus autores. <<

[242] *Sheffield Independent*, 10 de enero de 1866. <<

[243] Jarett Kobek, el autor de «May My End a Warning Be: Catherine Eddowes and Gallows Literature in the Black Country» (<https://www.casebook.org/dissertations/dst-kobek.html>), defiende con argumentos la atribución de la balada a Kate Eddowes y Thomas Conway. <<

[244] *Black Country Bugle*, enero 1995. <<

[245] Montague Williams, *Round London: Down East and Up West* (Londres, 1894), c. 5; «Down East: Griddlers or Street Singers». <<

[246] Frederick William Eddowes nació en la enfermería del asilo de Greenwich Union el 3 de febrero de 1877. Kate, que había dicho que no tenía marido ni pareja masculina que la mantuviera desde que había empezado a aceptar ayuda del asilo de Greenwich Union, tuvo que seguir con esta historia evitando revelar la identidad del padre de Frederick. Si hubiera dado el nombre del padre del niño, la parroquia habría buscado a Thomas Conway para pedirle ayuda (que él no podía proporcionar) e inevitablemente se descubriría el engaño continuado de Kate. <<

[247] <http://www.workhouses.org.uk/WHR/>. <<

[248] Sarah Ann no tuvo tanta suerte. Al parecer desarrolló una enfermedad mental y la enviaron a un manicomio. <<

[249] Nancy Tones, «A Torrent of Abuse», *Journal of Social History*, vol. 2, número 3 (marzo 1978), págs. 328-45. <<

[250] *Ibid.* Nancy Tomes, «A Torrent of Abuse», *Journal of Social History*, vol. 2, número 3 (marzo 1978), págs. 328-45. <<

[251] Kate también aparece en los registros de la cárcel en agosto de 1878 con los mismos cargos por embriaguez y desórdenes públicos. En 1877 tuvo a Frederick, un bebé, con ella. PRO: Wandsworth Prison, Surrey: Register of Prisoners Series PCOM2 Piece number 284; Wandsworth Prison, Surrey: Register of Prisoners Series PCOM2 Piece number 288. Estoy en deuda con Debra Arif por esta información. <<

[252] *Daily News*, 4 de octubre de 1888. <<

[253] Los registros de admisiones del asilo también indican que Kate estaba embarazada durante el verano y el otoño de 1877, por sexta vez. No hay indicaciones de que el embarazo llegase a término ni de que el niño naciera vivo. <<

[254] *Daily News*, 4 de octubre de 1888. <<

[255] Merece la pena señalar que, de hecho, había dos Mill Lane relativamente cerca la una de la otra: Mill Lane en Woolwich, que corría a lo largo de los barracones del ejército, y Old Mill Lane en Deptford, conocida como uno de los peores arrabales de la zona. El 17 de octubre de 1877, llevaron a Kate al asilo local y se escribió una nota poco habitual junto a su entrada en el libro de admisiones: «molesta en Mill Lane». Es probable que se refirieran a Mill Lane de cerca de los barracones, donde se encontraba un hospital militar de la maternidad. Recientemente, Kate había dado a luz a Frederick y se registró que estaba con él cuando la admitieron el día 17. Además de vender y mendigar por esa carretera, probablemente Kate armara escándalo frente al hospital, esperando recibir caridad. <<

[256] LMA: GBG/250/12 Registros de admisión y altas del asilo de Greenwich. <<

[257] *Manchester Courier and Lancashire General Advertiser*, 6 de octubre de 1888. <<

[258] Eliza tuvo tres hijos, dos de los cuales murieron antes de llegar a la madurez. <<

[259] *Hull Daily Mail*, 4 de octubre de 1888. <<

[260] Goldsmid, *Dottings*, c. 3. <<

[261] También es posible que Kate y Kelly se conocieran a través de Charles Frost. Ambos hombres decían que habían trabajado transportando y vendiendo fruta. *Worcestershire Chronicle*, 6 de octubre de 1888. <<

[262] *Manchester Weekly Times*, 6 de octubre de 1888; *MC & LGA*, 6 de octubre de 1888. <<

[263] *MC & LGA*, 6 de octubre de 1888. <<

[264] Aunque John Kelly dijo que no era un gran bebedor, una declaración que confirmó Frederick Wilkinson, encargado de la pensión, las respuestas de Kelly en la investigación sobre Kate indican que, cuando tenía dinero, bebía en exceso. <<

[265] *Lloyd's Weekly Newspaper*, 7 de octubre de 1888. Aunque estas mujeres pudieron identificar a Kate, no se les pidió que testificasen en la investigación. La policía, que estaba buscando a un asesino de prostitutas, no pareció considerar que sus declaraciones tuvieran importancia para el caso.
<<

[266] *MC & LGA*, 6 de octubre de 1888. <<

[267] LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: Declaración de John Kelly (Registro de la Investigación sobre Catherine Eddowes); *The Times*, 5 de octubre de 1888; *Evening News*, 5 de octubre de 1888. <<

[268] *Ibid.* LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: Declaración de John Kelly (Registro de la Investigación sobre Catherine Eddowes); *The Times*, 5 de octubre de 1888; *Evening News*, 5 de octubre de 1888. <<

[269] La autopsia que le practicaron a Kate demostró que sufría la enfermedad de Bright. Hoy se llama «nefritis aguda» y se subdivide en tres formas diferentes, todas las cuales tienen como resultado daños en los riñones. Las causas de la enfermedad no se conocen del todo y pueden ser hereditarias o provocadas por otras enfermedades como el lupus, el estreptococo o las infecciones bacterianas. Entre los síntomas está el agotamiento, la aparición de sangre o proteínas en la orina y la retención de líquidos. En el siglo XIX, la enfermedad se relacionaba erróneamente con el alcoholismo. <<

[270] *The Echo*, 5 de septiembre de 1888. <<

[271] *Ibid. The Echo*, 5 de septiembre de 1888. <<

[272] W. C., 6 de octubre de 1888. <<

[273] Sidney y Beatrice Webb (eds.), *The Break-Up of the Poor Law* (Londres, 1909). <<

[274] Contrariamente a lo que sucedió con las investigaciones sobre Polly Nichols, Annie Chapman y Elizabeth Stride, algunos de los informes oficiales de la investigación del juez de instrucción sobre la muerte de Catherine Eddowes han sobrevivido. <<

[275] Durante sus vagabundeos por Kent, Kate había conocido a una mujer que decía llamarse Emily Burrell, que le había dado un vale de empeño de una camisa de franela de hombre. Ambos vales por las botas y la camisa se guardaban en la tienda de Joseph Jones en el 31 de Church Street. <<

[276] *Daily Telegraph*, 5 de octubre de 1888. <<

[277] *The Times*, 5 de octubre de 1888. <<

[278] La respuesta de Kelly cuando le preguntaron acerca de la anomalía de la pronta liberación de Kate de Mile End ha quedado registrada de varias maneras en diversos periódicos. En el relato de *The Times* del 5 de octubre, se dice que él no sabía cuáles eran las reglas en Mile End, y que se podía haber ido cuando hubiera querido. También se sugirió que su pronta liberación podía deberse a que «había habido algunos problemas en el patio del asilo». Lo cierto es que Kelly, un habitual de los patios de asilos de Londres, tenía que haber sabido muy bien cuál era la rutina en Mile End para las altas. Es casi seguro que se estaba cubriendo las espaldas por su propio descuido al permitir que ella durmiera en la calle. <<

[279] LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: Declaración de Frederick William Wilkinson. <<

[280] *Ibid.* LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: Declaración de Frederick William Wilkinson. TEXTO_ADICIONAL: *Daily Telegraph*, 5 de octubre de 1888.
<<

[281] *Morning Post*, 5 de octubre de 1888; *The Times*, 5 de octubre de 1888. Como tantas declaraciones hechas en el transcurso de las investigaciones, esta también se transcribió de muchas formas. La declaración de John también se escribió como: «Quiero decir que, si no teníamos dinero para pagar el alojamiento, habríamos tenido que caminar por ahí toda la noche». <<

[282] Goldsmith, *Dottings*, c. 7. <<

[283] *Daily Telegraph*, 3 de octubre de 1888. <<

[284] LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: George Henry Hutt. <<

[285] LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: James Byfield. <<

[286] LMA: CLA/041/IQ/3/65/135: Hutt. <<

[287] De hecho, John Kelly estaba en Cooney's. Había conseguido procurarse cuatro peniques para su cama desde que se separó de Kate, y cuando alguien le dijo que Kate había sido detenida, le pidió a Wilkinson una cama individual. <<

[288] *Hull Daily Mail*, 4 de octubre 1888. <<

[289] «Walter», *My Secret Life*, vol. 10 (Londres, 1888). <<

[290] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Declaración de investigación de Joseph Barnett, 12 de noviembre de 1888. <<

[291] *The Echo*, 12 de noviembre de 1888. <<

[292] *Evening News*, 12 de noviembre de 1888; *The Star*, 10 de noviembre de 1888. <<

[293] *Morning Advertiser*, 12 de noviembre de 1888; *Eddowes Journal and General Advertiser for Shropshire and the Principality of Wales*, 14 de noviembre de 1888. <<

[294] En comparación con esos comentarios, hubo personas que se preguntaron si Mary Jane sabría leer siquiera. Numerosos periódicos parafrasearon y citaron mal a Joseph Barnett cuando declaró en la investigación que «le leía los periódicos». La versión definitiva de esta declaración tal como aparece en el documento oficial de la investigación del juez de instrucción dice: «Ella me pidió en varias ocasiones que le leyera acerca de los asesinatos». <<

[295] *Evening News*, 12 de noviembre de 1888. <<

[296] Al llevar a cabo los mapas de las zonas de riqueza, pobreza y delincuencia en la década de 1890, Arthur Baxter, uno de los inspectores de Charles Booth, menciona que Beauchamp Place, que se encontraba frente a Brompton Road desde la plaza, era conocida por sus «respetables burdeles». Muchos de los edificios estaban habitados por prostitutas que trabajaban en Piccadilly y traían a los clientes a su casa. La cercana Pelham Place también era conocida por su «colonia de prostitutas extranjeras». En conjunto, Baxter comenta que las prostitutas de la zona eran de más categoría y se contaban entre las más solicitadas del West End. Ver <http://booth.lse.ac.uk>, Booth/B/362, cuaderno de notas de Arthur L. Baxter: Distrito de Policía 27 (Brompton). <<

[297] «Walter», *My Secret Life*, vol. 2. <<

[298] A pesar de las exhaustivas investigaciones de los nombres de los Guardias Escoceses, nadie ha sido capaz de encontrar a Henry, o John, o John to Kelly entre los soldados alistados. A pesar de que se investigó, nadie se presentó tampoco de entre los Guardias Escoceses en respuesta a la descripción de Mary Jane Kelly en 1888. Si hemos de creer la historia de Mary Jane tal como se la contó a Joseph Barnett, la posibilidad de que un chico pobre de clase trabajadora del Gales rural se incorporase a un regimiento escocés es remota. Durante la segunda mitad de la década de 1880, el Segundo Regimiento de Guardias Escoceses tenía su base en los barracones de Westminster; pasaban fuera algunos periodos: Egipto, Sudán y Dublín. Es más probable que Mary Jane conociera a un oficial del regimiento gracias a sus conexiones profesionales y que él hubiese podido cogerle cariño. Referirse a amantes anteriores con los que una aún mantenía contacto como a «hermanos» o «primos» para disfrazar una historia íntima ante un nuevo amante era una práctica común entre las mujeres que comerciaban con sexo.

<<

[299] Daniel Joseph Kirwan, *Palace and Hovel: Phases of London Life* (Londres, 1878), pág. 466. <<

[300] *Ibid.* Daniel Joseph Kirwan, *Palace and Hovel: Phases of London Life* (Londres, 1878), págs. 467-68. <<

[301] *Ibid.* Daniel Joseph Kirwan, *Palace and Hovel: Phases of London Life* (Londres, 1878), pág. 474. <<

[302] «Walter», *My Secret Life*, vol. 10. <<

[303] Julia Laite, *Common Prostitutes and Ordinary Citizens: Commercial Sex in London, 1885-1960* (Londres, 2012), Kindle loc. 1656. <<

[304] W. T. Stead, «The Maiden Tribute of Modern Babylon IV: the Report of our Secret Commission», *Pall Mall Gazette*, 10 de julio de 1885. <<

[305] Sallecarter fue la Fuente entrevistada en la parte IV de «Maiden Tribute» de Stead. <<

[306] Bridget O'Donnell, *Inspector Minahan Makes a Stand* (Londres, 2012),
pág. 71. <<

[307] Stead, «Maiden Tribute». <<

[308] *Ibid.* Stead, «Maiden Tribute». <<

[309] *Ibid.* Stead, «Maiden Tribute». <<

[310] *Ibid.* Stead, «Maiden Tribute». <<

[311] Neal Sheldon, *The Victims of Jack the Ripper: The 125th Anniversary* (n. p., 2013). Wilhelmina, hija de Adrianus, decía que había crecido en un burdel en Poplar entre 1884 y 1891. <<

[312] Edward W. Thomas, *Twenty-Five Years' Labour Among the Friendless and Fallen* (Londres, 1879), pág. 36. <<

[313] *Ibid.* Edward W. Thomas, *Twenty-Five Years' Labour Among the Friendless and Fallen* (Londres, 1879), pág. 36. <<

[314] *Ibid.* Edward W. Thomas, *Twenty-Five Years' Labour Among the Friendless and Fallen* (Londres, 1879), pág. 37. <<

[315] Madeleine Blair, *Madeleine: An Autobiography* (Londres, 1919), Kindle loc. 912. <<

[316] The *Morning Advertiser*, 12 de noviembre de 1888. <<

[317] The *Echo*, 12 de noviembre de 1888. <<

[318] El empleado del censo en 1891 señaló accidentalmente que las tres inquilinas del 1 de Breezer's Hill de veintipocos años eran «desgraciadas» o prostitutas, antes de tachar su indiscreción. <<

[319] *Evening Standard*, 10 de mayo de 1891; ver también Neal Sheldon, *The Victims of Jack the Ripper: The 125th Anniversary* (s. l., 2013). <<

[320] *Daily Telegraph*, 12 de noviembre de 1888. <<

[321] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Declaración de la investigación de la testigo Julia Venturney, 9 de noviembre de 1888. <<

[322] En su testimonio, Joe Barnett declara que Mary Jane vivía con un hombre llamado Morgenstern (referencia a Johannes, el marido de la señora Boekü) y también Joe Fleming. Su declaración es muy confusa. En cierto momento, menciona que Kelly vivía cerca de la fábrica de gas de Stepney, o en una fábrica de gas con uno de esos dos hombres. Como Pennington Street no está cerca de ninguna fábrica de gas y no hay pruebas de que viviera con Adrianus Morgenstern, es más probable que se estuviera refiriendo a Fleming. La parte oriental de Old Bethnal Green Road está frente a lo que habría sido la fábrica de gas de Bethnal Green. <<

[323] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Julia Venturney. <<

[324] *Evening Star*, 12 de noviembre de 1888; *The Echo*, 12 de noviembre de 1888. <<

[325] Walter Dew, *I Caught Crippen* (Blackie & Son, Londres, 1938). <<

[326] *Pall Mall Gazette*, 12 de noviembre de 1888. <<

[327] Paul Begg, *Jack the Ripper: Just the Facts* (Londres, 2004), Kindle loc. 5156. <<

[328] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Declaración de investigación de Joseph Barnett, 12 de noviembre de 1888. <<

[329] Begg, *Jack the Ripper*, Kindle loc. 5188. <<

[330] *Ibid.* Begg, *Jack the Ripper*, Kindle loc. 5188. TEXTO_ADICIONAL: El término «*bully*» (matón) puede leerse aquí de dos maneras: la definición convencional como abusador, o en referencia al comercio sexual. El apelativo «*bully*» era otra manera de llamar a un chulo. <<

[331] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Julia Venturney. <<

[332] Begg, *Jack the Ripper*, Kindle loc. 5156. <<

[333] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Julia Venturney. <<

[334] La identidad de esta primera mujer se desconoce. El nombre de Julia aparece en *Lloyd's Weekly Newspaper* el 11 de noviembre, pero el periodista puede haber insertado equivocadamente el nombre de Julia Venturney, que aparecía antes que Maria Harvey en la investigación confundiendo con la mujer auténtica. <<

[335] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Declaración de investigación de Joseph Barnett, 12 de noviembre de 1888. <<

[336] LMA: MJ/SPC NE 1888 Caja 3, folio 19, Declaración de investigación de Mary Ann Cox, 9 de noviembre de 1888. <<

[337] *The Times*, 1 de octubre de 1888. <<

[338] John Holland Rose (ed.), *The Cambridge History of the British Empire*, vol. 1 (Cambridge, 1940), pág. 745. <<

[339] Nina Attwood, *The Prostitute's Body: Rewriting Prostitution in Victorian Britain* (Londres, 2010), págs. 51-54. <<

[340] PRO: Home Office Papers: HO 45/9964/x15663. <<

[341] PRO: Archivos de la Policía Metropolitana: archivo 3/141, ff. 158-59. <<

[342] GRO: Certificados de defunción de Mary Ann Nichols: 1888, J-S Whitechapel 1c/219; Annie Chapman: 1888, J-S Whitechapel 1c/175; Elizabeth Stride: 1888 O-D St George in the East, 1c/268; Catherine Eddowes: 1888 O-D London City 1c/37; Mary Jane «Marie Janette» Kelly: 1888 O-D Whitechapel 1c/211. <<

[³⁴³] *Washington Post*, 6 de junio de 2016; *Huffington Post*, 7 de junio de 2016. <<

[³⁴⁴] Maxim Jakubowski y Nathan Braund (eds), *The Mammoth Book of Jack the Ripper* (Londres, 2008), pág. 470. <<

[³⁴⁵] Mickey Mayhew, «Not So Pretty Polly», *Journal of the Whitechapel Society* (abril de 2009); Mark Daniel, «How Jack the Ripper Saved Whitechapel», en Jakubowski and Braund, *Mammoth Book*, pág. 140. <<

[³⁴⁶] Mayhew, «Not So Pretty Polly». <<

LAS CINCO *de* MUJERES



**LAS VIDAS
OLVIDADAS
DE LAS
VÍCTIMAS DE
JACK EL
DESTRIPADOR**



HALLIE RUBENHOLD

Lectulandia